

RONOSO CORTES

—
OBRAS

ESCOGIDAS

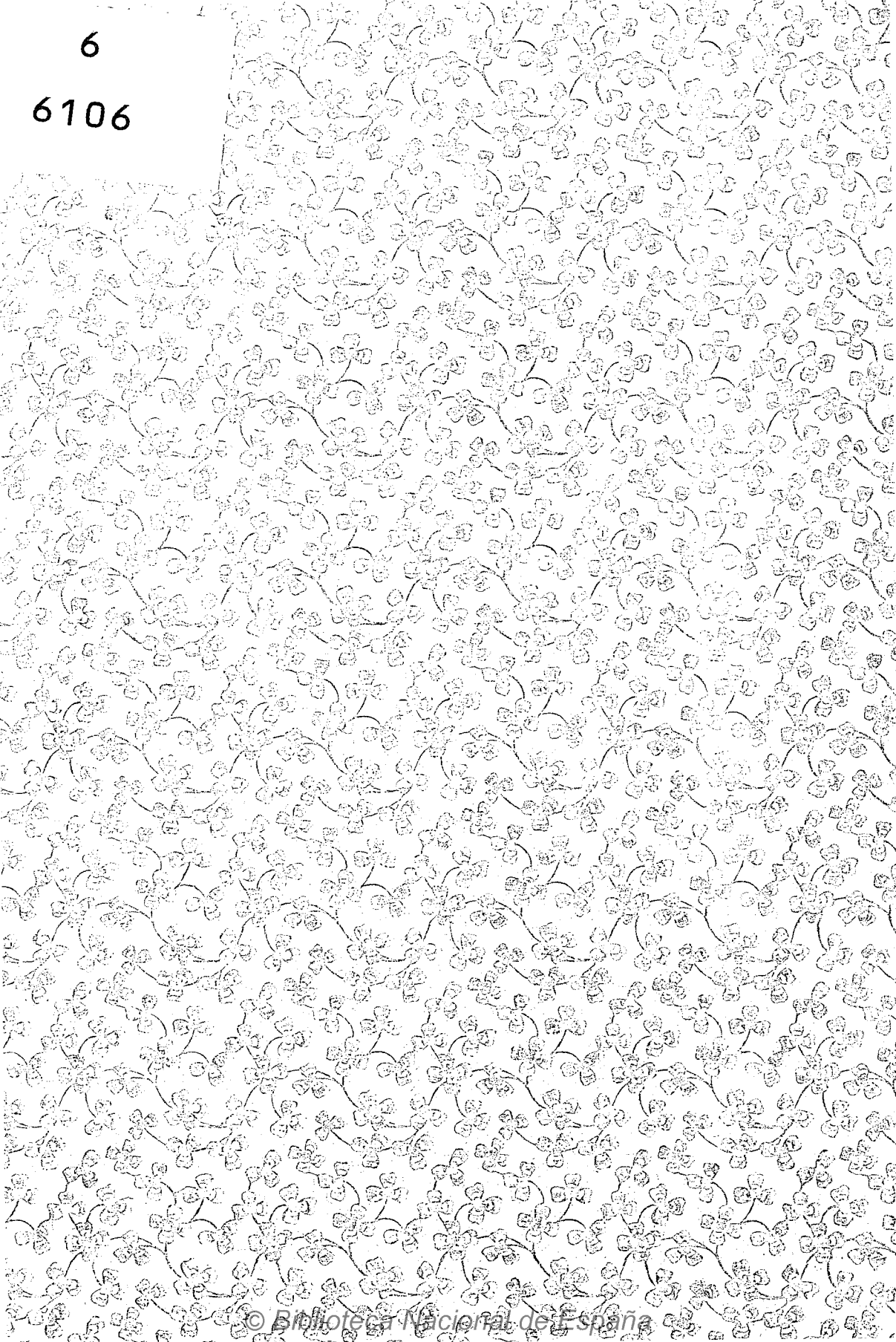
6

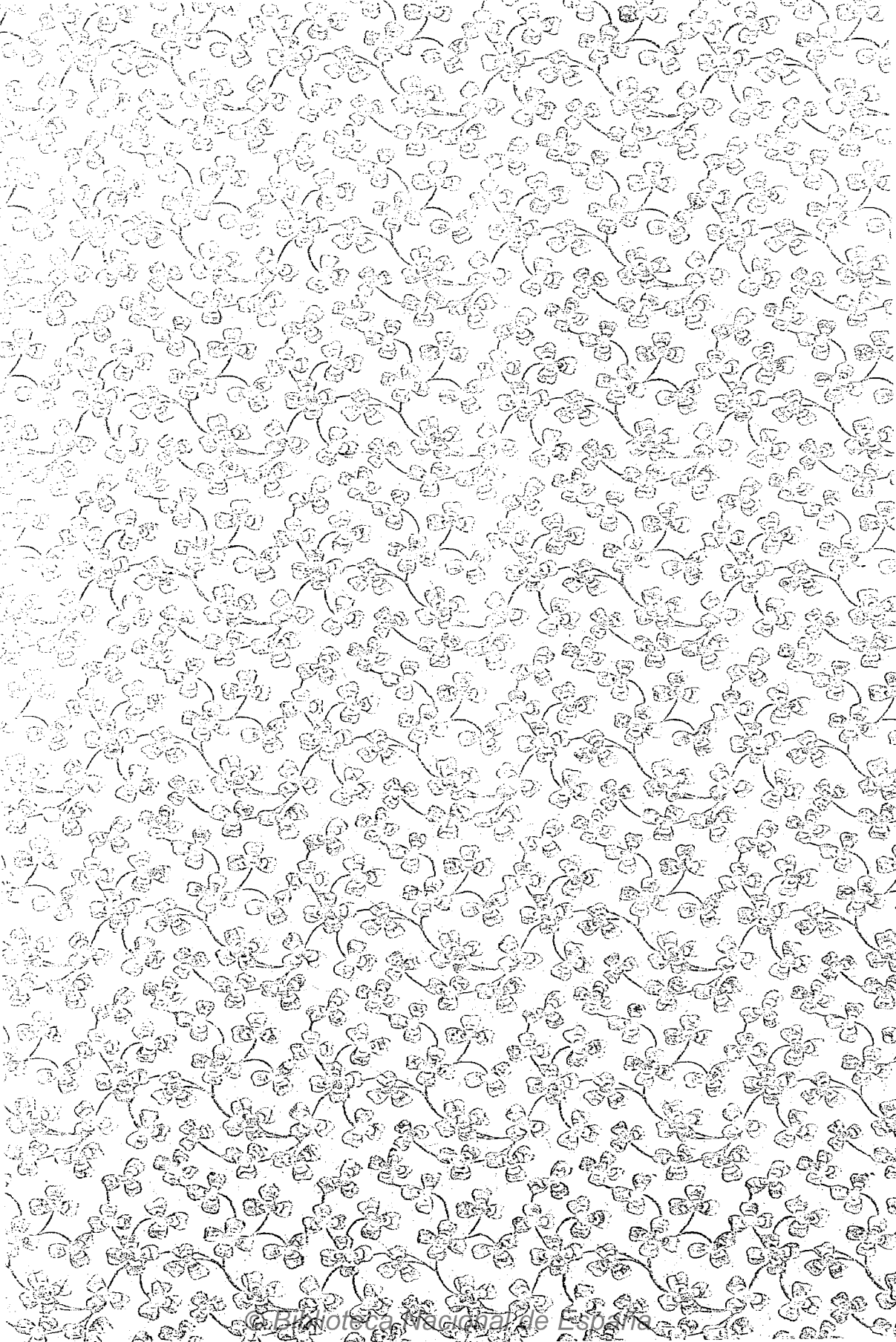
6106

© Biblioteca Nacional de España

6

6106





ENCUADERNACIÓN

- DE -

ENRIQUE GARCÍA
SAN MATEO, 18 CHAD.^o
M. LEONARD

61

- 6125 -

OBRAS ESCOGIDAS

DE

Don Juan Donoso Cortés

MARQUÉS DE VALDEGAMAS

Volumen II

Con un prólogo de

Don Juan Manuel Orti y Lara



CIAP

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)

MADRID

BARCELONA

BUENOS AIRES

Puerta del Sol, 15

Ronda de la Universidad, 1

Florida, 251

OBRAS ESCOGIDAS
DE
D. JUAN DONOSO CORTÉS
MARQUÉS DE VALDEGAMAS

R105120

OBRAS ESCOGIDAS

DE

DON JUAN DONOSO CORTES

MARQUÉS DE VALDEGAMAS



Nueva edición publicada bajo la dirección

DE

DON JUAN MANUEL ORTI Y LARA

Catedrático de la Universidad Central
y Miembro de la Academia Romana de Santo Tomás de Aquino

VOLUMEN II

COMPañIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)

PUERTA DEL SOL, 15
MADRID

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, 1
BARCELONA

FLÓRIDA, 251
BUENOS AIRES

PIO IX

PIO IX

ARTICULOS PUBLICADOS EN "EL FARO," EN 1847

§ 1

ITALIANOS Y ESPAÑOLES

El Faro se propone publicar algunos artículos sobre las gravísimas cuestiones que se agitan en Italia, y que hoy llaman poderosamente la atención de todas las naciones; pero antes de entrar en materia, será bueno explicar el singular privilegio de que la Italia goza, juntamente con España, de atraer hacia sí las miradas del mundo civilizado. Este gran privilegio, en nuestro sentir, no tiene exclusivamente su origen en la gravedad y trascendencia de las cuestiones que se agitan en los dos pueblos peninsulares; sino que nace también, y aun principalmente, de la grandeza de esos dos pueblos, que no consienten en los otros ni la indiferencia ni el olvido.

Y no se extrañen nuestros lectores que llamemos grande á la Italia, y grande á la nación española; como quiera que hay pueblos en quienes la servidumbre no puede borrar la majestad, y que, aun siendo esclavos, son Reyes.

Raras son en verdad estas razas poderosísimas de hombres, que en toda la prolongación de los siglos, y así en los tiempos menguados como en los bonancibles, llevan impresas é indelebles las señales del imperio. Nosotros, sin embargo, sabemos de dos: la raza italiana, y la raza española. De ellas, y de

ellas solas, puede decirse con verdad, y sin temor de que vengan á desmentirlo los hechos, que su servidumbre ha sido siempre el castigo de sus discordias; y que cuando no han estado divididas, han sido siempre razas reinantes.

Véase si no la historia de Roma: si hay algo que explique la contradicción que hay entre sus bajos principios y sus portentosos crecimientos, sea explicación esta en que llegó á ser cabeza y vínculo de la Italia. Cuando la Italia fué una, cuando fué una sola su voluntad y uno su patriciado, la Italia, señora de sí misma, lo fué también de la tierra: ella sola fué el mundo de la civilización: sus aledaños eran, por unos lados el mar, y por otros, los desiertos: y más allá de esos desiertos, y más allá de ese mar, no había sino otro mundo nebuloso, sólo de Dios conocido: el mundo de la barbarie.

Por lo que hace á nuestra España, ningún resplandor iguala al resplandor de su historia: una provincia bastó para conquistar el Oriente: Cataluña. Una para conquistar á Nápoles: Aragón. Una para conquistar á América: Castilla. Cuando esas varias provincias, en su dichosa conjunción, y bajo el cetro de los Reyes Católicos, dieron á luz á España, el mundo presenció un espectáculo que aún no habían presenciado las gentes: el espectáculo de tres grandes epopeyas, llevadas por unos mismos héroes y á un mismo tiempo á felicísimo remate. la expulsión de los agarenos, la conquista de América y la sujeción de la Italia. Entonces sucedió, que el pueblo español, no cabiendo dentro de sus límites naturales, se derramó como conquistador por el mundo; como se había derramado por el mundo, como conquistador, el pueblo romano. Todas las naciones civilizadas nos rindieron vasallaje: la Italia fué vencida: la Francia humillada: la Alemania cayó bajo nuestro imperio: la Inglaterra, protegida por las tempestades, si no sujeta, quedó á lo menos turbada y temerosa. Los españoles pusieron sus fronteras en donde la civilización había levantado sus columnas.

Esto, en los tiempos antiguos: por lo que hace á los mo-

ernos, vivos están todavía los héroes de aquella gloriosa lucha que sostuvimos con la Francia, cuando á la voz de la independencia hicimos cejar al hombre portentoso, que legislador y guerrero, había rodeado su frente, á un tiempo mismo, de todos los laureles militares y de todas las palmas civiles; que era Solón por la sabiduría, Mitrídates por los arranques violentos y por los grandes propósitos, Anibal por las concepciones atrevidas y por los impetus sublimes, por la majestad Augusto y por la grandeza César.

Nuestro nombre entonces fué glorioso entre las gentes, y temido de las naciones. Consistió esto, en que el sentimiento de la independencia había dado unidad á la raza española: y en que esta esforzadísima raza no puede mirar á todos sus hijos en un mismo campo juntos, sin hacer su tributaria á la gloria: si se nos permitiera un símil, diríamos que la gloria es tan familiar á los españoles *unidos*, como la luz á la pupila del ojo.

Si ponemos los ojos en la Italia moderna, en la Italia pontifical, observaremos el mismo fenómeno que en la Italia cesárea. El mundo no aparta los ojos de los Césares, sino para ponerlos en los Pontífices romanos. Ellos son el escudo de la Italia contra los bárbaros del Norte. La Cátedra de San Pedro comienza á hablar cuando el Capitolio está mudo. De Roma brotan los oráculos evangélicos cuando enmudecen los oráculos sibilinos. Roma no deja de ser legisladora del mundo, sino para ser maestras de las gentes. Todos los pueblos bárbaros, uno^s después de otros, desfilan por la Italia; como si no hubiera en el mundo otra dispensadora de la gloria sino aquella tierra gloriosa. Los vencedores rinden homenaje á los vencidos: sus Reyes visten las vestiduras consulares. El torrente de la invasión vuelve á entrar en su cauce: sus aguas impetuosas comienzan á correr tranquilas y serenas. La Italia es la primera que alza la frente bañada con las aguas de aquel fecundísimo diluvio. Allí está Venecia, Reina del Adriático, famosísima en el arte de la gobernación y depositaria de las tradiciones del patriciado de Roma: allí se alza Florencia, depositaria de las tradiciones

tribunicias, ejemplar de democracias, palacio de las artes: allí está Génova, emporio del comercio, opulentísima entre todas las naciones. Cuando todo es nebuloso en Europa todavía, todo es ya espléndido en Italia: allí florecen consumados políticos, grandes poetas, profundos historiadores; mientras que la Europa bárbara y la feudal desconocen de todo punto los altos arcanos de la política, los misterios sublimes de la poesía, la belleza ideal de las artes, las magnificencias de la historia; Constantinopla cae al ímpetu de los turcos, y Roma recibe en su seno la civilización del Oriente: Roma da la señal de la universal transformación; y todo se transforma, y todo se renueva en el mundo.

Tales son la raza nobilísima de los italianos, y la potentísima de los españoles. Las naciones pueden oprimirlas, pero no pueden olvidarlas. Y véase por qué las naciones tienen siempre puestos sus ojos instintivamente en la raza italiana y en la raza española.

Una y otra son grandes por sus infortunios, como han sido grandes por sus glorias. Dad unidad á Italia, y la Italia volverá á ser lo que fué ya, la primera de las naciones ¹. Dad unidad á España, extinguid las discordias que enloquecen á sus hijos, y España volverá á ser lo que fué en la guerra de la Independencia, lo que fué en tiempo de los Reyes Católicos, lo que fué en tiempo de Carlos I, lo que fué en tiempo de Felipe II. Dad unidad á España, y tremolarán en Lisboa los pendones de Castilla, y se derramarán por el mar, de ella conocido, las naves castellanas; y ceñiremos con nuestros brazos al África, esa hija acariciada del sol, que es esclava del francés, y que debiera ser nuestra esposa.

1 Unidad ya la tiene, mas unidad ¡ay dolor!—establecida por la revolución impía sobre la iniquidad de las más fragrantés usurpaciones, una de ellas horriblemente sacrílega. De esta unidad falsa, obra é instrumento del averno para destruir al Pontificado romano, abominaba el gran Donoso Cortés.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

§ II

CARÁCTER DE SUS REFORMAS

La historia de la Europa es la historia de la civilización: la historia de la civilización es la historia del cristianismo: la historia del cristianismo es la historia de la Iglesia católica: la historia de la Iglesia católica es la historia del Pontificado: la historia del Pontificado, con todos sus resplandores y todas sus maravillas, es la historia de aquellos hombres enviados por Dios para resolver en su día y en su hora los grandes problemas religiosos y sociales, en provecho de la humanidad, y en el sentido de sus designios y de su Providencia. Pío IX, el predestinado, el grande, es uno de esos Pontífices santos y de esos hombres augustos, que vienen á dar una solución pacífica á todas las grandes cuestiones que han ido atesorando los siglos, y que han legado á la nuestra todas las edades pasadas.

Esas cuestiones son antiguas: antiquísimos los medios de resolverlas; pero uno es el día destinado á los problemas, y otro el destinado á las soluciones. Aquél ha pasado ya, y éste comienza á despuntar ahora en el horizonte del mundo.

El gran propósito de Pío IX es hacer independiente y libre á la Iglesia, libre é independiente á la Italia: es emancipar, pacíficamente y á un tiempo mismo, la sociedad civil y la sociedad religiosa: es realizar el indisoluble consorcio de la libertad y del orden.

Dos diversas soluciones han tenido hasta ahora esos problemas temerosos: la solución de los Reyes, y la solución de los pueblos. El encargo providencial de Pío IX es ofrecer al mundo la solución de los Pontífices. En el orden de los tiempos debía venir, después de la solución monárquica y de la revolucionaria, la solución católica.

El interventor de esa solución no es Pío IX, es Jesucristo. Pío IX viene, en los tiempos anunciados, para aplicarla en su nombre; en ese magnífico encargo consiste su grandeza, y en él se funda su gloria.

Ninguna de las ideas fundamentales y constitutivas de la civilización moderna ¹ tiene un origen filosófico: todas proceden de la Religión cristiana. El mundo, sin embargo, arrojado fuera de las vías de la verdad, ha rendido adoración y culto al plagio de la Filosofía. Pío IX trae el encargo de derrocar al ídolo, y de mostrar su engaño á las gentes.

La idea de la fraternidad, escrita en la bandera de los demagogos, trae su origen de la idea de la unidad del género humano; idea que no es demagógica, sino idea genesíaca; idea que ha sido revelada al hombre por Dios, y que no ha sido inventada por el hombre.

La idea de la libertad se funda en la del libre albedrío; y el libre albedrío no es un descubrimiento de la Filosofía; es un hecho revelado por Dios al género humano.

La distinción entre la potestad civil y la religiosa, entre Dios y el César, entre el Pontífice y el Rey, era una verdad fecundísima, desconocida de las gentes hasta que se la reveló al mundo la Iglesia católica.

Si se nos preguntase cuál es el carácter distintivo de las sociedades que caen al otro lado de la Cruz y el de las sociedades modernas, no vacilaríamos en afirmar: que su distinción consiste en que las últimas están fundadas en tres verdades, y las primeras en tres negaciones. Las negaciones en que las sociedades antiguas se fundan, son las siguientes:

- 1.^a La negación de la unidad del género humano.
- 2.^a La negación del libre albedrío.
- 3.^a La negación de toda especie de distinción entre la potestad civil y la religiosa.

¹ Excusado es advertir que nuestro Donoso no entiende por civilización moderna el liberalismo y la Francmasonería, reprobados por la Iglesia, sino la civilización de los pueblos que caen del lado acá de la Cruz.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Las tres verdades que sirven de fundamento á las sociedades modernas, son las que siguen:

- 1.^a La unidad del género humano.
- 2.^a El libre albedrío del hombre.
- 3.^a La distinción é independencia recíproca de la potestad civil y de la potestad religiosa.

El conjunto de las consecuencias que proceden de estas verdades y de aquellas negaciones, constituyen todos los rasgos distintivos de las sociedades modernas y de las sociedades antiguas.

De la negación de la unidad del género humano procedió, entre los antiguos, la de la fraternidad de los hombres: de ésta, la de su igualdad ante los ojos de Dios y ante los ojos de los legisladores: y de todas ellas, la división de la sociedad en castas; división que fué el fundamento de las constituciones políticas del Oriente y de la división de los hombres en libres y esclavos; división que vemos establecida en todas partes, en el Oriente como en el Occidente, en el Septentrión como en el Mediodía; porque dimanaba de principios que eran comunes á la sazón á todas las gentes y naciones.

De la negación del libre albedrío de Dios y del hombre, procedió la de la libertad divina y humana; y de ambas, la concepción aterradora y fatalista de un Dios *destino*, anterior y superior á todos los hombres y á todas las divinidades, á quien obedecían en medio del temblor los Reyes y los pueblos, los dioses y los hombres, los cielos y la tierra: Dios inmóvil, silencioso, tremendo, que enviaba las furias á los palacios de los Príncipes para precipitarlos al abismo más hondo desde su escolio eminente, que condenaba á unos á ser adúlteros, á otros á ser incestuosos, á otros á ser fratricidas; que inspiraba en los Reyes pasiones infernales: en las familias de los Reyes odios inextinguibles, y en las mujeres de los Reyes amores corrosivos; Dios, que sólo pensaba en las razas reinantes, olvidado de las razas sirvientes, es decir, del género humano, indigno de elevarse hasta la grandeza del crimen.

En los dramas antiguos, el pueblo es espectador siempre y no es autor nunca, al revés de lo que sucede en el día, en que el pueblo llena la escena, como el más grande y el primero de todos los actores: consiste esto, en que los antiguos, no teniendo idea de la libertad del hombre, no la tenían tampoco de la dignidad humana: y en que en las modernas Edades, en las Edades católicas, la idea de la libertad humana ha dado origen á la idea de la dignidad del pueblo.

De la negación de toda especie de distinción entre la potestad civil y la religiosa, nació entre los antiguos la confusión absoluta de ambas potestades. Si hay un hecho consignado claramente en la historia, ese hecho es el carácter teocrático de todas las sociedades antiguas. Teocrático fué el gobierno de los hebreos ¹, el de los chinos, el de los habitantes del Japón; teocrático el de los indios, persas y egipcios; teocrático el de los etruscos, galos y germanos; teocrático, en fin, el de los bretones, griegos y romanos.

La teocracia no era un hecho en la sociedad, sino porque era una teoría aceptada por todos los legisladores, y proclamada por todos los filósofos, Licurgo, Dracón, Solón, Rómulo, Numa, Zaleuco y Charondas, cuya fama se ha dilatado por toda la prolongación de los siglos, se sirvieron de la Religión para levantar sobre ella el edificio de sus instituciones. Platón y Aristóteles no concebían la sociedad civil sin que la potestad dominante residiese en la sociedad religiosa.

Ahora bien: donde el soberano es, á un mismo tiempo, Rey y Pontífice; donde la autoridad es, á un mismo tiempo, religiosa y civil, humana y divina; donde hay un apoderado general de Dios y de los hombres, ese apoderado, llámese Rey, dictador, Cónsul, Presidente, es el confiscador por excelencia de todas las libertades, es el tirano de Hobbes; es decir, un hombre absolutamente libre, puesto á la cabeza de un pue-

¹ Pero no fué teocrático por la razón y del modo que lo fué el de los otros pueblos que cita el Marqués de Valdegamas; sino lo fué únicamente por elección y ordenación positiva y adorable del mismo Dios.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

blo absolutamente esclavo; porque si bien se mira, ¿en qué otra cosa consiste la absoluta potestad sino en la libertad absoluta? ¹

De aquí nació, en las sociedades antiguas, el aniquilamiento del individuo, y la deificación del Estado; el primero no era susceptible de derechos, ni el segundo podía estar ligado con deberes: porque, ¿dónde cabe absurdo mayor que suponer deberes en lo que es divino con respecto á lo que es humano, ni derechos en lo que es humano con respecto á lo que es divino?

Platón era el más consecuente de todos los filósofos, cuando, caminando en la suposición de esta teoría, proclamaba al Estado padre de todos los hijos, y señor de todas las propiedades; como quiera que la propiedad particular y la paternidad particular no pueden considerarse en el sistema de los antiguos, sino como dos grandes usurpaciones cometidas por el hombre y por el individuo contra la Divinidad y contra el Estado.

Rousseau ha dicho en su *Contrato social* de las teocracias antiguas: “Esta forma social tiene la ventaja de reunir el culto divino y el amor de las leyes: en las teocracias antiguas, morir por su país era ser mártir; violar las leyes, ser impío; y entregar al culpable á la execración pública, era también entregarle á las iras de los dioses.” Rousseau con toda su fraseología democrática, desconoció de todo punto el carácter inviolable y santo de la libertad del hombre: y al escribir estas palabras, no sabía que hacía en ellas el elogio del despotismo.

La deificación de la ley y del Estado fué causa de aquel patriotismo absurdo, obstinado y feroz que excita nuestro asombro en las antiguas repúblicas: ser patriota, en la antigüedad, era servir á una ciudad, y ponerse en guerra con el género humano; era considerar á los extranjeros como enemigos; á los enemigos, como condenados á la servidumbre por los dioses de la patria; era consagrar el principio de la guerra uni-

¹ Hay en todo este párrafo inexactitudes por lo menos de lenguaje, que al lector no le será difícil rectificar. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

versal; dividir en bandos el cielo y la tierra, las divinidades y los hombres.

Bosquejemos ahora el cuadro de las ideas fundamentales y constitutivas de las sociedades modernas, es decir, de las sociedades cristianas.

De la unidad del género humano, enseñada por la revelación al hombre, nace como de suyo la idea de la fraternidad; de ésta, la de la igualdad; de ambas, la de la democracia ¹. A la voz de Jesucristo, enseñando á las gentes la unidad de la especie humana, caen derribados por el suelo los muros de las antiguas ciudades, y se levantan esos otros muros de la ciudad de Dios, que van siguiendo todos los confines de la tierra hasta abarcar y ceñir á todas las naciones. A la voz de Jesucristo, enseñando la fraternidad y la igualdad, la esclavitud desaparece, y todos los habitantes de la ciudad inmensa, de la ciudad santa, se reconocen hermanos, iguales y libres. Esa democracia es tan gigantesca, tan universal, que se extiende hasta los últimos remates del mundo. Los pobres y los ricos, los nobles y los plebeyos, los venturosos y los tristes, todos son ciudadanos. Supónganse por un momento que esta revelación está aislada, que esa inmensa democracia se halla constituida; pues bien: en esa suposición, toda especie de gobierno es de todo punto imposible, porque fundándose los gobiernos en la noción del mando, por una parte, y por otra, en la noción de la obediencia, esas dos nociones son incompatibles con las de igualdad y fraternidad absolutas: ni se acuda, para vencer esta dificultad, á los contratos sociales: los contratos sociales son contratos absurdos: como quiera que contratar que unos hombres han de mandar y otros han de obedecer, equivale á contratar que han de dejar de ser iguales y hermanos, que han de dejar de ser lo que son, que han de cambiar de naturaleza, que han de destruir con una creación humana

¹ En rigor, no; la fraternidad y la igualdad se hermanan muy bien con la Monarquía, y suelen padecer martirio en los Estados democráticos. Es de advertir que el mismo Donoso explica después satisfactoriamente sus palabras. (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

una creación divina, que han de dejar de ser hombres para ser otra cosa; y claro está que un contrato de esa naturaleza no es contrato, sino el suicidio de la especie.

Esa revelación, empero, no nos vino sola y aislada; antes de revelar al hombre la unidad del género humano, es decir, la democracia, le reveló Dios su propia unidad, es decir, la Monarquía: estas dos revelaciones juntas son los elementos constitutivos de las nociones de la obediencia y del mando, de la libertad y del orden, de la fuerza y del límite, del movimiento y de la regla. Si el derecho de mandar y la obligación de obedecer no pueden existir en la especie humana, porque todos los hombres son iguales y hermanos, aquel derecho puede concebirse en el Criador, sin caer en absurdo; y aquel deber puede concebirse en la criatura, sin caer en el delirio; como quiera que entre la criatura y su Criador no hay igualdad ni fraternidad posible.

Y véase por qué, en las sociedades católicas, el hombre obedece siempre á Dios, y nunca obedece al hombre. Si en las sociedades católicas el hijo obedece al padre, consiste esto sólo en que Dios ha querido que el padre le represente en la familia, y en que ha hecho de la paternidad una cosa venerable y santa. Si en las sociedades católicas el pueblo obedece á la autoridad suprema, obedeciéndola, sólo obedece á Dios, que ha querido que esa autoridad le represente en el Estado, y que sea una cosa santa y augusta. *Omnis potestas a Deo.*

Ahora bien: dondequiera que el hombre sólo obedece á Dios, hay libertad: y dondequiera que obedece al hombre, hay servidumbre: por esta razón, no hay sociedad ninguna católica, cualquiera que sea la forma de su gobierno, en donde el hombre no sea hasta cierto punto libre; ni República ninguna de la antigüedad, en donde el hombre no fuera absolutamente esclavo.

De la afirmación del libre albedrío, brota espontáneamente la idea de la libertad del hombre: y cuando hablamos de la libertad del hombre, no hablamos sólo de aquella libertad par-

ticular y contingente que suelen otorgar las constituciones políticas, sino también de aquella otra altísima, incondicional¹, universal, completa y absoluta, que reposa en el escondido santuario de la conciencia humana; que está allí, porque Dios la puso allí con su propia mano fuera del alcance de la tiranía, y lo que es más, fuera de su propio alcance. La doctrina católica, en este punto, es de una sublimidad que arredra, de una sublimidad que abruma la imaginación y humilla al entendimiento. Según la doctrina católica, Dios, á quien todas las cosas y todas las criaturas rinden culto y homenaje, respeta profundamente á su vez una sola cosa: la *libertad humana*. La Sagrada Escritura no nos permite dudar acerca de esto; en ella se lee que Dios mira la libertad del hombre *cum magna reverentia*. Hay más: Dios, que pone un límite á todas las fuerzas y á todas las potestades, ha puesto un límite también á su propia potestad y á su propia fuerza: ese límite es la *libertad humana*. Dios, que no encuentra obstáculos á su querer, encuentra uno invencible: la *libertad humana*. El Ser Supremo ha dividido con la *libertad* el imperio del mundo: al dar el ser á esa libertad el Rey de los Reyes la hizo Reina. Tan alta, tan augusta, tan inviolable es á los ojos del catolicismo la libertad del hombre.

Cuando llegó aquel día, grande entre todos los días, anunciado en el tiempo por la voz de los Profetas, en que el Salvador de los hombres vino al mundo, el mundo presenció el más sublime de todos los dramas, y el más grande de todos los espectáculos; el drama y el espectáculo de la Cruz, en el cual figuran dos actores: de una parte el mismo Dios, que quiere ser reconocido; y de otra, la libertad humana, que se niega á reconocerle, y que le lleva al Calvario: al Calvario, teatro misterioso de dos opuestas victorias: la de Dios en lo futuro, y la de la libertad en el presente: la de Dios en la eternidad, y

¹ No se tomen aquí á la letra esta y otras expresiones de Donoso tocantes á la humana libertad. — (NOTA DE LA PRESENTE EDICIÓN.)

la de la libertad en el tiempo. Dios murió allí por no hacer violencia á la libertad de los hombres.

*Venid á mí todos los que arrastráis cadenas; yo os haré libres*¹. Y como lo prometió, así lo hizo el que no prometió nada en vano. La mujer arrastraba las cadenas del marido, y la hizo libre: el hijo arrastraba las cadenas del padre, y le desató las cadenas: el hombre era esclavo del hombre, y dió la libertad á sus miembros: el ciudadano arrastraba las cadenas del Estado, y le sacó de prisiones. El catolicismo ha quebrantado en el mundo todas las servidumbres, y ha dado al mundo todas las libertades: la libertad doméstica, la libertad religiosa, la libertad política y la libertad humana.

A vista de esto, no podrá ya causar extrañeza la inconmensurable distancia que hay entre la tragedia antigua y el drama cristiano. En aquélla, hasta el infortunio es un privilegio de los Reyes; en éste, el infortunio y la gloria son el patrimonio común de todos los hombres. En aquélla, el hombre que quiere el bien, obra el mal, arrastrado por aquellos grandes vientos que vienen bramando de las regiones heladas del fatalismo: en éste, en presencia de Dios que quiere el bien, el hombre quiere el mal, y obra el mal, árbitro supremo de sí mismo: en aquélla, no hay más sino fuerzas que vencen y debilidades que sucumben: en éste, pasiones que luchan: en aquélla, catástrofes; en éste, virtudes y crímenes: en aquélla, horror; en éste, lágrimas.

De la distinción é independencia recíprocas de la potestad civil y de la potestad religiosa, proclamadas por el catolicismo, ha venido á resultar la victoria definitiva de la libertad individual, y el definitivo quebrantamiento de la omnipotencia tiránica del Estado. Esta distinción, haciendo inevitable la lucha entre las fuerzas morales y las materiales de la humanidad, ha venido á hacer de todo punto imposible aquella servidumbre que resultaba, en lo antiguo, de la reunión de esas

¹ Traducción hartó libre del texto de San Mateo: *Venite ad me omnes qui laborati et omerati estis: Ego reficiam vos*

fuerzas en una sola mano. El Príncipe, depositario de todas las fuerzas materiales de la sociedad, puede oprimir los cuerpos, pero deja exentas de todo yugo las almas. La potestad religiosa, depositaria de las fuerzas morales de la humanidad, y sobre todo de las verdades divinas, no ejerce señorío sobre los cuerpos, si bien afirma su imperio en las conciencias. Siendo el hombre, á un mismo tiempo, corpóreo é incorpóreo, no puede ser completamente esclavo sino de una potestad que reúna ambas naturalezas, que sea materia y espíritu, corpórea é incorpórea, humana y divina. Esto es cabalmente lo que sucedía en las antiguas Repúblicas: esto es lo que sucede, en nuestra misma Edad, allí donde están establecidas las religiones nacionales, y en donde, en consecuencia de este establecimiento, el soberano es á un tiempo mismo Rey y Pontífice. Y véase por dónde el protestantismo, que ha venido á restaurar esa confusión, ha venido á restaurar el despotismo quebrantado por la doctrina católica, y con él, todas las tradiciones paganas.

La proclamación de la independencia respectiva de las dos grandes potestades que rigen y gobiernan el mundo, es un hecho histórico al abrigo de todo género de controversias. La voz de los santos Padres, y lo que es más, la voz de los Pontífices, la atestiguan, en toda la prolongación de los tiempos. Pongamos atento oído á las nobilísimas palabras, llenas de independencia y de mesura que, reprendiéndole su conducta, dirigía el Papa Gelasio al Emperador Anastasio, protector de los eutiquianos. “Este mundo, augusto Emperador, se rige y gobierna principalísimamente *por dos potestades*; conviene á saber: la de los Reyes y la de los Pontífices: siendo la última tanto más pesada, cuanto que el sacerdocio ha de dar cuenta á Dios, en el día del Juicio, de la conducta de los Reyes. Ni se os oculta ciertamente, clementísimo hijo, que aun siendo vos tan sobre los otros hombres por vuestra dignidad soberana, no por eso estáis exento de humillaros ante los que están encargados de la administración de las cosas divinas, ni de dirigirlos á ellos en todo lo concerniente á la salvación de vuestra

alma: ni podéis dejar de reconocer que, lejos de tener jurisdicción sobre ellos, les debéis obediencia en todo lo relativo á la recepción y á la administración de los santos Sacramentos. Bien sabéis que en todas estas cosas, la suya, y no vuestra voluntad, es la verdaderamente soberana. Y en efecto: *si los ministros de la Religión obedecen á vuestras leyes en todo lo concerniente al orden temporal, porque saben que vuestra potestad viene de Dios, ¿con cuánto amor, decidme, no debéis vos prestar obediencia á los dispensadores de nuestros augustos Misterios?*„

Síguese de estas palabras, que el Papa Gelasio, intérprete de la tradición y de la doctrina católica, creía que las dos potestades eran de todo punto independientes: que su esfera de acción era completamente distinta: que una y otra eran soberanas en los negocios de su competencia, y que así como una se sujetaba al Príncipe en lo temporal, de la misma manera la del Príncipe debía estar sujeta á la del sacerdocio en las cosas espirituales. A la distancia de catorce siglos del Papa Gelasio, esta es todavía la doctrina más sana.

Ocupando la Cátedra de San Pedro San Gregorio el Grande, en ocasión en que la Italia, abandonada por los Emperadores de Constantinopla, gemía bajo el yugo de los lombardos, recibió para su publicación el santo Pontífice una ley del Emperador Mauricio; y aunque le parecía contraria á los intereses de la Religión, no por eso retardó su publicación en las provincias de Occidente, sujetas de hecho á su obediencia, limitándose á pedir su revocación en esta forma: “Sujeto, como lo estoy, á vuestra potestad, he publicado vuestra ley en las diversas partes del mundo: creyéndola empero contraria á la ley de Dios, he creído que no cumpliría con mi deber, si no os sometiera sobre ella algunas observaciones; con lo cual me ha parecido que satisfacía, á un tiempo mismo, á dos imperiosas obligaciones: á la de obediencia que os debo, y á la que tengo de hablar cuando de mi silencio pudiera resultar el menoscabo de Dios y de su honra „

Tal ha sido constantemente la doctrina del Pontificado y de la Iglesia acerca de los límites que puso el mismo Dios entre los dominios del sacerdocio y los dominios del Imperio ¹. El derecho divino de la Iglesia, de intervenir directa ó indirectamente en lo temporal de los Príncipes, no ha sido nunca una doctrina católica; el origen de esta doctrina no está más allá del siglo XII; y aun en ese siglo y los siguientes, la Iglesia no la ha reconocido como suya, si bien fué aceptada y sostenida por eminentes varones. Ni se diga que los Pontífices Romanos ejercieron ese derecho en la Edad Media, como quiera que ese ejercicio se debió principalmente á la libre y espontánea voluntad de los Príncipes y de los pueblos, los cuales creyeron convenirles sujetar sus diferencias al fallo de los Pontífices romanos ó de los Santos Concilios, representantes augustos de la virtud y de la sabiduría en la tierra.

Materia es ésta tan importante y tan espinosa de suyo, que merecía que le consagráramos algunos artículos, si su misma grandeza y su misma dignidad no nos retrajeran del propósito de tratarla en las columnas de un periódico diario. Tiempo vendrá en que el autor de estos renglones la trate de caso pensado, si á tanto alcanzan sus fuerzas, y si se lo permiten las recias tempestades que asoman por los negros horizontes de esta nación sin ventura. Entretanto, y para poner término á este artículo, estamparemos aquí las palabras que la fuerza de la convicción y de la verdad han arrancado, á pesar suyo, á eminentísimos escritores, adversarios todos de la Religión católica, acerca de ese poderío de los Papas, en los siglos bárbaros y feudales.

Senkenber, célebre jurisconsulto *protestante* del siglo pasado, dice así: "Puede asegurarse, sin temor de ser desmentido por los hechos, que no hay en la historia un solo ejemplo de un Papa, que haya procedido contra aquellos Príncipes que,

1 No se pierda de vista que en este escrito apuntaba sólo, pero no llegó á su cenit para Donoso en esta grave materia el sol de la verdad.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

contentándose con sus legítimos derechos, no hayan acometido la criminal empresa de convertir su potestad en tiranía.»

Hablando Voltaire, en su *Ensayo sobre la historia*, de aquellos tiempos calamitosos en que los Pontífices Romanos trabaron sus grandes luchas con los Emperadores de Alemania, dice: “En aquellos tiempos desgraciados, el Pontificado, y casi todos los Obispados estaban puestos á pública subasta: si la autoridad de los Emperadores hubiera prevalecido, los Pontífices no hubieran sido otra cosa sino sus capellanes, y hubiera venido sobre la Italia la más dura servidumbre.»

“Poco importa—dice Leibniz—que la primacía del Papa sobre los Reyes haya tenido su origen en el derecho divino ó en el humano, si es una cosa puesta fuera de duda que los Pontífices han ejercido esta autoridad durante muchos siglos con asentimiento universal y con universal aplauso.»

Leibniz va mucho más allá, en una carta á Grimarest, en la que se leen las siguientes notables palabras: “Yo sería de parecer, que se estableciese en Roma un Tribunal para fallar los pleitos de los Príncipes, y que fuera su Presidente el Pontífice romano, recobrando aquella potestad judicial que ejerció en otro tiempo con los Reyes. Pero para esto sería necesario antes que el sacerdocio recobrar el prestigio que ha perdido, y que un entredicho ó una excomuni6n bastaran para hacer temblar á los Príncipes en sus Tronos, como en tiempo de Nicolás I ó de Gregorio VII. Todo bien considerado, este proyecto me parece más hacedero que el del abate Saint-Pierre. Y supuesto que á todos es permitido entregarse á sus imaginaciones, ¿por qué no se me permitiría á mí entregarme á una que, si se realizara, *restauraría* la edad de oro en la tierra?”

Pedro de Toux, publicista alemán y protestante, dice en sus cartas sobre Italia: “El gran poderío que alcanzó la Iglesia, salvó á la Europa de la barbarie; la Iglesia fué el gran centro de unió6n de todas las naciones, condenadas entonces á un aislamiento absoluto. Ella se puso entre el tirano y la víctima; y formando entre los pueblos enemistados entre sí rela-

ciones de interés, de alianza y de benevolencia, llegó á ser la salvaguardia de las familias, de los individuos y de los pueblos.”

Robertson afirma que “la Monarquía Pontificia enseñó á las naciones y á los Reyes á considerarse mutuamente como ligados por los vínculos del patriotismo, y como igualmente sujetos al blando yugo de la Religión. Este centro de unidad religiosa—añade—ha sido, por espacio de muchos siglos, un beneficio inmenso para la humanidad.”

El protestante Sismondi, en su *Historia de las repúblicas italianas*, dice: “En medio de este conflicto de jurisdicciones entre los señores feudales, el Papa era el único que se mostraba defensor del pueblo, y el único pacificador de las turbulencias de los grandes. La conducta de los Pontífices explica la reverencia con que eran considerados, y sus beneficios sirven para explicar el agradecimiento de las naciones.”

En el libro intitulado *Viajes de los Papas*, obra escrita por el protestante Juan de Muller, se leen estas palabras: “Gregorio, Alejandro, Inocencio, pusieron un dique al torrente que amenazaba con una invasión universal á toda la tierra: sus manos paternas levantaron y fortificaron la jerarquía, y con ella la libertad de todos los pueblos.”

El protestante Ancillón, en la obra que intituló *Cuadro de las revoluciones del sistema político de Europa*, escribió lo que sigue: “Durante la Edad Media, en cuyo tiempo habían como desaparecido las nociones elementales del orden social, el Pontificado solamente fué quizá el que salvó á la Europa de una barbarie completa. El Pontificado puso vínculos entre las naciones más apartadas, y fué el centro común de todas ellas. El Pontificado fué á la manera de un Tribunal supremo, levantado en medio de la anarquía universal, y cuyos fallos fueron algunas veces tan dignos de respeto como respetados. El Pontificado previno y reprimió el despotismo de los Emperadores, y disminuyó los inconvenientes del regimen feudal, restableciendo el equilibrio perdido.”

En el *Ensayo sobre la Historia del cristianismo*, del protestante Coquerel, se leen estas palabras: "El gran poderío de los Papas, en aquellos tiempos en que disponían de las coronas á su antojo, despojó al despotismo de sus propiedades más atroces. Esto explica por qué, en aquellos tiempos tenebrosos, no nos ofrece la historia ejemplo ninguno de tiranía comparable con la de Domiciano en Roma. Un Tiberio era á la sazón de todo punto imposible. Los Pontífices le hubieran pulverizado. Los grandes despotismos aparecen, cuando los Reyes llegan á persuadirse de que no hay poder que iguale al suyo y que limite su voluntad soberana; entonces es cuando la embriaguez de un poder sin límites engendra los crímenes más atroces."

"Es de todo punto imposible—dice el protestante Voigt en su *Historia de Gregorio VII*—formular sobre este Pontífice una opinión que reúna todos los pareceres. Su gran idea, y jamás tuvo más que una, era la *independencia de la Iglesia*. Todos sus pensamientos, todos sus escritos y todas sus acciones, venían á agruparse alrededor de esta idea fija, á la manera de rayos luminosos. Esta idea era la que daba el impulso á su actividad prodigiosa, y es como el compendio de toda su vida y el alma de todos sus actos. El poder político se inclina naturalmente á la unidad: y así sucedió que Gregorio VII quiso proporcionársela á la Iglesia, levantándola sobre todas las potestades del mundo... Alcanzar ese poder, consolidarle, dilatar su dominación por todos los siglos y todas las naciones; tal fué el fin constante de todos los esfuerzos de Gregorio; y en su íntima convicción, el gran deber del encargo que había recibido del cielo... Aun suponiendo que, á imitación de la antigua Roma, hubiese tenido el propósito de dominar á todas las gentes, ¿quién se atreverá á condenar los medios que empleó para el logro de aquel fin, sobre todo, si se considera que todos estaban en el interés de los pueblos?... Para juzgar sus actos con acierto, es necesario poner la consideración, á un tiempo mismo, en su fin y en sus intenciones; es necesario

examinar antes en lo que consistían las verdaderas necesidades de su tiempo. Á nadie puede causar extrañeza que se apodere del alemán una generosa indignación al traer á la memoria á su Emperador Enrique IV, humillado en Canosa, ni que el francés se indigne al recordar las severas lecciones dadas á su Rey Felipe I. Pero el historiador, que considera los sucesos bajo un aspecto más general, debe extender su vista más allá de los limitados horizontes en que franceses y alemanes la tienen aprisionada; y haciéndolo así, llega á considerar como muy justo cuanto obró el gran Pontífice, aunque los otros le condenen... Los adversarios mismos de Gregorio VII se ven obligados á confesar, *que la idea dominante de este Pontífice, la independencia de la Iglesia, era indispensable para el bien de la Religión y para la reforma de la sociedad; y que para alcanzar este fin, era necesario romper todas las ligaduras que tenían encadenada la Iglesia al Estado con gran detrimento de la Religión católica...* Cosa difícilísima es rayar en la exageración cuando se elogia á Gregorio VII; como quiera que en todas sus acciones supo echar los fundamentos de una gloria sólida, y que todos estamos igualmente interesados en que á cada uno se le dé lo que se le debe de justicia. Absténganse, pues, los malévolos de arrojar la piedra al que está inocente, y reverenciemos y honremos al hombre que puso al servicio de su siglo ideas tan grandes y generales.„

¡Cosa singular! La Religión católica está puesta entre dos enemigos implacables, el protestantismo y el judaísmo; y ambos están condenados por un designio providencial á pronunciar eternamente sus eternas alabanzas. El pueblo judío, enemigo personal del Señor, conserva cuidadosamente el depósito de las profecías que le anuncian al género humano. La comunión protestante, enemigo personal de los Pontífices, les teje coronas en los libros de sus historiadores. ¿Queréis saber lo que es la Religión católica? Pues cerrad con siete sellos los libros de los santos Padres, y preguntádselo (que ellos os responderán) al pueblo apóstata y al pueblo deicida.

§ III

OBSTÁCULOS INTERIORES QUE SE Oponen Á SUS REFORMAS

Al exponer en nuestros anteriores artículos la doctrina del catolicismo acerca de la independencia de la Iglesia y de la libertad del hombre, hemos puesto de bulto la doctrina de Pío IX sobre estas arduas materias; porque yerran grandemente los que creen que este gran Pontífice es un gran innovador en asuntos políticos, como quiera que no cabe espíritu innovador en los depositarios de aquellas verdades eternas, que son como eternas luminarias, puestas en lo alto para alumbrar todos los horizontes del mundo. Pío IX sostiene hoy lo que ha sostenido el Pontificado en toda la prolongación de los tiempos: la libertad y la independencia de la Iglesia. Sostiene lo que sostenía San Anselmo, cuando exclamaba: *Nihil magis diligit Deus in hoc mundo quam libertatem ecclesiae suae*. Sostiene lo que sostuvieron Gregorio VII é Inocencio III en sus gigantescas luchas con Príncipes y Emperadores, despreciadores de las leyes de Dios, concubinarios, simoniacos, adúlteros, tiranos de sus pueblos, y confiscadores de los tesoros espirituales de la Iglesia. Defiende la libertad y la independencia de la Italia, como la defendieron, en las pasadas edades, los gloriosos fundadores de su gloriosa dinastía. Y para que la semejanza sea completa, defiende esa libertad contra los Emperadores de Alemania, que sin los triunfos del Pontificado hubieran hecho retroceder á la Europa á su primitiva barbarie. Los que aplauden y vitorean al Santo Pontífice dentro de los muros de Roma, son aquellos güelfos que hemos conocido en la historia como los defensores de la independencia italiana. Los que conspiran tenebrosamente contra el Padre Santo, son aquellos gibelinos de los pasados tiempos, vendidos ahora, como entonces, á los bárbaros de allende el Rhin, codiciosos de asentar su yugo efímero en la no domada cerviz de la Ciudad Eter-

na. Nada ha mudado de aspecto en esa ciudad santa, depositaria augusta de las tradiciones católicas; el mismo espíritu de libertad é independencia que hablaba al mundo por boca de los Gregorios y de los Inocencios, habla hoy al mundo por boca de su sucesor en el Pontificado. Los mismos partidos que dividían antes en bandos y en parcialidades la Italia, la conmueven hoy hondamente, la afligen con sus discordias, y la abrasan con sus incendios. La misma cuestión que se planteó por sí misma desde que hubo en Occidente un sacerdocio constituido, y desde que se constituyó un Imperio en Occidente, entre este Imperio y aquel sacerdocio vuelve á plantearse hoy por sí misma otra vez, con el privilegio que siempre tuvo, tanta es su grandeza, de embargar la atención de las naciones. *Nihil sub sole novum.*

Encargado Pío IX de dar una resolución á ese inmenso problema, se encuentra en presencia de obstáculos que, al parecer, son insuperables, y de dificultades que, al parecer, son invencibles. De esos obstáculos, unos son interiores, y otros son exteriores. En este artículo nos proponemos hablar de los primeros, dejando para más adelante hablar de los segundos.

Calificamos de interiores aquellos obstáculos que se levantan contra el Pontífice en el mundo católico, y aquellos otros que oponen al Príncipe temporal los pueblos italianos. Calificamos de exteriores los que nacen de los encontrados intereses de las grandes potencias de la Europa.

Dos grandes sistemas hay en el mundo católico acerca de las relaciones que conviene establecer entre las dos potestades: consiste el primero en fundar entre ellas una estrecha alianza, por medio de mutuas concesiones, reducidas, por parte del sacerdocio, á permitir á la potestad temporal cierta intervención en sus cosas; por parte del imperio, á ofrecer á la Iglesia su protectorado: consiste el segundo en no consentir ninguna especie de intervención de la potestad temporal en lo que concierne á la Iglesia, y en renunciar á toda especie de protectorado y á todo género de alianza. En este último

sistema, las relaciones entre las dos potestades se reducen al mutuo respeto de su libertad y de su independencia respectivas.

Uno y otro sistema tiene su fundamento y su explicación en la historia. Cuando las Monarquías europeas florecientes, católicas y tranquilas, se adelantaban en sus gigantescos crecimientos, sin temor de ser contaminadas por el error, ni de verse derribadas por el suelo al ímpetu de las revoluciones, ninguna cosa había más natural, á un tiempo mismo, y más conveniente que estos tratos de alianza y esas mutuas concesiones entre dos potestades igualmente católicas, igualmente respetables é igualmente respetadas. Aun así y todo, esas alianzas no estuvieron exentas de peligros. La potestad temporal, cediendo muchas veces á aquella inclinación irresistible hacia su engrandecimiento, que Dios ha puesto en todas las potestades de la tierra, aspiró á convertir su pacífico protectorado en dominación y en despojo. Todavía vive en la memoria de los hombres el recuerdo de aquella gran batalla que se trabó entre el sacerdocio y el Imperio por la cuestión de las investiduras, en la cual, de nada menos se trataba, sino de decidir si la Iglesia había de caminar por el mundo desembarazada y libre en pos de sus gloriosos destinos, ó si había de vivir sujeta, como miserable esclava, á miserable servidumbre.

Otra consideración poderosísima abonaba, en aquellos tiempos, esos estrechos vínculos de unión entre ambas potestades. Rayando apenas los pueblos en su infancia, cuando rayaban ya en su lozana virilidad las Monarquías, éstas ejercían una acción tutelar y benéfica sobre todas las sociedades que iban creciendo y floreciendo al amparo de su sombra; de donde resultaba que toda alianza que tuviese por objeto engrandecer las Monarquías á los ojos de los hombres, había de ser por necesidad beneficiosa al género humano, confiado á la sazón á su tutela y á su guarda.

Con el transcurso, empero, de los siglos, varió de todo

punto el semblante de las cosas. Por una parte, en las Monarquías se fué apagando poco á poco aquel fervor religioso de sus primeros años, que neutralizaba, hasta cierto punto, los inconvenientes que naturalmente habían de seguirse de su intervención en las cosas de la Iglesia: por otra parte, mientras que las Monarquías se iban haciendo viejas, los pueblos se iban haciendo viriles, resultando de aquí que á un mismo compás crecían los unos y menguaban las otras, viniéndose á más andar el día que los pupilos habían de dar al traste con la autoridad de sus tutores. Firmar pactos de alianza y de amistad eterna con una potestad que iba á dar consigo en el suelo, y que cumplido su encargo, había dejado ya de ser el agente universal y necesario de la civilización en el mundo, era meter la barca del Pontificado en un mar sembrado de escollos, poniéndola al capricho de los vientos y á la merced de los azares.

No era cosa difícil de presumir, que siguiendo la Europa por estos caminos, iba á salir definitivamente de la edad aristocrática y de la monárquica, para entrar en la democrática, llena de tempestades y tumultos. Veíanse venir estos tiempos, no sólo por los rumores sordos, intermitentes, amenazadores, erráticos, que anunciaban á los entendidos las grandes tormentas populares, sino también, y más principalmente, por los signos de perdición que comenzaban á descubrirse en todas las Monarquías europeas, las cuales, habiendo perdido, no sólo los instintos de sus crecimientos, sino hasta los de su conservación, metían ciegamente la nave que llevaba su fortuna por esos mares tumultuosos, vagando entre sus vagíos con la misma estúpida indiferencia que si fueran cortando con naves vestidas de oro y de púrpura los cristales de lagos serenos. Unas, desvanecidas y locas, se proclamaban absolutas y eternas en la víspera del día tremendo en que hasta habían de dejar de ser Monarquías; otras, se metían ridículamente á filosofar, ignorando que detrás de esas filosofías venían las revoluciones, las cuales no perdonan ni á los Reyes metidos á filósofos, en los días de sus venganzas; algunas hubo que, instrumentos pro-

videnciales de su propia perdición, se encararon con la Iglesia para sacudir lo que llamaban su yugo, y lo que hubiera sido en realidad su único apoyo, en los días que habían de ser para ellas de nieve y fortuna. Otras, en fin, á la manera de aquellos hombres degradados ó de aquellas mujeres perdidas, que para no mirar el esqueleto de la muerte que tienen delante del ojo, piden una hora de olvido á los placeres enervantes, y una hora de aturdimiento á los licores corrosivos, armaban zambras y estruendos báquicos, y locos festines; y se untaban las caras, arrugadas y marchitas, más bien por los excesos que por los años, con unguentos olorosos; hasta que se soltaron todas las cataratas de la democracia; y vino su diluvio, y con su diluvio su inundación, que se llevó á los abismos esas Monarquías corrompidas y decrepitas, y derribó por tierra los alcázares consagrados á sus zambras y festines, y se llevó sus afeites y sus unguentos. No andan errados los que creen que la revolución fué hechura de los espíritus infernales desencadenados por el mundo; pero tampoco erraron los que creyeron que no salieron de sus prisiones para conturbar la tierra sino con permiso muy alto. La revolución fué una obra del infierno, permitida por Dios; una obra á un mismo tiempo infernal y divina. Infernales fueron los medios y sus agentes; divinos sus resultados y sus fines.

Las revoluciones fueron como los estampidos estruendosos del cañón, que anunciaron á la tierra el advenimiento de la democracia triunfante. La Iglesia, que había firmado pactos de amistad y de alianza con las Monarquías en tiempos para ellas más bonancibles, no las abandonó en el día de sus desventuras, y arrastró lutos en el de sus funerales. De aquí se siguieron para la Iglesia consecuencias gravísimas, que no debe olvidar el mundo católico, y que deben estar presentes siempre en la memoria de sus Pontífices. La democracia victoriosa la acusó de absolutista; á ella, que había lanzado sus anatemas invencibles contra todos los tiranos. La democracia victoriosa la acusó de aristocrática; á ella, que había predi-

cado la igualdad y la fraternidad de los hombres. La democracia victoriosa la acusó de retrógrada; á ella, que había amantado á la libertad con sus fecundísimos pechos. La Iglesia entonces padeció grandes adversidades y gloriosas persecuciones. Sus ministros anduvieron pobres y errantes por el mundo, sus altares fueron derribados en el polvo; sus dogmas fueron el ludibrio de las gentes, y hasta su mismo Dios perdió el derecho de ciudadanía en el Estado, y fué arrojado de sus templos.

Este gran naufragio de todos los principios religiosos y sociales dejó una huella honda é indeleble en la imaginación aterrada de los hombres. Varones eminentísimos comenzaron á sospechar que era una grave falta en la Iglesia apoyarse, siendo eterna, como lo es, en lo que es efímero y deleznable, es decir, en las potestades humanas ¹; como quiera que hasta las más firmes caen, cuando ella está siempre en pie; que las más bien asentadas se desploman, cuando ella conserva siempre su venturoso equilibrio, y que aun aquellas mismas que por su lozanía parecen nacidas para la eternidad en sus primeros años, muestran luego las arrugas, que van publicando á voces que su eternidad era una ilusión y que habían nacido en el tiempo para morir con el tiempo.

Entonces nació y creció ese gran partido que está dispuesto á renunciar en nombre de la Iglesia á todas las alianzas y á todos los protectorados, por reconquistar su libertad primitiva; libertad augusta, libertad santa, que ha de llevar la Iglesia del Señor á todos los confines del mundo; que la ha de entregar libremente rendidos á sus pies á todos los pueblos; que ha de poner la Cruz en las mayores alturas, para que la adoren las gentes. Esa opinión, por no decir ese partido, ha subido al Pontificado con Pío IX, y al encarnarse en su santísima persona, se ha encarnado en el más eminente de todos los Príncipes y en el más augusto de todos los hombres ².

¹ Bien será advertir que la Iglesia se ha apoyado y se apoyará siempre en la palabra de Dios, que jamás pasará, pero nunca en lo que de suyo es efímero y pasajero. (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² No; Pío IX no representó ni pudo representar la opinión, por no decir el partido,

No por eso, sin embargo, deja de estar como partido en bandos sobre esta gravísima cuestión el mundo católico, y como quiera que esta falta de unidad, en asunto de tan alta trascendencia, entorpece la acción del gran Pontífice que gobierna hoy la Iglesia de Jesucristo, nos ha parecido notarla aquí, como el primero de los obstáculos interiores con que ha de luchar y que debe vencer para llevar adelante sin tropiezos su generoso propósito.

El segundo de los obstáculos, que hemos llamado interiores, proviene de ciertas amistades sospechosas y de ciertas alianzas llenas de peligros, que se le ofrecen al paso al venerable Pontífice, saliéndole al encuentro de todos los puntos del horizonte italiano. El peligro de estos ofrecimientos no está en que hayan de ser aceptados por el eminentísimo varón que sólo aguarda su triunfo y sólo recibe sus inspiraciones de aquel que no abandona nunca la barca del Pescador á la merced de las irridadas olas: está en que contribuyen á producir una confusión peligrosísima entre dos especies de libertades tan opuestas entre sí como la verdadera libertad y la verdadera servidumbre; confusión que es fuerza desvanecer, y que no desvanecida prontamente, dañaría de una manera grave al éxito de la santa empresa acometida por el Pontífice santo. Ya se alcanzará á nuestros lectores que aludimos aquí á la libertad, que hizo su entrada en Italia con la propaganda francesa, libertad que vino al mundo en un día nefasto, que nació de la conjunción punible y del dañado ayuntamiento del filosofismo y la revolución; que no recibió su nombre en las fuentes bautismales de la Iglesia, cuyo día natalicio fué celebrado con lúgubres y sangrientas hecatombes. Aludimos, en una palabra, y para decirlo todo de una vez, á la libertad revolucionaria, con la cual ni puede entrar en tratos ni ajustar paces la libertad católica.

Y no se entienda que el que estos artículos escribe, cree

que Donoso dice que subió con él al Pontificado: partido que se mecía en vanas ilusiones, y que tocaba, ó se acercaba al menos, al vicioso extremo, reprobado por el mismo Pío IX en el *Syllabus*, de la separación entre la Iglesia y el Estado.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

que aquella libertad tiene en la península ardientes y numerosos partidarios: cree, al revés, que hoy día la libertad católica alcanza allí crecimientos que nunca pudo alcanzar la revolución; esto no obstante, las conflagraciones de Luca, de Toscana, de Milán y de las Dos Sicilias han venido á contristar hasta cierto punto al mundo católico, no acostumbrado á reconocer la libertad en las facciones descompuestas por el terror ó por la ira, que suelen mostrar las insurrecciones vencidas y las insurrecciones triunfantes. Que una gran parte de la responsabilidad de aquellos acontecimientos debe pesar sobre los gobernadores de los pueblos italianos, menos presurosos de lo que debieran en seguir las pisadas del Santo Pontífice, es para nosotros una cosa puesta fuera de toda duda; que aquellos movimientos insurreccionales deben atribuirse más bien á los nobles instintos de independencia que á las bastardas pasiones que las ideas revolucionarias suelen remover en las muchedumbres, es para nosotros una cosa evidente. Y, sin embargo, nuestros ojos se apartan con amargura de esos espectáculos turbulentos, que al fin y al cabo van á parar siempre á una revolución de mala ley y á una libertad, que de seguro no es la libertad católica.

La libertad católica es el resultado de la santa confianza que pone el pueblo en su Príncipe, y del santo amor que pone el Príncipe en su pueblo. La libertad católica es la que hoy resplandece en la primera capital del mundo con suaves y benignos resplandores. La libertad católica y la Religión católica son hermanas: ambas han nacido en el cielo, y ambas han bajado de las alturas para consuelo de los Príncipes amorosos y de los pueblos mansos.

Por lo que hace á la libertad revolucionaria, los que la proclaman, no quieren la libertad como fin, sino como medio de remontarse á la región altísima donde está la potestad suprema, *instrumentum regni*. Así como la católica procede del amor, la revolucionaria tiene su fundamento y su origen en inextinguibles rencores: la primera va seguida de la paz; la

segunda de las discordias; la una triunfa por medio de la confianza que inspira; la otra se impone á las gentes en nombre de la fuerza. La católica hace un llamamiento general á todos los hombres; y bajo su imperio, todos los llamados son libres: la revolucionaria llama á todos, pueblos, Reyes y tribunos; pero con diferentes llamamientos: llama á los tribunos para darles la potestad, á los Reyes para quitarles el cetro, á los pueblos para sujetarlos con dura servidumbre. La católica da lo que la revolucionaria ofrece.

La libertad revolucionaria es esencialmente anticatólica, porque es esencialmente pagana. Esto sirve para explicar, por qué la revolución de Francia fué una especie de resurrección del paganismo, muerto siglos atrás á manos de la Iglesia. Entonces sucedió que el Estado recobró aquella omnipotencia terrible que tuvo en las sociedades antiguas; que la Francia se partió en castas dominadas y castas dominadoras; que *extranjero* significó lo propio que *enemigo*; que un dios *nacional* llamado la *razón* quitó el cetro y el Trono al Dios de todas las naciones, al Dios del género humano. Entonces volvió á aparecer la antigua distinción entre los hombres, en libres y esclavos. Hecha esta clasificación ominosa, dijeron los franceses para sí: "Los libres han nacido para mandar; los esclavos para obedecer; mandemos á los demás hombres, porque todos los hombres son esclavos, y nosotros somos libres: si nosotros somos libres, y esclavos los demás, sólo la Francia es libre, todas las naciones son esclavas; llevemos el hierro y el fuego á todas las naciones;" y para dar paso á todos sus ejércitos, se abrieron por todas partes todas sus fronteras. La Francia paseó entonces por la Europa su bárbara libertad, que no era otra cosa si no un tremendo y aterrador egoísmo. Los pueblos católicos pusieron cerco á la nación pagana, hasta que se fueron apagando uno por uno sus encendidos volcanes. Si la Francia hubiera salido victoriosa de aquel inmenso cataclismo, las tinieblas de la barbarie hubieran vuelto á tenderse por la Europa, y el sol de la civilización hubiera desaparecido del mundo.

Para nosotros es una cosa puesta fuera de toda duda, que todo movimiento político y social que sale de las vías católicas, conduce á las naciones fuera de las vías de la civilización, hasta volver á dar con ellas en las Edades bárbaras. Esto mismo, que nos enseña la razón, nos lo atestigua la historia. Los Reyes se salieron de las vías católicas, cuando ensanchando su potestad desmesuradamente, olvidaron que la libertad humana es de derecho divino. Los pueblos á su vez se salieron fuera de las vías católicas cuando olvidaron que Dios ha puesto bajo su santa protección á las potestades legítimas, y que las ha encomendado el cuidado de la tierra. ¿Y qué fué lo que sucedió á los Reyes? Les sucedió, que por donde pensaban ir á parar á la omnipotencia, por allí fueron á parar á la guillotina. ¿Y qué fué lo que sucedió á los pueblos? Les sucedió, que por donde pensaban ir á parar á una emancipación completa, por allí fueron á parar á una servidumbre absoluta. ¿Y qué otra cosa es, sino una edad bárbara, aquella tristísima edad en que las naciones son siervas, y en que los Reyes son guillotinado? Tan cierto es, que donde no está el catolicismo, allí está la barbarie.

Antes de poner término á este artículo, nos ha parecido oportuno declarar aquí solemnemente que, en nuestro sentir, de los grandes obstáculos interiores que se oponen á las santas reformas de Pío IX, el que acabamos de exponer, es sin ningún género de duda el más grave, y también el más peligroso. Nuestra convicción íntima y profunda es que la libertad revolucionaria no ha llegado aún al período de su declinación; y que la libertad católica habrá de venir con ella al campo muchas veces, antes de asentar su pacífico imperio en las naciones. Entretanto, cumple á los hombres de buena voluntad, derramados por la tierra, agruparse alrededor del varón fuerte y santo que ha recibido del cielo el encargo providencial de mostrar las maravillas de la libertad católica á las gentes, y el de anunciar al mundo su venturoso reinado.

§ IV

DE LOS OBSTÁCULOS EXTERIORES QUE SE Oponen Á SUS REFORMAS

Roma es hoy día como la casa puesta en la cima más alta de los montes, que todos los vientos la sacuden, todos los ojos la miran, todas las lenguas la saludan y todos los hombres la señalan. Allí es donde se tratan y resuelven, no sólo los grandes problemas que interesan en general al mundo católico, sino también aquellos otros menos generales, cuya solución interesa más grandemente á las potencias de la Europa. La rápida exposición de los intereses europeos, que en aquella península se están hoy ventilando, y de los obstáculos que ponen á nuestro gran Pontífice esas graves complicaciones, formará el asunto de este artículo, con el cual daremos fin por ahora á nuestros estudios sobre los sucesos en que es actor Pío IX, y de que es teatro la Italia.

Tres son las grandes potencias de Europa que tienen un interés directo en el desenlace de las gravísimas complicaciones de la península. El Austria, representante de las pretensiones tradicionales del Imperio; la Francia, representante de las tradiciones de la revolución y de la antigua Monarquía, y la Inglaterra, que no viene á representar tradiciones, sino á romper con ellas y á inaugurar una nueva política en los negocios peninsulares. Cada una de estas grandes potencias va á defender en el suelo italiano un interés egoísta. Sus tres egoísmos combinados constituyen el obstáculo más grande, entre cuantos se oponen á la solución de los problemas que allí se ventilan, en un sentido favorable á la civilización y á las conveniencias de la Europa; como quiera que sólo la política de Pío IX es conforme, á un mismo tiempo, á todos los intereses legítimos; es decir, á todos los intereses religiosos, á todos los intereses morales, á todos los intereses materiales del género humano.

Para comenzar por el Austria, afirmaremos de ella, que no va á defender en Italia todas las tradiciones contradictorias del Imperio, sino sólo sus malas tradiciones. Caída por el suelo la sociedad romana con el paganismo que le había servido de base, con el Imperio que le había servido de cúpula, con su centralización administrativa, que le había dado vigor y consistencia, perecieron en aquel tremendo naufragio todas las instituciones políticas y sociales. Dios en sus altos designios, y los hombres, dóciles instrumentos de los designios de Dios, confiaron á los Pontífices la empresa de una nueva creación, que había llegado á ser de todo punto necesaria. Los Pontífices pusieron sus hombros á empresa tan grande, dando á ella principio con la creación de la Europa, que salió de sus manos con aquella unidad vigorosa, con aquella fecunda variedad, con aquellas jerarquías ordenadas, que han sido después el asombro de los publicistas, la maravilla de los filósofos, y la admiración de los historiadores.

Pero como quiera que había en realidad dos Europas, la religiosa y moral, la material y guerrera, los Pontífices echaron de ver la necesidad en que estaban de constituir dos poderosos centros de atracción y de unidad, que correspondieran exactamente á esas dos Europas distintas. Entonces fué cuando los Pontífices, con sólo su querer, dieron el soplo de vida al imperio de Occidente, al cual se sujetaron y obedecieron todos los Príncipes y todas las naciones. Las relaciones entre el Imperio y el Pontificado fueron, cuando se llevó á cabo esta gran mudanza, las que había puesto entre esas dos potestades la naturaleza misma de las cosas. Tenía el Pontificado, sobre el Imperio, el derecho de primogenitura y hasta el de la paternidad; de donde resultó, que los Emperadores de la raza carlovingia rindieron un culto filial á los Pontífices de Roma, y que la espada del Imperio estuvo puesta al servicio del Pontificado; y así debía de ser, si se atiende á que el Imperio era el representante robusto de la fuerza social y la Iglesia el representante altísimo de la conciencia humana.

Siguióse de aquí que los Emperadores, cualquiera que hubiera sido el modo de su elección, no podían tomar el título ni las insignias de la dignidad Imperial, sino después de haber prestado al Papa un juramento de fidelidad, que si no significaba una dependencia feudal, significaba por lo menos la obligación en que se constituían de reverenciar la dignidad altísima del Pontificado, y de defender los intereses de la Iglesia. La fórmula de este juramento, conservada por Muratori, era en el siglo IX como sigue: «Yo (aquí el nombre) Rey de los romanos, por la gracia de Dios, futuro Emperador, prometo y juro, en presencia de Dios y de San Pedro, ser en adelante protector y defensor del Soberano Pontífice y de la santa Iglesia romana en todas sus necesidades, así como también ser el guardador y conservador de todas sus posesiones, honores y derechos, hasta donde alcance y pueda, con la ayuda de Dios, y con recta y pura voluntad, *sic me Deus adjuvet*», etc. Esta fué, con ligeras variaciones, la fórmula adoptada para el juramento de los Emperadores, durante los siglos medios. En los que vinieron después, mudaron las cosas de semblante.

Enflaquecida la fuerza moral del Pontificado, el Imperio, no sólo aspiró á consolidar su independencia, sino también, y más principalmente, á abrir las zanjias y á echar los fundamentos de su dominación sobre la Iglesia y sobre la Italia, la cual fué considerada desde entonces como un feudo por los Emperadores alemanes. Esas pretensiones cesáreas han sobrevivido al Imperio de los Cesáres, siendo uno de los espectáculos más singulares de la historia, que existan todavía las pretensiones del Imperio occidental, cuando no existe ya el Imperio de Occidente. Cuando había Emperadores de Alemania, había Imperio, pero desde que Napoleón, llevando sus águilas por el mundo, quiso ser en el Imperio solo, y dió al traste con el santo Imperio romano, el Imperio, considerado como institución europea, ha dejado de existir, siendo solamente la dignidad Imperial, en la Casa de Austria, una dignidad ociosa y un título vano. Esto, no obstante, los Emperadores de Austria

han sido constantes en reclamar sus privilegios con respecto al Pontificado y á la Italia.

Su yugo, señaladamente desde que la revolución francesa fué comprimida por los ejércitos de la Europa, ha sido duro, pesado é implacable; sin que sea fácil calcular hasta dónde hubieran llegado los desmanes de la insolencia austriaca, si Dios, apiadado de la esclavitud de la Italia y de la servidumbre de su Iglesia, no las hubiera enviado un libertador en el gran Pontífice que hoy ocupa con gloria la Silla de San Pedro.

Gobernador de pueblos que pertenecen á diferentes razas, vínculo artificial de cohesión entre razas separadas unas de otras por rencores históricos, el Emperador de Austria, temeroso de la disolución de un Imperio en cuya formación no ha tenido parte la naturaleza, sino sólo el artificio, es, por la fuerza misma de las circunstancias, el mantenedor en Europa de la unidad indivisible de la potestad suprema. La libertad que vigoriza y robustece á las sociedades compuestas de miembros fuertemente adheridos entre sí, disuelve instantáneamente aquellas otras en cuyos miembros ni hay trabazón ni adherencia. Su facticia unidad no puede conservarse sino en virtud de la acción irresistible de una potestad avasalladora; y si por ventura la fuerza de presión llega á faltar, luego al punto el edificio se cuartea y cae. El absolutismo es, para el Austria, compuesta de razas enemigas, la fórmula de su conservación; puesta en aquella zona del mundo en donde soplan constantes, ya las apacibles brisas de la libertad, ya los recios vendavales de las revoluciones; para resistir á su empuje tiene que acudir al despotismo, que viene á ser de esta manera la forma necesaria de su potestad absoluta. De aquí procede aquel hondo terror que hiela y paraliza sus miembros, cuando se levantan aquellos revueltos torbellinos que suelen llevar consigo en su carrera polvorosa á las naciones europeas: de aquí aquel insensato furor con que se precipita sobre el pueblo que con sus movimientos da señales de vida, si está solo y si es flaco. Así cayó á sus pies Polonia la heroica, la cristiana, tan rica de

gloria como exhausta de sangre, exenta de amparo y escasa de ventura.

Pero como quiera que ese imperio facticio no puede durar largo tiempo, las señales de su declinación son cada día más profundas, y cada día más visibles. Por un lado, tiene á la Rusia, que la abrumba con su peso: por otro, á la Prusia, que la ha arrebatado ya de sus enflaquecidas manos el cetro de la Alemania: por otro lado, á la Francia, tierra fecundísima, en donde han germinado todas las ideas emancipadoras de los pueblos, y de donde la ha de venir la muerte, más tarde ó más temprano. La verdadera importancia, el verdadero poderío del Imperio austriaco consiste, por una parte, en la dominación que ha ejercido hasta ahora sobre los pueblos italianos y sobre los cantones helvéticos; y por otra, en la grande autoridad moral que, como potencia diplomática, han reconocido en ella las naciones. Ninguna voz ha sido más augusta, ninguna más respetada que la suya en los consejos de los Príncipes y en los Congresos de la Europa.

Ahora bien: las señales de su decadencia son visibles, aun considerándola desde el punto de vista de su influencia exterior, la cual va menguando y cayendo de una manera prodigiosa. Por una parte, su voz no ha sido ni la más autorizada ni la más decisiva en las conferencias de Londres relativas á la Bélgica, y en aquellas á que dieron ocasión los ruidosos sucesos del Oriente; y por otra, su dominación está comprometida por lo que toca á los cantones helvéticos: y por lo que toca á la Italia, se le resbala visiblemente de las manos.

Su política consiste en promover divisiones y en encender discordias: divisiones entre los Estados, para que la Italia no sea una; discordia entre los pueblos y los Príncipes, para que los Príncipes estén solos y sean flacos: discordias principalmente entre el Padre Santo y sus pueblos, para dominar á un tiempo mismo al Rey y al Pontífice, á los Estados romanos y al mundo católico. El Imperio austriaco es el primero y el más grande de todos los enemigos exteriores de Italia, y para el

Sumo Pontífice el más embarazoso de todos los obstáculos.

El segundo obstáculo le viene de la Inglaterra. Es cosa ardua y difícil por demás no caer en declamaciones vulgares, hablando de esta nación poderosísima, que hoy reina en el mar y manda en los continentes, y á quien rinden parias todas las otras naciones. El pueblo inglés lleva impresos en su fisonomía los rasgos históricos del pueblo romano: romana es su grandeza, romano su patriciado, romana su plebe, romano su heroísmo, romana su virtud. Mirad si no ese Imperio dilatadísimo: contemplad su gigantesca estructura, y dígase si no parece fábrica de romanos; poned los ojos después en ese patriciado expansivo, á un mismo tiempo, y resistente; flexible, como el junco que se mece al soplo de vientos delegados; paciente y perseverante, como si hubiera hecho pacto con la eternidad: y dígase, si ese no es el patriciado de Roma. Mirad en los *meetings* esas muchedumbres hambreadas y hambrientas, que amenazando siempre con bramidos, no dan suelta nunca á las revoluciones: y dígase, si esa no es aquella plebe romana, furiosa y contenida, cuya voz se alzaba en los tumultuosos comicios, no para pedir las cabezas de sus implacables acreedores ni para ensangrentar sus manos en los opulentos Lúculos, sino para pedir la remisión de las deudas al Senado y para pedir pan á la ley. Llamad después, uno en pos de otro, á los hombres de la Gran Bretaña, famosos por su heroísmo y su virtud, y dígase, si esa virtud y ese heroísmo no tienen cierto dejo de aquella dureza selvática y feroz que caracteriza á la virtud romana. El inglés y el romano han sido los únicos pueblos de la tierra tan duros de condición y de cerviz, que la civilización misma no ha sido poderosa para labrar en su ingénita dureza y para convertirlos en apacibles y blandos: consiste esto, en que todos los otros pueblos han sido conquistados por la civilización, mientras que ellos solos han sido sus conquistadores: en que los otros pueblos la sirvieron siempre como á señora, y ellos la pusieron á su servicio como á su esclava. Apartad ahora la vista del patriciado romano y del

inglés, de la plebe inglesa y de la romana, y poneda en ese magnífico conjunto: considerad, á un tiempo mismo y como formando un compuesto indivisible, un solo pueblo, á los patricios y plebeyos de Roma, á los patricios y plebeyos de la Gran Bretaña: contempladlos, y veréis puestos en vuestra presencia á los dos pueblos más aficionados á las artes prácticas de la guerra y de la paz, de la administración y del Gobierno, y á los más despreciadores de las ciencias especulativas, si se exceptúan la ciencia de la Religión y la ciencia de las leyes, en las que ambos se aventajan, y en las que brillan ambos, porque son las dos ciencias esencialmente viriles. El romano fué un pueblo guerrero, teólogo y legista; el inglés es un pueblo de comerciantes, y de jurisconsultos y de teólogos; uno y otro son esclavos de las fórmulas religiosas y de las fórmulas legales, hasta tal punto, que ni la empresa más liviana osan acometer sin su ayuda: pero dadles una fórmula ó una interpretación, siquiera sea farisaica, que les ponga en paz con su conciencia, y les veréis intentar las usurpaciones más ominosas, y cometer los crímenes más horrendos. Para el pueblo inglés, hay dos grandes razas en el mundo; ni menos ni más: la raza humana, y la raza inglesa: abyecta la primera, nobilísima la segunda. Dios puso á la raza humana en posesión de todos los continentes y de todos los mares; y luego crió á la raza inglesa para ponerla en posesión de la raza humana. Cuando el pueblo inglés abre la mano, y coge un Imperio, como el águila abre la garra y coge una paloma, por más que busquéis, no hallaréis en su fisonomía la huella que deja el remordimiento en el que usurpa, sino al contrario, la huella que deja el propio contentamiento en el que recobra lo suyo. El pueblo inglés está más seguro de su derecho cuando entra en una ciudad á fuego y á sangre, que esa ciudad misma cuando se defiende. El pueblo inglés es el símbolo del egoísmo humano, puesto en adoración de sí propio, y elevado por medio del éxtasis, á su última potencia.

¿Y qué va á hacer ese gran pueblo en Italia, con su gigan-

tesco heroísmo? Va á hacer allí lo que hace en Portugal, lo que hace en España, lo que hace en Grecia. Va á echar los cimientos de su propia dominación con el derribo de otras dominaciones. Va á dar al traste con el Imperio alemán, para levantar sobre sus escombros los magníficos pabellones del Imperio británico: va á convertir al Mediterráneo en un lago suyo, para el día en que suene la trompeta de las grandes batallas: va á tomar posiciones, para vencer al francés en la cuestión española. Contra el absolutismo austriaco enarbolará la bandera de la libertad; contra la libertad filosófica y descolorida del Gobierno francés, y contra la libertad católica del Padre Santo enarbolará en su día la bandera de la libertad revolucionaria. Por eso y para eso, abate los montes y colma los abismos que el cisma y la herejía pusieron entre la Iglesia anglicana y la católica: por eso y para eso, el Pontificado inglés envía Embajadores y saludos al Pontificado romano. ¡Ay de aquellos á quienes la Inglaterra honra con embajadores y agasaja con saludos! Y Roma también enviaba saludos y Embajadores á la Liga Aquea, último refugio de la independencia y de la libertad de los griegos; y la santa federación, y la noble independencia, y la libertad santa, todo acabó en un día, sólo para Roma fausto, para la Grecia lloroso, triste para el mundo.

Volvamos los ojos á la Francia. La Francia y la Inglaterra han venido al mundo, y están en el mundo para hacerse perpetuamente contraste. La Inglaterra se representa á sí misma, la Francia representa á la humanidad en la lucha que mantiene con aquella raza invasora; por eso, mientras que todo es soberbio egoísmo en la primera, todo es simpática expansión en la segunda. Volved los ojos á todas partes, al Oriente, al Occidente, al Norte, al Mediodía: buscad el punto del espacio en donde se acumulan las más grandes catástrofes y los más santos infortunios. Si ese punto no es Inglaterra, el pueblo inglés permanecerá tranquilo en su majestad indolente: pero aunque ese punto no sea la Francia, y aunque esté en las regiones polares, veréis establecida, como por encanto y de súbito, una

corriente magnética y simpática entre el punto dolorido del globo y el pueblo francés, que se levantará convulso por el dolor ajeno, moviéndose automáticamente al golpe eléctrico de sacudimientos nerviosos. No hay pueblo ninguno en la tierra, de quien la Francia no tenga una facción en su fisonomía: y como la variedad es alegre de suyo, la fisonomía francesa es la más alegre de todas. Entrad, por el contrario, en una galería de retratos ingleses, y observaréis que todos son unos, todos austeros, todos grandiosos y todos tristes; lo cual debe consistir en que la unidad, que es lo grande, sin la variedad que es lo bello, es siempre tristemente austera y tristemente grandiosa. Un inglés es grave hasta en los festines; un francés, risueño hasta en los combates. Cualquiera diría que, para el segundo, la muerte es un episodio, y nada más, de la vida; y que, para el primero, la vida es el camino, y nada más que el camino de la muerte.

En vista de lo que acabamos de decir, á nadie podrá causar extrañeza que la Francia haya hecho suyas, como por instinto, aquellas grandes causas, de donde han estado pendientes la civilización y los destinos del género humano. Ella ha conquistado el renombre glorioso de hija primogénita del catolicismo. La Italia y la Iglesia, como sus Santos Pontífices, conservaron su independencia, y guardaron el tesoro de su libertad, amparadas con el potentísimo escudo de Carlo-Magno. Carlos Martel derrota entre Tours y Poitiers al musulmán prepotente; y aquel gran Emperador, magnífico y dichoso entre cuantos llevaron el cetro de estas regiones occidentales, levanta diques contra la avenida del septentrión, salvando á la Francia y á la Europa del yugo de los bárbaros sajones.

¿Y qué es lo que hace ese gran pueblo en Italia? ¿Qué es lo que va á hacer en aquella gloriosa península? ¿Va á combatir por su libertad santa y por su nobilísima independencia, siguiendo las tradiciones Carlovingias? ¿Va á descolgarse de los Alpes para caer sobre el insolente alemán, como cayó en otro tiempo sobre los insolentes lombardos? ¿Va á preguntar, por

ventura, qué es lo que hace allí el inglés, y cómo es que tiene él, que renegó de la fe, la insolencia de aspirar á la gloria de proteger á la ciudad santa y al Padre común de todos los creyentes?

Seremos francos, y sobre todo imparciales con la Francia: y por lo tanto, diremos sin empacho y sin rebozo que su política en Italia es la política propia de los pueblos que van declinando, ó que han declinado ya, y que con los infortunios y los años han perdido hasta la memoria de sus gloriosas tradiciones: diremos sin rebozo que esa misma política, propia de los pueblos decadentes, es la seguida en España, en la Grecia, en Constantinopla, en el Libano, en el Egipto, en la Argelia y en arruecos. La Francia, ostentosa de suyo, hace alarde de su decadencia, como lo hizo de su gloria: sus retiradas y sus victorias le sirven igualmente de materia para sus vanos triunfos.

Esa visible declinación es debida á diferentes causas: se debe, por una parte, á la ascensión al poder de las clases medianamente acomodadas, las cuales tienen en poco las gloriosas aventuras de los patriciados heroicos, y llaman insensatez y locura á las aspiraciones inmensas que suelen tener las democracias en sus sublimes arrebatos: se debe, en segundo lugar, á esa transformación laboriosa, en que desde la revolución de Julio está ocupada de todos sus elementos sociales; como quiera que no es pequeña hazaña la que consiste en ajustar una sociedad á un nuevo molde, y en asentar sobre la lava ardiente de los volcanes una nueva dinastía: se debe, por último y sobre todo, á ese estéril escepticismo que la tiene como rendida y postrada; como quiera que ni los hombres escépticos han dejado nunca en pos de sí ningún rastro luminoso, ni las sociedades escépticas han dejado huella en la historia. La fe que mueve á las montañas, mueve también á las naciones: los Imperios sin creencias viven y pasan ignorados.

Esto sirve para explicar por qué la Francia va cejando en Italia y en el mundo; y para hablar sólo de Italia, ¿quién no

ve que la Francia es la única, entre todas las naciones que allí se observan mutuamente, que está sin fe y sin creencias? El Austria tiene fe en el absolutismo, como forma esencialmente conservadora de los Imperios; y se lleva en pos de sí á todos los que recelan de la libertad y de sus torpes desmanes. La Inglaterra habla en nombre de una independencia gloriosa y de una libertad turbulenta; y arrastrará en pos de sí á todos los hombres inflamables y á todos los espíritus soberbios y varoniles. Pío IX muestra á la Italia y al mundo el semblante manso y apacible de la libertad católica, inflamado con los rayos de la caridad divina; y está seguro de ver rendidos á sus pies á todos los hombres de buena voluntad y de limpios pensamientos. Por lo que hace á la Francia, no conoce la libertad católica, recela de la revolucionaria, teme al gobierno absoluto, y predica una libertad enferma y quebrada de color, que ni es grandiosa como la revolucionaria, ni, como la católica, virginalmente apacible.

Tales son los graves obstáculos, las gravísimas complicaciones con que lucha heroica, y hasta ahora dichosamente, el hombre augusto y el Pontífice Santo que hoy gobierna á la cristiandad, y á quien rinden humilde culto de admiración los Príncipes y las gentes: su deber es combatir, y combate: el nuestro es combatir á su lado sin contar los enemigos. Sólo á Dios toca después repartir con mano justiciera el vencimiento y la victoria.

DISCURSO DE RECEPCIÓN
PRONUNCIADO EN
LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
EL 16 DE ABRIL DE 1848

VOLUMEN II.

4

DISCURSO ACADÉMICO

SOBRE

LA BIBLIA

SEÑORES :

Llamado por vuestra elección á llenar el vacío que ha dejado en esta Academia un varón ilustre por su doctrina, célebre por la agudeza y la fecundidad de su ingenio, y por su literatura y su ciencia merecedor de eterna y esclarecida memoria, ¿qué podrá decir que sea digno de escritor tan eminente, y de esta nobilísima asamblea, quien como yo es pobre de fama y escaso de ingenio? Puesto en caso tan grave, me ha parecido conveniente escoger para tema de mi discurso un asunto subidísimo, que cautivando vuestra atención, os fuerce á apartar de mí vuestros ojos, para ponerlos en su grande majestad y en su sublime alteza.

Hay un libro, tesoro de un pueblo que es hoy fábula y ludibrio de la tierra, y que fué en tiempos pasados estrella del Oriente, adonde han ido á beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones, y de arrebatar las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Ese libro es la Biblia, el libro por excelencia.

En él aprendió Petrarca á modular sus gemidos: en él vió Dante sus terríficas visiones: de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, Milton no hubiera sorprendido á la mujer en

su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, á Luzbel en su primera conquista, á Dios en su primer ceño; ni hubiera podido decir á las gentes la tragedia del paraíso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje. Y para hablar de nuestra España, ¿quien enseñó al maestro Fr. Luis de León á ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba á Rioja aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y majestad, y henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos y sobre los mustios collados, y sobre las ruinas de los Imperios, como un paño de luto? ¿En cuál escuela aprendió Calderón á remontarse á las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías, y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor, con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, ó la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.

¿Y qué mucho, señores, que las literaturas se deslustren, si con la supresión de la Biblia quedarían todos los pueblos asentados en tinieblas y en sombra de muerte? Porque en la Biblia están escritos los anales del cielo, de la tierra y del género humano; en ella, como en la divinidad misma, se contiene lo que fué, lo que es, y lo que será: en su primera página, se cuenta el principio de los tiempos y el de las cosas; y en su última página el fin de las cosas y de los tiempos. Comienza con el Génesis, que es un idilio; y acaba con el Apocalipsis de

San Juan, que es un himno fúnebre. El Génesis es bello como la primera brisa que refrescó á los mundos; como la primera aurora que se levantó en el cielo; como la primera flor que brotó en los campos; como la primera palabra amorosa que pronunciaron los hombres; como el primer sol que apareció en el Oriente. El Apocalipsis de San Juan es triste como la última palpitación de la naturaleza; como el último rayo de luz; como la última mirada de un moribundo. Y entre este himno fúnebre y aquel idilio, vense pasar unas en pos de otras á la vista de Dios todas las generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos: las tribus van con sus Patriarcas; las Repúblicas con sus magistrados; las Monarquías con sus Reyes; y los Imperios con sus Emperadores: Babilonia pasa con su abominación; Nínive con su pompa; Menfis con su sacerdocio; Jerusalén con sus Profetas y su Templo; Atenas con sus artes y con sus héroes; Roma con su diadema y con los despojos del mundo. Nada está firme sino Dios; todo lo demás pasa y muere, como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ola.

Allí se cuentan ó se predicen todas las catástrofes; y por eso están allí los modelos inmortales de todas las tragedias; allí se hace el recuento de todos los dolores humanos; por eso las arpas bíblicas resuenan lúgubrementemente, dando los tonos de todas las lamentaciones y de todas las elegías. ¿Quién volverá á gemir como Job, cuando derribado en el suelo por una mano excelsa que le oprime, hinche con sus gemidos y humedece con sus lágrimas los valles de Idumea? ¿Quién volverá á lamentarse, como se lamentaba Jeremías en torno de Jerusalén, abandonada de Dios y de las gentes? ¿Quién será lúgubre y sombrío, como era sombrío y lúgubre Ezequiel, el poeta de los grandes infortunios y de los tremendos castigos, cuando daba á los vientos su arrebatada inspiración, espanto de Babilonia? Cuéntanse allí las batallas del Señor, en cuya presencia son vanos simulacros las batallas de los hombres: por eso la Biblia, que contiene los modelos de todas las tragedias, de todas las elegías, y de todas las lamentaciones, contiene también el modelo

inimitable de todos los cantos de victoria. ¿Quién cantará como Moisés, del otro lado del mar Rojo, cuando cantaba la victoria de Jehová, el vencimiento de Faraón, y la libertad de su pueblo? ¿Quién volverá á cantar un himno de victoria, como el que cantaba Débora, la Sibila de Israel, la Amazona de los hebreos, la mujer fuerte de la Biblia? Y si de los himnos de victoria pasamos á los himnos de alabanza, ¿en cuál templo resonaron jamás como en el de Israel, cuando subían al cielo aquellas voces suaves, armoniosas, concertadas, con el delicado perfume de las rosas de Jericó y con el aroma del incienso del Oriente? Si buscáis modelos de la poesía lírica, ¿qué lira habrá comparable con el arpa de David, el amigo de Dios, el que ponía el oído á las suavísimas consonancias y á los dulcísimos cantos de las arpas angélicas; ó con el arpa de Salomón, el Rey sabio y felicísimo, que puso la sabiduría en sentencias y en proverbios, y acabó por llamar vanidad á la sabiduría¹; que cantó el amor y sus regalados dejos, y su dulcísima embriaguez, y sus sabrosos transportes y sus elocuentes delirios? Si buscáis modelos de la poesía bucólica, ¿en dónde los hallaréis tan frescos y tan puros como en la época bíblica del patriarcado; cuando la mujer, la fuente y la flor eran amigas, porque todas juntas y cada una de por sí eran el símbolo de la primitiva sencillez y de la cándida inocencia? ¿Dónde hallaréis sino allí los sentimientos limpios y castos, y el encendido pudor de los esposos, y la misteriosa fragancia de las familias patriarcales?

Y ved, señores, por qué todos los grandes poetas, todos los que han sentido sus pechos devorados por la llama inspiradora de un Dios, han corrido á aplacar su sed en las fuentes bíblicas de aguas inextinguibles, que ahora forman impetuosos torrentes, ahora ríos anchurosos y hondables, ya estrepitosas cascadas y bulliciosos arroyos, ó tranquilos estanques y apacibles remansos.

Libro prodigioso aquel, señores, en que el género humano

1 Que no es la que él enseñó ilustrado del Espíritu Santo.— (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

comenzó á leer, treinta y tres siglos ha; y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas, aún no ha acabado su lectura. Libro prodigioso aquel, en que se calcula todo, antes de haberse inventado la ciencia de los cálculos: en que sin estudios lingüísticos, se da noticia del origen de las lenguas; en que sin estudios astronómicos, se computan las revoluciones de los astros; en que sin documentos históricos, se cuenta la historia; en que sin estudios físicos, se revelan las leyes del mundo. Libro prodigioso aquel, que lo ve todo y que lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan en el corazón del hombre, y los que están presentes en la mente de Dios; que ve lo que pasa en los abismos del mar, y lo que sucede en los abismos de la tierra: que cuenta ó predice todas las catástrofes de las gentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia y todos los tesoros de la venganza. Libro en fin, señores, que cuando los cielos se replieguen sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca desmayos, y el sol recoja su luz y se apaguen las estrellas, permanecerá él sólo con Dios, porque es su eterna palabra resonando eternamente en las alturas.

Ya veis, señores, cuán libre y extendido campo se abre aquí á las investigaciones de los hombres. Obligado, empero, por la índole exclusivamente literaria de esta ilustre asamblea, á considerar á la Biblia solamente como un libro que contiene la poesía de una nación digna de perdurable memoria, me limitaré á indicar algo de lo mucho que podría indicarse y decirse acerca de las causas que sirven para explicar su poderoso atractivo y su resplandeciente hermosura.

Tres sentimientos hay en el hombre, poéticos por excelencia: el amor á Dios, el amor á la mujer, y el amor á la Patria: el sentimiento religioso, el humano, y el político: por eso, allí donde es obscura la noticia de Dios, donde se cubre con un velo el rostro de la mujer, y donde son cautivas ó siervas las naciones, la poesía es á manera de llama que, falta de alimentos, se consume y desfallece. Por el contrario, allí donde Dios

brilla en su Trono con toda la majestad de su gloria, allí donde impera la mujer con el irresistible poder de sus encantos, allí donde el pueblo es libre, la poesía tiene púdicas rosas para la mujer, gloriosas palmas para las naciones, alas espléndidas para encumbrarse á las regiones altísimas del cielo.

De todos los pueblos que caen al otro lado de la Cruz, el hebreo es el único que tuvo una noticia cierta de Dios: el solo que adivinó la dignidad de la mujer y el único que puso siempre á salvo su libertad en los grandes azares de su existencia borrascosa. Y si no, volved los ojos al Oriente, al Occidente, al Septentrión y al Mediodía, y no encontraréis ni á la mujer, ni á Dios, ni al pueblo, en cuanto baña el sol, y en cuanto se extiende el mar, y en cuanto se dilatan los términos de la tierra. Desde el punto de vista religioso, todas las naciones eran idólatras, maniqueas ó panteístas. La noticia de un Dios consubstancial con el mundo, esparcida entre todas las gentes en las primitivas Edades, tuvo su origen en las regiones indostánicas. La existencia de un Dios, principio de todo bien, y de otro, principio de todo mal, haciéndole oposición y contraste, fué invención de los sacerdotes persas: y las repúblicas griegas fueron el ejemplar de las naciones idólatras. El Dios del Indostán estaba condenado á un eterno reposo; el de los persas á una impotencia absoluta: y los dioses griegos eran hombres.

Por lo que hace á la mujer, estaba condenada en todas las zonas del mundo al ostracismo político y civil, y á la servidumbre doméstica. ¿Quién reconocería en esa esclava, con la frente inclinada bajo el peso de una maldición tremenda y misteriosa, á la más bella, á la más suave, á la más delicada criatura de la creación, en cuyo divino rostro se retrata Dios, se reflejan los cielos y se miran los ángeles? Por último, señores, si buscáis un pueblo libre, un pueblo que tenga noticia de la dignidad humana, no encontraréis ninguno en todos los ámbitos de la tierra que se eleve á tan grande majestad y que se levante á tanta altura. En vano le buscaréis en aquellos Imperios portentosos del Asia, que cayendo con estrépito unos sobre

otros, vinieron todos al suelo con espantosa ruina. En vano le buscaréis en la tierra de los Faraones, donde se levantan aquellos gigantescos sepulcros, cuyos cimientos se amasaron con el sudor y con la sangre de naciones vencidas y sujetas y que publican con elocuencia muda y aterradora que aquellas vastas soledades fueron asiento un día de generaciones esclavas. Y si apartando los ojos de las regiones orientales los volvéis á las partes de Occidente, ¿qué veis en las repúblicas griegas, sino aristocracias orgullosas y tiránicas oligarquías? ¿Qué otra cosa viene á ser Esparta, silla del Imperio de la raza dórica, sino una ciudad oriental, dominada por sus conquistadores? ¿Y qué viene á ser Atenas, la heroica, la democrática, la culta, patria de los dioses y de los héroes, sino una ciudad habitada por un pueblo esclavo y por una aristocracia fiera y desvanecida, que no se llamó á sí propia pueblo, sino porque el pueblo no era nada?

Vengamos ahora á la nación hebrea; y antes de todo hablemos de su Dios, porque su nombre está escrito con caracteres imperecederos en todas las páginas de su historia. Su nombre, es Jehová; su naturaleza, espiritual; su inteligencia, infinita; su libertad, completa; su independencia, absoluta; su voluntad, omnipotente. La creación fué un acto de esa voluntad independiente y soberana. Cuanto creó con su poder, se mantiene con su providencia. Jehová mantiene á los astros en sus órbitas, á la tierra en su eje, al mar en su cauce. Las gentes se olvidaron de su nombre, y él retiró su mano de las gentes; y la inteligencia humana se vió envuelta de súbito en una eterna noche; y entonces eligió un pueblo entre todos y le llamó hacia sí, y le abrió el entendimiento para que entendiera; y entendió, y le adoró puesto de hinojos, y caminó por sus vías, y obedeció sus mandamientos, y se puso debajo de su mano llena de venganzas y de misericordias, y ejecutó el encargo de ser el instrumento de sus inexcrustables designios; y fué la luz de la tierra.

Único entre todos los pueblos, escogido y gobernado por

Dios, el pueblo hebreo es también el único cuya historia es un himno sin fin en alabanza del Dios que le conduce y le gobierna. Apartado de todas las sociedades humanas, está solo, solo con Jehová, que le habla con la voz de sus Profetas y con la de sus sacerdotes, y á quien responde con cánticos de adoración, que están resonando siempre en las cuerdas de su lira.

Los cánticos hebreos recibieron de la unidad majestuosa de su Dios su limpia sencillez, su noble majestad y su incomparable belleza. ¿Qué viene á ser la sencillez de los griegos, milagro del artificio, cuando se ponen los ojos en la sencillez hebraica, en la sencillez del pueblo predestinado, que vió en el cielo un solo Dios, en la humanidad un solo hombre y en la tierra un solo templo? ¿Cómo no había de ser maravillosamente sencillo un pueblo para quien toda la sabiduría estaba en una sola palabra, que la tierra pronunciaba con la voz de sus huracanes, el mar con la ronca voz de sus magníficos estruendos, las aves con la voz de su canto, los vientos con la voz de sus gemidos?

Lo que caracteriza al pueblo hebreo, lo que le distingue de todos los pueblos de la tierra, es la negación de sí mismo, su aniquilamiento delante de su Dios. Para el pueblo hebreo, todo lo que tiene movimiento y vida es rastro y huella de su majestad omnipotente, que resplandece así en el cedro de las montañas como en el lirio de los valles. Cada una de las palabras de Jehová constituye una época de su historia. Dios le señala con el dedo la tierra de promisión, y le promete que de su raza vendría aquel que anunció en el paraíso en los tiempos adámicos por Redentor del mundo y por Rey y Señor natural de las naciones. Esta es la época de la promesa, que corresponde á la de los Patriarcas. Apartado de los caminos del Señor, levanta ídolos en el desierto, cae en horrendas supersticiones é idolatrías, y el Señor le anuncia disturbios, guerras, cautiverios, torbellinos grandes y tempestuosos, la ruina del templo, el allanamiento de los muros de la ciudad santa, y su propia dispersión por todos los ámbitos de la tierra. Esta es la

época de la amenaza. Por último, llega la hora en la plenitud de los tiempos, y aparece en el horizonte la estrella de Jacob, y se consuma el sacrificio cruento del Calvario, y el Templo cae, y Jerusalén se desploma, y el pueblo judío se dispersa por el mundo. Esta es la época del castigo.

Ya lo veis, señores: la historia del pueblo hebreo no es otra cosa, si bien se mira, sino un drama religioso, compuesto de una promesa, de una amenaza y de una catástrofe. La promesa la oyó Abrahán, y la oyeron todos los Patriarcas; la amenaza la oyó Moisés, y la oyeron los Profetas; la catástrofe todos la presenciamos. Vivos están los autores de esta tragedia aterradora. Vivo está el Dios de Israel, que tan grandes cosas obró para enseñanza perpetua de las gentes: vivo está el pueblo desventurado que puso una mano airada y ciega en el rostro de su Dios, y que, peregrino en el mundo, va contando á las naciones sus pasadas glorias y sus presentes desventuras.

Si es una cosa puesta fuera de toda duda que la explicación de su historia está en la palabra divina, no es menos evidente que hay una correspondencia admirable entre las vicisitudes de su poesía y las evoluciones de su historia. La primera palabra de su Dios es una promesa: su primer período histórico, el patriarcado; y los primeros cantos de su musa dicen al pueblo la promesa de su Dios, y á Jehová las esperanzas de su pueblo. El encargo religioso y social de la poesía hebraica, en aquellos tiempos primitivos, era ajustar paces y alianzas entre la divinidad y el hombre: siendo los mensajeros de estas paces, por parte del hombre, su profunda adoración; por parte de la divinidad, su infinita misericordia. Nada es comparable al encanto de la poesía bíblica que corresponde á este período.

El Patriarca es el tipo de la sencillez y de la inocencia. Más bien que el varón incorruptible y justo, es el niño sin mancha de pecado: por eso oye á menudo aquella habla suavísima y deleitosa con que Dios le llama hacia sí; por eso recibe visitas de los ángeles. Más bien que el hombre recto, que anda gozoso por las vías del Señor, es el habitante del cielo que anda triste

por el mundo, porque ha perdido su camino y se acuerda de su patria. Su único padre es su Dios, los ángeles son sus hermanos. Los Patriarcas eran entonces, como los Apóstoles han sido después, la sal de la tierra. En vano buscaréis por el mundo, en aquellos remotísimos tiempos, al hombre, pobre de espíritu, rico de fe, manso y sencillo de corazón, modesto en las prosperidades, resignado en las tribulaciones, de vida inocente y de honestas y pacíficas costumbres. El tesoro de esas virtudes apacibles resplandeció solamente en las solitarias tiendas de los Patriarcas bíblicos.

Huésped en la tierra de Faraón, el pueblo hebreo se olvidó de su Dios en los tiempos adelante, y amancilló sus santas costumbres con las abominaciones egipcias: dióse entonces á supersticiones y agüeros en aquella tierra agorera y supersticiosa, y trocó á un tiempo mismo su Dios por los ídolos, y su libertad por la servidumbre. Arrancóle de ella violentamente la mano de un hombre gobernado por una fuerza sobrehumana, el más grande de los Profetas de Israel, y el más grande entre los hijos de los hombres.

Cuéntase de muchos que han ganado el señorío de las gentes, y asentado su dominación en las naciones por la fuerza del hierro: de ninguno se cuenta sino de Moisés, que haya fundado un señorío incontrastable con sólo la fuerza de la palabra. Ciro, Alejandro, Mahoma, llevaron por el mundo la desolación y la muerte; y no fueron grandes, sino porque fueron homicidas. Moisés aparta su rostro lleno de horror de las batallas sangrientas, y entra en el seno de Abrahán, vestido de blancas vestiduras y bañado de pacíficos resplandores. Los fundadores de Imperios y Principados, de que están llenas las Historias, abrieron las zanjas y echaron los cimientos de su poder, ayudados de fuertísimos ejércitos y de fantásticas muchedumbres. Moisés está solo en los desiertos de la Arabia, rodeado de un gigantesco motín por seiscientos mil rebeldes, y con esos seiscientos mil rebeldes, derribados en tierra por su voluntad soberana, se compone un grande Imperio y un vastísi-

mo Principado. Todos los filósofos y todos los legisladores han sido hijos, por su inteligencia, de otros legisladores y de más antiguos filósofos. Licurgo es el representante de la civilización dórica, Solón el representante de la cultura intelectual de los pueblos jonios, Numa Pompilio representa la civilización etrusca, Platón descende de Pitágoras, Pitágoras de los sacerdotes del Oriente. Sólo Moisés está sin antecesores.

Los babilonios, los asirios, los egipcios y los griegos estaban oprimidos por Reyes: y él funda una república. Los templos levantados en la tierra estaban llenos de ídolos: él da la traza de un magnífico santuario, que es el palacio silencioso y desierto de un Dios tremendo é invisible. Los hombres estaban sujetos unos á otros: Moisés declara que su pueblo sólo está sujeto á su Dios. Su Dios gobierna las familias por el ministerio de la paternidad; las tribus por el ministerio de los ancianos; las cosas sagradas, por el ministerio de los sacerdotes; los ejércitos, por el ministerio de sus capitanes; y la república toda, por su omnipotente palabra, que los ángeles del cielo ponen en el oído de Moisés en las humeantes cimas de los montes, que, turbándose con la presencia del que los puso allí, tiemblan en sus anchísimos fundamentos, y se coronan de rayos.

Con los Patriarcas tuvo fin la época de la promesa, y en Moisés tiene principio la época de la amenaza. Con la palabra de Dios, cambia de súbito el semblante de su pueblo; y la poesía hebrea se conforma de suyo á ese nuevo semblante y á aquella nueva palabra. Dios se ha convertido, de Padre que era, en Señor; el pueblo, de hijo que era, en esclavo: Dios le quita la libertad, en castigo de sus prevaricaciones, y en premio de su rescate. "Yo soy vuestro Dios, y vosotros sois mi pueblo," había dicho Jehová á los santos Patriarcas: "Yo soy tu Señor y tu propietario; el que te libró de la servidumbre de los Faraones,"; esto dice Jehová por la boca de Moisés á su pueblo prevaricador y rebelde; Dios deja de hablar dulce y secretamente á los hombres; los ángeles no visitan ya sus

tiendas hospitalarias; la blanca y pura flor de la inocencia no abre su casto cáliz en los campos de Israel, que resuenan lúgubrememente con amenazas fatídicas y con sordas imprecaciones. Todo es allí sombrío: el desierto con su inmensa soledad, el monte con sus pavorosos misterios, el cielo con sus aterradoros prodigios. La musa de Israel amenaza como Dios, y gime como el pueblo. Su pecho, que hierve como un volcán, está henchido hoy de bendiciones, mañana de anatemas; sus cantos imitan hoy la apacible serenidad de un cielo sin nubes; mañana el sordo estruendo de un mar en tumulto; hoy compone su rostro con la majestad épica, mañana se descomponen sus facciones con el terror dramático; poco después, parece una bacante en su desorden lírico; ya se ciñe de palmas y canta la victoria; ya se inunda de llanto, y deja que se escapen de su pecho tristes y dolorosas elegías.

Moisés, que es el más grande de todos los filósofos, el más grande de todos los fundadores de Imperios, es también el más grande de todos los poetas. Homero canta las genealogías griegas, Moisés las genealogías del género humano; Homero cuenta las peregrinaciones de un hombre, Moisés las peregrinaciones de un pueblo; Homero nos hace asistir al choque violento de la Europa y del Asia, Moisés nos pone delante las maravillas de la creación; Homero canta á Aquiles, Moisés á Jehová; Homero desfigura á los hombres y á los dioses, sus hombres son divinos y sus dioses humanos; Moisés nos muestra sin velo el rostro de Dios y el rostro del hombre. El águila homérica no subió más alta que las cumbres del Olimpo, ni voló más allá de los griegos horizontes. El águila del Sinaí subió hasta el trono resplandeciente de Dios, y tuvo debajo de sus alas todo el orbe de la tierra. En la epopeya homérica, todo es griego: griego es el poeta, griegos son los dioses, griegos los héroes. En la epopeya bíblica, todo es local y general, á un tiempo mismo. El Dios de Israel es el Dios de todas las gentes: el pueblo de Israel es sombra y figura de todos los pueblos; y el poeta de Israel es sombra y figura de todos los hombres. Entre la epo-

peya homérica y la bíblica, entre Homero y Moisés, hay la misma distancia que entre Júpiter y Jehová, entre el Olimpo y el cielo, entre la Grecia y el mundo.

Ya lo veis, señores: para los que como nosotros comprenden la inconmensurable distancia que hay entre la divinidad gentilica y la hebrea, y entre el sentimiento religioso del pueblo de Dios y el de los pueblos gentiles, la causa de la índole diversa de sus grandes monumentos poéticos no puede ser una cosa recóndita y oculta: éralo en tiempos pasados, cuando todas las gentes andaban en tinieblas, y cuando la naturaleza del hombre y la de Dios eran secretos escondidos á todos los sabios. Pero como quiera que no podéis tener por ocioso y por fuera de sazón que mayores torrentes de luz esparzan la claridad de sus rayos sobre tan ardua y tan importante materia, bueno será que haya una estación aquí para llamar vuestra atención hacia la distancia que hay entre la mujer hebrea y la gentilica, y hacia los diversos encargos que las dieron esas gentes en los domésticos hogares.

Y no extrañéis, señores, que inmediatamente después de haberos hablado de Dios, os hable de la mujer. Cuando Dios, enamorado del hombre, su más perfecta criatura, determinó hacerle el primer don, le dió en su amor infinito á la mujer, para que esparciera flores por sus sendas y luz por sus horizontes. El hombre fué el Señor, y la mujer el ángel del Paraíso.

Cuando la mujer cometió la primera de sus flaquezas, Dios permitió que el hombre cometiera el primero de sus pecados, para que vivieran juntos; juntos salieron de aquellas moradas espléndidas, con el pie lleno de temblor, el corazón de tristeza, y con los ojos oscurecidos con lágrimas. Juntos han ido atravesando las Edades, su mano puesta en su mano, ahora resistiendo grandes torbellinos y tempestades procelosas, ahora dejándose llevar mansa y regaladamente por pacíficos temporales, surcando el mar de la vida con grande bonanza y con sosegada fortuna. Al herir Dios con la vara de su justicia al

hombre prevaricador, cerrándole las puertas del delicioso jardín que para él había dispuesto con sus propias manos, tocado de misericordia quiso dejarle algo que le recordara el suave perfume de aquellas moradas angélicas; y le dejó á la mujer, para que al poner en ella sus ojos, pensara en el paraíso.

Antes que saliera del Edén, Dios prometió á la mujer que de sus entrañas nacería, andando el tiempo, el que había de quebrantar la cabeza de la serpiente. De esta manera, el Padre de todas las justicias y de todas las misericordias juntó el castigo con la promesa, y el dolor con la esperanza. Conservóse completa esta tradición primitiva, según la cual la mujer era dos veces santa, con la santidad de la promesa y con la santidad del infortunio, entre los descendientes de Set, que merecieron ser llamados hijos de Dios; alteróse, empero, notablemente entre los descendientes de Caín, que, por su mala vida y estragadas costumbres; fueron llamados hijos de los hombres; los primeros respetaron á la mujer, uniéndose con ella en la tierra con el vínculo santo, uno é indisoluble que el mismo Dios había formado en el cielo; los segundos la envilecieron y degradaron, instituyendo la poligamia, mancha del lecho nupcial; siendo Lamec el primero de quien se cuenta que tomó por suyas dos mujeres. Con estos malos principios, fueron los hombres á dar en grandes estragos; hasta que, generalizada la corrupción, se hizo necesaria la intervención divina, y la subsiguiente desaparición de los hombres de sobre la faz de la tierra, cubierta toda con las aguas purificadoras del diluvio.

Aplacado el rostro de Dios, volvió á poblarse la tierra conservando, empero, para perpetua enseñanza de los hombres, claros testimonios de sus iras; dispersáronse los hombres por todas sus zonas; y se levantaron por todas partes grandes Imperios, compuestos de diversas gentes y naciones. Hubo entonces, como en los tiempos antediluvianos, quienes fueron llamados hijos de Dios; y otros, que se llamaron hijos de los hombres: fueron los primeros los descendientes de Abrahán, de Isaac y de Jacob, que llevan en la historia el nombre de

hebreos; fueron los segundos los otros pueblos de la tierra, que llevan en la historia el nombre de gentiles.

Desfigurada entre los últimos la tradición de la mujer, no llegó hasta ellos sino una vaga noticia de su primera culpa, y no vieron en ella otra cosa sino la causa de todos los males que afligen al género humano: borrada, por otra parte, casi de todo punto la tradición del matrimonio instituido en el cielo, los pueblos gentiles ignoraban que la mujer había nacido para ser la compañera del hombre, y la convirtieron en instrumento vil de sus placeres y en víctima inocente de sus furores. Por eso instituyeron, como sus ascendientes antediluvianos, la poligamia, que es el sepulcro del amor; y por eso la dieron, cuando así cumplía á sus antojos livianos, libelo de repudio, instituyendo el divorcio, que es la disolución de la sociedad doméstica, fundamento perpetuo de todas las asociaciones humanas. Por eso la hicieron esclava de su esposo, para que estuviera sin derechos y para que permaneciera perpetuamente en su poder, como una víctima á quien la sociedad pone en manos del sacrificador, ó debajo de la mano de su verdugo.

Esto sirve para explicar, por qué el amor, que es para nosotros el más delicioso de todos los placeres y el más puro de todos los consuelos, era considerado por los gentiles como un castigo de los dioses. El amor entre el hombre y la mujer tenia algo de contrario á la naturaleza de las cosas, que repugna como un sacrilegio toda especie de unión entre seres entregados por la cólera divina á enemistades perpetuas. Cuando en los poemas griegos aparece el amor, luego al punto pasa por delante de nuestros ojos un fatídico nublado, síntoma cierto de que están cerca los crímenes y las catástrofes. El amor de Elena la adúltera pierde á Troya y al Asia; el amor de una esclava, siendo causa del odio insolente y desdénoso de Aquiles, pone á punto de sucumbir á los griegos y á la Europa. Hasta la virtud en la mujer era presagio de tremendas desventuras: la honestidad de las mujeres latinas puso el hierro en las manos romanas, y por dos veces produjo la completa

perturbación del Estado. Las catástrofes domésticas iban juntas con las catástrofes políticas. El amor toca con su envenenada flecha el corazón de Dido, y arde en llamas impuras, y se consume en los incendios de una combustión espontánea. Fedra es visitada por el dios, y se siente desfallecer, como si hubiera sido herida por el rayo, y discurre por sus venas una llama torpe y un corrosivo vitriolo. Vosotros, los que os agradaís en las emociones de los trágicos griegos, no os dejéis llevar de sus peligrosos encantos, que son encantos de sirenas. Esos amantes que allí veis, están en manos de las Euménides; huid de ellos, que están señalados con la señal de la cólera de los dioses, y están tocados de la peste.

La mujer hebrea era, por el contrario, una criatura benéfica y nobilísima. Poseedores los hebreos de la tradición bíblica, y sabedores del fin para que la mujer fué criada, la levantaron hasta sí, amándola como á compañera suya; y aun la pusieron á mayor altura que el hombre, por ser la mujer el templo en donde había de habitar el Redentor de todo el género humano. No fué, á la verdad, el matrimonio entre la gente hebrea un Sacramento, como lo había sido antes en el paraíso, y como había de serlo en adelante, cuando el anunciado al mundo viniese en la plenitud de los tiempos: fué, sin embargo, una institución grandemente religiosa y sagrada al revés de lo que era en las naciones gentílicas. Las bodas se celebraban al compás de las oraciones que pronunciaban los deudos de los esposos para atraer sobre la nueva familia las bendiciones del cielo: con estas solemnidades y estos ritos, se celebraron las bodas de Rebeca con Isaac, de Rut con Booz, y de Sara con Tobías. El gran legislador del pueblo hebreo había permitido la poligamia y el divorcio, desórdenes difíciles de ser arrancados de cuajo, cuando tan hondas raíces habían echado en el mundo, y, sobre todo, en sus zonas orientales. Esto no obstante, ni el divorcio ni la poligamia fueron tan comunes entre la gente hebrea como entre los pueblos gentiles, ni produjeron allí la disolución de la sociedad doméstica; neutrali-

zadas como estaban aquellas instituciones con saludables y santas doctrinas; por lo que hace á la esclavitud de la mujer, fué cosa desconocida en el pueblo de Dios; como quiera que la esclavitud no se compadece con aquella alta prerrogativa de ser Madre del Redentor, otorgada á la mujer desde los tiempos adámicos.

Las tradiciones bíblicas, que fueron causa de la libertad de la mujer, fueron al mismo tiempo ocasión de la libertad de los hijos: los de los gentiles caían en el poder de sus padres, los cuales tenían sobre ellos el mismo derecho que sobre sus cosas: los de los hebreos eran hijos de Dios, y uno de ellos había de ser el Salvador de los hombres. De aquí el santo respeto y ternísimo amor de los hebreos á sus hijos, igual al que tenían á sus mujeres; de aquí el exquisito cuidado de las matronas en amamantar á sus propios pechos á los que habían llevado en sus entrañas: siendo tan universal esta costumbre, que sólo se sabe de Joas, Rey de Judá, de Mifiboset y de Rebeca, que no hayan sido amamantados á los pechos de sus madres. De aquí las bendiciones que descendían de lo alto sobre los progenitores de una numerosa familia y sobre las madres fecundas. *Sus nietos son la corona de los ancianos*, dice la Sagrada Escritura. Dios había prometido á Abrahán una posteridad numerosa; y esa promesa era considerada por los hebreos como una de las más insignes mercedes; de aquí, la esmerada solicitud de sus legisladores por los crecimientos de la población; cosa advertida ya por Tácito, que, hablando del pueblo hebreo, observa lo siguiente: *Augendae tamen multitudini consulitur: nam et necare quemquam ex agnatis nefas*.

Si ponéis ahora la consideración en la distancia que hay entre la familia gentilica y la hebrea, echaréis luego de ver que están separadas entre sí por un abismo profundo: la familia gentilica se compone de un señor y de sus esclavos: la hebrea, del padre, de la mujer y de sus hijos; entran, como elementos constitutivos de la primera, deberes y derechos absolutos: en-

tran á construir la segunda deberes y derechos limitados. La familia gentilica descansa en la servidumbre; la hebrea se funda en la libertad. La primera es el resultado de un olvido; la segunda, de un recuerdo; el olvido y el recuerdo de las divinas tradiciones: prueba clara de que el hombre no ignora sino porque olvida, y no sabe sino porque aprende ¹.

Ahora se comprenderá fácilmente por qué la mujer hebrea pierde en los poemas bíblicos todo lo que tuvo entre los gentiles de sombrío y de siniestro: y por qué el amor hebreo, á diferencia del gentil, que fué incendio de los corazones, es bálsamo de las almas. Abrió los libros de los Profetas bíblicos, y en todos aquellos cuadros, ó risueños ó pavorosos, con que daban á entender á las sobresaltadas muchedumbres, ó que iba deshaciéndose el nublado, ó que la ira de Dios estaba cerca, hallaréis siempre en primer término á las vírgenes de Israel, siempre bellas y vestidas de resplandores apacibles, ahora levanten sus corazones al Señor en melodiosos himnos y en angélicos cantares, ahora inclinen bajo el peso del dolor las candidas azucenas de sus frentes.

Si reunidas en coros en las plazas públicas ó en el templo del Señor cantaban ó se movían en concertadas cadencias al compás de sonoros instrumentos, las castas y nobles hijas de Sión parecían bajadas del cielo para consuelo de la tierra, ó enviadas por Dios para regalo de los hombres. Cuando los míseros hebreos, atados al carro del vencedor, pisaron la tierra de su servidumbre, pesóles más de la pérdida de su vista que de la de su libertad; sin ellas érales el sol odioso, el día obscuro, el canto triste; y luego que por falta de lágrimas suspendieron su llanto, y por falta de fuerzas sus gemidos, cerraron sus ojos á la luz, y colgaron sus inútiles arpas en los sauces tristes de Babilonia.

Ni se contentaron los hebreos con fiar á la mujer el blando cetro de los hogares, sino que pusieron muchas veces en su

¹ El lector no dejará de percibir aquí cierta como huella del tradicionalismo profesado por Bonald y los de su escuela.—(NOTA DE LA PRESENTE EDICIÓN.)

mano fortísima y victoriosa el pendón de las batallas y el gobierno del Estado. La ilustre Débora gobernó la República en calidad de juez supremo de la nación; como General de los ejércitos, peleó y ganó batallas sangrientas; como poeta, celebró los triunfos de Israel y entonó himnos de victoria, manejando á un tiempo mismo con igual soltura y maestría la lira, el cetro y la espada.

En tiempo de los Reyes, la viuda de Alejandro Janneo tuvo el cetro diez años: la madre del Rey Asa le gobernó en nombre de su hijo, y la mujer de Hircano Macabeo fué designada por este Príncipe para gobernar el Estado después de sus días. Hasta el espíritu de Dios, que se comunicaba á pocos, descendió también sobre la mujer, abriéndola los ojos y el entendimiento para que pudiese ver y entender las cosas futuras. Hulda fué alumbrada con espíritu de profecía; y los Reyes se acercaban á ella sobresaltados de un gran temor, contritos y recelosos, para saber de sus labios lo que en el libro de la Providencia estaba escrito de su Imperio. La mujer, entre los hebreos, ahora gobernase la familia, ahora dirigiera el Estado, ahora hablara en Nombre de Dios, ahora por último avasallara los corazones, cautivos de sus encantos, era un ser benéfico, que ya participaba tanto de la naturaleza angélica como de la naturaleza humana. Leed si no el Cantar de los Cantares, y decidme si aquel amor suavísimo y delicado, si aquella esposa vestida de olorosas y candidas azucenas, si aquella música acordada, si aquellos deliquios inocentes y aquellos subidos arrobatimientos y aquellos deleitosos jardines no son más bien que cosas vistas, oídas y sentidas en la tierra, cosas que se nos han representado como en sueños en una visión del paraíso.

Y sin embargo, señores, para conocer á la mujer por excelencia; para tener noticia del encargo que ha recibido de Dios; para considerarla en toda su belleza inmaculada y altísima; para formarse alguna idea de su influencia santificadora, no basta poner la vista en aquellos bellísimos tipos de la poe-

sía hebraica, que hasta ahora han deslumbrado nuestros ojos y han embargado nuestros sentidos dulcemente. El verdadero tipo, el ejemplar verdadero de la mujer no es Rebeca, ni Débora, ni la Esposa del Cantar de los Cantares, llena de fragancias como una taza de perfumes. Es necesario ir más allá, y subir más alto; es necesario llegar á la plenitud de los tiempos, al cumplimiento de la primitiva promesa; para sorprender á Dios formando el tipo perfecto de la mujer, es necesario subir hasta el Trono resplandeciente de María. María es una criatura aparte, más bella por sí sola que toda la creación; el hombre no es digno de tocar sus blancas vestiduras; la tierra no es digna de servirla de peana, ni de alfombra los paños de brocado; su blancura excede á la nieve que se cuaja en las montañas, su rosicler al rosicler de los cielos, su esplendor al esplendor de las estrellas. María es amada de Dios, adorada de los hombres, servida de los ángeles. El hombre es una criatura nobilísima, porque es señor de la tierra, ciudadano del cielo, hijo de Dios, pero la mujer se le adelanta y le deslustra y le vence, porque María tiene nombres más dulces y atributos más altos. El Padre la llama Hija, y la envía embajadores; el Espíritu Santo la llama Esposa, y la hace sombra con sus alas; el Hijo la llama Madre, y hace su morada de su sacratísimo vientre: los serafines componen su corte; los cielos la llaman Reina; los hombres la llaman Señora; nació sin mancha, salvó al mundo, murió sin dolor, vivió sin pecado.

Ved ahí la mujer, señores, ved ahí la mujer; porque Dios en María las ha santificado á todas: á las vírgenes, porque ella fué Virgen; á las esposas, porque ella fué Esposa; á las viudas, porque ella fué Viuda; á las hijas, porque ella fué Hija; á las madres, porque ella fué Madre. Grandes y portentosas maravillas ha obrado el cristianismo en el mundo; él ha hecho paces entre el cielo y la tierra; ha destruído la esclavitud; ha proclamado la libertad humana y la fraternidad de los hombres: pero con todo eso, la más pertentosa de todas sus maravillas, la que más hondamente ha influído en la constitución de la so-

ciudad doméstica y de la civil, es la santificación de la mujer, proclamada desde las alturas evangélicas. Y cuenta, señores, que desde que Jesucristo habitó entre nosotros, ni sobre las pecadoras es lícito arrojar los baldones y el insulto; porque hasta sus pecados pueden ser borrados por sus lágrimas. El Salvador de los hombres puso á la Magdalena debajo de su amparo; y cuando hubo llegado el día tremendo en que se anubló el sol y se estremecieron y dislocaron dolorosamente los huesos de la tierra, al pie de su Cruz estaban juntas su inocentísima Madre y la arrepentida pecadora, para darnos así á entender que sus amorosos brazos estaban abiertos igualmente á la inocencia y al arrepentimiento.

Ya hemos visto de qué manera el sentimiento religioso y el del amor, y la noticia completa ó desfigurada de la divinidad y de la mujer sirven hasta cierto punto para ponernos de manifiesto las diferencias esenciales que se advierten entre la poesía bíblica y la de los pueblos gentiles. Sólo nos falta ahora, para dar fin á este discurso, que va creciendo demasiado, poner á vuestra vista, como de relieve, la inconmensurable distancia que hay entre las constituciones políticas de los pueblos más cultos entre los antiguos y la del pueblo hebreo, depositario de la palabra revelada; y el diverso influjo que esas distintas constituciones ejercieron en la diferente índole de la poesía gentilica y de la hebraica.

Ya he manifestado antes, y confirmo ahora mi primera manifestación, que las fuentes de toda poesía grande y elevada son el amor á Dios, el amor á la mujer, y el amor al pueblo; de tal manera, que la poesía pierde las alas con que vuela allí donde los poetas no pueden beber la inspiración en esos manantiales fecundos, en esas clarísimas fuentes. Para que existan esos fecundísimos amores, una cosa es necesaria: que sea conocida la divinidad con toda su pompa, la mujer con todos sus encantos, el pueblo con todas sus libertades y todas sus magnificencias; por esta razón, allí donde se da el nombre de Dios á la criatura, de mujer á una esclava, de pueblo á una

aristocracia opresora, puede afirmarse, sin temor de ser desmentido por los hechos, que la poesía con toda su pompa y majestad no existe, porque no existen esos fecundísimos amores.

Ahora bien: la noción del pueblo es el resultado de estas dos nociones: la de la asociación, y la de la fraternidad¹. ¿Sabéis lo que es el pueblo? El pueblo es una asociación de hermanos; y ved por qué la noción del pueblo no puede coexistir en el entendimiento con la de la esclavitud. De donde se sigue que el pueblo no ha podido existir ni ha existido sino en las sociedades depositarias de la idea de la fraternidad, revelada por Dios á la gente hebrea, por Jesucristo á todas las gentes. Lo que en las Repúblicas griegas se llamó pueblo, no fué ni pudo ser un verdadero pueblo; es decir, una asociación de hermanos, sino una verdadera aristocracia; ó, lo que es lo mismo, una asociación de señores.

Esto explica, por qué entre los griegos la poesía es eminentemente aristocrática. Homero canta á los Reyes y á los dioses, nos dice sus genealogías, nos cuenta sus aventuras, nos describe sus guerras, celebra su nacimiento y llora su muerte. Los poetas trágicos presentan á nuestra vista el espectáculo soberbiamente grandioso de sus amores, de sus crímenes y de sus remordimientos. Los humanos infortunios y las pasiones humanas, para ser elevadas á la dignidad y á la altura de sentimientos trágicos, debían caer sobre las frentes y conturbar los corazones de hombres de regia estirpe y de nobilísima cuna. El fratricidio no era un asunto trágico, si los fratricidas no se llamaban Eteocles y Polínice, y si la sangre no manchaba los mármoles del Trono. El incesto no era digno del coturno, si la mujer incestuosa no se llamaba Fedra ó Yocasta, y si el horrendo crimen no manchaba el tálamo de los Reyes. Por donde se ve, que entre los griegos no había asuntos trágicos, sino personas trágicas, y que la tragedia no era aquella voz de terror, aquel acerbo gemido que la humanidad

1 Luego nos hablará Donoso de la autoridad.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

deja escaparse de sus labios cuando la turban las pasiones, sino aquella otra voz fatídica y tremenda que resonaba lúgubremente en los regios alcázares, cuando los dioses querían dar en espectáculo al mundo las flaquezas de las dinastías y la fragilidad de los Imperios.

Si volvemos ahora los ojos al pueblo de Dios, nos causará maravilla la grandeza y la novedad del espectáculo. El pueblo de Dios no trae su origen ni de semidioses ni de Reyes; desciende de pastores. Hijos todos los hebreos de Abrahán, de Isaac y de Jacob, todos son hermanos. Rescatados todos de la servidumbre de Egipto, todos son libres: sujetos todos á un solo Dios y á una sola ley, todos son iguales. El pueblo de Dios es el único de la tierra, entre los antiguos, que conservó en toda su pureza la noción de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad de los hombres. Cuando Moisés les dió leyes, no instituyó el gobierno aristocrático, sino el popular; y les concedió derecho de elegir sus propios magistrados, que, en calidad de guardadores de su divino estatuto, tenían el encargo y el deber de mantenerlos á todos, así en la paz como en la guerra, bajo el Imperio igual de la justicia. Desconocíanse entre los hebreos los privilegios aristocráticos y las clases nobiliarias; y temeroso su gran legislador de que la desigual distribución de las riquezas no alterase con el tiempo aquella prudente armonía de todas las fuerzas sociales, puestas como en equilibrio y balanza, instituyó el jubileo, que venía á restablecer periódicamente esa justa balanza y ese sabio equilibrio. Dieron á sus magistrados supremos el nombre de jueces, sin duda para significar que su oficio era guardar y hacer guardar la ley que les había dado Dios por su Profeta, sin la ilegítima intervención de su voluntad particular y de sus livianos antojos. En este estado se mantuvo la República largo tiempo, hasta que el pueblo, amigo siempre de mudanzas y novedades, cambió su propio gobierno, instituyendo la Monarquía por un acto solemne de su voluntad soberana¹. Este cambio, sin em-

¹ No; Dios mismo fué quien instituyó la Monarquía entre los hebreos. Refiere el

bargo, tuvo menos de real que de aparente, como quiera que el Rey no fué sino el heredero de la autoridad del juez, limitada por la voluntad de Dios y por la voluntad del pueblo.

Por eso, el pueblo es la persona trágica por excelencia, en las tragedias bíblicas. Al pueblo se dirige la promesa y la amenaza: el pueblo es el que acepta y sanciona la ley: el pueblo es el que rompe en tumultos y rebeliones: el que levanta ídolos y los adora: el que quita jueces y pone Reyes: el que se entrega á supersticiones y agüeros: el que bendice y maldice á un tiempo mismo á sus Profetas; el que ya los levanta sobre todas las magistraturas, ya los destroza con atrocísimos tormentos: el que magnifica al Dios de Israel, y recibe con himnos de alabanza á los dioses egipcios y babilonios: el que, puesto en el trance de escoger entre las iras del Señor y sus misericordias, en el ejercicio de su voluntad soberana renuncia á sus misericordias y va delante de sus iras. En Israel no hay más que el pueblo, el pueblo lo llena todo, al pueblo habla Dios, al pueblo habla Moisés, del pueblo hablan los Profetas, al pueblo sirven los sacerdotes, al pueblo sirven los Reyes; hasta los Salmos de David, cuando no son los gemidos de su alma, son cantos populares.

Las pompas de la Monarquía duraron poco, y se desvanecieron como la espuma. Fueron David y Salomón Príncipes temerosos de Dios, amigos del pueblo, en la paz magnánimos, y en la guerra felicísimos: gobernaron á Israel con imperio templado y justo, y su prosperidad pasaba delante de sus deseos; el último fué visitado por los Reyes del Oriente; levantó el Templo del Señor sobre piedras preciosas, y le enriqueció con maderamientos dorados; la fama de sus magnificencias y

sagrado texto que los ancianos de Israel dijeron á Samuel: "Pon un Rey sobre nosotros, como lo tienen todos los pueblos,;" y que el Señor dijo al mismo Samuel: "Accede á sus deseos; mas anúnciales los derechos que el Rey ha de ejercitar sobre ellos,;" Después habiéndose presentado Saúl á Samuel, dijo á éste el Señor: "Este es el hombre á quien has de escoger por Príncipe de mi pueblo,;" Entonces Samuel, tomando óleo, lo derramó sobre la cabeza de Saúl, y le dijo: "He aquí que el Señor te ha escogido por Príncipe de su pueblo,;" Y lo presentó al pueblo diciendo estas palabras: "Bien veis al que ha elegido el Señor; y que no hay semejante á él en todo el pueblo,;" Y clamó todo el pueblo diciendo: "¡Viva el Rey!," — NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

dé su sabiduría más que humana se extendió por todas las gentes. Pero cuando estos Príncipes dichosos bajaron al sepulcro, luego al punto comenzó á despeñarse la majestad del Imperio, sin que nunca más tornara á volver en sí: dividiéronse las tribus; y rota la santa unidad del pueblo de Dios, se formaron de sus fragmentos dos Imperios enemigos, dados ambos á torpezas y deleites. Siguiéronse de aquí grandes discordias y guerras, furiosos temporales y horrendas desventuras. Los Reyes se hicieron idólatras y adoraron los ídolos: los sacerdotes se entregaron al ocio y al descanso. El pueblo se había olvidado de su Dios, y las muchedumbres tumultuaban en las calles.

En medio de tan procelosas tempestades, y corriendo tiempos tan turbios y aciagos, despertó Dios á sus grandes Profetas, para que hicieran resonar en Judá el eco de su palabra y sacaran de su profundo olvido y hondo letargo á los Reyes idólatras, á los sacerdotes ociosos y á aquellas bárbaras muchedumbres, dadas á sediciones y tumultos. Jamás en ningún pueblo de la tierra, antiguo ni moderno, hubo una institución tan admirable, tan santa y tan popular como la de los Profetas del pueblo de Dios.

Atenas tuvo poetas y oradores: Roma tribunos y poetas. Los Profetas del pueblo de Dios fueron poetas, tribunos y oradores á un tiempo mismo: como los poetas, cantaban las perfecciones divinas; como los tribunos, defendían los intereses populares; como los oradores, proponían lo que juzgaban conforme á las conveniencias del Estado. Un Profeta era más que Homero, más que Demóstenes, más que Graco; era Graco, Homero y Demóstenes á un mismo tiempo. El Profeta era el hombre que daba de mano á todo regalo de la carne y á todo amor de la vida, y que, mensajero de Dios, tenía el encargo de poner su palabra en el oído del pueblo, en el oído de los sacerdotes y en el oído de los Reyes. Por eso los Profetas amenazaban, imprecaban, maldecían; por eso dejaban escaparse de sus pechos, poderosas, tremendas, aquellas voces de temor y de espanto, que se oían en Jerusalén cuando venía sobre ella con

ejército fortísimo y numerosísimo el Rey de Babilonia, ministro de las venganzas de Jehová y de sus iras celestiales. Los poetas cesareos miraban siempre, antes de hablar, los semblantes de los Príncipes.

Los oradores y los tribunos de Atenas y de Roma tenían puestos los ojos, antes de soltar los torrentes de su elocuencia, en los semblantes del pueblo; los Profetas de Israel cerraban los ojos para no lisonjear ni los gustos de los pueblos ni los antojos de los Reyes, atentos sólo á lo que Dios les decía interiormente en sus almas: por eso hicieron frente á los odios implacables de los Príncipes, que habiendo puesto su sacrílega mano en el Templo de Dios, no temían ponerla en el rostro augusto de sus Profetas: por eso resistieron con constantísimo semblante á la grande indignación y bramido popular, creciendo su constancia al compás de la persecución y al compás de las olas de aquellas furiosas tempestades, sin que se doblegasen sus almas sublimes al miedo de los tormentos: por eso en fin, casi todos, ó entregaron sus gargantas al cuchillo, ó buscaron en tierras extrañas un triste sepulcro.

Yo no sé, señores, si hay en la historia un espectáculo más bello que el de los Profetas del pueblo de Dios luchando armados con el solo misterio de la palabra contra todas las potestades de la tierra. Yo no sé si ha habido en el mundo poetas más altos, oradores más elocuentes, hombres más grandes, más santos y más libres; nada faltó á su gloria, ni la santidad de la vida, ni la santidad de la causa que sustentaron, ni la corona del martirio.

Con los Profetas tuvo fin la época de la amenaza; con el Salvador del mundo, comienza la época del castigo. Antes de poner término á este discurso, hagamos todos aquí una estación; recojamos el espíritu y el aliento, porque el momento es tan terrible como solemne.

Sófocles escribió una de las más bellas tragedias del mundo, que intituló *Edipo Rey*. Esta tragedia ha sido traducida, imitada, reformada por los más bellos ingenios, y á nosotros

nos ha cabido la suerte de poseer con ese título una de las tragedias que más honran nuestra literatura clásica.

Pero hay otra tragedia más admirable, más portentosa todavía, que corre sin nombre de autor, y á quien su autor no puso título, sin duda porque no es una tragedia especial, sino más bien la tragedia por excelencia. Son sus actores principales Dios y un pueblo; el escenario es el mundo, y al prodigioso espectáculo de su tremenda catástrofe asisten todas las gentes y todas las naciones. Entre esa gran tragedia y la de Sófocles, á vuelta de algunas diferencias, hay tan maravillosas semejanzas, que me atrevería á intitularla *Edipo pueblo*.

Edipo adivina los enigmas de la esfinge, y es reputado por el más sabio y el más prudente de los hombres; el pueblo judío adivina ¹ el enigma de la humanidad, oculto á todas las gentes, es decir, la unidad de Dios y la unidad del género humano: y es llamado por Jehová antorcha de todos los pueblos. Los dioses dan á Edipo la victoria sobre todos los competidores, y le asientan en el Trono de Tebas. Jehová lleva como por la mano al pueblo hebreo á la tierra de promisión, y le saca vencedor de todos sus enemigos. Los dioses, por la voz de los oráculos délficos, habían anunciado á Edipo, entre otras cosas nefandas, que sería el matador de su padre; Jehová, por la voz de los oráculos bíblicos, había anunciando á los judíos que matarían á su Dios. Un hombre muere á manos de Edipo en una senda solitaria: un hombre muere á manos del pueblo de Dios en el Calvario: este hombre era el Dios de Judá; aquel hombre era el padre de Edipo. Yo no sé lo que hay; pero algo hay, señores, en este *similiter cadens* de la historia, que causa un involuntario, pero profundísimo estremecimiento.

Ya lo veis, señores: unos mismos son los oráculos, y una misma la catástrofe: ahora veréis cómo una misma ceguedad hace inevitable esa catástrofe, y hace buenos aquellos tremendos oráculos.

¹ La palabra *adivinar* no es aquí exacta, pero es seguro que en la mente del mismo Donoso Cortés no debe tomarse literalmente.—(NOTA DE LA PRESENTE EDICIÓN.)

Edipo sabe que mató á aquel hombre en aquella senda; pero su conciencia está tranquila, porque su padre era Polibio; Polibio estaba muy lejos de allí, y el que murió á sus manos era desconocido y extranjero. Los judíos saben que mataron al hombre de Nazaret, saben que le pusieron en una Cruz en el monte Calvario y que le pusieron entre dos ladrones para más escarnecerle; pero su conciencia está tranquila; su Dios había de venir, pero aún estaba lejos; su Dios había de ser conquistador y Rey, y había de rugir como el león de Judá; mientras que el hombre de la Cruz había nacido en pobre lugar, de padres pobres, y no había encontrado una piedra en donde reclinar su frente. “Si eres hijo de Dios ¿por qué no bajas de la Cruz?”, dijo el pueblo judío. “Si el que murió á mis manos me había dado el ser, ¿cómo al darle la muerte no salto el corazón en mi pecho? ¿Cómo es que no me habló la voz de la sangre?”, esto dijo el Rey parricida. Y el pueblo matador de su Dios, y el hombre matador de su padre se complacieron en su sagacidad, y escarnecieron á los oráculos, y se mofaron de los Profetas.

Pero la divinidad implacable, que calladamente está en ellos y, obra en ellos, los empuja para que caigan, y quita la luz de sus ojos para que no vean los abismos ¹. Ambos se hallan poseídos de súbito de una curiosidad inmensa, sobrehumana. Edipo pregunta á Yocasta, pregunta á Tiresias, pregunta al anciano que sabe su secreto: “¿Quién es el hombre de la senda? ¿Quién es mi padre? ¿Quién soy yo?”. El pueblo judío pregunta á Jesús: “¿Quién eres? ¿Eres, por ventura, nuestro Dios y nuestro Rey?”. El drama aquí comienza á ser terribilísimo: no hay pecho que no sienta una opresión dolorosa, inexplicable, increíble; ni frente que no esté bañada con sudores; ni alma que no desfallezca con angustias.

Entretanto, la cólera de los dioses cae sobre Tebas: la peste diezma las familias y envenena las aguas y los aires. El

¹ Tampoco ha de tomarse esta cláusula al pie de la letra.—(NOTA DE LA PRESENTE EDICIÓN.)

cielo se deslustra, las flores pierden su fragancia, los campos su alegría. En la populosa ciudad reina el silencio y el espanto, la desolación y la muerte. Las matronas tebanas discurren por los templos, y con votos y plegarias cansan á los dioses. Sobre Jerusalén la mística, la gloriosa, cae un velo fúnebre: por aquí van santas mujeres que se lamentan; por allí discurren en tumulto muchedumbres que se enfurecen. Todas las trompetas proféticas resuenan á la vez en la ciudad sorda, ciega y maldita, que lleva al Calvario al Justo. “Una generación no pasará sin que vengan sobre vosotras, matronas de Sión, tan grandes desventuras, que seréis asombro de las gentes: ya, ya asoman por esos repechos las romanas legiones: ya cruzan por los aires, trayendo el rayo de Dios, las águilas capitolinas. ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Ay de tus hijos! Porque tienen hambre y no encuentran pan, tienen sed y no encuentran agua; quieren hacer plegarias y votos en el Templo de Dios, y están sin Dios y sin Templo; quieren vivir, y á cada paso tropiezan con la muerte; quieren una sepultura para sus cuerpos, y sus cuerpos yacen en los campos sin sepultura, y son pasto de las aves.”

Edipo sale de su alcázar para consolar á su pueblo moribundo, y gobernando los dioses su lengua, los toma por testigos de que el culpable será puesto á tormento y echado de la tierra: lanza sobre él anticipadamente la excomunión sacerdotal; le maldice en nombre de la tierra y del cielo, de los dioses y de los hombres, y carga su cabeza con las execraciones públicas. El pueblo judío, tomado de un vértigo caliginoso, poseído de un frenesí delirante, puesto debajo de la mano soberana que le anubla los ojos y le obscurece la razón, y ardiendo en la fragua de sus furores, exclama diciendo: *Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* ¡Desventurado pueblo! ¡Desventurado Rey! Ellos pronuncian su propia sentencia, siendo á un tiempo mismo jueces, víctimas y verdugos. Y después, cuando los oráculos bíblicos y los délficos se cumplieron, los torbellinos arrancan al pueblo deicida

de la tierra de promisión, y el parricida huye del Trono de Tebas.

Edipo fué horror de la Grecia: el pueblo judío es horror de los hombres. Edipo caminó con los ojos sin luz, de monte en monte y de valle en valle, publicando las venganzas divinas: el pueblo judío camina, sin lumbre en los ojos y sin reposarse jamás, de pueblo en pueblo, de región en región, de zona en zona, mostrando en sus manos una mancha de sangre, que nunca se quita y nunca se seca. Prefirió la ley del Talión á la ley de la Gracia; y el mundo le juzga por la ley que él mismo se ha dado; dió bofetadas á su Dios, y ha ya diecinueve siglos que está recibiendo las bofetadas del mundo; escupió en el rostro de Dios, y el mundo escupe en su rostro; despojó á su Dios de sus vestiduras, y las naciones confiscan sus tesoros, y le arrojan desnudo al otro lado de los mares; dió á beber á su Dios vinagre con hiel, y con beber en ella á todas horas el pueblo deicida, no consigue apurar la copa de las tribulaciones; puso en los hombros de su Dios una Cruz pesadísima, y hoy se inclina su frente bajo el peso de todas las maldiciones humanas; crucificó, y es crucificado. Pero el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, al mismo tiempo que justiciero, es clemente; mientras que los dioses ningún otro consuelo dejaron á Edipo sino su Antígona, el Dios que murió en la Cruz, en prenda de su misericordia, dejó á sus matadores la esperanza.

Entre la tragedia de Sófocles y esa otra tragedia sin nombre y sin título, cuya maravillosa grandeza acabo de exponer á vuestros ojos con toda su terrible majestad, hay la misma distancia que entre los dioses gentílicos y el Dios de los hebreos y los cristianos; la misma que entre la Fatalidad y la Providencia: la misma que entre las desdichas de un hombre y las desventuras de un pueblo que ha sido el más libre de todos los pueblos y el más grande de todos los poetas.

He terminado, señores, el cuadro que me había propuesto presentar ante vuestros ojos: si os parece bello y sublime, su sublimidad y su belleza están en él como trazado que ha sido

por el mismo Dios en la larga y lamentable historia de un pueblo maravilloso: si en él encontráis grandes lunares y sombras, esas sombras y esos lunares son míos: por ellos reclamo vuestra indulgencia; vuestra indulgencia, señores, que nunca ha sido negada á los que, como yo, la imploran, y á los que, como yo, la necesitan.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL CONGRESO EL DIA 4 DE ENERO DE 1849

PRECEDIDO

de un artículo inserto en *EL HERALDO* del 30 de Noviembre de 1848,

Y SEGUIDO DE LA

CORRESPONDENCIA CON EL SEÑOR CONDE DE MONTALEMBERT,

y de la

POLÉMICA CON ALGUNOS PERIÓDICOS

ADVERTENCIA DEL EDITOR ¹

Reuniendo en un mismo cuaderno los escritos que van contenidos en éste, no solamente cumplimos lo que exige el orden cronológico de su producción respectiva, sino que también creemos satisfacer á lo que pide el orden lógico, como quiera que son partes integrantes de una sola idea. Nos ha parecido que el inmediato siguiente ARTÍCULO sobre los sucesos de Roma puede y aun debe considerarse como natural preámbulo del DISCURSO que insertamos después; así como la CORRESPONDENCIA con el Conde de MONTALEMBERT, y la POLÉMICA periodística que siguen al DISCURSO, son evidentemente no sólo una secuela del mismo, sino un luminoso comentario y epílogo de las grandes ideas en él contenidas.

Las dos cartas que publicamos del Conde de MONTALEMBERT las traducimos fielmente de sus propios originales. Las de DONOSO fueron publicadas por algunos periódicos españoles, traducidas del francés; y nosotros ahora las reproducimos conforme á los propios borradores en castellano, escritos por su autor. La primera de estas cartas suscitó protestas y refutaciones de varia índole en algunos periódicos españoles de la época, que fueron la ocasión del comunicado de DONOSO, inserto aquí en último lugar con el nombre de POLÉMICA, y cuyo texto mismo nos parece expresar con sobrada extensión los cargos á que responde para juzgarnos dispensados de exponerlos más detalladamente.

Por lo demás, no terminaremos esta advertencia sin llamar

¹ D. Gabino Tejado.

de nuevo y muy eficazmente la atención del lector sobre todas estas producciones, que fueron la pública y solemne inauguración de las creencias y doctrinas en cuya virtud ganó el Marqués de VALDEGAMAS tan ilustre renombre de filósofo católico, y una celebridad en el orbe cristiano, tan lisonjera para España como, lo que importa más, tan provechosa á la eterna y santa causa de la Religión verdadera.



ARTÍCULO

SOBRE

LOS SUCESOS DE ROMA

PUBLICADO EN EL «HERALDO» DEL 30 DE NOVIEMBRE DE 1848

La demagogia, que va caminando por la Europa, como las furias antiguas, coronada de serpientes; que va dejando en todas partes en pos de sí manchas rojizas y sangrientas; que ha hollado en París todos los tesoros de la civilización, en Viena toda la majestad del Imperio, en Berlín la cumbre de la Filosofía, viniéndole estrecho á su ambición tan portentoso teatro, ha levantado su trono, y ha asentado su yugo en Roma la santa, la imperial, la pontificia, la eterna.

Allí donde el Vicario de Jesucristo bendice al mundo y á la ciudad, se levanta arrogante, impía, rencorosa, frénética, y como poseída de un vértigo, y como tomada del vino, esa democracia insensata y feroz, sin Dios y sin ley, que oprime á la ciudad y que conturba al mundo.

Las colinas de Roma han presenciado el tumultuoso desfile de todos aquellos pueblos bárbaros que, ministros de la ira de Dios, antes de sujetar á la tierra, vinieron á saludar respetuosos y sumisos á la Reina de las gentes. Atila el bárbaro, el implacable; Alarico el potentísimo, el soberbio, sintieron desfallecer sus bríos, templarse su arrogancia, amansarse su ferocidad, disiparse su cólera y humillarse su soberbia en presencia de la ciudad inmortal y de sus Pontífices santos. Corred, del Oriente al Occidente, del Septentrión al Mediodía: abarcad

con la memoria todos los tiempos, y con los ojos todos los espacios: y en toda la prolongación de los primeros, y en toda la inmensidad de los segundos, no hallaréis un solo individuo de la especie humana, que no reverencie la virtud y que no respete la gloria. Sólo la demagogia ni respeta la virtud, esa gloria del cielo, ni la gloria, esa virtud de las naciones; la demagogia, que atacando todos los dogmas religiosos, se ha puesto fuera de toda Religión; que atacando todas las leyes humanas y divinas, se ha puesto fuera de toda ley; que atacando simultáneamente á todas las naciones, no tiene Patria; que atacando todos los instintos morales de los hombres, se ha puesto fuera del género humano. La demagogia es una negación absoluta: la negación del Gobierno en el orden político, la negación de la familia en el orden doméstico, la negación de la propiedad en el orden económico, la negación de Dios en el orden religioso, la negación del bien en el orden moral. La demagogia no es un mal, es el mal por excelencia: no es un error, es el error absoluto: no es un crimen cualquiera; es el crimen en su acepción más terrífica y más lata. Enemiga irreconciliable del género humano, y habiendo venido á las manos con él en la más grande batalla que han visto los hombres y que han presenciado los siglos, el fin de su lucha gigantesca será su propio fin ó el fin de los tiempos.

Todas las cosas humanas caminan hoy á su final desenlace con una rapidez milagrosa. El mundo vuela; Dios ha querido darle alas en su vejez, como dió en su vejez hijos á la mujer estéril de la Escritura. Dios le ha puesto las alas con que vuela, y él no sabe adónde va. ¿Adónde iba el pueblo cuando levantó en París sus barricadas de Febrero? Iba á la reforma, y se encontró en la República. ¿Adónde iba cuando levantó sus barricadas de Junio? Iba al socialismo, y se encontró en la dictadura. ¿Adónde iba Carlos Alberto cuando descendió con ejército potente á las llanuras lombardas? Iba á Milán, y se encontró en Turín. ¿Adónde iba el ejército austriaco cuando salió vencido de Milán? Iba á encumbrar los Alpes, y se en-

contró en Milán? ¿Adónde iban esos pueblos italianos, levantados de sus asientos como si obedecieran á una voz imperiosa bajada de las alturas? Iban á vencer á un Imperio vivo, y fueron vencidos por él, como los moros por el Cid, después de muerto. ¿Adónde van esos esclavos croatas? Van á Viena á defender la democracia esclavona, y se vuelven después de haber levantado al César sobre sus escudos, como los antiguos francos. ¿Adónde van los magyares, esa raza nobilísima de nobles caballeros? Van á sostener la aristocracia feudal en las aguas del Danubio, y tienden la mano á la demagogia alemana. ¿Adónde van los asesinos de Rossi? Van al Quirinal á robar á un Rey una corona, y, sin saberlo, ponen en su sagrada frente una Corona más: la corona del martirio.

El mártir santo es hoy más grande, es hoy más fuerte á los ojos atónicos de la Europa que el Rey augusto. La demagogia no reinará en el mundo sino en calidad de esclava de Dios, y como instrumento de sus designios. ¿Qué importa que ella vaya al Capitolio? ¿Quién es en estos tiempos el que llega adonde va? ¿Quién es aquel á quien el claro día no se le hace obscura noche, que le extravía en su camino? Si la Francia fué á la República pensando ir á la reforma; si después fué á la dictadura pensando ir al falansterio; si Carlos Alberto fué á Turín pensando ir á Milán; si Radetzky fué á Milán pensando ir á los Alpes, ¿qué mucho que la demagogia romana, pensando ir al Capitolio, vaya á la Roca Tarpeya?

Los demagogos de nuestros días, habiendo llegado ya al paroxismo de su soberbia, han renovado la guerra de los titanes, y pugnan por escalar el Quirinal, poniendo cadáver sobre cadáver, como los titanes pugnaron por escalar el cielo, poniendo monte sobre monte, Pelión sobre Osa. ¡Vanos intentos! ¡Soberbia vana! ¡Locura insigne! En este duelo del demagogo contra Dios, ¿quién habrá que tema por Dios... si no es acaso demagogo?

Pueblos, escuchad; extraviadas muchedumbres, poned un oído atento, y guardaos: porque, al paso con que caminan los

crímenes, la hora de la expiación está cerca. Ni el mundo en su paciencia, ni Dios en su misericordia, pueden sufrir por más tiempo tan horrendas bacanales. Dios no ha puesto á su Vicario en un Trono para que caiga en manos de alevos asesinos. El mundo católico no puede consentir que el guardador del dogma, el promulgador de la fe, el Pontífice santo, augusto é infalible, sea el prisionero de las turbas romanas. El día que consintiera el mundo católico tamaño desafuero, el catolicismo habría desaparecido del mundo, y el catolicismo no puede pasar: antes pasarán con estrépito y en tumulto los cielos y la tierra, los astros y los hombres. Dios ha prometido el puerto á la barca del Pescador: ni Dios ni el mundo pueden consentir que la demagogia encumbre su seguro y altísimo promontorio. Sin la Iglesia nada es posible sino el caos, sin el Pontífice no hay Iglesia, sin independencia no hay Pontífice. La cuestión, tal como viene planteada por los demagogos de Roma, no es una cuestión política, es una cuestión religiosa; no es una cuestión local, es una cuestión europea; no es una cuestión europea, es una cuestión humana. El mundo no puede consentir, y no consentirá, que la voz del Dios vivo sea el eco de una docena de demagogos del Tíber; que sus sentencias sean las sentencias de Asambleas tumultuosas, independientes y soberanas; que la demagogia romana confisque en su provecho la infalibilidad prometida al Obispo de Roma: que los oráculos demagógicos reemplacen á los oráculos pontificios. No: eso no puede ser, y eso no será, si no es que hemos llegado á aquellos pavorosos días apocalípticos, en que un gran imperio anticristiano se extenderá desde el centro hasta los polos de la tierra, en que la Iglesia de Jesucristo padecerá espantosos desmayos, en que se suspenderá por única vez el sacrificio tremendo, y en que, después de inauditas catástrofes, será necesaria la intervención directa de Dios para poner á salvo su Iglesia, para derrocar al soberbio y para despeñar al impío.

Al punto que han llegado las cosas, una solución radical

es urgentísima. Las sociedades no pueden más, y es menester, ó que la demagogia acabe, ó que la demagogia acabe con las sociedades humanas: ó una reacción, ó la muerte. Dios nos dará en su justicia la primera, para librarnos en su misericordia de la segunda.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL CONGRESO EL 4 DE ENERO DE 1849

SEÑORES :

El largo discurso que pronunció ayer el Sr. Cortina, y á que voy á contestar, considerándole desde un punto de vista restringido, á pesar de sus largas dimensiones, no fué más que un epílogo: el epílogo de los errores del partido progresista, los cuáles á su vez no son más que otro epílogo: el epílogo de todos los errores que se han inventado de tres siglos á esta parte, y que traen conturbadas más ó menos hoy día todas las sociedades humanas.

El Sr. Cortina, al comenzar su discurso, manifestó con la buena fe que á S. S. distingue, y que tanto realza su talento, que él mismo algunas veces había llegado á sospechar si sus principios serían falsos, si sus ideas serían desastrosas, al ver que nunca estaban en el Poder y siempre en la oposición. Yo diré á S. S. que por poco que reflexione, su duda se cambiará en certidumbre. Sus ideas no están en el Poder y están en la oposición, cabalmente porque son ideas de oposición, y porque no son ideas de Gobierno. Señores, son ideas infecundas, ideas estériles, ideas desastrosas, que es necesario combatir hasta que queden enterradas aquí, en su cementerio natural, bajo de estas bóvedas, al pie de esta tribuna. (*Aplauso general en los bancos de la mayoría.*)

El Sr. Cortina, siguiendo las tradiciones del partido á quien capitanea y representa; siguiendo, digo, las tradiciones

de este partido desde la revolución de Febrero, ha pronunciado un discurso dividido en tres partes, que yo llamaré inevitables. Primera, un elogio del partido, fundado en una relación de sus méritos pasados. Segunda, el memorial de sus agravios presentes. Tercera, un programa, ó sea una relación de sus méritos futuros.

Señores de la mayoría: yo vengo aquí á defender vuestros principios, pero no esperéis de mí ni un sólo elogio; sois los vencedores, y nada sienta tan bien en la frente del vencedor como una corona de modestia. (*¡Bien, bien!*)

No esperéis de mí, señores, que hable de vuestros agravios: no tenéis agravios personales que vengar, sino los agravios hechos á la sociedad y al Trono por los traidores á su Reina y á su Patria. No hablaré de vuestra relación de méritos. ¿Para qué fin hablaría de ellos? ¿Para que la nación los sepa? La nación se los sabe de memoria. (*Risas.*)

El Sr. Cortina dividió su discurso en dos partes, que desde luego se presentan al alcance de todos los señores diputados. Su señoría trató de la política exterior del Gobierno, y llamó política exterior, importante para España, á los acontecimientos ocurridos en París, en Londres y en Roma. Yo tocaré también estas cuestiones.

Después descendió S. S. á la política interior; y la política interior, tal como la ha tratado el Sr. Cortina, se divide en dos partes: una, cuestión de principios; y otra, cuestión de hechos: una, cuestión de sistema; y otra, cuestión de conducta. Á la cuestión de hechos, á la cuestión de conducta ya ha contestado el Ministerio, que es á quien correspondía contestar, que es quien tiene los datos para ello, por el órgano de los Sres. Ministros de Estado y Gobernación, que han desempeñado este encargo con la elocuencia que acostumbran. Me queda para mí casi intacta la cuestión de principios: esta cuestión solamente abordaré; pero la abordaré, si el Congreso me lo permite, de lleno. (*Atención.*)

Señores: ¿cuál es el principio del Sr. Cortina? El principio

de S. S., bien analizado su discurso, es el siguiente: en la política interior, la legalidad: todo por la legalidad, todo para la legalidad; la legalidad siempre, la legalidad en todas circunstancias, la legalidad en todas ocasiones; y yo, señores, que creo que las leyes se han hecho para las sociedades, y no las sociedades para las leyes (*¡Muy bien, muy bien!*), digo: la sociedad, todo para la sociedad: todo por la sociedad; la sociedad siempre, la sociedad en todas circunstancias, la sociedad en todas ocasiones. (*¡Bravo, bravo!*)

Cuando la legalidad basta para salvar la sociedad, la legalidad; cuando no basta, la dictadura. Señores, esta palabra tremenda (que tremenda es, aunque no tanto como la palabra revolución, que es la más tremenda de todas) (*Sensación*); digo que esta palabra tremenda ha sido pronunciada aquí por un hombre que todos conocen: este hombre no ha sido hecho por cierto de la madera de los dictadores. Yo he nacido para comprenderlos, no he nacido para imitarlos. Dos cosas me son imposibles: condenar la dictadura y ejercerla. Por eso (lo declaro aquí alta, noble y francamente) estoy incapacitado de gobernar; no puedo aceptar el Gobierno en conciencia; yo no podría aceptarle sin poner la mitad de mí mismo en guerra con la otra mitad; sin poner en guerra mi instinto contra mi razón, sin poner en guerra mi razón contra mi instinto. (*¡Muy bien, muy bien!*)

Por esto, señores, y yo apelo al testimonio de todos los que me conocen, ninguno puede levantarse ni aquí ni fuera de aquí, que haya tropezado conmigo en el camino de la ambición, tan lleno de gentes (*Aplausos*), ninguno. Pero todos me encontrarán, todos me han encontrado en el camino modesto de los buenos ciudadanos. Sólo así, señores, cuando mis días estén contados, cuando baje al sepulcro, bajaré sin el remordimiento de haber dejado sin defensa á la sociedad bárbaramente atacada, y al mismo tiempo sin el amarguísimo y para mí insoportable dolor de haber hecho mal á un hombre.

Digo, señores, que la dictadura en ciertas circunstancias,

en circunstancias dadas, en circunstancias como las presentes, es un gobierno legítimo, es un gobierno bueno, es un gobierno provechoso, como cualquier otro gobierno; es un gobierno racional, que puede defenderse en la teoría, como puede defenderse en la práctica. Y si no, señores, ved lo que es la vida social.

La vida social, como la vida humana, se compone de la acción y de la reacción, del flujo y reflujo de ciertas fuerzas invasoras y de ciertas fuerzas resistentes.

Esta es la vida social, así como esta es también la vida humana. Pues bien: las fuerzas invasoras, llamadas enfermedades en el cuerpo humano, y de otra manera en el cuerpo social, pero siendo esencialmente la misma cosa, tienen dos estados: hay uno en que están derramadas por toda la sociedad, en que están representadas sólo por individuos; hay otro estado agudísimo de enfermedad, en que se reconcentran más, y están representadas por asociaciones políticas. Pues bien: yo digo que no existiendo las fuerzas resistentes, lo mismo en el cuerpo humano que en el cuerpo social, sino para rechazar las fuerzas invasoras, tienen que proporcionarse necesariamente á su estado. Cuando las fuerzas invasoras están derramadas, las resistentes lo están también; lo están por el Gobierno, por las autoridades, por los Tribunales, en una palabra, por todo el cuerpo social; pero cuando las fuerzas invasoras se reconcentran en asociaciones políticas, entonces necesariamente, sin que nadie lo pueda impedir, sin que nadie tenga derecho á impedirlo, las fuerzas resistentes por sí mismas se reconcentran en una mano. Esta es la teoría clara, luminosa indestructible de la dictadura.

Y esta teoría, señores, que es una verdad en el orden racional, es un hecho constante en el orden histórico. Citadme una sociedad que no haya tenido la dictadura, citádmela. Ved si no qué pasaba en la democrática Atenas; qué pasaba en la aristocrática Roma. En Atenas ese poder omnipotente estaba en las manos del pueblo, y se llamaba ostracismo; en Roma ese

poder omnipotente estaba en manos del Senado, que le delegaba en un varón consular; y se llamaba, como entre nosotros, dictadura. (*¡Bien, bien!*) Ved las sociedades modernas, señores; ved la Francia en todas sus vicisitudes. No hablaré de la primera República, que fué una dictadura gigantesca, sin fin, llena de sangre y de horrores. Hablo de época posterior. En la Carta de la Restauración, la dictadura se había refugiado ó buscado un asilo en el art. 14: en la Carta de 1830 se encontró en el preámbulo. ¿Y en la República actual? De ésta no digamos nada: ¿Qué es sino la dictadura con el mote de República? (*Estrepitosos aplausos.*)

Aquí se ha citado, y en mala hora, por el Sr. Gálvez Cañero la Constitución inglesa. Señores: la Constitución inglesa cabalmente es la única en el mundo (tan sabios son los ingleses) en que la dictadura no es de derecho excepcional, sino de derecho común. Y la cosa es clara: el Parlamento tiene en todas ocasiones, en todas épocas, cuando quiere, el poder dictatorial; pues no tiene más límite que el de todos los poderes humanos, la prudencia; tiene todas las facultades, y éstas constituyen el poder dictatorial de hacer todo lo que no sea hacer de una mujer un hombre ó de un hombre una mujer, como dicen sus juriconsultos. (*Risas.*) Tiene facultades para suspender el *habeas corpus*, para proscribir por medio de un *bill d'attainder*; puede cambiar de Constitución; puede variar hasta de dinastía, y no sólo de dinastía, sino hasta de Religión, y oprimir las conciencias; en una palabra: lo puede todo. ¿Quién ha visto, señores, una dictadura más monstruosa? (*¡Bien, bien!*)

He probado que la dictadura es una verdad en el orden teórico; que es un hecho en el orden histórico. Pues ahora voy á decir más: la dictadura, pudiera decirse, si el respeto lo consintiera, que es otro hecho en el orden divino.

Señores: Dios ha dejado hasta cierto punto á los hombres el gobierno de las sociedades humanas, y se ha reservado para sí exclusivamente el gobierno del universo. El universo está

gobernado por Dios, si pudiera decirse así, y si en cosas tan altas pudieran aplicarse las expresiones del lenguaje parlamentario, constitucionalmente. (*Grandes risas en los bancos de la izquierda.*) Y, señores, la cosa me parece de la mayor claridad, y de la mayor evidencia. Está gobernado por ciertas leyes precisas, indispensables, á que se llama causas secundarias. ¿Qué son estas leyes, sino leyes análogas á las que se llaman fundamentales respectó de las sociedades humanas?

Pues bien, señores: si con respecto al mundo físico, Dios es el legislador, como respecto á las sociedades humanas lo son los legisladores, si bien de diferente manera, ¿gobierna Dios siempre con esas mismas leyes que él á sí mismo se impuso en su eterna sabiduría y á las que nos sujetó á todos? No, señores: pues algunas veces, directa, clara y explícitamente manifiesta su voluntad soberana, quebrantando esas leyes que él mismo se impuso, y torciendo el curso natural de las cosas. Y bien, señores: cuando obra así, ¿no podría decirse, si el lenguaje humano pudiera aplicarse á las cosas divinas, que obra dictatorialmente? (*Vuelven á reproducirse las risas en los bancos de la izquierda.*)

Esto prueba, señores, cuán grande es el delirio de un partido que cree poder gobernar con menos medios que Dios, quitándose á sí propio el medio, algunas veces necesario, de la dictadura. Señores, siendo esto así, la cuestión reducida á sus verdaderos términos no consiste ya en averiguar si la dictadura es sostenible, si en ciertas circunstancias es buena; la cuestión consiste en averiguar si han llegado ó pasado por España estas circunstancias. Este es el punto más importante; y es al que voy á contraerme exclusivamente ahora. Para esto tendré que echar una ojeada (y en esto no haré más que seguir las pisadas de todos los oradores que me han precedido), una ojeada por Europa y otra ojeada por España. (*Atención profunda.*)

Señores: la revolución de Febrero vino como viene la muerte, de improviso. (*Grandes aplausos.*) Dios, señores, ha-

bía condenado á la Monarquía francesa. En vano esta institución se había transformado hondamente para acomodarse á las circunstancias y á los tiempos; ni aun esto le valió: su condenación fué inapelable, y su pérdida infalible. La Monarquía de derecho divino concluyó con Luis XVI en un cadalso; la Monarquía de la gloria concluyó con Napoleón en una isla; la Monarquía hereditaria concluyó con Carlos X en el destierro; y con Luis Felipe ha concluído la última de todas las Monarquías posibles, la Monarquía de la prudencia. (*¡Bravo, bravo!*) ¡Triste y lamentable espectáculo, señores, el de una institución venerabilísima, antiquísima, gloriosísima, á quien de nada vale ni el derecho divino, ni la legitimidad, ni la prudencia, ni la gloria. (*Se repiten los aplausos.*)

Señores, cuando vino á España la grande nueva de esa grande revolución, todos nos quedamos consternados y atónitos. Nada era comparable á nuestro asombro y á nuestra consternación, sino la consternación y el asombro de la Monarquía vencida. Digo mal: había un asombro mayor, una consternación más grande que la de la Monarquía vencida, y era la de la República vencedora. (*¡Bien, bien!*) Aun ahora mismo; diez meses van pasados ya desde su triunfo; preguntadla cómo venció; preguntadla por qué venció; preguntadla con qué fuerzas venció, y no sabrá qué responderos. Esto consiste en que la República no venció: la República fué el instrumento de victoria de un poder más alto. (*Profunda sensación.*)

Ese poder, señores, cuando esté comenzada su obra, así como fué fuerte para destruir la Monarquía con un escrúpulo de República, será fuerte también, si necesario fuera y conveniente á sus fines, para derribar la República con un escrúpulo de Imperio, ó con un escrúpulo de Monarquía. Esta revolución, señores, ha sido objeto de grandes comentarios en sus causas y en sus efectos, en todas las tribunas de Europa, y entre otras, en la tribuna española. Yo he admirado aquí y allí la lamentable ligereza con que se trata de las causas honradas de las revoluciones. Señores, aquí, como en otras par-

tes, no se atribuyen las revoluciones sino á los defectos de los Gobiernos. Cuando las catástrofes son universales, imprevistas, simultáneas, son siempre cosa providencial; porque, señores, no otros son los caracteres que distinguen las obras de Dios de las obras de los hombres. (*Ruidosos aplausos en los bancos de la mayoría.*)

Cuando las revoluciones presentan esos síntomas, estad seguros que vienen del cielo, y que vienen por culpa y para castigo de todos. ¿Queréis, señores, saber la verdad, y toda la verdad concerniente á las causas de la revolución última francesa? Pues la verdad es que en Febrero llegó el día de la gran liquidación de todas las clases de la sociedad con la Providencia, y que en ese día tremendo todas se han encontrado fallidas. En ese día han venido á liquidación con la Providencia, y repito que todas en esa liquidación se han encontrado fallidas. Digo más, señores: la República misma el día de su victoria se declaró también en quiebra. La República había dicho de sí que venía á sentar en el mundo la dominación de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, esos tres dogmas que no vienen de la República, sino que vienen del Calvario. (*¡Bien, bien!*) Y bien, señores, ¿qué ha hecho después? En nombre de la libertad, ha hecho necesaria, ha proclamado, ha aceptado la dictadura; en nombre de la igualdad, con el título de republicanos de la víspera, de republicanos del día siguiente, de republicanos de nacimiento, ha inventado no sé qué especie de democracia aristocrática, y no sé qué género de ridículos blasones; en fin, señores, en nombre de la fraternidad, ha restaurado la fraternidad pagana, la fraternidad de Eteocles y Polínice, y los hermanos se han devorado unos á otros en las calles de París, en la batalla más gigantesca que dentro de los muros de una ciudad han presenciado los siglos. A esa República, que se llamó de las tres verdades, yo la desmiento: es la República de las tres blasfemias, es la República de las tres mentiras. (*¡Bravo, bravo!*)

Viniendo ahora á las causas de esta revolución, el partido

progresista tiene unas mismas causas para todo. El Sr. Cortina nos dijo ayer que hay revoluciones porque hay ilegalidades, y porque el instinto de los pueblos los levanta uniformemente y espontáneamente contra los tiranos. Antes nos había dicho el Sr. Ordax Avecilla:—¿Queréis evitar las revoluciones? Dad de comer á los hambrientos.—Véase, pues, aquí la teoría del partido progresista en toda su extensión: las causas de la revolución son, por una parte, la miseria; por otra, la tiranía. Señores, esa teoría es contraria, totalmente contraria á la historia. Yo pido que se me cite un ejemplo de una revolución hecha y llevada á cabo por pueblos esclavos ó por pueblos hambrientos. Las revoluciones son enfermedades de los pueblos ricos; las revoluciones son enfermedades de los pueblos libres. El mundo antiguo era un mundo en que los esclavos componían la mayor parte del género humano; citadme cuál revolución fué hecha por esos esclavos. (*En los bancos de la izquierda: La revolución de Espartaco.*)

Lo más que pudieron conseguir fué fomentar algunas guerras serviles; pero las revoluciones profundas fueron hechas siempre por opulentísimos aristócratas. No, señores; no está en la esclavitud, no está en la miseria el germen de las revoluciones: el germen de las revoluciones está en los deseos sobreexcitados de la muchedumbre por los tribunos que la explotan y benefician. (*¡Bien, bien!*) Y SERÉIS COMO LOS RICOS; ved ahí la fórmula de las revoluciones socialistas contra las clases medias. Y SERÉIS COMO LOS NOBLES; ved ahí la fórmula de las revoluciones de las clases medias contra las clases nobiliarias. Y SERÉIS COMO LOS REYES; ved ahí la fórmula de las revoluciones de las clases nobiliarias contra los Reyes. Por último, señores; Y SERÉIS A MANERA DE DIOS; ved ahí la fórmula de la primera rebelión del primer hombre contra Dios. Desde Adán, el primer rebelde, hasta Proudhón, el último impio, esa es la fórmula de todas las revoluciones. (*¡Muy bien, muy bien!*)

El Gobierno español, como era su deber, no quiso que esa

fórmula tuviese su aplicación en España; tanto menos lo quiso, cuanto que la situación interior no era la más lisonjera; y era menester prevenirse, así contra las eventualidades del interior como contra las eventualidades exteriores. Para no haberlo hecho así, era necesario haber desconocido de todo punto el poderío de esas corrientes magnéticas, que se desprenden de los focos de infección revolucionaria, y que van inficionándolo todo por el mundo. (*¡Muy bien, muy bien!*)

La situación interior, en pocas palabras, era ésta: la cuestión política no estaba, no ha estado nunca, no está de todo punto resuelta; no se resuelven así tan fácilmente cuestiones políticas en sociedades tan soliviantadas por las pasiones. La cuestión dinástica no estaba concluída; porque aunque es verdad que en ella somos nosotros los vencedores, no teníamos la resignación del vencido, que es el complemento de la victoria. (*¡Bravo!*) La cuestión religiosa estaba en muy mal estado. La cuestión de las bodas, todos lo sabéis, estaba exacerbaáa. Yo pregunto, señores: supuesto, como he probado ya, que la dictadura sea en circunstancias dadas legítima, en circunstancias dadas provechosa, ¿estábamos ó no estábamos en esas circunstancias? Si no habían llegado, decidme cuáles otras más graves han aparecido en el mundo. La experiencia vino á demostrar que los cálculos del gobierno y la previsión de esta Cámara no habían sido infundados. Todos lo sabéis, señores; yo en esto hablaré muy de paso, porque todo lo que es alimentar pasiones, lo detesto; no he nacido para eso; todos sabéis que se proclamó la República á trabucazos por las calles de Madrid; todos sabéis que se ganó parte de la guarnición de Madrid y de Sevilla; todos sabéis que sin la resistencia enérgica, activa del Gobierno, toda España, desde las columnas de Hércules al Pirineo, de un mar á otro mar, hubiera sido un lago de sangre. Y no sólo España: ¿sabéis qué males, si hubiera triunfado la revolución, se habrían propagado por el mundo? ¡Ah, señores! Cuando se piensa en estas cosas, fuerza es exclamar que el Ministerio que supo

resistir y supo vencer, mereció bien de su Patria. (*¡Muy bien, muy bien!*)

Esta cuestión vino á complicarse con la cuestión inglesa; antes de entrar en ella (y desde ahora anuncio que no entraré sino para salir inmediatamente, porque así lo conceptúo conveniente y oportuno), antes de entrar en ella, me permitirá el Congreso que exponga algunas ideas generales, que me parecen convenientes.

Señores: yo he creído siempre que la ceguedad es una señal así en los hombres, como en los Gobiernos, como en las naciones, de perdición. Yo he creído que Dios comienza por cegar siempre á los que quiere perder; yo he creído que, para que no vean el abismo que pone á sus pies, comienza por turbarles la cabeza. Aplicando estas ideas á la política general, seguida de algunos años á esta parte por la Inglaterra y por la Francia, señores, lo diré aquí, hace mucho que yo he predicho grandes desventuras y catástrofes. Un hecho histórico, un hecho averiguado, un hecho incontrovertible es, que el encargo providencial de la Francia es ser el instrumento de la Providencia en la propagación de las ideas nuevas, así políticas como religiosas y sociales ¹.

En los tiempos modernos, tres grandes ideas han invadido la Europa; la idea católica, la idea filosófica, la idea revolucionaria. Pues bien, señores: en esos tres períodos, la Francia se ha hecho siempre hombre para propagar esas ideas. Carlo Magno fué la Francia hecha hombre para propagar la idea católica, Voltaire fué la Francia hecha hombre para propagar la idea filosófica, Napoleón ha sido la Francia hecha hombre para propagar la idea revolucionaria. (*Applausos generales.*) Del mismo modo, creo que el encargo providencial de la Inglaterra es mantener el justo equilibrio moral del mundo, haciendo contraste perpetuo con la Francia. La Francia es lo

¹ El lector hará aquí la distinción debida entre encargo providencial propiamente dicho, y mera permisión; para propagar el error y extender el imperio del mal, Dios no ha conferido á Francia ni conferirá á nadie ninguna manera de encargo ni misión.

—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

que el flujo, la Inglaterra lo que el reflujo del mar. (*¡Muy bien, muy bien!*)

Suponed por un momento el flujo, sin el reflujo, los mares se extenderían por todos los continentes; suponed el reflujo sin el flujo, los mares desaparecerían de la tierra. Suponed la Francia sin la Inglaterra; el mundo no se movería sino en medio de convulsiones; cada día tendría una nueva Constitución, cada hora una nueva forma de gobierno. Suponed la Inglaterra sin la Francia; el mundo vegetaría siempre bajo la carta del venerable Juan sin Tierra, que es el tipo permanente de todas las constituciones británicas. ¿Qué significa, pues, señores, la coexistencia de estas dos naciones poderosas? Significa, señores, el progreso limitado por la estabilidad, la estabilidad vivificada por el progreso ¹. (*¡Bien, bien!*)

Pues bien, señores: de algunos años á esta parte, y apelo á la historia contemporánea y á vuestros recuerdos, esas dos grandes naciones han perdido la memoria de sus hechos, han perdido la memoria de su encargo providencial en el mundo. La Francia, en vez de derramar por la tierra ideas nuevas, predicó por todas partes el *statu quo*: el *statu quo* en Francia, el *statu quo* en España, el *statu quo* en Italia, el *statu quo* en el Oriente. Y la Inglaterra, en vez de predicar la estabilidad, predicó en todas partes las revueltas; en España, en Portugal, en Francia, en Italia y en Grecia. ¿Y qué resultó de aquí? Lo que había de resultar forzosamente; que las dos naciones, representando un papel que no había sido el suyo nunca, le han representado pésimamente. La Francia quiso convertirse de diablo en predicador; la Inglaterra de predicador en diablo. (*Grandes y generales risas, acompañadas de iguales aplausos en todos los bancos.*)

Esta es, señores, la historia contemporánea; pero hablando solamente de la Inglaterra, porque es de la que me propongo hablar muy brevemente, diré que yo pido al cielo, señores,

¹ Creo que Donoso Cortes suprimiría hoy, si viviera, estos equivocados conceptos.
—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

que no vengan sobre ella, como han venido sobre la Francia, las catástrofes que ha merecido por sus errores; porque nada es comparable al error de la Inglaterra de apoyar en todas partes á los partidos revolucionarios. ¡Desgraciada! ¿No sabe que el día del peligro esos partidos, con más instinto que ella, la habrán de volver las espaldas? ¿No ha sucedido esto ya? Y ha debido suceder, señores, porque todos los revolucionarios del mundo saben que cuando las revoluciones van de veras, que cuando las nubes se agrupan, que cuando los horizontes se obscurecen, que cuando las olas suben á lo alto, el navío de la revolución no tiene más piloto que la Francia. (*Grandes y vivos aplausos.*)

Señores, esta fué la política seguida por la Inglaterra, ó por mejor decir, por su Gobierno y sus agentes durante la última época. Yo he dicho y repito que no quiero tratar esta cuestión; me mueven á ello grandes consideraciones. Primero, la consideración del bien público, porque debo declarar aquí solemnemente que yo quiero la alianza más íntima, la unión más completa entre la nación española y la nación inglesa, á quien admiro y respeto como la nación quizá más libre, más fuerte y más digna de serlo en la tierra. No quisiera, pues, con mis palabras exacerbar esta cuestión y no quisiera tampoco perjudicar ó embarazar ulteriores negociaciones. Hay otra consideración que me mueve á no hablar de este asunto. Para hablar de él tendría que hacerlo de un hombre de quien fui amigo, más amigo que el Sr. Cortina; pero yo no puedo ayudarle hasta el punto que el Sr. Cortina le ayudaba; la honra no me permite más ayuda que el silencio. (*El nombre de Bulwer se repite por los bancos de la mayoría.*)

El Sr. Cortina, al tratar esta cuestión, permitame que se lo diga con franqueza, tuvo una especie de vahído; y se le olvidó quién era, dónde estaba, y quiénes somos. Su señoría creyó que era un abogado; y no era un abogado, que era un orador del Parlamento. Su señoría creyó que hablaba entre jueces y hablaba ante diputados. Su señoría creyó que hablaba en un Tribu-

nal y hablaba en una Asamblea deliberante; creyó que hablaba de un pleito y hablaba de un asunto político grande, nacional, que si pleito era, era pleito entre dos naciones. Ahora bien, señores: ¿correspondía al Sr. Cortina haber sido el abogado de la parte contraria á la nación española? (*Aplausos en los bancos de la mayoría.*) ¡Y qué, señores! ¿Es eso patriotismo por ventura? ¿Es eso ser patriota? ¡Ah, no! ¿Sabéis lo que es ser patriota? Ser patriotas, señores, es amar, es aborrecer, es sentir como ama, como aborrece, como siente nuestra Patria. (*¡Bravo, bravo!*)

Dije, señores, que pasaría muy de ligero por esta cuestión, y ya he pasado.

El Sr. SECRETARIO (Lafuente Alcántara): Pasadas las horas de Reglamento, se pregunta al Congreso si se prorroga la sesión. (*Muchas voces: Sí, sí.*)

Se acordó afirmativamente.

El Sr. MARQUÉS DE VALDEGAMAS: Pero, señores, ni las circunstancias interiores, que eran tan graves, ni las circunstancias exteriores, que eran tan complicadas y peligrosas, son bastantes para disminuir la opinión en los señores que se sientan en aquellos bancos.—¿Y la libertad?—nos dicen. ¡Pues qué! La libertad, ¿no es sobre todo? Y la libertad, á lo menos la individual, ¿no ha sido sacrificada? ¡La libertad, señores! ¿Saben el principio que proclaman y el nombre que pronuncian los que pronuncian esa palabra sagrada? ¿Saben los tiempos en que viven? ¿No ha llegado hasta vosotros, señores, el ruido de las últimas catástrofes? ¡Qué! ¿No sabéis á esta hora que la libertad acabó? ¡Pues qué! ¿No habéis asistido, como he asistido yo, con los ojos de mi espíritu, á su dolorosa pasión? ¡Pues qué, señores! ¿No la habéis visto vejada, escarnecida, herida alevosamente por todos los demagogos del mundo? ¿No la habéis visto llevar su angustia por las montañas de la Suiza, por las orillas del Sena, por las riberas del Rhin y del Danubio, por las márgenes del Tíber? ¿No la habéis visto subir al Quirinal, que ha sido su Calvario? (*Estrepitosos aplausos.*)

Señores, tremenda es la palabra, pero no debemos retraernos de pronunciar palabras tremendas, si dicen la verdad, y yo estoy resuelto á decirla. ¡La libertad acabó! (*Sensación profunda.*) No resucitará, señores, ni al tercer día, ni al tercer año, ni al tercer siglo quizá. ¡Os asusta, señores, la tiranía que sufrimos? De poco os asustáis; veréis cosas mayores. Y aquí os ruego, señores, que guardéis en vuestra memoria mis palabras, porque lo que voy á decir, los sucesos que voy á anunciar en un porvenir más próximo ó más lejano, pero muy lejano nunca, se han de cumplir á la letra. (*Grande atención.*)

El fundamento, señores, de todos vuestros errores (*dirigiéndose á los bancos de la izquierda*) consiste en no saber cuál es la dirección de la civilización y del mundo. Vosotros creéis que la civilización y el mundo van, cuando la civilización y el mundo vuelven. El mundo, señores, camina con pasos rapidísimos á la constitución de un despotismo, el más gigantesco y asolador de que hay memoria en los hombres. A esto camina la civilización y á esto camina el mundo. Para anunciar estas cosas no necesito ser Profeta. Me basta considerar el conjunto pavoroso de los acontecimientos humanos desde su único punto de vista verdadero: desde las alturas católicas.

Señores, no hay más que dos represiones posibles: una interior y otra exterior, la religiosa y la política. Estas son de tal naturaleza, que cuando el termómetro religioso está subido, el termómetro de la represión está bajo, y cuando el termómetro religioso está bajo, el termómetro político, la represión política, la tiranía, está alta. Esta es una ley de la humanidad, una ley de la historia. Y si no, señores, ved lo que era el mundo, ved lo que era la sociedad que cae al otro lado de la Cruz; decid lo que era cuando no había represión interior, cuando no había represión religiosa. Entonces aquella era una sociedad de tiranías y de esclavos. Citadme un solo pueblo de aquella época, donde no hubiera esclavos y donde no hubiera tiranía. Este es un hecho incontrovertible, este es un hecho incontrovertido,

este es un hecho evidente. La libertad, la libertad verdadera, la libertad de todos y para todos no vino al mundo sino con el Salvador del mundo. (*¡Muy bien, muy bien!*) Este también es un hecho incontrovertido, es un hecho reconocido hasta por los mismos socialistas, que lo confiesan. Los socialistas llaman á Jesús un hombre divino, y los socialistas hacen más, se llaman sus continuadores. ¡Sus continuadores, Santo Dios! ¡Ellos, los hombres de sangre y de venganzas, continuadores del que no vivió sino para hacer bien; del que no abrió la boca sino para bendecir; del que no hizo prodigios sino para librar á los pecadores del pecado, á los muertos de la muerte; del que en el espacio de tres años hizo la revolución más grande que han presenciado los siglos, y la llevó á cabo sin haber derramado más sangre que la suya! (*Vivas y generales aplausos.*)

Señores, os ruego me prestéis atención; voy á poner en presencia del paralelismo más maravilloso que ofrece la historia. Vosotros habéis visto que en el mundo antiguo, cuando la represión religiosa no podía bajar más, porque no existía ninguna, la represión política subió hasta no poder más, porque subió hasta la tiranía. Pues bien; con Jesucristo, donde nace la represión religiosa, desaparece completamente la represión política. Es esto tan cierto, que habiendo fundado Jesucristo una sociedad con sus discípulos, fué aquella la única sociedad que ha existido sin gobierno. Entre Jesús y sus discípulos no había más gobierno que el amor del Maestro á los discípulos, y el amor de los discípulos al Maestro. Es decir, que cuando la represión interior era completa, la libertad era absoluta.

Sigamos el paralelismo. Llegan los tiempos apostólicos, que los extenderé, porque así conviene ahora á mi propósito, desde los tiempos apostólicos, propiamente dichos, hasta la subida del cristianismo al Capitolio en tiempo de Constantino *el Grande*. En este tiempo, señores, la Religión cristiana, es decir, la represión religiosa interior estaba en todo su apogeo; pero aunque estaba en todo su apogeo, sucedió lo que sucede en todas las Sociedades compuestas de hombres, que comenzó á

desarrollarse un germen, nada más que un germen de licencia y de libertad religiosa. Pues bien, señores: observad el paralelismo; á este principio de descenso en el termómetro religioso corresponde un principio de subida en el termómetro político. No hay todavía gobierno, no es necesario el gobierno, pero es necesario ya un germen de gobierno. Así en la sociedad cristiana entonces no había de hecho verdaderos magistrados, sino jueces árabitos y amigables componedores, que son el embrión del gobierno. Realmente no había más que eso; los cristianos de los tiempos apostólicos no tuvieron pleitos, no iban á los Tribunales; decidían sus contiendas por medio de árabitos. Obsérvese, señores, cómo con la corrupción va creciendo el gobierno.

Llegan los tiempos feudales, y en éstos la Religión se encuentra todavía en su apogeo, pero hasta cierto punto viciada por las pasiones humanas. ¿Qué es lo que sucede, señores, en este tiempo en el mundo político? Que ya es necesario un Gobierno real y efectivo, pero que basta el más débil de todos, y así se establece la Monarquía feudal, la más débil de todas las Monarquías.

Seguid observando el paralelismo. Llega, señores, el siglo XVI. En este siglo, con la gran reforma luterana, con ese gran escándalo político y social, tanto como religioso; con ese acto de emancipación intelectual y moral de los pueblos, coinciden las siguientes instituciones: en primer lugar, en el instante las Monarquías, de feudales se hacen absolutas. Vosotros creeréis, señores, que más que absoluta no puede ser una monarquía; un Gobierno, ¿qué puede ser más que absoluto? Pero era necesario, señores, que el termómetro de la represión política subiera más, porque el termómetro religioso seguía bajando; y, con efecto, subió más. ¿Y qué nueva institución se creó? La de los Ejércitos permanentes. ¿Y sabéis, señores, lo que son los Ejércitos permanentes? Para saberlo basta saber lo que es un soldado; un soldado es un esclavo con uniforme, Así, pues, veis que en el momento en que la represión religiosa baja, la

represión política sube al absolutismo, y pasa más allá. No bastaba á los Gobiernos ser absolutos; pidieron y obtuvieron el privilegio de ser absolutos y tener un millón de brazos.

A pesar de esto, señores, era necesario que el termómetro político subiera más, porque el termómetro religioso seguía bajando: y subió más. ¿Qué nueva institución, señores, se creó entonces? Los Gobiernos dijeron:—Tenemos un millón de brazos, y no nos basta; necesitamos más; necesitamos un millón de ojos.—Y tuvieron la policía, y con la policía un millón de ojos. A pesar de esto, señores, todavía el termómetro político y la represión política debían subir, porque, á pesar de todo, el termómetro religioso seguía bajando; y subieron.

A los Gobiernos, señores, no les bastó tener un millón de brazos; no les bastó tener un millón de ojos; quisieron tener un millón de oídos; y los tuvieron con la centralización administrativa, por la cual vienen á parar al Gobierno todas las reclamaciones y todas las quejas.

Y bien, señores, no bastó esto, porque el termómetro religioso siguió bajando, y era necesario que el termómetro político subiera más... ¡Señores, hasta dónde!... Pues subió más.

Los Gobiernos dijeron:—No me bastan, para reprimir, un millón de brazos; no me bastan, para reprimir, un millón de ojos; no me bastan, para reprimir, un millón de oídos; necesitamos más: necesitamos tener el privilegio de hallarnos á un mismo tiempo en todas partes.—Y lo tuvieron; y se inventó el telégrafo. (*Grandes aplausos.*)

Señores, tal era el estado de la Europa y del mundo cuando el primer estallido de la última revolución vino á anunciarnos á todos que aún no había bastante despotismo en el mundo; porque el termómetro religioso estaba por bajo de cero. Ahora bien, señores, una de dos...

Yo he prometido, y cumpliré mi palabra, hablar hoy con toda franqueza. (*Se redobla la atención.*)

Pues bien, una de dos: ó la reacción religiosa viene ó no; si hay reacción religiosa, ya veréis, señores, cómo subiendo

el termómetro religioso, comienza á bajar natural, espontáneamente, sin esfuerzo ninguno de los pueblos, ni de los Gobiernos ni de los hombres, el termómetro político, hasta señalar el día templado de la libertad, de los pueblos. (*¡Bravo!*) Pero si, por el contrario, señores (y esto es grave, no hay la costumbre de llamar la atención de las asambleas deliberantes sobre las cuestiones hacia donde yo la he llamado hoy; pero la gravedad de los acontecimientos del mundo me dispensa, y yo creo que vuestra benevolencia sabrá también dispensarme); pues bien, señores, yo digo que si el termómetro religioso continúa bajando, no sé adónde hemos de ir á parar. Yo, señores, no lo sé, y tiemblo cuando lo pienso. Contemplad las analogías que he propuesto á vuestros ojos, y si cuando la represión religiosa estaba en su apogeo, no era necesario Gobierno ninguno, cuando la represión religiosa no exista, no habrá bastante con ningún género de Gobierno; todos los despotismos serán pocos. (*Profunda sensación.*)

Señores, esto es poner el dedo en la llaga; esta es la cuestión de España, la cuestión de Europa, la cuestión de la humanidad, la cuestión del mundo. (*¡Cierto, cierto!*)

Considerad una cosa, señores. En el mundo antiguo la tiranía fué feroz y asoladora, y sin embargo, esa tiranía estaba limitada físicamente; porque todos los Estados eran pequeños, y porque las relaciones internacionales eran imposibles de todo punto: por consiguiente, en la antigüedad, no pudo haber tiranías en grande escala sino una sola: la de Roma. Pero ahora, señores, ¡cuán mudadas están las cosas! Señores: las vías están preparadas para un tirano gigantesco, colosal, universal, inmenso; todo está preparado para ello; señores, miradlo bien; ya no hay resistencias ni físicas ni morales; no hay resistencias físicas, porque con los barcos de vapor y los caminos de hierro no hay fronteras; no hay resistencias físicas, porque con el telégrafo eléctrico no hay distancias; y no hay resistencias morales, porque todos los ánimos están divididos, y todos los patriotismos están muertos. Decime, pues,

si tengo ó no razón cuando me procupo por el porvenir próximo del mundo: decidme si, al tratar de esta cuestión, no trato de la cuestión verdadera. (*Sensación.*)

Una sola cosa puede evitar la catástrofe; una y nada más: eso no se evita con dar más libertad, más garantías, nuevas constituciones; eso se evita procurando todos, hasta donde nuestras fuerzas alcancen, provocar una reacción saludable, religiosa. Ahora bien, señores: ¿es posible esta reacción? Posible lo es; pero ¿es probable? Señores, aquí hablo con la más profunda tristeza; no la creo probable. Yo he visto, señores, y conocido á muchos individuos que salieron de la fe y han vuelto á ella; por desgracia, señores, no he visto jamás á ningún pueblo que haya vuelto á la fe después de haberla perdido.

Si aún me quedara alguna esperanza, la hubieran disipado, señores, los últimos sucesos de Roma: y aquí voy á decir dos palabras sobre esta cuestión, tratada también por el señor Cortina.

Señores, los sucesos de Roma no tienen un nombre: ¿cómo los llamaríais, señores? ¿Los llamaríais deplorables? Deplorables, todos los que he citado lo son: esos son mucho más. ¿Los llamaríais horribles? Señores, esos acontecimientos son sobre todo horror.

Había en Roma, ya no le hay, sobre el Trono más enimente, el varón más justo, el varón más evangélico de la tierra. ¿Qué ha hecho Roma de ese varón evangélico, de ese varón justo? ¿Qué ha hecho esa ciudad en donde han imperado los héroes, los Césares y los Pontífices? Ha[?]trocado el Trono de los Pontífices por el trono de los demagogos. Rebelde á Dios, ha caído bajo la idolatría del puñal. Eso ha hecho. El puñal, señores, el puñal demagógico, el puñal sangriento, ese es hoy el ídolo de Roma. Ese es el ídolo que ha derribado á Pío IX. Ese es el ídolo que pasean por las calles tropas de caribes. ¿Dije caribes? Dije mal: que los caribes son feroces, pero los caribes no son ingratos. (*Ruidosos aplausos.*)

Señores, me he propuesto hablar con toda franqueza, y

hablaré. Digo que es necesario que el Rey de Roma vuelva á Roma; ó que no quede en Roma, aunque pese al Sr. Cortina, piedra sobre piedra. (En los bancos de la mayoría: *¡Muy bien, muy bien!*)

El mundo católico no puede consentir, y no consentirá, en la destrucción virtual del cristianismo por una ciudad sola, entregada al frenesí de la locura. La Europa civilizada no puede consentir, y no consentirá que se desplome, señores, la cúpula del edificio de la civilización europea. El mundo, señores, no puede consentir, y no consentirá, que en Roma, esa ciudad santa, se verifique el advenimiento al trono de una nueva y extraña dinastía, la dinastía del crimen. (*¡Bravo!*) Y no se diga, señores, como dice el Sr. Cortina, como dicen en periódicos y discursos los señores que se sientan en aquellos bancos (*dirigiéndose á los de la izquierda*), que hay dos cuestiones allí, una temporal y otra espiritual; y que la cuestión ha sido entre el Rey temporal y su pueblo; que el Pontífice existe todavía. Dos palabras sobre esta cuestión: dos palabras, señores, lo explicarán todo.

Sin duda ninguna el Poder espiritual es lo principal en el Papa; el temporal es accesorio; pero ese accesorio es necesario. El mundo católico tiene el derecho de exigir que el oráculo infalible de sus dogmas sea libre é independiente: el mundo católico no puede tener una ciencia cierta, como se necesita, de que es independiente y libre, sino cuando es soberano; porque sólo el soberano no depende de nadie. (*¡Muy bien, muy bien!*) Por consiguiente, señores, la cuestión de soberanía, que es una cuestión política en todas partes, es en Roma además una cuestión religiosa: el pueblo, que puede ser soberano en todas partes, no puede serlo en Roma; Asambleas constituyentes que pueden existir en todas partes, no pueden existir en Roma: en Roma no puede haber más Poder constituyente que el Poder constituido. Roma, señores, los Estados Pontificios no pertenecen á Roma, no pertenecen al Papa; los Estados Pontificios pertenecen al mundo católico; el mundo católico se los ha re-

conocido al Papa para que fuera libre é independiente; y el Papa mismo no puede despojarse de esa soberanía, de esa independencia. (*Generales aplausos.*)

Señores, voy á concluir, porque el Congreso está muy cansado, y yo lo estoy también. (*Varios señores: ¡No, no!*) Señores, fracamente, tengo que declarar aquí que no puedo extenderme más, porque tengo la boca mala, y ha sido un prodigio que yo pueda hablar, pero lo principal que tenía que decir, lo he dicho ya.

Después de haber tratado las tres cuestiones exteriores que trató el Sr. Cortina, vuelvo, para concluir, á la interior. Señores, desde el principio del mundo hasta ahora ha sido una cosa discutible si convenía más el sistema de la resistencia ó el sistema de las concesiones para evitar las revoluciones y los trastornos, pero afortunadamente, señores, esa que ha sido una cuestión desde el primer año de la creación hasta el año 48, en el año de gracia de 48 ya no es cuestión de ninguna especie, porque es cosa resuelta; yo, señores, si me lo permitiera el mal que padezco en la boca, haría una reseña de todos los acontecimientos desde Febrero hasta ahora, que prueban esta aserción, pero me contentaré con recordar dos: el de la Francia, señores; allí la Monarquía, que no resistió, fué vencida por la República, que apenas tenía fuerza para moverse, y la República, que apenas tenía fuerza para moverse, porque resistió, venció al socialismo.

En Roma, que es otro ejemplo que quiero citar, ¿qué ha sucedido? ¿No estaba allí vuestro modelo? Decidme: si vosotros fuerais pintores y quisierais pintar el modelo de un Rey, ¿encontraríais otro modelo, que no fuera su original Pío IX? Señores, Pío IX quiso ser, como su divino Maestro, magnífico y dadivoso; halló proscritos en su país, y les tendió la mano y los devolvió á su Patria; había reformistas, señores, y les dió reformas; había liberales, señores, y les hizo libres; cada palabra suya fué un beneficio; y ahora, señores, decidme: ¿á sus beneficios no igualan, si no exceden, sus ignominias? Y en

vista de esto, señores, ¿el sistema de las concesiones no es una cosa resuelta? (*¡Muy bien, muy bien!*)

Señores, si aquí se tratara de elegir, de escoger entre la libertad por un lado, y la dictadura por otro, aquí no habría disenso ninguno; porque, ¿quién, pudiendo abrazarse con la libertad, se hinca de rodillas ante la dictadura? Pero no es esta la cuestión. La libertad no existe de hecho en Europa; los Gobiernos constitucionales, que la representaban años atrás, no son ya en casi todas partes, señores, sino una armazón, un esqueleto sin vida. Recordad una cosa, recordad á Roma imperial. En la Roma imperial existen todas las instituciones republicanas: existen los omnipotentes dictadores, existen los inviolables tribunos, existen las familias senatorias, existen los eminentes cónsules; todo esto, señores, existe; no falta más que una cosa: sobra un hombre, y falta la República. (*¡Muy bien, muy bien!*)

Pues esos son, señores, en casi toda Europa los Gobiernos constitucionales; sin pensarlo, sin saberlo el Sr. Cortina nos lo demostró el otro día. ¿No nos decía S. S. que prefiere, y con razón, lo que dice la historia á lo que dicen las teorías? A la historia apelo. ¿Qué son, Sr. Cortina, esos Gobiernos con sus mayorías legítimas, vencidas siempre por las minorías turbulentas; con sus ministros responsables, que de nada responden; con sus Reyes inviolables, siempre violados? Así, señores, la cuestión, como he dicho antes, no está entre la libertad y la dictadura; si estuviera entre la libertad y la dictadura, yo votaría por la libertad, como todos los que nos sentamos aquí. Pero la cuestión es esta, y concluyo: se trata de escoger entre la dictadura de la insurrección y la dictadura del Gobierno: puesto en este caso, yo escojo la dictadura del Gobierno, como menos pesada y menos afrentosa. (*Aplausos en los bancos de la mayoría.*)

Se trata de escoger entre la dictadura que viene de abajo, y la dictadura que viene de arriba: yo escojo la que viene de arriba, porque viene de regiones más limpias y serenas; se

trata de escoger, por último, entre la dictadura del puñal y la dictadura del sable: yo escojo la dictadura del sable, porque es más noble. (*¡Bravo, bravo!*) Señores, al votar nos dividiremos en esta cuestión; y dividiéndonos, seremos consecuentes con nosotros mismos. Vosotros, señores, votaréis como siempre, lo más popular; nosotros, señores, como siempre, votaremos lo más saludable.

(Una grande agitación sigue á este discurso. El orador recibe las felicitaciones de casi todos los diputados del Congreso.)

CORRESPONDENCIA
CON EL SEÑOR CONDE DE MONTALEMBERT

LA ROCHE-EN-BRENY (Côte d'Or), 7 de Mayo de 1849.

SR. MARQUÉS: Las muchas ocupaciones que me rodean en París, me han impedido responder hasta ahora á la apreciable de Ud. del 23 de Marzo último.

La que yo me tomé la libertad de dirigir á Ud., hace algunos meses, fué inspirada por la emoción profunda y viva admiración que me había producido su incomparable discurso acerca de la marcha paralela de la impiedad y de la dictadura en el mundo moderno. Ya antes de que nuestro periódico católico *L'Univers* publicara parte de este discurso, le conocía yo por haberme enseñado su traductor el original. No he visto en mi vida nada más elevado ni más verdadero en punto á elocuencia parlamentaria; y me fué imposible resistir al deseo de participar á Ud. mi humilde simpatía. Adjuntos á mi carta remití á Ud. algunos discursos y escritos míos con el fin de mostrarle nuestra conformidad en muchos puntos. Cuando vuelva Ud. de Berlín á Madrid, espero que á su paso por París, tendré el honor de conocerle personalmente, y entonces le manifestaré de viva voz la alta y respetuosa consideración que le profeso; repitiéndome entretanto su afectísimo y atento servidor,

EL CONDE DE MONTALEMBERT.

SEÑOR MARQUES DE VALDEGAMAS

BERLÍN, 26 de Mayo de 1849.

SR. CONDE: Puesto que Ud. entiende el español, me tomo la libertad de contestar á su apreciable carta del 7 en mi propia lengua, no siéndome posible expresar mis pensamientos con la claridad y con la soltura convenientes en una lengua extraña.

Cuando Ud. tuvo la bondad de escribirme, iban á comenzar las elecciones; esta consideración y el deseo de no distraer su atención en aquellos momentos solemnes, me retrajo de contestar á Ud., como lo nago ahora, aprovechando el intervalo que media entre las últimas operaciones electorales y las primeras discusiones de la Asamblea legislativa.

Las simpatías de un hombre como Ud. son la más bella recompensa terrestre de mis honrados esfuerzos por levantar á su mayor altura el principio católico, conservador y vivificador de las sociedades humanas. Por lo demás, yo no correspondería dignamente á las simpatías benévolas de que soy objeto por parte de Ud., si no me presentara á sus ojos tal como soy, ó como creo ser, con la verdad en la boca y con el corazón en la mano. Esto es tanto más necesario, cuanto que no he tenido ocasión hasta ahora de decir todo lo que pienso acerca de los gravísimos problemas que ocupan hoy á los más eminentes ingenios.

El destino de la humanidad es un misterio profundo, que ha recibido dos explicaciones contrarias: la del catolicismo y la de la Filosofía ¹; el conjunto de cada de una de esas explicacio-

¹ *Incrédula*, pudo añadir explicando su propia idea nuestro ilustre Donoso —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

nes constituye una civilización completa: entre esas dos civilizaciones hay un abismo insondable, un antagonismo absoluto; las tentativas dirigidas á una transacción entre ellas han sido, son y serán perpetuamente vanas. La una es el error, la otra es la verdad; la una es el mal, la otra es el bien; entre ellas es necesario elegir con una suprema elección, y proclamar en todas sus partes la una, y condenar en todas sus partes la otra, después de haber elegido: los que fluctúan entre ambas, los que de la una aceptan los principios y de la otra las consecuencias, los eclécticos, en fin, están todos fuera de la categoría de las grandes inteligencias, y están condenados irremisiblemente al absurdo.

Yo creo que la civilización católica contiene el bien sin mezcla de mal, y que la filosofía contiene el mal sin mezcla de bien alguno.

La civilización católica enseña ¹ que la naturaleza del hombre está enferma y caída; caída y enferma de una manera radical en su esencia y en todos los elementos que la constituyen. Estando enfermo el entendimiento humano, no puede inventar la verdad ni descubrirla, sino verla cuando se la ponen por delante: estando enferma la voluntad, no puede querer el bien ni obrarle sino ayudada, y no lo será sino estando sujeta y reprimida. Siendo esto así, es cosa clara que la libertad de discusión conduce necesariamente al error, como la libertad de acción conduce necesariamente al mal. La razón humana no puede ver la verdad, si no se la muestra una autoridad infalible y enseñante; la voluntad humana no puede querer el bien ni obrarle, si no está reprimida por el temor de Dios. Cuando la voluntad se emancipa de Dios y la razón de la Iglesia, el error y el mal reinan sin contrapeso en el mundo.

La civilización filosófica enseña que la naturaleza del hombre es una naturaleza entera y sana; sana y entera de una manera radical en su esencia y en los elementos que la constitu-

¹ El discreto lector rectificará sin gran dificultad las palabras que no expresan con exactitud la verdadera doctrina.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

yen. Estando sano el entendimiento del hombre, puede ver la verdad, descubrirla é inventarla; estando sana la voluntad, quiere el bien y obra el bien naturalmente. Esto supuesto, es cosa clara que la razón llegará á conocer la verdad, toda la verdad, abandonada á sí misma, y que la voluntad, abandonada á sí propia, realizará forzosamente el bien absoluto. Siendo esto así, es cosa clara que la solución del gran problema social está en romper todas las ligaduras que comprimen y sujetan la razón humana y el libre albedrío del hombre; el mal no está en este libre albedrío ni en esa razón, sino en aquellas ligaduras. Si el mal consiste en tener ligaduras, y el bien en no tenerlas, la perfección consistirá en no tener ninguna de ninguna especie. Si esto es así, la humanidad será perfecta cuando niegue á Dios, que es su ligadura divina, y cuando niegue el Gobierno, que es su ligadura política, y cuando niegue la propiedad, que es su ligadura social, y cuando niegue la familia, que es su ligadura doméstica. Todo el que no acepta todas y cada una de estas conclusiones se pone fuera de la civilización filosófica, y todo el que, poniéndose fuera de esta civilización, no entre en el gremio católico, anda por los desiertos del vacío,

Del problema teórico pasemos al práctico. ¿A cuál de estas dos civilizaciones está prometida en el tiempo la victoria? Yo respondo á esta pregunta, sin que mi pluma vacile, sin que se oprima mi corazón y sin que mi razón se turbe, que el triunfo en el tiempo será irremisiblemente de la civilización filosófica. ¿Ha querido el hombre ser libre? Lo será. ¿Aborrece las ligaduras? Todas caerán á sus pies hechas pedazos. Un día hubo en que, para tomar el pulso á su libertad, quiso matar á su Dios. ¿No lo hizo? ¿No le puso en una Cruz y entre dos ladrones? ¿Bajaron por ventura los ángeles del cielo para defender al justo, que agonizaba en la tierra? Pues ¿por qué bajarían ahora, cuando no se trata de la Crucifixión de Dios, sino de la crucifixión del hombre por el hombre? ¿Por qué descenderían ahora, cuando nuestra conciencia nos está diciendo á

voces, que en esta gran tragedia ningunos merecen su intervención, ni los que han de ser las víctimas ni los que han de ser los verdugos?

Aquí se trata de una cuestión muy grave: se trata de averiguar nada menos cuál es el verdadero espíritu del catolicismo acerca de las vicisitudes de esa lucha gigantesca entre el mal y el bien, ó como San Agustín diría: entre la ciudad de Dios y la ciudad del mundo. Yo tengo para mí por cosa probada y evidente, que el mal acaba siempre por triunfar del bien acá abajo, y que el triunfo sobre el mal es una cosa reservada á Dios, si pudiera decirse así, personalmente.

Por esta razón no hay período histórico que no vaya á parar á una gran catástrofe. El primer período histórico comienza en la creación y va á parar al diluvio. Y ¿qué significa el diluvio? El diluvio significa dos cosas: significa el triunfo natural del mal sobre el bien, y el triunfo sobrenatural de Dios sobre el mal, por medio de una acción *directa, personal y soberana*.

Empapados todavía los hombres en las aguas del diluvio, la misma lucha comienza otra vez: las tinieblas se van aglomerando en todos los horizontes; á la venida del Señor, todos estaban negros; las nieblas eran nieblas palpables; el Señor sube á la Cruz, y vuelve el día para el mundo. ¿Qué significa esa gran catástrofe? Significa dos cosas: significa el triunfo natural del mal sobre el bien, y el triunfo sobrenatural de Dios sobre el mal, por medio de una acción *directa, personal y soberana*.

Esta es para mí la filosofía, toda la filosofía de la historia. Vico estuvo á punto de ver la verdad; y si la hubiera visto, la hubiera expuesto mejor que yo; pero perdiendo muy pronto el surco luminoso, se vió rodeado de tinieblas; en la variedad infinita de los sucesos humanos creyó descubrir siempre un cierto y restringido número de formas políticas y sociales; para demostrar su error basta acudir á los Estados Unidos, que no se ajustan á ninguna de esas formas; si hubiera entrado más hondamente en los misterios católicos, hubiera visto que la verdad está en esa misma proposición vuelta al revés; la ver-

dad está en la identidad substancial de los sucesos, velada y como escondida por la variedad infinita de las formas.

Siendo esta mi creencia, dejo á la consideración de usted adivinar mi opinión sobre el resultado de la lucha que hoy está trabada en el mundo.

Y no se me diga, que si el vencimiento es seguro, la lucha es excusada: porque en primer lugar, la lucha puede aplazar la catástrofe; y, en segundo lugar, la lucha es un deber y no una especulación para los que nos preciamos de católicos. Demos gracias á Dios de habernos otorgado el combate, y no pidamos sobre la gracia del combate la gracia del triunfo á aquel que en su bondad infinita reserva á los que combaten bien por su causa una recompensa mayor que la victoria.

En cuanto á la manera de combatir, no encuentro más que una que pueda dar hoy día provechosos resultados: el combate por medio de la imprenta periódica. Hoy día es menester que la verdad dé en el tímpano del oído, y que resuene en él monótona y perpetuamente, si sus ecos han de llegar hasta el recóndito santuario en donde las almas yacen enervadas y dormidas. Los combates de tribuna sirven poco: los discursos, siendo frecuentes, no cautivan; siendo raros, no dejan huella en la memoria; los aplausos que arrancan, no son triunfos, porque se dirigen al artista, no se dirigen al cristiano. Entre todos los periódicos que hoy ven la luz pública en Francia, *L'univers* es el que me parece que ha ejercido, sobre todo en estos últimos tiempos, la influencia más saludable y provechosa.

En esta especie de confesión general que hago en presencia de Ud., debo declarar aquí ingenuamente que mis ideas políticas y religiosas de hoy no se parecen á mis ideas políticas y religiosas de otros tiempos. Mi conversión á los buenos principios se debe, en primer lugar, á la misericordia divina; y después, al estudio profundo de las revoluciones¹. Las revolucio-

1 Ante tan clara y hermosa confesión, ¿quién podrá decir ni pensar que el gran Donoso Cortés dejó de convertirse verdaderamente y dar de mano á sus antiguas ilusiones ó errores liberales? —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

nes son los fanales de la Providencia y de la historia: los que han tenido la fortuna ó la desgracia de vivir y morir en tiempos sosegados y apacibles, puede decirse que han atravesado la vida, y que han llegado á la muerte, sin salir de la infancia. Sólo los que, como nosotros, viven en medio de las tormentas, pueden vestirse la toga de la virilidad, y decir de sí propios que son hombres.

Las revoluciones son, desde cierto aspecto y hasta cierto punto, buenas como las herejías, porque confirman en la fe, y la esclarecen. Yo no había comprendido nunca la rebeldía gigantesca de Luzbel, hasta que he visto con mis propios ojos el orgullo insensato de Proudhón; la ceguera humana casi ha dejado de ser un misterio, á vista de la ceguera incurable y sobrenatural de las clases acomodadas. En cuanto al dogma de la perversión ingénita de la naturaleza humana y de su inclinación hacia el mal, ¿quién la pondrá hoy en duda, si pone los ojos en las falanges socialistas?

Tiempo es ya de poner término á esta carta, que no exige contestación, no siendo, como no es, sino el desahogo de un hombre ocioso, dirigido á un hombre ocupado. Cuando tenga el gusto de ver á Ud., nos ocuparemos más detenidamente de estos grandes problemas; entonces tendré el placer de recoger de manos de Ud. la colección de sus elocuentísimos discursos, don precioso para quien, como yo, estima el noble carácter de Ud. y admira la elevación de su esclarecido talento.

Entretanto, queda de Ud. su atento, seguro servidor Q. B. S. M.,

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

SEÑOR CONDE DE MONTALEMBERT.

PARÍS, 1.º de Junio de 1849.

SR. MARQUÉS: Doy á Ud. un millón de gracias por la carta que se ha servido escribirme con fecha 26 del pasado Mayo, y que ha excitado hasta el más alto punto mi simpatía y mi interés.

Del propio modo que lo hizo Ud. en su admirable discurso de este invierno, veo que siempre se va al fondo de las cosas, y que después de haber sondado los abismos, sabe Ud. elevarse con el pensamiento á una altura donde nadie había subido antes de Ud.

A gran dicha tengo estar de acuerdo con Ud. en todo ó casi todo. Creo, como Ud., que efectivamente la civilización filosófica representa *el mal sin ninguna mezcla de bien*. Pero no tan absolutamente admito que la civilización católica (la cual no ha sido instituída directamente por Dios, como la Iglesia), contenga *el bien sin mezcla alguna de mal*; porque los hombres mezclan siempre el mal en todo lo que ellos hacen.

Por otra parte, ¿cuál época señalaremos como la en que haya existido la civilización, ó sea la sociedad católica por excelencia? Para mí, es indudable que esta época fué la Edad Media en el período desde el siglo VIII hasta el XIV, pero no es menos evidente que aquella civilización ha experimentado alteración en su *forma* y en su *fuerza*, antes de ser vencida y reemplazada por el racionalismo democrático. La Francia de San Luis no se parece por cierto á la Francia de Luis XVI, sin embargo de ser ambas católicas; así como la España de San Fernando no ha sido ciertamente idéntica á la España de Felipe V.

Pero ya discutiremos estos puntos secundarios cuando tengamos el gusto de vernos. Entretanto, permítame Ud. pedirle en nombre de los redactores de *L'Univers*, á quienes he comunicado su carta, la autorización para publicarla en aquel periódico, ya sea con la firma de Ud. (que es lo que más estimarían aquéllos), ya como un remitido anónimo. Mientras de su amabilidad obtengo este favor, con el mayor placer me repito su atento, respetuoso y seguro servidor.

EL CONDE DE MONTALEMBERT.

SEÑOR MARQUÉS DE VALDEGAMAS

BERLÍN, 4 de Junio de 1849.

SR. CONDE: Acabo de recibir hoy mismo la muy apreciable de Ud. del 1.º de Junio en contestación á la que tuve la honra de escribirle en 26 de Mayo. La conformidad de nuestras ideas es una de las cosas que más podían lisonjearme, y que más me lisonjean. La amistad y la simpatía de Ud. son cosas de inestimable valor, y yo sé apreciarlas en todo lo que valen.

Nuestra conformidad va más allá, y es más absoluta de lo que á Ud. le parece. La civilización católica puede ser considerada de dos maneras diferentes: ó en sí misma, como un cierto conjunto de principios religiosos y sociales, ó en su realidad histórica, en la cual esos principios se combinan con la libertad humana. Considerada desde el primer punto de vista, la civilización católica, es perfecta; considerada desde el segundo punto de vista, la civilización católica, en su desarrollo en el tiempo y en su extensión en el espacio, se ha sujetado á las im-

perfecciones y á las vicisitudes de todo lo que se extiende en el espacio y se prolonga en el tiempo. En mi carta no consideré yo esa civilización sino desde el primer punto de vista. Considerándola ahora desde su punto de vista segundo, es decir, en su realidad histórica, diré que habiendo nacido sus imperfecciones únicamente de su combinación con la libertad humana, el verdadero progreso hubiera consistido en sujetar el elemento humano, que la corrompe, al divino, que la depura. La sociedad ha seguido un rumbo diferente: dando por fenecido el imperio de la fe, y proclamando la independencia de la razón y de la voluntad del hombre, ha convertido el mal, que era relativo, excepcional y contingente, en absoluto, universal y necesario. Este período de rápido retroceso comenzó en Europa con la restauración del paganismo literario, la cual produjo, unas después de otras, las restauraciones del paganismo filosófico, del paganismo religioso y del paganismo político. Hoy el mundo está en vísperas de la última de estas restauraciones: la restauración del paganismo socialista.

La historia está ya en estado de formular su juicio acerca de esas dos grandes civilizaciones, de las cuales la una consiste en conformar la razón y la voluntad del hombre al elemento divino; y la otra en dejar á un lado el elemento divino, y en proclamar la independencia y la soberanía del elemento humano. El siglo de oro de la civilización católica, es decir, el siglo en que la razón y la voluntad del hombre se conformaron con una conformidad menos imperfecta al elemento divino, ó, lo que es lo mismo, al elemento católico, fué sin duda ninguna el siglo XIV; así como el siglo de hierro de la civilización filosófica, es decir, el siglo en que la razón y la voluntad del hombre han llegado al apogeo de su independencia y de su soberanía, es sin duda el siglo XIX.

Por lo demás, ese gran retroceso estaba en la ley, sabia á un mismo tiempo y misteriosa, con que Dios dirige y gobierna al género humano. Si la civilización católica hubiera seguido en un progreso continuo, la tierra hubiera llegado á ser el pa-

raíso del hombre, y Dios ha querido que la tierra sea un valle de lágrimas: Dios hubiera sido socialista: ¿qué hubiera sido entonces Proudhón? Cada uno está bien en donde está: Dios en el cielo, y Proudhón en la tierra; Proudhón buscando siempre, sin encontrarle jamás, un paraíso en un valle de lágrimas; y Dios poniendo ese gran valle entre dos grandes paraísos, para que el hombre estuviera entre una gran esperanza y un gran recuerdo.

Viniendo ahora al deseo que Ud. me manifiesta, en nombre de los redactores de *L'Univers*, de que se publique mi carta, debo decir á Ud., que en otros tiempos hubiera tenido en ello un gran inconveniente, pero que hoy día no tengo inconveniente ninguno. Yo he tenido el fanatismo literario, el fanatismo de la expresión, el fanatismo de la belleza en las formas, y las formas de una carta particular no son ni literarias ni bellas; pero este fanatismo pasó; hoy día más bien desprecio que admiro ese talento, que es una enfermedad nerviosa, más bien que un talento del alma.

Cuando tenga el gusto de ver á Ud., hablaremos más largamente de todos estos asuntos: para una carta bastan estas ligeras indicaciones.

Entretanto queda de Ud. su atento seguro servidor

Q. B. S. M.,

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

SEÑOR CONDE DE MONTALEMBERT.

SEÑORES REDACTORES DE "EL PAÍS," Y DE EL "HERALDO,,"

BERLÍN, 16 de Julio de 1849.

MIS QUERIDOS AMIGOS: En los periódicos que Uds. redactan se han publicado, en contestación á las cartas que tuve la honra de escribir al Sr. Conde de Montalembert, dos artículos, en los cuales la cortesanía anda en competencia con el ingenio. Hubo un tiempo en que yo era un porfiado justador en certámenes intelectuales. Ese tiempo, sin embargo, pasó ya, desde que llegué á persuadirme que las controversias valen poco, y que más bien sirven de rémora que de aguijón al género humano en su arrebatado camino. Los siglos de los argumentadores son los siglos de los sofistas, y los siglos de los sofistas son los siglos de las grandes decadencias. Detrás de los sofistas vienen siempre los bárbaros, enviados por Dios para cortar con su espada el hilo del argumento.

Esto no obstante, he resuelto faltar hoy á mi propósito en gracia de nuestra amistad, y para dar un público testimonio de mi aprecio hacia Uds. y del homenaje que estoy dispuesto á rendir á sus talentos esclarecidos.

Diré, pues, algo de lo mucho que pudiera decir acerca de las observaciones que Uds. han hecho á mis cartas. Y como me falta tiempo para enviar un ejemplar de este escrito á cada uno de los periódicos mencionados, se le remito solamente al que primero me impugnó, rogando al otro que, si lo tiene á bien, se inserte en sus columnas, pues va dirigido á ambos. Al

propio tiempo debo declarar aquí que, una vez la mano en la pluma, contestaría también á los otros periódicos, si es que ha habido otros que me hayan honrado con sus impugnaciones; debiendo atribuirse mi silencio solamente á la circunstancia de no recibir sino *El País*, *La España* y el *Heraldo*.

Uno de ustedes me ha acusado de maniqueísmo y de pertenecer á la escuela neo-católica. Por lo que hace al último miembro de la acusación, debo declarar aquí: lo primero, que no sé si esa escuela existe; lo segundo, que si existe, ignoro lo que quiere; lo tercero, que en todo caso yo no pertenezco á ella. Yo soy católico puro: creo y profeso lo que profesa y cree la Iglesia católica, apostólica, romana. Para saber lo que he de creer y lo que he de pensar, no miro á los filósofos; miro á sus doctores; no pregunto á los sabios, porque no podrían responderme; pregunto más bien á las mujeres piadosas y á los niños, vasos ambos de bendición, porque el uno está purificado con las lágrimas y el otro está embalsamado todavía con el perfume de la inocencia.

Yo he visto dos edificios gigantescos, dos torres babilónicas, dos civilizaciones espléndidas, levantadas á lo alto por la sabiduría humana, la primera cayó al ruido de las trompetas apostólicas, y la segunda va á caer al ruido de las trompetas socialistas. Y en presencia de este espectáculo tremendo, me pregunto á mí mismo con terror, si la sabiduría humana es otra cosa sino vanidad y aflicción de espíritu. No se me oculta que hay hombres de un optimismo invencible, para quienes es una cosa evidente que la sociedad no ha de caer, porque no ha caído ya, y á cuyos ojos el nublado, lejos de crecer, se va deshaciendo por los aires. Para ellos, la revolución de Febrero fué el castigo, y lo que viene es la misericordia. Los que vivan, verán, y los que vean se asombrarán al ver que la revolución de Febrero no fué más que una amenaza y que ahora viene el castigo.

Por lo que hace á la acusación de maniqueo, á ser fundada, sería de una gravedad altísima. Los maniqueos, en los tiempos

modernos como en los antiguos, han afligido á la Iglesia con escándalos y han henchido su corazón de amargas tribulaciones. La acusación, sin embargo, carece de todo fundamento.

Si la coexistencia del mal y del bien bastara para constituir el maniqueísmo, la Iglesia sería maniquea; porque la Iglesia, como los libros bíblicos, proclaman á una voz, con todos los doctores, que el mal y el bien andan mezclados por el mundo. Si la lucha entre el bien y el mal bastara para constituir el maniqueísmo, la Iglesia sería maniquea; porque la Iglesia, como los libros bíblicos, proclaman á una voz, con todos los doctores, que esa lucha existe desde que comenzó la gran tragedia paradisíaca; y que se dilatará por toda la prolongación de los tiempos. Si la victoria *natural* del mal sobre el bien bastara para constituir el maniqueísmo, la Iglesia sería maniquea, porque la Iglesia como los libros bíblicos, proclaman á una voz, con todos los doctores, que el bien no puede triunfar del mal sino por un milagro. El diluvio, por el cual el bien salió triunfante del mal, fué un milagro. La venida al mundo de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el bien triunfó del mal, fué un milagro, y el juicio final, en el cual el bien triunfará del mal para siempre, es como la coronación de todos los milagros ¹.

Esto, por lo que hace á las sociedades humanas, por lo que hace á los individuos, están sujetos á la misma ley, si bien obra en ellos de diferente manera. El mal triunfa del hombre, como triunfa de la sociedad, *naturalmente*; y no es vencido en el hombre, como en la sociedad, sino por una influencia milagrosa. La influencia milagrosa que salva al hombre, se llama *gracia*, y la *gracia*, que es en el hombre el principio de la *justificación*, es al mismo tiempo el principio de toda victoria.

Entre la salvación de las sociedades y la del hombre, hay, pues, esta semejanza: que ambas se obran por un milagro, y esta diferencia: que en el hombre el milagro es comunmente

1 Debo advertir aquí, que sólo *La España* tradujo el párrafo de mi carta relativo al fin de los tiempos; en la traducción de *El Heraldo* y de *El País* no se encuentra, sin duda por distracción del traductor; sin embargo, ese párrafo es importantísimo, porque completa mi pensamiento. —(Nota del autor.)

interno é invisible, y en la sociedad es exterior, y, si pudiera decirse así, palpable. Al hombre le habla Dios sin ruido de palabras, al mundo estrepitosamente.

No hay, pues, maniqueísmo ni en la existencia del mal al lado del bien, ni en su lucha, ni en su victoria, conseguida por los medios *naturales*.

¿Cuándo habría, pues, maniqueísmo? Le habría si yo hubiera dado á los estragos del mal una existencia independiente de la voluntad de Dios; si yo le hubiera hecho Dios; si le hubiera señalado con el dedo como el rival del Altísimo, averiguando con el en portentosas batallas, á quién había de pertenecer la dominación del cielo y de la tierra, y el imperio sobre lo visible y sobre lo invisible, sobre los ángeles y sobre los hombres. Tal blasfemia no ha estado en mi corazón ni ha venido á mis labios.

Luzbel no es el rival, es el esclavo del Altísimo. El mal que inspira é infunde, no le infunde y no le inspira sino permitiéndolo el Señor; y el Señor no lo permite sino para castigar á los impíos ó para purificar á los justos con el hierro candente de las tribulaciones. De esta manera, el mal mismo viene á transformarse en bien, bajo el omnipotente conjuro de aquel que no tiene igual ni en lo potente, ni en lo grande, ni en lo maravilloso, que es el que es; y que sacó todo lo que es fuera de él, de los abismos de la nada.

Se me ha hecho otra objeción más grave todavía, porque se dice que la consecuencia que puede sacarse de mi opinión respecto al triunfo irremisible del mal, ataca, no sólo al catolicismo, sino al cristianismo, porque en ese caso la misión del Cristo quedaría virtualmente declarada insuficiente.

Aquí hay dos grandes errores: el uno relativo á mi opinión, el otro relativo á la misión del Salvador del género humano.

Es tan lejos de ser cierto que yo crea el triunfo del mal irremisible, que he dicho expresamente lo contrario. Con el diluvio triunfó el bien del mal; con la venida del Señor triun-

ló el bien del mal; con el Juicio final triunfará el bien del mal, y su triunfo no tendrá fin, porque los tiempos se habrán acabado, y la eternidad no le tiene. Lo que he dicho, es, que el mal triunfa *naturalmente* del bien. Y esto, además de ser una cosa puesta fuera de toda duda, es una cosa conforme á la doctrina católica. El catolicismo no dice que el hombre sea poderoso para triunfar del mal; dice lo contrario expresamente, porque enseña que las sociedades no pueden triunfar del mal sino ayudadas por el brazo de Dios ni el hombre, sino con la ayuda de su gracia. Luego, afirmando yo, por una parte, el triunfo *natural* del mal sobre el bien, y por otra, el triunfo *sobrenatural* de Dios sobre el mal, no hago otra cosa sino reducir á una fórmula breve y comprensiva los grandes principios del catolicismo, fundado todo él en la omnipotencia divina y en la flaqueza humana.

Pasando ahora al error relativo á la misión de nuestro Señor Jesucristo, diré que Jesucristo no se llama y no es Salvador porque haya salvado á todos los hombres; se llama y es Salvador, porque antes de su venida no podía salvarse ninguno; y después de su venida, si quieren, *pueden* salvarse todos. En cuanto á lo primero, sabido es que los justos de la antigua ley estaban aguardándole en el seno de Abrahán, y que no salieron de allí para remontarse á los cielos sino rescatados por su preciosísima Sangre. Por lo que hace á lo segundo, el texto del Evangelista es terminante: *In propria venit et sui eum non receperunt. Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios. Dei fieri, his qui credunt in nomine ejus: qui non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis, neque ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt.* (San Juan, I, 11, 12, 13.)

En una palabra, y para que esta doctrina quede tan clara como el sol que nos alumbra, el misterio de nuestra Redención se reduce principalmente al restablecimiento, por los méritos del Salvador y por su gracia, del dichoso equilibrio de la libertad humana, roto por el pecado.

Tres han sido los varios estados del hombre: en el primero

era completamente libre, y su libertad consistía en la potestad que le fué dada de escoger entre salvarse y perderse ¹. El hombre, en uso de su libertad, quiso perderse, y se perdió. Perdiéndose, entró en el segundo estado. Lo que principalmente le distingue del primero, es, que en vez de una libertad cumplida, sólo tuvo en él una libertad amenguada. El hombre no pudo salvarse, aunque pudo perderse; su libertad cayó en el mismo abismo en que había caído su inocencia. Con la venida del Señor pasó al tercer estado, en el cual recobró toda su libertad primitiva por medio de la gracia, la cual fué dada al hombre en grado suficiente, por los méritos de nuestro Señor Jesucristo, cuya preciosísima Sangre lavó la mancha del pecado: *Ubi abundavit delictum, ibi gratia superabundavit*. Con la gracia recobró su entera libertad: y con su entera libertad, la potestad de escoger entre perderse y salvarse.

El hombre puede echar por cualquiera de estos dos caminos; y puede echar por el de la perdición, sin que en su perdición definitiva tenga derecho para levantarse contra Dios, como Adán no le tuvo para levantarse contra él en la perdición primera. El hombre es libre, soberanamente libre en presencia de su Dios, que reverencia la libertad humana, como encerrando el más profundo de sus designios, y como siendo la más sublime de sus obras. El libre albedrío es una cosa tan inviolable, tan santa, que ni Dios ni el hombre pueden impedir al hombre los dos actos más grandiosos y al propio tiempo más terribles de esa libertad tremenda: el acto por medio del cual el hombre mata su cuerpo, y el acto por medio del cual pierde su alma: el suicidio y el pecado. No hay ninguna libertad que no haya sido ó que no pueda ser confiscada por alguna tiranía; salvo la libertad por excelencia, la cual está puesta fuera

¹ Téngase aquí presente que el poder pecar, y por consiguiente el poder de elegir la perdición, lejos de pertenecer á la razón del libre albedrío, es más bien defecto é imperfección de esta potencia. Santo Tomás de Aquino dió de la libertad esta admirable definición: *Facultas electiva mediorum servato ordine finis*, definición en que no está contenida "la potestad de perderse". Bien será recordar que el Marqués de Valdegamas en su admirable *Ensayo* explicó admirablemente también el concepto de la libertad de albedrío.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

de la jurisdicción de los tiranos. Todo lo pueden contra mí, todo, menos obligarme á vivir si aborrezco la vida, y llevarme por fuerza á puerto de salvación si no quiero salvarme.

Y véase cómo la cuestión del porvenir de las sociedades humanas puede tratarse anchamente, sin que sea contraria al catolicismo ninguna de las soluciones posibles. La cuestión es una cuestión de libertad. Se trata de averiguar solamente si las sociedades humanas, por el camino que libremente llevan, van á parar á la perfección, ó van á parar á la muerte. Ustedes tienen la dicha de estar convencidos de lo primero; yo tengo la desgracia de estar persuadido de lo segundo.

Digo más todavía: digo que mi solución, sin estar aceptada y definida por la Iglesia, sin estar formalmente articulada en las divinas Escrituras, y sin haber sido expresamente sustentada por los doctores, es, sin embargo, la que guarda más grande consonancia con el espíritu difundido interiormente en la Religión católica.

Sigan ustedes conmigo los pasos del Salvador hasta que muere en la Cruz, desde que nace en el pesebre. ¿Qué significa esa nube de tristeza que cubre perpetuamente su sacratísimo rostro? Las gentes de Galilea le vieron llorar; la familia de Lázaro le vió llorar; sus discípulos le vieron llorar; Jerusalén le vió inundado de lágrimas. Todos, todos vieron las lágrimas en sus ojos. ¿Quién vió la risa en sus labios? ¿Y qué era lo que veían tan turbados aquellos ojos en cuya presencia estaban todas las cosas, las presentes como las pasadas, las pasadas como las venideras? ¿Veían por ventura al género humano navegando por un mar sin vajíos y en plácida bonanza? No, no. Veían á Jerusalén cayendo sobre su Dios; á los romanos cayendo sobre Jerusalén; á los bárbaros cayendo sobre los romanos; al protestantismo cayendo sobre la Iglesia; á las revoluciones, amamantadas á los pechos del protestantismo, cayendo sobre las sociedades; á los socialistas cayendo sobre las civilizaciones, y al Dios terrible y justiciero cayendo sobre todos.

Esto veían, y por eso sus ojos estuvieron llorosos hasta que se cerraron, y su alma triste hasta la muerte.

Veamos ahora lo que decía. ¿Qué decía á sus discípulos, y en sus discípulos á su Iglesia, y en su Iglesia á todos los cristianos, y en todos los cristianos á todos los que representaban el bien de la tierra? ¿Les prometía, por ventura, bienaventuranza y victoria, ó catástrofes y tribulaciones?

Ecce ego mitto vos sicut oves in medio luporum... cavete autem ab hominibus. Tradent enim vos in conciliis, et in sinagogis suis flagellabunt vos, et ad praesides et ad reges ducemini propter me in testimonium illis et gentibus. (S. Matth., X 16, 17, 18.)

Y más allá: *Tradet autem frater fratrem in mortem, et pater filium: et insurgent filii in parentes et morte eos afficient; et eritis odio omnibus propter nomen meum.* (S. Matth., X, 21, 22.)

Si el destino de la humanidad es perfeccionarse y subir, es cosa clara que nunca será más perfecta ni estará más subida que al fin de los tiempos: pues vean Uds. ahora algo de lo que será ese fin.

Et est datum illi (á la bestia, encarnación del mal) bellum facere cum sanctis et vincere eos. Et data est illi potestas in omnem tribum, et populum, et linguam, et gentem. Et adoraverunt eam omnes qui inhabitant terram. quorum non sunt scripta nomina in libro vitae agni, qui occisus est ab origine mundi. (Apoc., c. XIII, v. 7, 8.)

Et vidi angelum descendentem de coelo, habentem clavem abyssi et catenam magnam in manu sua: et apprehendit draconem, serpentem antiquum, qui est diabolus et Satanas, et ligavit eum per annos mille, et missit eum in abyssum, et clausit, et signavit super illum, ut non seducat amplius gentes. (Apoc., c. XX, v. 1, 2, 3.)

De estos textos resulta, que las olas del mar inundarán la tierra y subirán á lo alto; que serán pocos los que se salven de aquella tremenda avenida; que los santos serán vencidos:

que todo será, en la grey del Señor, tribulación y llanto, tentación y batalla; y, por último, que todos sucumbirían, si el brazo del Dios fuerte no encadenara á los monstruos.

Toda mi doctrina está aquí: el triunfo *natural* del mal sobre el bien, y el triunfo *sobrenatural* de Dios sobre el mal. Aquí está la condenación de todos los sistemas progresistas y perfeccionistas con que los modernos filósofos, embaucadores de profesión, han intentado adormecer á los pueblos, esos niños inmortales.

Y no se me diga que estamos lejos del fin: porque esto, ¿quién lo podrá decir, y quién lo sabe? Lo que yo sé es que esos grandes crecimientos del mal no pueden realizarse sino de dos maneras: ó de súbito y por un milagro, ó progresiva y lentamente, según la ley natural de las causas y de los efectos. La primera manera es imposible; porque de ella resultaría que el mal viene de Dios y no de la libertad del hombre; y, por consiguiente, que Dios es el mal, y que Dios es el diablo, según la blasfemia *proudhoniana*. Si es imposible aceptar la primera manera, aceptar la segunda es una cosa inevitable. Ahora bien (y aquí llamo la atención de Uds.); es necesario suponer que el mal viene desarrollándose y creciendo muy de antiguo y de muy lejos: de donde se sigue que para demostrarme que mis observaciones no tienen aplicación á la época presente, no basta la demostración imposible de que estamos lejos del fin, sino que es necesario, sobre esa otra más imposible: la de que estamos lejos del principio.

Por lo demás; yo no doy esta última razón sino por lo que vale en calidad de una razón subsidiaria. El último día, vecino de la eternidad, sólo el que es eterno le conoce y le sabe. Fuera de él, todos le ignoran en el cielo y en la tierra. Pero no sería prudente olvidar que va ya para seis mil años que el género humano peregrina por el mundo; que su frente, bañada de polvo y de sudor, está llena de canas; que ese período de los seis mil años es un período bíblico tremendo; que San Vicente Ferrer pasa por el ángel apocalíptico; que se han consumado

en la Europa las más grandes apostasías, que la luz evangélica ha penetrado en las más remotas regiones, que muchas de las profecías, anunciadoras del fin, se han cumplido ya sin ningún género de duda, y que las demás se irán cumpliendo.

Por lo demás, y sea de esto lo que quiera, siempre resultarán estas dos cosas, de cuanto llevamos expuesto: que el mal triunfa siempre del bien naturalmente, y que Dios triunfa siempre del mal por un acto de su voluntad soberana; que esto sucedió en el período que comienza en la creación y acaba en el diluvio; que esto sucedió en el período que comienza en el diluvio y acaba con la venida de nuestro Señor Jesucristo; y que eso mismo sucederá, según el testimonio de las Escrituras, en el período que corre y se prolonga desde la venida de nuestro Señor, como Salvador de los hombres, hasta su venida en gloria y majestad, como juez del género humano. Ahora bien: una ley que se cumple en todos, siempre y en todas partes; una ley que aparece en el principio, en el medio y en el fin de los tiempos, es una ley divina, que tiene bajo su imperio á la tierra; es una ley que preside al desarrollo de la humanidad, y que resplandece en la historia. Yo no la he inventado; la he visto. Yo no he hecho otra cosa sino mostrársela á los demás, vestida de una fórmula.

Como se ve, el catolicismo está muy lejos de considerar la vida social y la vida humana por un prisma de ricos y abri-llantados colores. Consiste esto en que á sus ojos la vida es una expiación, y la tierra un valle de lágrimas. Lo que se llama mal entre los hombres, y lo que lo es en realidad, considerándolo en su origen, que es el pecado, se convierte en bien en la mano de Dios por sus efectos; como quiera que, ahora sirva de castigo, ahora de expiación, es siempre un instrumento, en los réprobos de su justicia, en los santos de su misericordia.

Estos dos puntos de vista, el divino y el humano, sirven para explicar la pasmosa contradicción que se advierte entre los juicios y las palabras de nuestro Señor, y los juicios y las palabras de los hombres. “¡Bienaventurados los que lloran!”,

decía el Salvador desde la montaña. ¿Y á quién se lo decía? Decíasele al mundo, que tuvo siempre las lágrimas por señal de desventura. “¡Bienaventurados los pobres de espíritu!” Esto decía á las gentes, y á los pueblos, y á las naciones, ocupadas perpetuamente en deificar la soberbia. Los perseguidos injustamente eran para el mundo asunto de compasión; y llamándolos *bienaventurados* en presencia del mundo, los hizo dignos de envidia. El mundo había elegido á la cruz por símbolo de infamia; el Señor la escogió por símbolo de victoria. El mundo llamaba grandes á los soberbios; el Señor llamó grandes á los humildes. El mundo santificaba los placeres; el Señor santificó las tribulaciones. Por eso, al tiempo de expirar, y siendo el Señor absoluto de todas las cosas, no halló en las arcas de la eternidad, para dar en herencia á su santísima Madre y á sus Apóstoles santos, joyas de más alto precio que la cruz, las lágrimas y el martirio.

Sí, la vida es una expiación; la tierra un valle de lágrimas. De nada sirve revelarse contra la Providencia, contra la razón y contra la historia. Si no queréis alzar la vista á los cielos, poneda en la cuna del niño sin pecado; allí, como en todas partes, leeréis una lección que es terrible. ¿Veis aquel niño que acaba de nacer, que no tiene voluntad, que no tiene entendimiento, que no tiene fuerzas, que nada puede, que nada sabe, que nada tiene? Pues en su extrema flaqueza, y en su extrema ignorancia sólo una cosa puede y sabe: sólo puede y sabe llorar: sólo para derramar lágrimas no necesita maestro. *Et nunc intelligite.*

Mis opiniones—se dice—son contrarias á la filosofía y á la razón¹.—Y yo pregunto: ¿á cuál razón y á cual filosofía son mis opiniones contrarias? Porque la razón, tal como ha salido de las manos de Dios, y la filosofía, tal como ha salido de la Reli-

¹ No se olvide que ya antes de que escribiera Donoso Cortés estas líneas, el tradicionalismo, es decir, una reacción excesiva contra el racionalismo, había penetrado y oscurecido muchas inteligencias católicas y nobilísimas como la suya; no es, pues, maravilla que parezcan en ellas algunas como sombras de este equivocado sistema.—
(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

gión católica, que es su madre, son para mí cosas venerables y saatas. Si por razón se entiende la facultad que ha dado Dios al hombre de recibir y comprender lo que le revela, y de sacar consecuencias provechosas para la vida y para la sociedad, de lo que le ha sido revelado, yo acato y venero, como una de las obras maestras de Dios, á la razón humana. Si por razón se entiende la facultad de inventar la verdad, ó la de descubrir aquellas verdades fundamentales que son madres de todas las otras, sin el auxilio de la revelación divina, entonces, no solamente no la venero y no la acato, sino que la niego resueltamente. Sus adoradores adoran una sombra, menos que una sombra real, una sombra soñada. Entre las ideas fundamentales de todas las ciencias y la razón, hay la misma relación que entre los objetos exteriores y la pupila del ojo; su relación no es una relación de *causalidad*, sino una relación de *coexistencia*.

Si por filosofía se entiende la ciencia que consiste en reducir á sistema y á método las verdades fundamentales de este ó de aquel género que nos han sido reveladas; en ordenarlas entre sí de manera que formen un armónico y luminoso conjunto; en señalar las relaciones en que están las unas con respecto á las otras, y en sacar de su fecudísimo seno otras verdades secundarias que pueden servir de enseñanza á la sociedad y al hombre, acato y venero la filosofía, como una cosa que honra y enaltece al género humano. Esto fué la filosofía en manos de los doctores católicos; eso fué en manos de San Agustín, á quien nadie excede, ni quizá iguala, en lo agudo, en lo sagaz, en lo penetrante del ingenio; eso fué en manos de Santo Tomás, que en ingenio sólido, vasto y profundo no tiene competidores. No era por cierto esta clase de filosofía la que yo tenía en mi mente cuando condenaba la filosofía en mis cartas. Pero si por filosofía se entiende la ciencia que consiste en conocer á Dios sin el auxilio de Dios, al hombre sin el auxilio del que le ha formado, y á la sociedad sin el auxilio del que calladamente la gobierna; si por filosofía se entiende la ciencia

que consiste en una triple creación, la creación divina, la creación social y la creación humana, yo niego resueltamente esa creación, esa ciencia y esa filosofía. Eso y no otra cosa es lo que niego: lo cual quiere decir que niego todos los sistemas racionalistas, los cuales descansan en este principio absurdo, á saber; que la razón es independiente de Dios, y es competente para todo ¹.

Si se me preguntase mi opinión particular sobre el eclecticismo, diría que el eclecticismo no existe. No existe: lo primero, porque si consiste en escoger ciegamente ciertos principios solitarios entre los varios sistemas filosóficos, el eclecticismo es lo que sería el inocente recreo del que, deshojando los poemas homéricos, echase las hojas sueltas á volar para ver el caprichoso sentido de las que se juntaban en el aire; lo segundo, porque si consiste en escoger con criterio, la filosofía no está en la elección, sino en el principio que sirve de conductor al que escoge; en cuyo caso la unidad del criterio, la unidad del principio, la unidad del conductor en el laberinto ecléctico, convierten al eclecticismo en un sistema absoluto. Hay más todavía: la tal elección no existe nunca; en el primero de estos casos, porque el que se abandona á la casualidad, no escoge; en el segundo, porque el que comienza por asentar un criterio de elección, no tiene libertad de escoger, siendo esclavo de su criterio.

Sea de esto, empero, lo que quiera, el eclecticismo no podría ser considerado en ningún caso sino como una rama pálida y deshojada del gran árbol racionalista, puesto en medio de la sociedad como aquel árbol paradisíaco que trajo al mundo la muerte. Del racionalismo han salido el *spinosismo*, el *volterrianismo*, el *kantismo*, el *hegelianismo* y el *cousinismo*, doctrinas todas de perdición, que, en el orden político, religioso y social, son para la Europa lo que en el orden físico es para el Celeste Imperio el opio de los ingleses.

¹ Justo me parece añadir que las sombras á que se refiere la nota anterior, el mismo Donoso las disipa con estas magníficas expresiones. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Sí; la sociedad europea se muere; sus extremidades están frías; su corazón lo estará dentro de poco. ¿Y sabéis por qué se muere? Se muere, porque está envenenada. Se muere, porque la sociedad había sido hecha por Dios para alimentarse de la substancia católica, y médicos empíricos la han dado por alimento la substancia racionalista. Se muere, porque así como el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, así también las sociedades no mueren solamente por el hierro, sino por toda palabra anticatólica, salida de la boca de los filósofos. Se muere, porque el error mata; y esta sociedad está fundada en errores. Sabed que todo lo que tenéis por inconcuso, es falso. La fuerza vital de la verdad es tan grande, que si estuvierais en posesión de una verdad, de una sola, esa verdad podría salvaros. Pero vuestra caída es tan honda, vuestra decadencia tan radical; vuestra ceguera tan completa, vuestra desnudez tan absoluta, vuestro infortunio tan sin ejemplo, que esa sola verdad no la tenéis. Por eso, la catástrofe que ha de venir, será la catástrofe por excelencia de la historia. Los individuos pueden salvarse todavía, porque pueden salvarse siempre; pero la sociedad está perdida. Y esto, no porque tenga una imposibilidad radical de salvarse, sino porque para mí está visto que no quiere salvarse. No hay salvación para la sociedad; porque no queremos hacer cristianos á nuestros hijos, y porque nosotros no somos verdaderos cristianos. No hay salvación para la sociedad; porque el espíritu católico, único espíritu de vida, no lo vivifica todo, la enseñanza, los gobiernos, las instituciones, las leyes y las costumbres. Torcer el curso de las cosas, en el estado que hoy tienen, no se me oculta que sería una empresa de gigantes. No hay poder en la tierra que por sí sólo pueda llevarla á cabo; y apenas podría ser llevada á término dichoso si obraran con concierto todos juntos. Yo dejo al cuidado de Uds. averiguar si este concierto es posible, y hasta qué punto lo es; y decidir si, aun en el caso que sea posible, la salvación de la sociedad no sería de todos modos un verdadero milagro.

Tiempo es ya de poner término á esta carta, que roba á ustedes el espacio que necesitan para ventilar otras cuestiones. Al concluir, me permitirán Uds. que haga una observación importante. De todas las potestades nacidas de la nueva organización de las sociedades europeas, ninguna es tan colosal, tan exorbitante, como la potestad concedida á todos de poner su palabra en los oídos del pueblo. Las sociedades modernas han conferido á todos la potestad de ser periodistas; y á los que lo son, el tremendo encargo de enseñar á las gentes que Jesucristo confió á sus Apóstoles. No me toca á mí pronunciar un fallo en este momento sobre esta institución; cúplome sólo señalar á Uds. su grandeza; la profesión de Uds. es á la vez una especie de sacerdocio civil y una milicia. El instrumento que manejan Uds., puede serlo de salvación ó de muerte. La palabra es más cortante que la espada, más pronta que el rayo, más destructora que la guerra. Ministros de la palabra social, no olviden Uds. nunca que la responsabilidad más terrible acompaña siempre á ese terrible ministerio; que no hay sino en la eternidad penas bastantes para castigar á los que ponen la palabra, ese don divino, al servicio del error; así como no hay galardones bastantes sino en la eternidad para los que consagran su palabra y sus talentos al servicio de Dios y de los hombres.

En la seguridad de que Uds. son de los últimos; tiene la honra de saludarles su amigo y servidor Q. B. SS. MM.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

DISCURSO
SOBRE
LA SITUACIÓN GENERAL DE EUROPA,
PRONUNCIADO EN EL CONGRESO EL 30 DE ENERO DE 1850,
AL DISCUTIRSE EL PROYECTO DE AUTORIZACIÓN AL GOBIERNO PARA PLANTEAR
LOS PRESUPUESTOS DE AQUEL AÑO.

DISCURSO

SOBRE

LA SITUACIÓN GENERAL DE EUROPA

SEÑORES:

Retirado de la escena política por causas que mis amigos conocen y que adivinan todos, había pensado no tomar parte hoy en esta discusión ni en ninguna. Si rompo hoy este silencio, es por cumplir con un deber, un deber que estimo sagrado, como estimo sagrados todos mis deberes. Sin embargo, señores, el desaliento profundo que ha motivado en mí la resolución de retirarme de la vida pública, este desaliento profundo es hoy mucho mayor que ayer, ayer mucho mayor que el día anterior. Mis tristes pronósticos tenían antes por objeto á la Europa en general; hoy, por desgracia, tienen por objeto también á la nación española. Yo creo, señores, creo con la convicción más profunda, que entramos en un período angustioso; todos los síntomas que lo anuncian, se presentan juntos á la vez; la ceguedad de los entendimientos, el encono de los ánimos, las discusiones sin objeto, las contiendas sin motivo; sobre todo, y más que todo esto, y será lo que más extrañe al Congreso, el furor que de todos se apodera por las reformas económicas. Este furor que á todos agita por esta clase de cuestiones, no se presenta nunca en primer término sin que sea anuncio seguro de grandes catástrofes y de grandes ruinas.

Encargado, señores, por la comisión, de resumir este largo, importantísimo y tristísimo debate, seré, sin embargo, relativamente breve, y lo seré por varias razones; porque la cuestión viene á mis manos agotada, porque no estoy para hablar ni el Congreso para oírme; y porque, descartados los episodios dramáticos, terriblemente dramáticos¹; descartadas las alusiones personales, los ataques dirigidos á los ministros y á que los ministros han contestado; descartados, por último, los movimientos oratorios, apenas quedan que resumir sino tres ó cuatro argumentos. En esta discusión, señores, ha habido algunas veces palabras acerbas y duras; yo no seré ni duro ni acerbo; permita el cielo, señores, que antes de entrar en ese camino de perdición, se pegue la lengua á mi paladar y se ahogue la voz en mi garganta. (*Risas en los bancos progresistas.*) El Sr. San Miguel nos ha dicho que no era partidario de la táctica que consiste en poder á los hombres en contradicción consigo mismos, de ponerlos en contradicción con otros de su mismo partido, y de poner en contradicción consigo mismos á los partidos. Yo tampoco adoptaré esta táctica; no hablaré de esas cosas, á que por mi parte no doy importancia ninguna. ¿Cómo extrañaré yo que haya divergencias en casos especiales entre hombres de un mismo partido, cuando desde que nací estoy buscando un hombre que esté de acuerdo consigo propio, y no le he encontrado todavía? (*¡Muy bien!*)

Señores, la naturaleza humana es una naturaleza inarmónica, una naturaleza antitética, una naturaleza contradictoria; el hombre está condenado á llevar al sepulcro la cadena de todas sus contradicciones. Tampoco hablaré de los cambios y mudanzas de los partidos. ¿Cómo, señores, extrañar que los partidos cambien, que los partidos se muden? Pues qué, la vida, la vida humana, como la del universo, ¿no es una perpetua transformación? ¿Qué es la juventud sino una transformación de la infan-

¹ El orador alude á un duelo sangriento que por aquellos días se verificó entre dos diputados, célebres ambos, y ambos, especialmente uno de ellos, ligados con Dovoso por vínculos de íntima y antigua amistad.—(*Nota del editor.*)

cia? ¿Qué es la vejez sino una transformación de la juventud? ¿Y qué es la muerte misma, para un cristiano, sino una transformación de la vida?

Voy, señores, á entrar en los principales argumentos, nada más que en los principales, con la mayor brevedad que me sea posible: la primera cuestión que voy á tratar es la de la constitucionalidad de las autorizaciones. Esta es cuestión que han tratado todos los oradores que se han levantado para hablar en pro, así como todos los que han hablado en contra. En este asunto hay dos teorías, y nada más que dos: según una teoría, la discusión es un derecho; siendo derecho, puede renunciarse siempre que parezca conveniente y oportuno: y esta es la teoría monárquica. Hay otra teoría, que es la democrática, la cual consiste en decir:—Toda discusión es una obligación, es un deber—como dice el Sr. San Miguel; y siendo una obligación, un deber, no puede renunciarse.

Pero los argumentos usados aquí contra la constitucionalidad de las autorizaciones, ni son monárquicos ni son democráticos: no son argumentos de ninguna especie. Porque los señores, así de esos bancos como de aquellos, que han atacado el principio de la autorización, han concluido por decir:—La discusión es obligación de los diputados.—Y en seguida han dicho:—Pero son lícitas las autorizaciones en algunas circunstancias. Lo cual es una contradicción. Y para que se vea que lo es, reduzcamos estas teorías á tressilogismos. Silogismo monárquico: los derechos pueden renunciarse, y son renunciables por su naturaleza; es así que la discusión es un derecho del Congreso; luego el Congreso puede renunciarlo siempre que quiera. Silogismo democrático: la discusión en el Congreso es una obligación; es así que las obligaciones no son renunciables; luego el Congreso no puede renunciarla nunca. Entiendo la Monarquía y la democracia; no entiendo lo que no es ni lo uno ni lo otro. Veamos ahora el silogismo de ambas oposiciones, y se verá, con sólo presentarle, cuál es su falta de ilación. Es el siguiente: la discusión es una obligación; es así que las obligaciones

nó pueden renunciarse; luego pueden renunciarse algunas veces. Este es el silogismo de las oposiciones. ¿Y qué quiere decir esto? Quiere decir que las oposiciones con las premisas niegan la Monarquía, con las consecuencias niegan la democracia. Son una negación perpetua, y están condenadas á la esterilidad, como todas las negaciones. (*¡Bien, bien!*)

Pero se ha dicho:—Aun cuando las autorizaciones fuesen permitidas en otras cosas, no pueden serlo ni deben serlo en la cuestión de presupuestos.—Y ¿por qué, señores? Yo concibo este argumento en una escuela; le concibo en una escuela que crea que las Asambleas no se han hecho sino para discutir los presupuestos, y que los presupuestos sólo se hacen para discutirlos en las Asambleas. Pero los que adoptan la Monarquía constitucional tal como se halla entre nosotros y en el resto de Europa, tienen que reconocer que los diputados de la nación, que vienen aquí á discutir y votar, tienen el mismo derecho para discutir todas las leyes que aquí se les presenten, sean de presupuestos, sean políticas, sean económicas, ya sean, hasta cierto punto, religiosas. Por consiguiente, siendo uno mismo el derecho y una misma la obligación, unos mismos principios deben aplicarse á la discusión de todas. Uno de los señores que se sientan en esos bancos, hizo una pregunta á que no se ha contestado todavía de la manera que yo quisiera se hiciese. Dijo:—Si esas autorizaciones no cesan, los presupuestos no se discutirán jamás: ¿hay aquí algún diputado que se atreva á decir que no deben discutirse?—Yo me hago cargo de esta pregunta, y voy á dar la respuesta; pero necesito decir antes una cosa. El señor diputado á quien aludo, nos dice, con la estadística en la mano, que aquí la discusión de presupuestos habría durado ordinariamente cinco ó seis meses.

Pues bien; esto supuesto, hago yo la pregunta siguiente: ¿Las Cortes tienen ó no derecho para discutir otras leyes, que no sean presupuestos? ¿Sí ó no? Si se me dice que no tienen derecho para discutir otras leyes, yo diré: entonces os salís de las instituciones; entonces caéis en una escuela semiabso-

lutista y semidemocrática, nacida en nuestros días, la cual consiste en poner en un solo punto, en conceder á un solo hombre, con el título de Presidente del Consejo de Ministros, todos los poderes de la sociedad, hasta el Poder absoluto; en localizar en este hombre la tiranía, y al mismo tiempo localizar la democracia en una Asamblea que no tiene poder ninguno, sino el de matar al tirano con una puñalada negándole los subsidios. Esta es la teoría semiabsolutista y semidemocrática, que ha nacido poco ha en la República francesa. Pues bien, señores; si se me dice, por el contrario, que las Cortes tienen derecho de discutir todas las leyes, como tienen derecho de discutir los presupuestos, haré entonces otra pregunta: ¿Creen los señores diputados que las Cortes deben ser permanentes, ó que debe haber intermitencias en sus sesiones? Si se me dice que las Cortes deben ser permanentes, yo respondo: os salís del espíritu de nuestras instituciones; porque las Cortes constitucionales no son permanentes nunca; son permanentes las Cortes republicanas. ¿Decís que no deben ser permanentes? ¿Que debe haber intermitencia? Pues entonces queréis un imposible; porque imposible es la discusión de los presupuestos, que dura seis meses; y que sobre esta discusión vengan las demás discusiones que interesan al Estado. Por consiguiente, os colocáis entre dos escollos. Así pues, yo respondo ahora, después de hacer esta pregunta, á la pregunta que se me dirige; sí, deben discutirse los presupuestos; pero no pueden discutirse en la forma que queréis.

Pero voy, señores, á la gran cuestión, porque en todos los asuntos que se ventilan en los Congresos y en cualquiera otra parte, hay muchas cuestiones, pero una sola es la verdadera, y voy á la verdadera cuestión. La verdadera cuestión es la cuestión económica, considerada políticamente. Considerada así, tengo que combatir tres gravísimos errores en que han incurrido todos, la oposición progresista, la oposición conservadora, el ministerio hasta cierto punto, y hasta cierto punto la opinión pública. Yo, señores, que ataco el error allí

donde le encuentre, le atacaré donde le he encontrado. Ved aquí los tres que caracterizo de errores, y que combato. Primeramente: las cuestiones económicas son de suyo las más importantes. Segundo error: ha llegado el tiempo de que en España se dé á esas cuestiones la importancia que en sí tienen. Tercer error: las reformas económicas son cosas, no solamente posibles, sino fáciles. En estos tres errores, han incurrido todos; yo me he levantado aquí únicamente para combatir á todos en este terreno, para combatir contra estos errores.

En apoyo de la primera de estas tres proposiciones se ha acudido aquí á la autoridad de los hombres de Estado. Si se habla de los hombres de Estado que ahora se estilan, no lo niego; pero si se habla de aquellos hombres de colosal estatura que con el nombre de fundadores de Imperios, de civilizadores de Monarquías, de civilizadores de pueblos, han recibido un encargo providencial con diversos títulos, en diversas épocas y con diversos fines; si se trata de esos hombres inmortales, que son como el patrimonio y la gloria de las generaciones humanas; si se trata, por decirlo de una vez, de esa dinastía magnífica, cuya línea arranca en Moisés y acaba en Napoleón, pasando por Carlo-Magno; si se trata de esos hombres inmortales, yo lo niego absolutamente; yo lo niego. Ningún hombre que ha alcanzado la inmortalidad, ha fundado su gloria en la verdad económica; todos han fundado las naciones sobre la base de la verdad social, sobre la base de la verdad religiosa. Y esto no es decir (pues yo preveo los argumentos y salgo delante de ellos), no es decir que yo crea que los Gobiernos hayan de descuidar la cuestión económica; que yo creo que los pueblos hayan de ser mal administrados. Señores: ¿tan falto estoy de razón, tan falto de corazón, que pueda dejarme llevar de semejante extravío? No digo eso; pero digo que cada cuestión debe estar en su lugar, y el lugar de estas cuestiones es el tercero ó cuarto, no el primero; eso digo.

Se ha dicho que traer aquí esas cuestiones, era el medio de

vencer al socialismo. ¡Ah, señores, el medio de vencer al socialismo. Pues ¿qué es el socialismo sino una secta económica? El socialismo es hijo de la economía política, como el viborezno es hijo de la víbora, que, nacido apenas, devora á su propia madre. Entrad en esas cuestiones económicas, ponedlas en primer término, y yo os anuncio que antes de dos años tendréis todas las cuestiones socialistas en el Parlamento y en las calles. ¿Se quiere combatir al socialismo? Al socialismo no se le combate; y esta opinión, de que antes se hubieran reído los espíritus fuertes, no causa risa ya en la Europa ni en el mundo; si se quiere combatir al socialismo, es preciso acudir á aquella Religión que enseña la caridad á los ricos, á los pobres la paciencia; que enseña á los pobres á ser resignados y á los ricos á ser misericordiosos. (*Aplausos. ¡Bien, bien!*)

Voy, señores, al segundo error, que consiste en afirmar que ha llegado ya el día para nosotros de tratar esas cuestiones con toda la importancia que en sí tienen. Señores, esta idea nació en el verano último. Vencida la revolución social en las calles de Madrid, resuelta la cuestión dinástica en los campos catalanes, la opinión pública, ciega entonces, porque es ciega casi siempre; ciega aquí, porque es ciega en todas partes, la opinión pública creyó que estábamos tan seguros de la vida, que podíamos cuidar exclusivamente de la hacienda. Se equivocó grandemente. Entonces el error, sin embargo, era disculpable; hoy no lo es ni en la opinión pública, ni en el Gobierno, ni en la oposición conservadora. ¿Quién se atreve hoy á decir que estamos seguros? ¿Quién no ve el nublado en el obscuro horizonte?

Ahora bien; si estamos tan vacilantes hoy, ¿cómo es posible que estuviéramos ayer tan firmes? Y si ayer estábamos firmes, ¿cómo es que estamos hoy tan vacilantes? La verdad, señores, yo la diré. La verdad es que no estamos hoy tan firmes, porque no lo estuvimos ayer; y que no lo estuvimos ayer, porque desde la revolución de Febrero no lo hemos estado nunca. Desde esa revolución de recordación tremenda nada hay fir-

me, nada hay seguro en Europa. España es la más firme, señores, y ya veis lo que es España; este Congreso es el mejor, y ya veis lo que es este Congreso. (*Risas.*) España, señores, es en Europa lo que un oasis en el desierto de Sahara. Yo he conversado con los sabios, y sé cuán poco vale en estas circunstancias la sabiduría; he conversado con los valientes, y sé cuán poco vale en estas circunstancias el valor; he conversado con los hombres prudentísimos, y sé cuán flaca es en estos momentos la prudencia. Ved, señores, el estado de la Europa. Todos los hombres de Estado no parece sino que han perdido el don del consejo; la razón humana padece eclipses, las instituciones vaivenes, y las naciones grandes súbitas decadencias; tended, señores, tended conmigo la vista por la Europa desde Polonia hasta Portugal; decidme, con la mano puesta sobre el corazón: decidme de buena fe si encontráis una sola sociedad que pueda decir: estoy firme en mis cimientos; decidme si encontráis un solo cimiento que pueda decir: estoy firme sobre mí mismo.

Y no se diga, señores, que la revolución ha sido vencida en España, que ha sido vencida en Italia, que ha sido vencida en Francia, y que ha sido vencida en Hungría; no, señores, esto no es la verdad. La verdad es que, reconcentradas todas las fuerzas sociales con una suprema concentración, que exaltadas con una exaltación suprema, han bastado apenas, y no han hecho más que bastar apenas, para contener el monstruo.

Desde aquí no se conoce los progresos del socialismo sino en Francia. Pues bien; sabed que el socialismo tiene tres grandes teatros. En la Francia están los discípulos, y nada más que los discípulos; en la Italia están los seides, y nada más que los seides; en la Alemania están los pontífices y los maestros. La verdad es, señores, que á pesar de esas victorias, que nada tienen de victorias sino el nombre, la pavorosa esfinge está delante de vuestros ojos, sin que haya habido hasta ahora un Edipo que sepa descifrar ese enigma. La verdad es que el tremendo problema está en pie, y la Europa no sabe ni puede

resolverle. Esta es la verdad. Todo anuncia, todo, para el hombre que tiene buena razón, buen sentido é ingenio penetrante, todo anuncia, señores, una crisis próxima y funesta: todo anuncia un cataclismo como no le han visto los hombres. Y, si no, señores, pensad en estos síntomas que no se presentan nunca, y sobre todo, que no se presentan nunca reunidos, sin que detrás vengan pavorosas catástrofes. Hoy día, señores, en Europa todos los caminos, hasta los más opuestos, conducen á la perdición. Unos se pierden por ceder, otros se pierden por resistir. Donde la debilidad ha de ser la muerte, allí hay Príncipes débiles; donde la ambición ha de causar la ruina, allí hay Príncipes ambiciosos; donde el talento mismo, señores, ha de ser causa de perdición, allí pone Dios Príncipes entendidos.

Y lo que sucede con los Príncipes, sucede con las ideas. Todas las ideas, las más asquerosas, como las más magníficas, producen los mismos resultados. Y si no, señores, poned los ojos en París, y ponedlos en Venecia: y ved el resultado de la idea demagógica y de la idea magnífica de la independencia italiana. Y lo que sucede con los Príncipes y lo que sucede con las ideas, eso sucede con los hombres.

Señores, donde un solo hombre bastaría para salvar á la sociedad, este hombre no existe; y si existe, Dios disuelve para él un poco de veneno en los aires. Por el contrario, cuando un solo hombre puede perder la sociedad, ese hombre se presenta, ese hombre es llevado en las palmas de las gentes, ese hombre encuentra llanos todos los caminos. Si queréis ver, señores, el contraste; poned los ojos en la tumba del Mariscal Bugeaud y en el trono de Mazzini. Y lo que sucede con los Príncipes y lo que sucede con las ideas, y lo que sucede con los hombres, eso sucede con los partidos.

Y aquí, señores, porque esto tiene una aplicación más inmediata á nosotros, llamo vuestra atención. En donde la salvación de la sociedad consiste en la disolución de todos los partidos antiguos y en la formación de uno nuevo, compuesto de todos los demás, allí, señores, los partidos se empeñan en no

disolverse, y no se disuelven. Eso es lo que sucede en Francia: la salvación de la Francia, señores, sería la disolución del partido bonapartista, la disolución del partido legitimista, la disolución del partido orleanista, y la formación de un solo partido monárquico. Pues bien; allí, donde la disolución de los partidos produce la salvación de la sociedad, los bonapartistas piensan en Bonaparte, los orleanistas en el Conde de París, los legitimistas en Enrique V; y al revés, en donde la salvación de la sociedad consistiría en que los partidos conservaran sus antiguas banderas, en que no desgarraran su seno, para que todos sus individuos pudieran combatir juntos en grandes y nobles combates, en donde esto era necesario para la salvación de la sociedad, como en España, aquí, señores, los partidos se disuelven ¹.

Y, señores, para este mal no son remedio esencial las reformas económicas; no es remedio la caída de un Gobierno y la suplantación de otro Gobierno. El error fundamental en esta materia consiste en creer que los males que Europa padece, nacen de los Gobiernos. Yo no negaré la influencia del Gobierno sobre los gobernados: ¿cómo la he de negar? ¿Quién la ha negado nunca? Pero el mal es mucho más hondo, el mal es mucho más grave. El mal no está en los Gobiernos, el mal está en los gobernados; el mal está en que los gobernados han llegado á ser ingobernables. (*Risas. ¡Bien, bien!*)

Señores, la verdadera causa del mal hondo y profundo que aqueja á la Europa, está en que ha desaparecido la idea de la autoridad divina y de la autoridad humana. Ese es el mal que aqueja á la Europa, ese es el mal que aqueja á la sociedad, ese es el mal que aqueja al mundo; y por eso, señores, son los pueblos ingobernables. Esto sirve para explicar un fenómeno que no he oído explicar á nadie, y que, sin embargo, tiene una explicación satisfactoria.

¹ ¡Pluguiese á Dios que todos los partidos liberales se disolviesen y dejasen así de luchar entre sí para encaramarse en el Poder y convertirlo en instrumento de su tiránico dominio.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Todos los que han viajado por Francia, convienen en decir que no se encuentra un francés que sea republicano. Yo mismo puedo dar testimonio de esta verdad, porque he atravesado la Francia. Pero se pregunta: no hay en Francia republicanos: ¿cómo es que la República subsiste? Y nadie da la razón; yo la daré. La República subsiste en Francia, y digo más, la República subsistirá en Francia, porque la República es la forma necesaria de gobierno en los pueblos que son ingobernables.

En los pueblos que son ingobernables, el Gobierno toma necesariamente las formas republicanas. He ahí por qué la República subsiste y subsistirá en Francia. Importa poco que esté, como lo está, combatida por las voluntades de los hombres, si está sostenida, como lo está, por la fuerza misma de las cosas. Esta es la explicación de la duración de la República francesa.

Al oírme hablar á un tiempo mismo de la autoridad divina y de la autoridad humana, se me dirá acaso:—¿Qué tienen que ver las cuestiones políticas con las cuestiones religiosas?

Señores, yo no sé si hay aquí algún señor diputado que no crea que hay relación entre las cosas religiosas y las políticas; pero si hay alguno, voy á demostrar su relación necesaria, de una manera tal, que la vea por sus propios ojos y que la toque con sus propias manos. (*Movimiento de atención.*)

Señores, la civilización tiene dos fases: una que yo llamaré afirmativa, porque en ella la civilización descansa en afirmaciones; que yo llamaré también de progreso, porque esas afirmaciones en que descansa, son verdades; y, finalmente, que yo llamaré católica, porque el catolicismo es el que abarca en toda su plenitud todas esas verdades y todas esas afirmaciones. Al contrario, hay otra faz de la civilización, que yo llamaré negativa, porque reposa exclusivamente en negaciones; que yo llamaré decadencia, porque esas negaciones son errores; y que yo llamaré revolucionaria, porque esos errores se convierten al fin en revoluciones que transforman los Estados.

Pues bien, señores: ¿cuáles son las tres afirmaciones de

esta civilización, que yo llamo afirmativas, de progreso y católicas? Las tres afirmaciones son las siguientes: en el orden religioso se afirma que existe un Dios personal. (*Rumores y risas en la tribuna y en la izquierda. La mayoría indignada reclama el orden.*)

EL SR. PRESIDENTE: ¡Orden, señores!

EL SR. MARQUÉS DE VALDEGAMAS: Hay tres afirmaciones entre otras. Primera afirmación: existe un Dios, y ese Dios está en todas partes. Segunda afirmación: ese Dios personal, que está en todas partes, reina en el cielo y en la tierra. Tercera afirmación: este Dios, que reina en el cielo y en la tierra, gobierna absolutamente las cosas divinas y humanas.

Pues bien, señores; en donde hay estas tres afirmaciones en el orden religioso, hay también estas otras tres afirmaciones en el orden político; hay un Rey que está en todas partes por medio de sus agentes; ese Rey, que está en todas partes, reina sobre sus súbditos; y ese Rey que reina sobre sus súbditos, gobierna á sus súbditos. De modo que la afirmación política no es más que la consecuencia de la afirmación religiosa. Las instituciones políticas en que se simbolizan estas tres afirmaciones, son dos: las Monarquías absolutas y las Monarquías constitucionales, como las entienden los moderados de todos los países, porque ningún partido moderado ha negado nunca al Rey ni la existencia, ni el reinado, ni la gobernación. Por consiguiente, la Monarquía constitucional entra con los mismos títulos que la Monarquía absoluta á simbolizar esas tres afirmaciones políticas, que son el eco, digámoslo así de las tres afirmaciones religiosas ¹.

Señores, en estas tres afirmaciones concluye el período de la civilización, que yo he llamado afirmativo, que yo he llamado de progreso, que yo he llamado católico. Ahora entramos, señores, en el segundo período, que yo he llamado nega-

¹ Puede creerse que nuestro Donoso no se refiere en este lugar á las Monarquías constitucionales á la moderna ó propiamente dichas, porque en ellas, demás del pernicioso principio que las vicia, es máxima corriente que "el Rey reina y no gobierna".
—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

tivo, que yo he llamado revolucionario. En ese segundo período hay tres negaciones, correspondientes á las tres afirmaciones primeras. Primera negación, ó como yo la llamaré, negación de primer grado en el orden religioso: Dios existe, Dios reina; pero Dios está tan alto, que no puede gobernar las cosas humanas. Esta es la primera negación, la negación de primer grado, en este período negativo de la civilización; y á esta negación de la providencia de Dios, ¿qué corresponde en el orden político? En el orden político, sale el partido progresista respondiendo al deísta, que niega la providencia, y dice:—El Rey existe, el Rey reina; pero no gobierna.—Así, señores, la Monarquía constitucional progresiva pertenece á la civilización negativa en primer grado.

Segunda negación: el deísta niega la Providencia; los partidarios de la Monarquía constitucional, según los progresistas la entienden, niegan la gobernación; pues ahora viene en el orden religioso el panteísta, y dice:—Dios existe; pero Dios no tiene existencia personal; Dios no es persona, y como no es persona, ni gobierna ni reina; Dios es todo lo que vemos; ni es todo lo que vive, es todo lo que se mueve: Dios es la humanidad.—Esto dice el panteísta; de manera que el panteísta niega la existencia personal, aunque no la existencia absoluta; niega el reinado y la Providencia.

En seguida, señores, viene el republicano y dice:—El poder existe; pero el poder no es persona, ni reina ni gobierna; el poder es todo lo que vive, todo lo que existe, todo lo que se mueve; luego es la muchedumbre, luego no hay más medio de Gobierno que el sufragio universal, ni más Gobierno que la República.

Así, señores, al panteísmo en el orden religioso corresponde el republicanismo en el orden político. Después viene otra negación, que es la última: en punto á negaciones no hay más allá. Detrás del deísta, detrás del panteísta viene el ateo y dice:—Dios ni reina ni gobierna, ni es persona, ni es muchedumbre; no existe.—Y sale Proudhón, señores, y dice:—No hay

Gobierno. (*Risas y aplausos.*) Así, señores, una negación llama á otra negación, como un abismo llama á otro abismo. Más allá de esa negación, que es el abismo, no hay nada, no hay nada sino tinieblas, y tinieblas palpables.

Ahora bien, señores: ¿sabéis cuál es el estado de Europa? Toda Europa va entrando en la segunda negación, y camina hacia la tercera, que es la última; no lo olvidéis. Si se quiere que concrete algo más esta cuestión de los peligros que corren las sociedades, la concretaré, aunque con cierta prudencia. Todos saben cuál es mi posición oficial; yo no puedo hablar de la Europa sin hablar de la Alemania; no puedo hablar de la Alemania sin hablar de la Prusia, que la representa; no puedo hablar de la Prusia sin hablar de su Rey, á quien, señores, sea dicho de paso, puede llamarse por sus cualidades eminentes el augusto germánico. El Congreso me perdonará que al entrar en esta cuestión, por lo que toca á Europa, guarde cierta reserva, y por lo que toca á Prusia guarde una reserva casi absoluta; pero diré, sin embargo, lo bastante para manifestar cuáles son mis ideas concretas sobre los peligros concretos también que amenazan á la Europa.

Señores, aquí se ha hablado del peligro que corre la Europa por parte de la Rusia; y yo creo que por ahora y por mucho tiempo puedo tranquilizar al Congreso, asegurándole que por parte de la Rusia no puede temer el menor peligro.

Señores, la influencia que la Rusia ejercía en Europa, la ejercía por medio de la Confederación germánica. La confederación alemana se hizo en contra de París, que era la ciudad revolucionaria, la ciudad maldita, y en favor de Petersburgo, que era entonces la ciudad santa, la ciudad del gobierno, la ciudad de las tradiciones restauradoras. ¿Qué resultó de aquí? Que la Confederación no fué un Imperio como pudo serlo entonces; y no fué un Imperio, porque á la Rusia no le podía acomodar nunca tener enfrente de sí un Imperio alemán y tener reunidas á todas las razas alemanas; así es que la Confederación se compuso de Principados microscópicos y de dos gran-

des Monarquías. ¿Qué era lo que le convenía en el caso de una guerra con la Francia? Lo que le convenía á la Rusia era que estas Monarquías fuesen absolutas: y estas dos Monarquías fueron absolutas. Y véase, señores, cómo sucedió que la influencia de la Rusia, desde la Confederación alemana hasta la revolución de Febrero, se ha extendido desde Petersburgo hasta París. Pero, señores, desde la revolución de Febrero todas las cosas han mudado de semblante; el huracán revolucionario ha echado abajo los tronos, ha empolvado las coronas, ha humillado á los Reyes: la confederación germánica no existe; la Alemania hoy día no es más que un caos. Es decir, señores, que á la influencia de la Rusia, que se extendía, como dije, desde Petersburgo á París, ha sucedido ahora la influencia demagógica de París, que se extiende hasta la Polonia.

Pues ved aquí la diferencia: la Rusia contaba con dos aliados poderosos, el Austria y la Prusia; hoy es sabido que no puede contar más que con el Austria; pero el Austria tiene que luchar y reluchar todos los días contra el espíritu demagógico, que existe allí como en todas partes; contra el espíritu de raza, que existe allí más que en otra parte alguna; y finalmente, tiene que reservar todas sus fuerzas para una lucha posible con la Prusia. Resulta, pues, señores, que neutralizada el Austria, no contando la Rusia con la Confederación germánica, no puede contar en el día más que con sus propias fuerzas. ¿Y sabe el Congreso cuántas son las fuerzas de que ha dispuesto la Rusia para las guerras ofensivas? Nunca ha llegado á 300.000 hombres. ¿Y sabe el Congreso con quiénes tienen que luchar esos 300.000 hombres? Tienen que luchar con todas las razas alemanas, representadas por la Prusia; tienen que luchar con todas las razas latinas, representadas por la Francia; tienen que luchar con la nobilísima y poderosísima raza anglo-sajona, representada por la Inglaterra. Esa lucha, señores, sería insensata; sería absurda por parte de la Rusia; en el caso de una guerra general, el resultado cierto, infalible sería que la Rusia dejase de ser una potencia europea, para no ser más que una

potencia asiática. Y véase aquí por qué la Rusia rehuye la guerra; y véase aquí por qué la Inglaterra quiere la guerra; y la guerra, señores, hubiera estallado si no hubiera sido por la debilidad crónica de la Francia, que no quiso seguir en esto á la Inglaterra; si no hubiese sido por la prudencia austriaca, y si no hubiese sido por la sagacísima prudencia de la diplomacia rusa. Por esto, señores; porque la Rusia no ha querido, porque no ha podido querer la guerra, es por lo que la guerra no ha estallado con motivo de la cuestión de los refugiados en Turquía.

No se crea por esto, sin embargo, que yo soy de opinión que nada tiene que temer la Europa de la Rusia; creo todo lo contrario; pero creo que, para que la Rusia acepte una guerra general; que, para que la Rusia se apodere de la Europa, son necesarios antes estos tres acontecimientos que voy á decir, todos los cuáles, adviértase esto, señores, son no sólo posibles, sino también probables.

Se necesita: primero, que la revolución, después de haber disuelto la sociedad, disuelva á los ejércitos permanentes; segundo, que el socialismo, despojando á los propietarios, extinga el patriotismo; porque un propietario despojado no es patriota, no puede serlo; cuando la cuestión viene planteada de esa manera suprema y congojosa, no hay patriotismo en el hombre; tercero, el acabamiento de la empresa de la confederación poderosa de todos los pueblos esclawones bajo la influencia y el protectorado de la Rusia. Las naciones esclawonas cuentan, señores, 80.000.000 de habitantes. Ahora bien, cuando en la Europa no haya ejércitos permanentes, habiendo sido disueltos por la revolución; cuando en la Europa no haya patriotismo, habiéndose extinguido por las revoluciones socialistas; cuando en el Oriente de Europa se haya verificado la gran confederación de los pueblos esclawones; cuando en el Occidente no haya más que dos grandes ejércitos, el ejército de los despojados y el ejército de los despojadores, entonces, señores, sonará en el reloj de los tiempos la hora de la Rusia;

entonces la Rusia podrá pasearse tranquila, arma al brazo, por nuestra patria; entonces, señores, presenciará el mundo el más grande castigo de que haya memoria en la historia; ese castigo tremendo será, señores, el castigo de la Inglaterra. De nada le servirán sus naves contra el Imperio colosal que con un brazo cogerá la Europa y con el otro cogerá la India; de nada le servirán sus naves: ese Imperio colosal caerá postrado, hecho pedazos; y su lúgubre estertor y su penetrante quejido resonará en los polos.

No creáis, señores, no creáis que las catástrofes acaban ahí; las razas esclawonas no son á los pueblos de Occidente lo que eran las razas alemanas al pueblo romano; no, las razas esclawonas están hace mucho tiempo en contacto con la civilización, son razas semicivilizadas; la administración rusa es tan corrompida como la administración más civilizada de Europa, y la aristocracia rusa tan civilizada como la aristocracia más corrompida de todas. Ahora bien, señores: puesta la Rusia en medio de la Europa conquistada y prosternada á sus pies, ella misma absorberá por todas sus venas la civilización que ha bebido y que la mata. La Rusia no tardará en caer en putrefacción; entonces, señores, no sé yo cuál será el cauterio universal que tenga Dios preparado para aquella universal podredumbre. Contra esto, señores, no hay más que un remedio, no hay más que uno: el nudo del porvenir está en Inglaterra; en primer lugar, señores, la raza anglo-sajona es la más generosa, la más noble y la más esforzada del mundo; en segundo lugar, la raza anglo sajona es la que menos expuesta está al ímpetu de las revoluciones: yo creo más fácil una revolución en San Petersburgo que en Londres. ¿Qué le falta á la Inglaterra para impedir la conquista inevitable de toda la Europa por la Rusia? ¿Qué le falta?

Lo que le falta es evitar lo que la perdería: la disolución de los ejércitos permanentes por medio de la revolución; es evitar en Europa el despojo por medio del socialismo; es decir, señores, lo que le falta es tener una política exterior, monárquica

y conservadora; pero aun esto no sería más que un paliativo: la Inglaterra siendo monárquica, siendo conservadora, puede impedir la disolución de la sociedad europea hasta cierto punto y por cierto tiempo; porque la Inglaterra no es bastante poderosa, no es bastante fuerte para anular, y era necesario anular la fuerza disolvente de las doctrinas propagadas por el mundo: para que al paliativo se añadiera el remedio, era necesario, señores, que la Inglaterra, además de conservadora y monárquica, fuera católica; y lo digo, señores, porque el remedio radical contra la revolución y el socialismo no es más que el catolicismo, porque el catolicismo es la única doctrina que es su contradicción absoluta. ¿Qué es, señores, el catolicismo? Es sabiduría y humildad. ¿Qué es el socialismo, señores? Es orgullo y barbarie; el socialismo, señores, como el rey babilónico, es rey y bestia al mismo tiempo. (*Risas y grandes aplausos.*)

Señores, el Congreso habrá extrañado que al hablar yo de los peligros que amenazan á la sociedad y al mundo, no haya hablado de la nación francesa. Señores, hay una causa para esto; la Francia era poco hace una gran nación; hoy día, señores, no es ni una nación siquiera; es el club central de la Europa. (*¡Bien, bien!*)

Así, señores, queda demostrado: primero, que las cuestiones económicas no son, ni deben ser, ni pueden ser las más importantes de todas; segundo, que no ha llegado aquel estado de tranquilidad y de seguridad en que podamos dedicarnos á ellas exclusivamente. Voy, señores, ahora á combatir el tercero y último error, que consiste en afirmar que las economías son, no solamente posibles, sino fáciles.

Señores, el Congreso me permitirá que ahora, como antes, diga la verdad, nada más que la verdad; pero toda la verdad con la franqueza y la buena fe que me caracteriza. No habrá ningún señor diputado que ponga en duda este axioma: que los gobiernos, aun aquellos que mayores ventajas ofrecen, ofrecen á vuelta de esas ventajas algunos inconvenientes, y al revés; que aun los gobiernos que presentan mayores inconve-

nientes, á vuelta de esos mismos inconvenientes ofrecen también algunas ventajas; y por último, que no hay gobiernos inmortales.

En este sitio yo puedo hablar con toda libertad de las ventajas y de los inconvenientes y hasta de la muerte de los gobiernos: porque todos tienen sus inconvenientes, sus ventajas, y todos mueren.

Pues bien, señores; yo digo que á vuelta de los gravísimos inconvenientes que tienen los gobiernos absolutos, tienen una gran ventaja, y es que son gobiernos relativamente baratos; y yo digo que, á vuelta de las grandes ventajas que tienen los gobiernos constitucionales tienen un gravísimo inconveniente, y es que son carísimos. No conozco ninguno más caro sino el republicano. Y arguyendo por analogía, es fácil prever la suerte de cada uno de estos gobiernos. Yo digo, señores, que lo más probable es que todos los gobiernos absolutos en donde existan, perecerán por la discusión; que todos los gobiernos constitucionales en donde existan perecerán por la bancarrota. Esta es mi convicción íntima, señores; yo hago á los señores diputados depositarios de mis convicciones. Hay un solo medio, señores, de hacer reformas y grandes reformas económicas: ese solo medio es el licenciamiento ó el casi licenciamiento de los ejércitos permanentes. Esto, señores, podría librar á los gobiernos por algún tiempo de la bancarrota; pero ese licenciamiento sería la bancarrota de la sociedad entera; porque, señores, y aquí llamo vuestra atención, los ejércitos permanentes son hoy los únicos que impiden que la civilización vaya á perderse en la barbarie; hoy día, señores, presenciemos un espectáculo nuevo en la historia, nuevo en el mundo: ¿cuándo, señores, cuándo ha visto el mundo, sino hoy, que se vaya á la civilización por las armas, y á la barbarie por las ideas? Pues esto es lo que está viendo el mundo en la hora en que estoy hablando. (*Aplausos.*)

Este fenómeno, señores, es tan grave; es tan peregrino, que exige alguna explicación por mi parte. Toda civilización, ver-

dadera viene del cristianismo. Es esto tan cierto, que la civilización toda se ha reconcentrado en la zona cristiana: fuera de esa zona no hay civilización, todo es barbarie; y es esto tan cierto, que antes del cristianismo no ha habido pueblos civilizados en el mundo, ni uno siquiera.

Ninguno, señores: digo que no ha habido pueblos civilizados, porque el pueblo romano y el pueblo griego no fueron pueblos civilizados; fueron pueblos cultos, que es cosa muy diferente. La cultura es el barniz, y nada más que el barniz de las civilizaciones. El cristianismo civiliza al mundo, haciendo estas tres cosas: ha civilizado al mundo, haciendo de la autoridad una cosa inviolable; haciendo de la obediencia una cosa santa; haciendo de la abnegación y del sacrificio, ó, por mejor decir, de la caridad, una cosa divina. De esa manera el cristianismo ha civilizado á las naciones. Ahora bien (y aquí está la solución de ese gran problema), ahora bien: las ideas de la inviolabilidad de la autoridad, de la santidad de la obediencia y de la divinidad del sacrificio, esas ideas no están hoy en la sociedad civil; están en los templos donde se adora al Dios justiciero y misericordioso, y en los campamentos donde se adora al Dios fuerte, al Dios de las batallas, bajo los símbolos de la gloria. Por eso, porque la Iglesia y la milicia son las únicas que conservan íntegras las nociones de la inviolabilidad de la autoridad, de la santidad de la obediencia y de la divinidad de la caridad; por eso son hoy los dos representantes de la civilización europea.

No sé, señores, si habrá llamado vuestra atención, como ha llamado la mía, la semejanza, cuasi la identidad entre las dos personas que parecen más distintas y más contrarias: la semejanza entre el sacerdote y el soldado; ni el uno ni el otro viven para sí: ni el uno ni el otro viven para su familia; para el uno y para el otro, en el sacrificio, en la abnegación está la gloria. El encargo del soldado es velar por la independencia de la sociedad civil. El encargo del sacerdote es velar por la independencia de la sociedad religiosa. El deber del sacer-

dote es morir, dar la vida como el buen pastor por sus ovejas. El deber del soldado, como buen hermano, es dar la vida por sus hermanos. Si consideráis la aspereza de la vida sacerdotal, el sacerdocio os parecerá, y lo es, en efecto, una verdadera milicia. Si consideráis la santidad del ministerio militar, la milicia cuasi os parecerá un verdadero sacerdocio. ¿Qué sería del mundo, qué sería de la civilización, qué sería de la Europa si no hubiera sacerdotes ni soldados? (*Aplausos prolongados.*) Y en vista de esto, señores, si hay alguno que después de expuesto lo que acabo de exponer, crea que los ejércitos deben licenciarse, que se levante y lo diga. Si no hay ninguno, señores, yo me río de todas vuestras economías, porque todas vuestras economías son utopías. ¿Sabéis lo que pretendéis hacer cuando queréis salvar la sociedad con vuestras economías sin licenciar el ejército? Pues lo que pretendéis hacer, es apagar el incendio de la nación con un vaso de agua. Eso es lo que pretendéis. Queda, pues, demostrado, como me propuse demostrar, que las cuestiones económicas no son las más importantes; que no ha llegado la ocasión de tratarlas aquí exclusivamente, y que las reformas económicas no son fáciles, y, hasta cierto punto, no son posibles.

Y ahora, señores, habiendo algunos oradores dicho al Congreso que votando por esa autorización se vota contra el Gobierno representativo, yo me dirigiré á esos señores diputados, y les diré: ¿queréis votar por el Gobierno representativo? Pues votad por la autorización que se os pide por el Gobierno; votadla, porque si los gobiernos representativos viven de discusiones sabias, mueren por discusiones interminables. Un gran ejemplo os ofrece, señores, la Alemania, si es que la experiencia, si es que los ejemplos han de servir de algo. Tres Asambleas constituyentes ha tenido la Alemania á un tiempo mismo: una en Viena, otra en Berlín, otra en Francfort. La primera murió por un decreto imperial: un decreto real mató á la segunda: y en cuanto á la Asamblea de Francfort, esta Asamblea, compuesta de los sabios más emi-

mentes, de los más grandes patricios; de los filósofos más profundos, ¿qué se hizo de ella? ¿Qué fué de aquella Asamblea? Jamás el mundo vió un Senado tan augusto y un fin más lamentable: una aclamación universal le dió vida: un silbido universal le dió muerte.

La Alemania, señores, la alojó como una divinidad en un templo, y esa misma Alemania la dejó morir como una prostituta en una taberna. (*Muy bien.*)

Esa, señores, es la historia de las asambleas alemanas. ¿Y sabéis por qué murieron así? Yo os lo diré. Murieron así, porque ni dejaron gobernar ni gobernaron; murieron así, porque después de más de un año de discusión nada salió, ó salió humo sólo de sus interminables discusiones.

Señores, ellas aspiraron á la dignidad de reinas: Dios las hizo estériles, y las quitó hasta la dignidad de madres. ¡Diputados de la nación, mirad por la vida de las asambleas españolas! Y vosotros, señores de la oposición conservadora, yo os lo pido, mirad también por vuestro porvenir: mirad, señores, por el porvenir de vuestro partido. Juntos hemos combatido siempre; combatamos juntos todavía. Vuestro divorcio es sacrilego; la patria os pedirá cuenta de él en el día de sus grandes infortunios. Ese día quizá no está lejos; el que no lo vea posible, padece una ceguera incurable. Si sois belicosos, si queréis combatir aquí, guardad para ese día vuestras armas. No precipitéis, no precipitéis los conflictos. Señores, ¿no le basta á cada hora su pena, á cada día su congoja y á cada mes su trabajo? Cuando llegue ese día de la tribulación, la congoja será tanta, que llamaremos hermanos aun á aquellos que son nuestros adversarios políticos: entonces os arrepentiréis, aunque tarde tal vez, de haber llamado enemigos á los que son vuestros hermanos.

(*El orador se sienta en medio de prolongados y repetidos aplausos y de numerosas felicitaciones.*)

DISCURSO

SOBRE

LA SITUACIÓN DE ESPAÑA

PRONUNCIADO EN EL CONGRESO EL 30 DE DICIEMBRE DE 1850

AL DISCUTIRSE EL PROYECTO DE AUTORIZACIÓN AL GOBIERNO PARA PLANTEAR
LOS PRESUPUESTOS DEL SIGUIENTE AÑO

ADVERTENCIA DEL EDITOR¹

Entre los apuntes de DONOSO se hallan bajo una sola carpeta nada menos que tres diferentes proyectos de este último de los discursos que pronunció en el Congreso. — Único manuscrito de su especie que hemos encontrado entre los papeles de nuestro amigo, desde luego que llegó á nuestras manos, formamos intención de publicarlo íntegro; pero bien pronto nos ocurrieron consideraciones harto poderosas para hacernos cambiar de idea; y entonces resolvimos hacer lo que ahora hacemos; esto es: publicar íntegro el discurso, tal como su autor le pronunció, pero interpolando, en el lugar y forma que nos han parecido convenientes, algunos pasajes de los proyectos mencionados, y señalándolos con comillas marginales para la debida distinción.

1 D. Gabino Tejado.

DISCURSO

SOBRE

LA SITUACIÓN DE ESPAÑA

SEÑORES :

Los diputados que recuerden los varios discursos que he tenido la honra de pronunciar en los Congresos anteriores, saben muy bien que á pesar de que mis doctrinas han sido en algunos puntos contrarias, en muchos más, diferentes de las que sostienen los señores ministros, he votado con una constancia sin ejemplo con el ministerio. Esta conducta mía, señores, ha estado fundada en solidísimas razones. En primer lugar, mis doctrinas no se han puesto nunca á votación; y no votándose mis doctrinas, he tenido que votar las del ministerio, menos distantes aún de las mías que las de las oposiciones. En segundo lugar, yo soy un hombre de gobierno, un hombre de gobierno ante todo y sobre todo; y hombre de gobierno, voto siempre con el gobierno, en caso de duda. En tercero y último lugar, yo creía que podría hacer más en provecho y beneficio de mis propias doctrinas, siendo amigo del ministerio, que siendo su adversario.

Hoy las cosas han cambiado enteramente de faz. El ministerio ha exagerado hasta tal punto su sistema, que en su exageración creo funesto, que estoy en la situación de elegir entre mi conciencia y mi amistad, entre mis propias doctrinas y el ministerio. El trance, señores, es muy duro; pero la elección no puede ser dudosa; yo haré callar á mi amistad, para oír

sólo á mi conciencia; yo me alejaré un tanto del ministerio, para quedarme con mis doctrinas.

Yo me propongo, señores, delinear á grandes rasgos el tristísimo cuadro que ofrece la nación, bajo los siguientes aspectos: el moral, el político, el rentístico y el económico; y para que todos lo sepan sin necesidad de tenerlo yo que repetir á cada paso, voy á anunciar desde ahora hasta qué punto creo que el ministerio es responsable de esta triste y dolorosa situación en que nos vemos. A ella hemos venido por varias causas. La situación actual, por una parte, es un efecto de los pasados trastornos; por otra, la situación actual, es efecto y resultado del sistema errado de los anteriores ministerios; por otra parte, en fin, la situación actual es el resultado del errado y funesto sistema del ministerio que hoy preside los destinos de la nación española.

Yo no puedo acusar á los trastornos; porque la revolución me responderá: "Trastornando hago mi oficio." Yo no puedo acusar de esta situación á los ministerios pasados, porque podrían responderme: "Nosotros hemos estado bajo la presión revolucionaria." Pero puedo acusar y acuso al ministerio presente, porque él solo es, entre todos los que han existido desde 1834 acá; el dueño absoluto y soberano de sus propias acciones.

Yo no puedo acusar, yo no acuso al ministerio de haber creado la situación actual. ¿Cómo podía acusarle de eso? Ella existía antes de que él existiese; pero le acuso porque la conserva; pero le acuso también porque la empeora.

Para exponer estas cosas, aunque brevemente por lo avanzado de la hora, he pedido la palabra. La he pedido también con otro objeto; yo debo hacer aquí mi profesión de fe política, aunque es conocida de todos, en materia de autorizaciones. Yo creo, señores, que el ministerio puede perder el derecho de vivir; pero no creo que pierda nunca el derecho y el deber, que son un deber y un derecho imprescriptibles, de cobrar las contribuciones.

Yo creo que el Congreso de los señores diputados tiene el derecho de matar, ó contribuir á que muera un ministerio por un voto de censura; pero no tiene el derecho de negarle las contribuciones, por la razón de que no tiene el derecho de matar al Estado.

Esto supuesto, señores, claro está que mi voto contra la autorización no significa que el ministerio no cobre los impuestos, que el ministerio no recaude ni distribuya las contribuciones.

Pero sucede á menudo que los votos del Parlamento necesitan un comentario: aquí rara vez sucede que un señor diputado vote lo que quiere, y es más raro todavía que quiera lo que vota: ¿por qué? Porque los votos son complejos; porque los votos significan cosas muy diferentes, y á veces de todo punto contrarias. Esta autorización es algo más de lo que suena, es mucho más de lo que suena; participa de la naturaleza propia de todas las autorizaciones; es un voto de confianza; lo sería de todos modos; lo ha sido aquí y en otros países, sin necesidad de lo que declare el ministerio; pero hoy día lo es mucho más, y lo saben los señores diputados, después que así lo ha declarado el ministerio. Pues bien: al dar yo mi voto negativo á esta autorización, no me opongo á que el gobierno cobre los impuestos; digo sólo que el ministerio (no el ministerio, que se compone de amigos míos), el sistema del ministerio no tiene mi confianza.

Señores, ¿en dónde está la disidencia capital (porque yo no puedo hablar sino de disidencias capitales), la disidencia capital entre el sistema del ministerio y mis doctrinas? Voy á decirlo: consiste cabalmente en aquello en que el ministerio funda su título de gloria. Consiste en que es un ministerio que se proclama y que es ministerio de orden material, ministerio de intereses materiales.

Y cuenta, señores, que yo no me opongo á los intereses materiales ni al orden material: el orden material es una parte constitutiva, aunque la menor, del orden verdadero; el orden verdadero está en la unión de las inteligencias en lo que

es verdad, en la unión de las voluntades en lo que es honesto, en la unión de los espíritus en lo que es justo. El orden verdadero consiste en que se proclamen, se sustenten y se defiendan los verdaderos principios políticos, los verdaderos principios religiosos, los verdaderos principios sociales.

Los intereses materiales, señores, serán sin duda y lo son una cosa buena, excelente; pero no por eso los intereses materiales son los intereses supremos de la sociedad humana: el interés supremo de la sociedad humana consiste en que prevalezcan en ella esos mismos principios religiosos, políticos y sociales. Señores, la salud no consiste sólo en la salud del cuerpo; consiste también en la salud del alma: *mens sana in corpore sano*. Ese equilibrio entre el orden material y el orden moral, ese equilibrio entre los intereses morales y los materiales, ese equilibrio entre la salud del alma y del cuerpo es lo que constituye la plenitud de la salud en la sociedad como en el hombre. A ese equilibrio se debió, señores, que el siglo de Luis XIV fuese llamado *Gran siglo*, y que Luis XIV fuese llamado *el Grande*; y grande era en verdad el príncipe dichoso que reinaba sobre Bossuet, aquel rey de las inteligencias, y sobre Colbert, rey de la industria.

Cuando este equilibrio se rompe, los imperios comienzan á declinar hasta que desaparecen del todo. Yo quisiera, señores, fijar en vuestros corazones, en vuestra memoria estos principios, porque interesan demasiado á vuestra patria.

Dos grandes dinastías hay en Europa; la dinastía borbónica y la dinastía austriaca. La dinastía austriaca conservó vivos entre nosotros los verdaderos principios políticos, religiosos y sociales; y al mismo tiempo que hizo esto, tuvo la desgracia de dejar en olvido y abandono los principios económicos, los principios administrativos, los intereses materiales. Pues bien, señores, esto nos explica su vida y su muerte. Pocos ejemplos nos ofrece la historia de una vida más gloriosa y de una muerte más miserable. ¿Queréis saber hasta dónde pueden llegar los imperios cuando prevalecen en ellos los verdaderos

principios sociales, políticos y religiosos? Poned los ojos en Carlos V, el gran Emperador, en aquella águila imperial, de quien ha dicho el más grande de nuestros poetas que:

en su vuelo sin segundo,
debajo de sus alas tuvo al mundo.

¿Queréis ver cómo concluyen las razas y las dinastías, cuando ponen en olvido los intereses materiales? Poned la vista en el último vástago de esa dinastía generosa; poned la vista en Carlos II, el Rey mendigo, el Augústulo de su raza.

Volved ahora la vista á la raza borbónica. Enrique IV comienza por ser protestante y por halagar á los católicos, y acaba por ser católico y halagar á los protestantes. Es decir, señores, que la Religión era para él un instrumento de dominación, *instrumentum regni*; ved ahí el modelo de un rey espíritu fuerte. Seguidle después en su vida y en su historia, y le veréis siempre entregado á la idea exclusiva de hacer prosperar materialmente á la Francia, de establecer una buena y sabia administración, de acallar las diferencias de los partidos por medio de transacciones; ocuparse, en una palabra, solamente de la organización administrativa y de los intereses materiales. Pues bien, señores, Enrique IV no es un hombre sólo, es la personificación de toda su raza, es la raza borbónica; raza que ha venido al mundo para dos cosas, para hacer á los pueblos industrioses y ricos, y para morir á manos de las revoluciones.

¿Quién no admira, señores, estas grandes, estas magníficas consonancias de la historia? Ved ahí dos razas más enemigas todavía en el campo de las ideas, que en los campos de batalla: la raza austriaca pone en olvido los intereses materiales; y muere de hambre: la raza borbónica, los más de sus Príncipes por lo menos, aflojan en la conservación intacta y pura de los principios religiosos, sociales y políticos, para convertirse en reformistas é industriales; y tropiezan con el espectro de la revolución, que los aguarda para devorarlos unos después de

otros, puesto en el límite de sus industrias y de sus reformas.

Pues bien, ministros de Isabel II, yo vengo á pedirlos que apartéis de vuestra Reina y mi Reina la especie de maldición que pesa sobre su raza.

El tiempo urge, señores, el tiempo urge, porque tiempos más calamitosos de los que pensáis se acercan. Por de pronto ahora mismo, si es verdad que el árbol se conoce por el fruto, por el fruto habéis de conocer el árbol que habéis plantado: su fruto es fruto de muerte. La política de los intereses materiales ha llegado aquí á la última y más tremenda de todas sus evoluciones: á aquella evolución, en virtud de la cual todos dejan de hablar de intereses para hablar del supremo interés de los pueblos decadentes, del interés que se cifra en los goces materiales. Esto explica las ambiciones impacientes de que se ha hablado aquí con sobrada razón.

Nadie está bien donde está: todos aspiran á subir, y á subir, no para subir, sino para gozar. No hay español ninguno que no crea oír aquella voz fatídica que oía Macbet y le decía: "Macbet, Macbet, serás Rey." El que es elector, oye una voz que le dice: "Elector, serás diputado." El diputado, oye una voz que le dice: "Diputado, serás ministro." El ministro, oye una voz que le dice: "Serás.... yo no sé qué, señores."

¿Arroyo, en que ha de parar
tanto anhelar y subir;
tú por ser Guadalquivir;
Guadalquivir por ser mar?

Yo sé, señores, adonde esto va á parar, ó por mejor decir, adonde ha ido parar; á ido á parar á la corrupción espantosa que todos presenciamos, que vemos todos; porque el hecho hoy dominante en la sociedad española es esa corrupción que está en la medula de nuestros huesos. "Corrupción que no se cura con industrias ni con reformas: se cura con la restauración de las grandes instituciones católicas, que la revolución ha echado por el suelo, y que os toca levantar á vosotros. El

„personaje más corrompido y más corruptor de esta sociedad
„es la clase media que nosotros representamos, señores; en
„esta clase hay voces de alabanza para todos los fuertes; de
„ahí salieron aquellas grandes voces que decían á la Milicia
„Nacional; eres benémerita; y después á la Constitución de
„Cádiz: eres sacrosanta; y luego al Duque de la Victoria:
„eres heroico, y ahora al Duque de Valencia: eres invicto. La
„idolatría parece ser la religión natural de todas las muche-
„dumbres, señaladamente de aquellas que han sido corrompi-
„das por las revoluciones; en España lo han sido tanto, seño-
„res, yo apelo á vuestras conciencias, que,—la corrupción
está en todas partes; nos entra por todos los poros; está en la
atmósfera que nos envuelve; está en el aire que respiramos.
Los agentes más poderosos de la corrupción han sido siempre
los agentes primeros del gobierno; en las provincias, éstos han
sido los agentes más activos de la corrupción, los compradores
y vendedores de las conciencias. ¿Quién no ha visto lo que ha
pasado en España, desde que estalló la revolución hasta hoy?
Cuando los gobiernos han sido débiles, sus principales agentes
se han pasado en tropel hasta los reales de la insurrección vic-
toriosa; cuando los gobiernos son fuertes, ó cuando se cree que
lo son, entonces para sacar airoso al gobierno atropellan todo
cuanto se les pone por delante.

Recordad si no, señores, los pasados pronunciamientos. To-
davía me figuro ver pasar delante de mis ojos aquella proce-
sión de generales y jefes políticos con las manos llenas de in-
cienso para quemarlo en los altares de las juntas revoluciona-
rias. Pues volved los ojos hacia lo que pasa ahora. Pensad en
algunos de los escándalos, que son públicos y notorios, ocurri-
dos en las últimas elecciones. No los creáis á unos ni á otros
cuando se llamen enemigos: no son enemigos, son hermanos
los de las elecciones y los de los pronunciamientos: Dios ha
puesto en todos las mismas inclinaciones y hasta la misma fiso-
nomía: todos han hecho el juramento heroico de sacrificarse
por el vencedor: todos han hecho pacto con la fortuna: todos

son amigos de la victoria: todos son adoradores del sol: todos miran al Oriente.

„Tan triste es, señores, y tan vasto el cuadro de esta
„corrupción universal. Si queréis subir conmigo hasta el ori-
„gen misterioso de este síntoma de muerte, le hallaréis, por una
„parte, en la decadencia del principio religioso; y por otra, en
„el desarrollo del principio electivo. El principio electivo es
„cosa de suyo tan corruptora, que todas las sociedades civiles,
„así antiguas como modernas, en que ha prevalecido, han
„muerto gangrenadas; el principio religioso es por el contra-
„rio un antipútrido tan excelente, que no hay corrupción que
„resista á su contacto: por eso no hay noticia de que haya
„muerto por corrupción ninguna sociedad verdaderamente ca-
„tólica. La virtud contradictoria de uno y de otro principio en
„ninguna parte se echa más de ver que en los institutos monás-
„ticos: la fuerza corruptora del principio electivo es tan pode-
„rosa, que aun en aquellas santas Congregaciones introdujo
„cábalas é intringas: la virtud del principio religioso es tan so-
„berana, que aun aquellos institutos gobernados por el princi-
„pio electivo se conservaron más puros y más sanos que todas
„las sociedades civiles. Todos vosotros habéis oído hablar de la
„corrupción monástica: todos vosotros la habéis creído tal vez.
„Pues bien: sabed que la historia que os han enseñado, es uua
„conspiración permanente contra la verdad, y la santificación
„de la calumnia. Sin duda, señores, los institutos monásticos
„han tenido sus épocas de crecimientos y sus épocas de deca-
„dencia, como todas las instituciones que tienen algo de huma-
„nas: pero sabed que aun en sus épocas de decadencia podían
„servir de modelo á las sociedades civiles más esclarecidas y
„excelentes.

„Esto supuesto, el gran problema de gobierno que los mi-
„nistros han debido resolver, es el siguiente: dar tales creci-
„mientos al principio religioso, que quede neutralizada la
„fuerza corruptora del principio electivo. Problema es este,
„que no sólo no ha sido resuelto, pero que ni ha sido planteado

„siquiera por los ministros de la corona: digo más; ahora mismo creo leer en su pensamiento: estoy seguro de que si no temieran interrumpirme, me preguntarían todos á la vez: ¿Qué tiene que ver la Religión con las elecciones? ¿Qué tiene que ver? Tiene que ver tanto, que las elecciones nos matarán, si la religión no purifica las elecciones: tiene que ver tanto, que si dejan á un lado el principio religioso, no podrán ni atajar ni curar la corrupción que engendra el principio electivo, sino con el cauterio y con la sangre. No atribuyáis, señores, á vano antojo esto de traer la religión en todas las cuestiones políticas: no soy yo el que la traigo; es ella la que se viene: no me acuséis á mí; acusad más bien á la naturaleza misma de las cosas. ¿Soy yo por ventura la causa de que toda cuestión política se resuelva, en último resultado, en este último dilema: la Religión ó las revoluciones; el catolicismo ó la muerte?„

Señores, yo no necesito volver á decir, porque lo he dicho ya, que no creo que el ministerio es el único culpable de esta situación. Esta es una situación revolucionaria, que ha sobrevivido á la revolución: el ministerio, sin embargo, es culpable hasta cierto punto, porque alienta esta corrupción con la impunidad en que deja á sus agentes; y además es culpable por su silencio. En España, en esta sociedad desventurada, porque desventurada debe llamarse después del cuadro que acabo de describir, no solamente los sentimientos están corrompidos, sino que también están pervertidas las ideas.

Por de contado, señores, desde luego me atrevo á afirmar que en ninguna época de nuestra historia el nivel de las inteligencias ha estado en España más bajo. Yo en mi discurso no puedo demostrar, porque es imposible, que son falsas todas las ideas capitales que dominan en este momento; pero desde luego me comprometo á demostrar, de palabra ó por escrito, ó de cualquier modo que sea, que la proposición política que escojan mis adversarios como más averiguada, como más cierta, es una proposición falsa de todo punto.

Un síntoma, señores, de que están pervertidas en una so-

ciudad todas las ideas, es cuando todos los partidos, todas las escuelas políticas van á su perdición por el mismo camino que ellos han abierto para salvarse.

“Pues eso, señores, es cabalmente lo que sucede entre nosotros, para demostráros esta verdad, os propondré, entre mil, dos ejemplos.”

Todos los partidos alternativamente dominantes en España, han creído que eran necesarias grandes garantías contra los abusos del poder. De estas garantías, unas son vanas, y otras absurdas. Voy á hablar de una que es vana y absurda, y además contraproducente. Aquí se ha invocado constantemente el principio de responsabilidad ministerial; pues bien, ese principio que todos los partidos han proclamado en España, es la única causa de la arbitrariedad y de la tiranía ministerial de que los partidos se quejan. Hay una lógica que hace que las consecuencias salgan de suyo y necesariamente de su principio, sin que nadie las proclame y sin que las saque nadie. Decidme, los que os quejáis de la arbitrariedad ministerial, arbitrariedad que yo reconozco: ¿qué responderíais, sobre todo, los que os sentáis en aquellos bancos, si yo fuera ministerio y os dijera: “Vosotros habéis proclamado el principio de la responsabilidad, y de hecho me declaráis responsable de todo lo que pasa en el último ángulo de la monarquía. Pues bien, yo acepto vuestros principios; aceptad sus consecuencias. Sus consecuencias son las que siguen: A una responsabilidad universal corresponde un poder absoluto; porque poder absoluto y responsabilidad universal son cosas correlativas, forzosamente correlativas. Un poder absoluto, para que sea, es menester que sea un poder expedito; y para que sea expedito, es menester que no encuentre resistencias. Antes, señores, había corporaciones unidas por el vínculo del amor; unidas por el vínculo de la Religión; estas corporaciones oponían un dique á todo despotismo que quisiera levantarse en la nación; esas corporaciones resistentes no son compatibles con mi responsabilidad, no son compatibles con la expedición que necesito como ministerio

responsable; dejadme acabar con ellas. El nombramiento de todos los empleados públicos es un instrumento gigantesco de corrupción, pero no importa; si no nombro á todos los empleados, no puedo ser responsable: si exigís mi responsabilidad, dadme el nombramiento de todos los empleados. La vida local, la vida municipal, la vida provincial pueden ser cosas buenas y excelentes; pero si yo soy el responsable de todo, sólo yo he de vivir para hacerlo yo todo. Por consiguiente, centralización y centralización apoplética, centralización absoluta. Todos los expedientes han de venir al Ministerio, todo el oro ha de venir al Tesoro público. Estas son consecuencias necesarias. Por consiguiente, si me acusáis de arbitrariedad, yo os respondo que vosotros sois los que me habéis hecho arbitrario, imponiéndome una responsabilidad que supone en mí y que me confiere un poder absoluto.„

Nada, señores, parece más fácil, y nada es más difícil que proporcionar los medios á los fines. ¿Qué se quiere? ¿Se quiere que el ministerio tenga un poder prudente, y nada más que prudente, limitado, y nada más que limitado? Pues no declaréis á los ministros responsables: pues qué, ¿no han sido siempre responsables por las leyes del reino todos los ministros, sin necesidad de vuestras solemnes declaraciones? ¿Queréis más? ¿Queréis que los ministros, esos gigantes que os asustan, no sean más que pigmeos? Pues, señores, el remedio está en la mano; declaradlos inviolables. Desde el momento en que los declaréis inviolables, no son nada, sino unas nulidades magníficas, sentadas en ese magnífico banco.—

“Vengamos al segundo ejemplo: el segundo ejemplo, le to-
„maré del periodismo. La libertad de imprenta ha sido pro-
„clamada, señores, para asegurar tres grandes principios; de
„los cuales el uno interesa á los individuos, y los otros dos á
„la sociedad: el que interesa á los individuos, consiste en el
„derecho que todo hombre tiene de comunicar á los otros lo
„que piensa: los otros dos consisten en el derecho que tiene
„la sociedad á que entren en liza y en discusión todos los pen-

„samientos, todas las teorías, todos los sistemas; y en el dere-
„cho que esa misma sociedad tiene de que se dé publicidad á
„todo lo que interesa á los pueblos. El periodismo es la insti-
„tución consagrada á ser la garantía y la realización de aquel
„derecho individual y de estos derechos sociales. Pues bien,
„yo voy á demostraros, que esa institución destruye todo lo
„que tiene encargo de conservar; que es un medio contra-
„dictorio con su fin; y que para ser lógicos, ó habéis de re-
„nunciar á vuestros fines, ó habéis de renunciar á vuestros
„medios.

„En primer lugar, el periodismo ha hecho imposible en la
„práctica el derecho que todo español tiene de publicar sus
„pensamientos por medio de la prensa; y esto, señores, por
„medio de una combinación verdaderamente diabólica: por
„una parte, matando á los libros; y por otra, substrayendo los
„periódicos á la fortuna individual de todos los españoles que
„no sean muy ricos. Hoy día, señores, un español que no sea
„millonario, no puede escribir un periódico, ni publicar un li-
„bro: para el periódico no tiene dinero; y para el libro no en-
„cuentra lectores. Resulta de aquí que hoy día, para publicar
„su pensamiento, los españoles necesitan transformarle de in-
„dividual en colectivo: sólo los partidos tienen libertad; los
„españoles no la tienen. Ahora bien, señores, considerad una
„cosa: que eso será bueno ó malo; pero malo ó bueno, no es
„lo que habéis querido vosotros, no es lo que ha querido el le-
„gislador, no es lo que ha querido la ley: ni la ley, ni el legis-
„lador ni vosotros conocéis á los partidos, sino á los españo-
„les, considerados individualmente: la libertad que la Consti-
„tución apetece, no es la de los partidos, á quienes no conoce,
„sino la de los ciudadanos: pues ésta precisamente es la que
„el periodismo ha hecho de todo punto imposible.

„Vengamos al principio de la publicidad: en este punto,
„señores, la institución del periodismo es tan absurda, consi-
„derada como el medio de alcanzar aquel fin, que su absurdi-
„dad salta á los ojos. Lejos de ser el periodismo un medio de

„revelar á todos lo que deben saber, es el medio más eficaz
„que han podido inventar los hombres para ocultar lo que todo
„el mundo debe saber, y lo que todo el mundo sabe. Esta, se-
„ñores, es una cuestión de buen sentido y de buena fe: yo
„apelo á vuestra buena fe y á vuestro buen sentido, y os con-
„juro á que me digáis si no es cierto que el único medio que
„tenéis de saber la verdad, es echaros á la calle para pregun-
„tarla á vuestros amigos y conocidos; y si el único medio que
„tenéis de ignorarla, no es leer los periódicos. Hay más, se-
„ñores: existe en la sociedad una gran institución consagrada
„á transmitir de un lugar á otro lugar, de una persona á otra
„persona un secreto inviolable: esta institución es la de la
„correspondencia privada. Pues bien, señores: admirad con-
„migo un contraste sorprendente: la institución que han in-
„ventado los hombres en el interés de la publicidad para ha-
„blar de las cosas públicas, es cabalmente la que sirve para
„revelar todos los secretos domésticos; y la que han inventado
„para transmitir los secretos domésticos, es la única que sir-
„ve para ponernos al corriente de las cosas públicas. ¿Queréis
„saber lo que pasa en París? Pues tenéis que leer las cartas
„particulares que de allí vienen. ¿Quieren, en cambio, saber
„en las provincias lo que pasa en lo íntimo de nuestros hoga-
„res? Pues que cojan uno de nuestros periódicos, que lean la
„*gacetilla de la capital*, y ya saben de nuestras propias casas
„tanto como nosotros mismos... Señores: yo me pregunto, y
„os pregunto á vosotros, ¿adónde va la sociedad, adónde va
„el género humano, que así ha confundido todas las nociones,
„y así ha cambiado todos los frenos?

„Por último, el periodismo se ha inventado en un interés
„de discusión: pues bien, señores, nada hay más fácil de de-
„mostrar sino que el periodismo y la discusión son cosas in-
„compatibles: y digo que son incompatibles, porque á nadie
„puede parecerle verdadera discusión la que entablan diaria-
„mente entre sí algunas docenas de periodistas. La discusión
„para que sea provechosa, ha de existir en mayor escala, y ha

„de alcanzar más grandes proporciones; se ha de transmitir
„de los que escriben á los que leen; importa poco que discutan
„los que escriben, si no discuten al mismo tiempo sus lectores.
„Ahora bien, señores, ¿qué es lo que sucede con el periodis-
„mo? Sucede que cada uno lee el periódico de sus opiniones;
„es decir, que cada español se entretiene en hablar consigo
„propio. La discusión perpetua es un perpetuo diálogo; y el
„periodismo, consagrado á mantener perpetuamente vivo ese
„diálogo en la sociedad, da precisamente por resultado un
„monólogo perpetuo. ¿Queréis saber lo que es un periódico?
„Pues un periódico es la voz de un partido, que está siempre
„diciendo á sí mismo: santo, santo, santo.„

Ya lo veis, señores: todo lo que tenéis por mentira, es verdad: todo lo que tenéis por verdad, es mentira. Ved si tengo razón, cuando os digo que nuestra inteligencia está tan depravada como nuestro corazón, y nuestras ideas tan corrompidas como nuestros sentimientos.

Señores: la anatomía que he hecho de estos principios, pudiera hacerla de todos: todos son falsos; científicamente absurdos. El deber de los Gobiernos, cuando ven el absurdo, es combatirlo como puedan.

Ahora, después de haber argumentado yo en nombre del Gobierno contra sus adversarios, argumento en nombre mío propio contra el Gobierno, y le digo: “Tú has tenido razón en medir por tu responsabilidad tu poder. Pero yo vengo ahora á medir tu responsabilidad por tu omnipotencia. Puesto que lo puedes todo, respóndeme de todo. La Reina oye tus consejos y los sigue; los electores acogen tus candidatos y te los envían, las Cortes acogen tus proyectos y los aprueban; en España nadie enseña una idea si no tiene el título de maestro; y nadie tiene ese título sino se le das tú. Respóndeme de los malos sentimientos, respóndeme de las ideas corruptoras; que nada hay más puesto en razón, sino que tu responsabilidad iguale á tu omnipotencia.„

Dos palabras sobre el sistema financiero de los ministros.

Señores: en estas cuestiones nadie pone sino lo que tiene; nadie tiene sino lo que Dios le da: á otros Dios les ha dado ciencia, y han puesto aquí su ciencia: yo lo que puedo poner, es una sola palabra, un poco de claridad, y un grano de buen sentido. Yo concibo, vistas las explicaciones que han mediado, dos grandes sistemas financieros. Hay hombres que, puestos los ojos en nuestras antiguas glorias, en nuestro antiguo poderío, y viendo con vergüenza y hasta con indignación el estado prostrado y abatido que presentamos, exclaman: "Es necesario volver á esa gloria, á ese poder; y para eso es necesario gastar mucho, y debemos gastar mucho: que cuando gastemos mucho, seremos ricos; porque á la riqueza se va también por el camino de la gloria." Hay otros que, poniendo los ojos en el sufrimiento del pueblo, y yendo de casa en casa á presenciar la miseria de los desgraciados contribuyentes, olvidando todo lo demás, dicen: "Somos pobres, muy pobres: son necesarias economías." Estos son los dos puntos de partida de los dos grandes sistemas que han combatido aquí el uno contra el otro. ¿Cuál de estos dos sistemas es el sistema del ministerio? Los dos y ninguno. ¿Se levantan aquí los amigos de las economías, pidiéndolas para el pueblo? Pues bien: luego al punto el Gobierno se levanta contestando: "¿Pues quién hace más economías que yo? Ahí tenéis 40 millones de economías."

¿Se levantan los que sólo miran á las glorias nacionales y al poder nacional; los que creen que se debe gastar mucho? Luego al punto el ministerio se levanta á su vez, y dice: "Pues si cabalmente ese es mi fuerte; ahí tenéis 300 millones de déficit."

Así, señores, este ministerio fluctúa entre inclinaciones diversas; este ministerio es como la péndola del reloj, que oscila, pero no anda. ¿Y qué diré del tino que el ministerio tiene en esto de gastar y en esto de ahorrar? Para pintar su tino, debo decir lo que se ha dicho ya, pero que es necesario repetir, porque es la verdad. ¿Qué se ha de decir de un gobierno que cree que debe gastar en un teatro, y que cree que debe ahorrar

en lo que se debe al culto y al clero? ¡Al culto y al clero, señores! Por cuanto hay en el mundo, no hubiera querido ser yo el hombre que hubiera firmado esa economía, que hubiera sancionado esa rebaja. El clero, que se muere de hambre: el culto, que está sin esplendor; los Seminarios, que no están nacidos siquiera: los templos, que se arruinan; ¿qué es esto? ¿En dónde estamos, señores?

Se extrañará tal vez que vuelva á hablar del teatro; se extrañará, y se extraña hasta con razón, que este nombre venga tan á menudo á los labios de los diputados. Los mismos que lo pronuncian, no saben quizá por qué: yo lo sé, y voy á decirlo. Se pronuncia tanto la palabra teatro, señores, porque el teatro que el ministerio ha levantado, y la situación á que el ministerio nos ha traído, son una misma cosa; porque no puede hablarse del teatro sin pensar en la situación, ni hablarse de la situación sin pensar en el teatro. Y esto también tiene una explicación, y una explicación que convencerá á todos los que me escuchan. Señores, no hay período histórico ninguno, que no esté, digámoslo así, simbolizado en un monumento. Si no temiera engolfarme en tiempos antiguos, recordaría aquí la historia de muchos imperios, y probaría esto, señores, como la luz del medio día. Pero me basta sólo hablar de nuestra España, y recordar aquí la dinastía austriaca, de que hablé al principiar mi discurso. ¿Cuál es el primer período, de esta dinastía? En el primer período, la monarquía lo eclipsa todo, y hasta el principio religioso, á pesar de que era tan poderoso en aquel tiempo en España. ¿Y cuál sería el monumento que simbolizara más esa situación? Ciertamente, señores, que sería un palacio.—En el período de los Felipes, en ese período en que el fundamento del principio religioso se eleva hasta sobre el principio monárquico, con ser tan poderoso en España ese principio, ¿cómo se simbolizaría el pensamiento dominante de la monarquía española? Se simbolizaría en un convento.—¿Cómo se simbolizaría esta misma monarquía, en tiempo de Carlos II? ¿Qué era el Trono? ¿Qué era España? Un sepulcro.—

Pues bien, señores, todas estas tres cosas están simbolizadas en el Escorial; el Escorial es á un tiempo mismo, un palacio, un sepulcro y un convento. El Escorial es la historia, escrita con piedra de granito, de la monarquía austriaca.

Pues bien, nuestra historia actual, nuestra situación actual están simbolizadas en el teatro de Oriente: en ese monumento elevado sólo para los goces materiales.

Señores: yo quiero suponer por un momento que el gobierno es tan dichoso como lo apetece, y como apetezco yo mismo, en todas sus empresas; yo supongo que el gobierno ha levantado esta nación ya al poder y la gloria que tanto le sonríe; yo le doy todo lo que ambiciona para España; yo supongo que tiene todos los ejércitos del autócrata de las Rusias y todas las escuadras de la Gran Bretaña; yo le doy además, para mantener tan alto nombre y tan alta gloria y tan grandes escuadras y tan poderosos ejércitos, todo el oro que crían las arenas del Perú y las de las Californias. Pues bien, señores; después de tener todo eso, todavía yo afirmo y aseguro que todo su poder vendrá al suelo estrepitosamente, si esta nación sigue corrompida en sus sentimientos y pervertida en sus ideas; todavía digo que esta sociedad tan opulenta, tan esplendorosa, tan grande, será entregada al exterminio: que nunca han faltado, para los pueblos corrompidos, ángeles exterminadores.

Señores, no hay que hacernos ilusiones; el porvenir es triste, y hasta cierto punto pavoroso; yo puedo, sin estar dotado de espíritu de profecía, haceros ver vuestro porvenir en una historia pasada.

Hubo un rey en una nación que, no sé si para nuestra fortuna ó para nuestro escarmiento, Dios ha hecho nuestra vecina. Ese buen rey era, señores, por su prudencia y su sabiduría, como el Ulises de las dinastías europeas. El mundo, en una edad más sencilla, más dichosa, le hubiera llamado Luis Felipe el Bueno, el Pacífico, el Clemente. Los hombres de la Francia, poniendo en él sus propios vicios, le llamaron el egoísta, el avaro. Ese rey subió al poder por una grande revolución, que

había venido detrás de otras muchas revoluciones y trastornos, que habían conmovido toda aquella sociedad hondamente, y habían pervertido sus sentimientos, sus ideas y sus costumbres. Sintióse flaco, porque no era legítimo, para poner un dique á esta corrupción universal, y para levantar un muro contra aquel diluvio de errores, acometió empresas que le parecieron más fáciles. La empresa que acometió, fué la de restablecer el orden material, y la de dar impulso á los intereses materiales. Ningún príncipe, señores, ha sido más dichoso en sus empresas: á los pocos años, era rey pacífico de Francia, sin que turbase su sueño el más imperceptible rumor de las pasadas y ya vencidas insurrecciones. Pocos años después, el comercio, la industria, todos los intereses materiales tuvieron crecimientos inauditos. Entretanto, señores, su gobierno era un gobierno que tenía toda la confianza de la corona, que tenía la adhesión de los electores, tenía el apoyo de las Cámaras, tenía la obediencia de la fuerza pública, tenía, por fin, la simpatía y la amistad de todos los gabinetes de Europa.

Pero, señores, al propio tiempo que todas esas cosas pasaban en el orden material, paralelamente á este movimiento iba creciendo, levantándose, difundiéndose por todas partes el desorden moral, la corrupción que todo lo disuelve, y el error que todo lo envenena. Un día hubo en que estas dos fuerzas contrarias llegaron á la vez á su apogeo. Entonces, señores, se planteó por sí misma, sin que la planteara nadie, como la planteo yo aquí, se planteó, digo, por sí misma esa gran cuestión, siempre antigua, y siempre nueva, que consiste en averiguar si la sociedad está más segura y más fuerte cuando se apoya en el orden material ó en el orden moral, en la virtud ó en la industria. La Francia, señores, en mala hora, resolvió este problema en el sentido de la industria y en el sentido del orden en las calles: cada paso que daba en esta senda, era un paso que daba lejos de su Dios; y cada paso que daba lejos de su Dios, era un paso que daba hacia la boca del abismo. Dios la alcanzó cuando llegaba á su boca; Dios la alcanzó el 24 de

Febrero, el día de la grande liquidación, el día de los grandes anatemas. ¿Qué sucedió entonces, señores? ¿Qué sucedió? Que ese pueblo desvanecido con su poder, embriagado con su riqueza, loco con su industria, vió abismarse juntamente su industria, su poder y su riqueza en el gran diluvio republicano. Todo, señores, todo acabó allí; el gran pueblo y el gran rey: el obrero y su obra.

Vea el Congreso adonde van á parar las cosas cuando tan sólo se mira á los intereses materiales; los pueblos que les rinden culto, se quedan, señores, en la indigencia; se quedan sin nada: sin los morales, porque los rechazaron; sin los materiales, porque la revolución se les quitó.

Pues bien, señores, volved los ojos á esta nación sin ventura: ved los trances por donde ha pasado, el trance en que está y el trance que le aguarda.

La Reina legítima de España (y cuenta, señores, con esta palabra, porque esta palabra va á servir de acusación al ministerio), la reina de España fué declarada mayor de edad después de un gran levantamiento que había sucedido á grandes trastornos y á grandes revueltas: desde entonces acá, casi unos mismos hombres han gobernado esta nación; éstos se creyeron flacos, á pesar de que obraban en nombre de la legalidad, se creyeron flacos para atacar de frente la corrupción y la perversión de las ideas, fruto amargo de las revoluciones. ¿Qué se propusieron los ministros de la reina legítima de España? Desconfiaron de sí, como si no obraran en nombre del alto y poderoso prestigio de una Reina legítima; desconfiaron de sí, y no se propusieron otra cosa, sino sacar á salvo del naufragio universal el orden material y los intereses materiales. Y fuerza es confesar que en esto fueron también dichosos á su manera: en poco tiempo vencieron cuatro insurrecciones formidables: la de Galicia, la de Madrid, la de Sevilla y la de Cataluña.

Vencida la insurrección aquí como allá, una fiebre industrial y mercantil incendió nuestra sangre que, tanto como española, es sangre africana; el ministerio, en vez de comba-

tir este ataque de fiebre violenta, se dejó dominar él mismo por la furiosa calentura, y al tiempo mismo que recibía, propagaba el contagio. Entretanto la corrupción y el error fueron creciendo y propagándose lenta y calladamente. Hoy día, señores, todas esas cosas, corrupción, error, fiebre industrial, han llegado á su apogeo.

Ahora pregunto yo: ¿cuál será el desenlace? ¿Cuál será el fin? Yo no lo diré: que me falta el corazón y el ánimo para ello; pero ya lo adivinan sin duda con pavor los señores diputados. Una objeción, sin embargo, puede oponerse. En Francia, se dirá, había detrás del Trono falanges socialistas, y en España no las hay. Y ¿qué diríais, señores, si os asegurara yo (y ¡ojalá sea desmentido por la experiencial!), que el país del socialismo no es la Francia, sino España? No olvidemos, señores, que aquí, cuando manda un partido, no parece sino que él sólo vive, y que á ninguno de los demás se le encuentra por la calle; y, sin embargo, cuando el partido vencido sube al poder, parece que lo llena todo, que lo ocupa todo, que él solo vive en España; así no es extraño que no veamos á los socialistas; pero escuchad y meditaad sobre lo que voy á deciros.

El socialismo debe su existencia á un problema, humanamente hablando, insoluble. Se trata de averiguar cuál es el medio de regularizar en la sociedad la distribución más equitativa de la riqueza. Este es el problema que no ha resuelto ningún sistema de economía política. El sistema de los economistas políticos antiguos iba á parar al monopolio por medio de las restricciones. El sistema de los economistas políticos liberales va á parar al mismo monopolio por el camino de la libertad, por el camino de la libre concurrencia, que produce fatal é inevitablemente ese mismo monopolio. Por último, el sistema comunista va á parar al mismo monopolio por medio de la confiscación universal, depositando toda la riqueza pública en manos del Estado. Este problema, sin embargo, ha sido resuelto por el catolicismo. El catolicismo ha encontrado

su solución en la limosna. En vano se cansan los filósofos; en vano se afanan los socialistas; sin la limosna, sin la caridad, no hay, no puede haber distribución equitativa de la riqueza. Sólo Dios era digno de resolver ese problema, que es el problema de la humanidad y de la historia.

Después de la revolución de Febrero, los comunistas que se reunían en el Luxemburgo á las órdenes de Luis Blanc, con un instinto seguro, como lo tienen todos los partidos cuando se trata de sus negocios, pidieron un ministerio especial, que resolviera este problema inmenso; porque decían, y en esto no andaban errados: "Un problema tan grande necesita tener un ministerio especial que le resuelva." Su error, empero, consistió en creer que ese ministerio no existía, y ese ministerio no estaba vacante: ese ministerio venía desempeñándose diez y nueve siglos ha, por la Iglesia católica.

La Iglesia, señores, es admirable para todo; pero lo es principalmente para servir de medianera entre los pobres y los ricos, por participar de la naturaleza de los unos y de los otros: participa de la naturaleza de los pobres, porque no tiene nada suyo, y todo lo recibe por amor de Dios; participa de la naturaleza de los ricos, porque los ricos, en otras edades, por amor de Dios, se lo dieron todo. Y ¿qué cuenta ha dado la Iglesia de ese santo, de ese incommunicable ministerio? Juzgado vosotros por vosotros mismos, señores. En la gran clase menesterosa, hay una zona superior, una zona media y una zona ínfima; como en las clases superiores, hay una aristocracia, hay una clase media, hay una plebe; la aristocracia de la miseria está compuesta de colonos; la clase media, de obreros; la plebe de mendigos. Pues bien, la Iglesia dió á cada una lo que cada una necesitaba: á los colonos les dió tierras y los hizo propietarios; para los obreros sembró de monumentos la Europa; para los mendigos tuvo pan, y á ninguno dejó morir de hambre.

En donde más resplandeció la caridad de la Iglesia, fué, señores, en España. España ha sido una nación hecha por la

Iglesia, formada por la Iglesia para los pobres: los pobres han sido en España reyes. Los que eran colonos, tenían tierras perpetuamente con un censo ínfimo, y eran, en realidad, propietarios. Todas las fundaciones piadosas que había en España eran para los pobres. Los jornaleros tenían con qué dar pan á sus hijos con los jornales que ganaban en los gloriosos y espléndidos monumentos de que está llena la España. ¿Qué mendigo no tenía un pedazo de pan, estando abierto un convento?

Pues bien, señores: la revolución ha venido á trastornar todas las cosas: con el despojo de la Iglesia subió la renta de la tierra; con la supresión del diezmo hubo una nueva y más alarmante subida. De esta manera, el movimiento de ascensión que imprimió el catolicismo á las clases menesterosas, ha sido convertido por la revolución en un movimiento contrario, en un movimiento descendente: los colonos, oprimidos por la renta enorme que pagan, pasan en tropel, de la clase á que pertenecen, á la clase media de los obreros. Los obreros á su vez, con el gran aluvión de colonos que les viene, van pasando continuamente á la plebe, compuesta de mendigos: los mendigos, por último, acaban sus días de miseria y de hambre. ¡Ved ahí, señores, por un lado, la obra de la revolución: por otro, la obra de la Iglesia!

Las cosas entre nosotros han venido hoy á punto que la sociedad, antes unida en unión santa y dichosa, está dividida en dos clases, de las cuales la una puede llamarse vencida y la otra vencedora; aquélla, que ha sido favorecida por la suerte, tiene por divisa y por lema: "Todo para los ricos." ¿Cómo queréis, señores, que esta tesis no engendre su antítesis, y que la clase vencida no exclame á su vez en son de guerra: "¡Todo para los pobres!" Hay, pues, señores, entre las clases de la sociedad (y el gobierno ni lo sospecha siquiera, ni lo ha estudiado siquiera, aunque tiene la obligación de estudiarlo y saberlo), hay, digo, entre todas las clases de la sociedad una guerra latente, que en el estado contagioso que tienen ciertas ideas

de Europa, llegará á ser á la primera ocasión una guerra declarada.

Yo, señores, á pesar de mi amistad, que es íntima, hacia los ministros de S. M., no he podido menos de declararme en disidencia con ellos, porque, señores, al punto de exageración á que están llevando su sistema de orden material y de intereses materiales, tengo para mí que se ha hecho inevitable una catástrofe, que ha de venir forzosamente, si es que no faltan aquí por primera vez las leyes eternas de la historia.

Yo no sé ni cómo vendrá ni cuándo vendrá; pero sé que Dios ha hecho la gangrena para la carne podrida y el cauterio para la carne gangrenada. El ministerio se encuentra todavía en tiempo de elegir entre dos caminos. Puede seguir el camino que hasta aquí, y entonces nada tengo que decirle, ó el que acabo de indicarle. Si acepta este último, por su fortuna y la nuestra, es necesario que haga todo lo que hasta aquí ha dejado de hacer, y que no haga todo lo que ha hecho; es necesario que se resuelva á oponerse con todas sus fuerzas á la corrupción; que la combata y que la venza, ó que sucumba; es necesario que no edifique teatros, siquiera hasta que ponga puntales á los templos que se desploman: es necesario que ponga orden y concierto en las rentas públicas. Pero es necesario también que el ministerio entienda que no basta eso; que es necesario sobre todo poner un freno á los apetitos, poner un freno á las concupiscencias.

Es necesario que si quiere la dictadura, la proclame y la pida, porque la dictadura, en circunstancias dadas, es un gobierno bueno, es un gobierno excelente, es un gobierno aceptable; pero, señores, que se pida, que se proclame, porque si no estaremos entre dos gobiernos á la vez: tendremos un gobierno de hecho, que será la dictadura, y otro de derecho, que será la libertad; situación, señores, la más intolerable de todas, porque la libertad, en vez de servir de escudo, sirve entonces de celada.

“Y no se diga, señores, que pido mucho: bien sé que es

„cosa dura exigir de un ministerio que, cuando la codicia se
„levanta y le dice:—“cómprame, que me vendo,„—respon
„da:—“no te conozco,„—que cuando el espíritu de pandillaje
„y de intriga le dice:—“sígueme, que el Poder está en mis
„manos,„—quede inmóvil, cerrando sus oídos al canto de la
„sirena:—que cuando el miedo le dice:—“asústame, y me ve
„rás á tus plantas,„—no caiga en la tentación de dar un susto
„al medroso: que cuando todas las malas pasiones, por poco
„que sea complaciente, le ofrecen la dominación y el imperio,
„quite su imperio y su dominación á todas las malas pasiones.
„Sin duda, señores, esto sería mucho exigir si se exigiera al
„que ha nacido para obedecer, y está contento con no hacer
„sino aquello para que ha nacido; pero no es mucho exigir
„cuando se exige de los que aspiran á la honra alta, pero pe-
„ligrosa, de ser gobernadores de los pueblos: la carga se pro-
„porciona á la honra, y cuando ésta es altísima, justo es que
„aquélla sea no sólo peligrosa, sino grave: lo demás sería, se-
„ñores, el mundo al revés. El ministerio público no es una
„sinecura: su nombre lo dice; es un servicio, y un servicio
„penoso. Gobernar no es ser servido; es servir: no es gozar;
„es remar, y vivir y morir, puesta la mano en el remo. A ese
„precio lo ha de ser el que quiera ser ministro, y sólo los que
„lo son á ese precio, lo son verdaderamente. ¿Cuántos ministros
„creéis que ha habido en esta época en España?—La *Gaceta*
„dice que muchos; y yo sostengo que ninguno: porque ser
„verdaderamente ministro, no es sólo recibir de la ley esta de-
„nominación; es además y sobre todo, ser aceptado como mi-
„nistro por la historia. Pues bien; yo os digo que ninguno de
„los que lo han sido hasta aquí, será aceptado por la historia
„sin protesta.

„Uno creí yo que había nacido para más alto fin por sus
„grandes calidades; y porque lo creí, puse en él todas mis es-
„peranzas y todas mis ilusiones; ilusiones y esperanzas que
„se han llevado los vientos. Todos adivináis, sin duda, que ha-
„blo del duque de Valencia. Voy á hablar de este personaje,

„señores, que bien lo merece, en vuestra presencia, con la re-
„serva de un contemporáneo, pero con la imparcialidad de la
„historia. El duque de Valencia es un gran soldado y un hom-
„bre de grande entendimiento, servido unas veces, y otras
„mandado por grandes pasiones. El duque de Valencia alcan-
„za á fuerza de inspiración y de genio lo que los otros no al-
„canzan á fuerza de estudio: esto es tan cierto, señores, que
„dudando yo muchas veces (perdonad, señores, á un hombre
„que es estudiante toda la vida), dudando, digo, muchas veces
„sí vosotros me entendéis, no se me ha ocurrido nunca dudar
„sí me ha entendido el duque de Valencia. Y sin embargo, se-
„ñores, siendo tan grande como es su entendimiento, es mu-
„cho mayor su actividad todavía; el duque de Valencia es un
„hombre que entiende, pero sobre todo, es un hombre que obra
„¿qué digo que obra?, es un hombre que no deja de obrar
„en ningún tiempo, ni cuando vela, ni cuando duerme: por un
„fenómeno menos extraordinario de lo que á primera vista pu-
„diera pareceros, esa actividad, que es la que acelera su mucr-
„te, es la que le conserva la vida. Teniendo que andar su en-
„tendimiento al compás de su actividad, el duque le tiene prohi-
„bido que se pare, es decir, que reflexione; y le tiene mandado
„que improvise: el duque es, por consiguiente, un improvisador
„universal, y todo el que le interrumpe y le hace perder el hilo
„de su improvisación, es su enemigo. Por esto, su mayor ene-
„migo es el tiempo, que resiste de una manera persistente y
„tenaz á todas sus improvisaciones. El duque dice, por ejem-
„plo: “Que haya Marina,”; y el tiempo dice: “Para eso ne-
„cesitas de mí, porque necesitas que haya Hacienda: para
„que haya Hacienda, es menester que la riqueza se aumente,
„y para que esto se verifique, es menester dejarme obrar á
„mí, que soy ministro de Dios, servido por otros ministros
„más poderosos que los de los reyes, que llevan por nombre
„los años.” El duque replica: “Ahora lo veremos,” y manda
„á la Marina que sea, y la Marina es. Pero la cuestión consiste
„en averiguar con qué se ha de mantener esa Marina, siendo

„evidente que nos hemos de quedar sin duque, sin Marina y
„sin Hacienda. En otra ocasión, poniendo los ojos en un suje-
„to que nadie conoce, pero que le sirve admirablemente por
„cálculo ó por celo, se dice á sí propio: “¿Por qué no haría yo
„de este sujeto un gran personaje?” — el tiempo le responde:
“por una razón muy sencilla: porque para eso, como para
„todo, necesitas de mí; porque del que tú quieres hacer
„un personaje, no he hecho yo más que un sujeto, sin haber-
„me atrevido todavía á hacer de él una persona.” — El duque,
„sin embargo, no retrocede; toma á su sujeto, y le hace, digo
„mal, le viste de personaje. La cuestión, sin embargo, lejos de
„estar con esto resuelta, no está ni siquiera iniciada, porque
„entonces sucede, que los que son personajes por obra de Dios,
„y no por obra del duque, se quejan de que les ha robado sus
„ropas para vestir á su sujeto; mientras que todos los sujetos de
„la nación acuden á él diciéndole: “Si somos sujetos como ése,
„¿por qué no hemos de vestir como él esas mismas vestidu-
„duras?” — Y de aquí, señores, esas dos falanges con que tiene
„el duque que combatir, una de odios y otra de concupis-
„cencias. Yo sé que aun en esta situación halla recursos, y
„que aun para este mal tiene remedios; porque la Europa se
„engaña si cree que el duque es sólo ó principalmente un gran
„capitán: el duque de Valencia es eso; pero es además, y,
„sobre todo, el hombre más amaestrado de Europa en el deli-
„cadísimo arte de las más delicadas seducciones: á mí me ha
„seducido veinte veces con un saludo. En ese talento especialí-
„simo y eminente es en el que confía para ir contentando, sin
„saciarlas, á las concupiscencias, y para ir mitigando, sin
„extinguirlos, los rencores. Pero aplazar las cuestiones no es
„resolverlas, y todo el talento del Duque basta apenas para
„aplazarlas: día vendrá, y ese día se viene á más andar, en
„que cayendo sobre él todas juntas, le intimen la rendición ó
„la muerte.”

“Esa actividad inquieta y devorante, ese estado de insu-
„rrección permanente contra la lentitud de los tiempos ha per-

„dido al duque de Valencia. Ni en España ni en Europa hay
„una persona más convencida que él de que el orden material
„es nada sin el orden moral, y de que el primero no es otra cosa
„sino el plazo que da la Providencia á los gobernadores de los
„pueblos para que restauren el segundo: ninguno está más per-
„suadido que él de que los bienes que se llaman por mal nom-
„bre *positivos*, es decir, los materiales, nada son si no van
„juntos con la restauración de aquellos principios eternos que
„son como los fundamentos de las sociedades humanas. Pero
„esta restauración es lenta; tan lenta, que los hombres de Estado
„de más larga vida y de más grande laboriosidad se ven re-
„ducidos á escoger entre comenzarla, seguirla y acabarla,
„pues ninguno la comienza, la sigue y la acaba por sí solo.
„No parece sino que Dios ha querido mostrarnos por aquí que
„esa hazaña es superior á la grandeza individual de los hom-
„bres. Si el duque de Valencia hubiera podido conseguir esa
„restauración con un decreto, ese hubiera sido el primero
„(debo hacerle esta justicia) que hubiera propuesto á S. M. y
„que hubiera enviado á la *Gaceta*. Pero en esto las improvi-
„saciones son de todo punto imposibles: el hombre no hace
„más que sembrar: Dios da después á lo sembrado la fecundi-
„dad y el crecimiento. En los intereses materiales, aunque en
„realidad no es mayor, se ve más la acción del hombre: por
„eso seducen con una seducción irresistible al duque de Va-
„lencia.„

„En suma, señores, del ministerio presidido por el duque
„de Valencia, dirá la posteridad que es un ministerio funes-
„to, presidido por un hombre eminente. Yo no soy, diciendo
„esto, sino el representante de la conciencia humana, y el eco
„anticipado de las generaciones futuras.„

Señores, puede creerme el Congreso (porque si yo peco de algo, es de demasiada franqueza), y pueden creerme los señores ministros: si yo me he levantado hoy, ha sido menos por hacer una oposición de muerte al ministerio, que para satisfacer mi conciencia; para decir que yo no apruebo el siste-

ma que se sigue. Si me he levantado, señores ministros, ha sido para conteneros en el camino de perdición, y por el que nos vais empujando á todos y á la nación española.

Yo no sé, señores, si estaré solo; es posible que lo esté; pero solo y todo, mi conciencia me dice que soy fortísimo; no por lo que soy, señores diputados, sino por lo que represento. Porque yo no represento sólo á 200 ó 300 electores de mi distrito; ¿qué es un distrito? ¿Qué son 200 ó 300 electores? Yo no represento solamente á la nación: ¿qué es la nación española, ni ninguna otra, considerada en una sola generación, y en un sólo día de elecciones generales? Nada. Yo represento algo más que eso; represento mucho más que esto; yo represento la tradición, por la cual son lo que son las naciones en toda la dilatación de los siglos. Si mi voz tiene alguna autoridad, no es, señores, porque es mía; la tiene, porque es la voz de vuestros padres. Vuestros votos me son indiferentes. Yo no me he propuesto dirigirme á vuestras voluntades, que son las que votan, sino á vuestras conciencias, que son las que juzgan; yo no me he propuesto inclinar vuestras voluntades hacia mí; me he propuesto obligar vuestras conciencias á estimarme.

CORRESPONDENCIA VARIA



CORRESPONDENCIA

CON

M. DE BLANCHE-RAFFIN

AL SR. DONOSO.

VILLENEUVE-SUR-LOT (Lot et Garone), Julio 15 1849.

SEÑOR MARQUÉS: Autorizado repetidas veces por la benevolencia de Ud. á manifestarle la admiración que me inspira su talento, me tomo hoy la libertad de dirigirle felicitaciones inspiradas por otro afecto nuevo. La divinidad de las doctrinas católicas, después de haber cautivado la imaginación de usted por largo tiempo, ha llegado, en fin, á revelarse á su corazón.

Cuando en el pasado invierno traduje el magnífico discurso que pronunció Ud. en el Congreso español el 4 de Enero, no preveía el bello comentario que había Ud. de ponerle, con sus dos últimas cartas al señor conde de Montalembert. Estos escritos echan el sello á la reputación de Ud., y le colocan desde luego entre los más ilustres defensores del Cristianismo en el orden filosófico y político.

Algunos antiguos escritos de Ud. hacían ya ciertamente presentir esta fase que acaba de aparecer en la evolución de su espíritu; pues entre las más preciosas páginas que en nuestros días ha producido el movimiento intelectual de España, recuerdo y he conservado dos trozos en que describe Ud. la fisonomía moral de Guizot y de Lamartine. Sin duda recordará usted todavía estos ensayos, en los cuales ya se descubre que

había Ud. previsto con clara intuición los desastres que el escepticismo y la apostasía iban á derramar sobre el mundo. Muchas veces he tenido ánimo de publicar una traducción de aquellos dos retratos, que hoy, después de los sucesos ocurridos desde la fecha en que Ud. los hizo, aparecen como comprobantes de cuanto Ud. previó al imaginarlos. Si piensa usted completar alguna colección de sus antiguas obras, me esperaré entonces para publicar en Francia aquellos admirables trozos.

Usted sabe, señor Marqués, que la noble y cristiana tradición de España no tiene en Francia apologista más apasionado que yo. Después de haber unido mis pobres esfuerzos á los que hacían Uds. en su patria para combatir el cisma religioso ó político que ha poco la amenazaba, dicho se está el sumo placer con que hoy veo los triunfos recientemente obtenidos para la unidad y la verdad por el auxilio de las armas y de la elocuencia españolas.—En estos momentos mismos estoy acabando una obra que deberá gran parte de su interés al lustre y fama de las palabras por Ud. pronunciadas: es un ensayo que publico sobre la vida y escritos del presbítero D. Jaime Balmes; en el cual me ha parecido oportuno consignar los vínculos de parentesco que ligán los pensamientos de Ud. y sus propósitos con los de aquel ilustre escritor.

Es probable que yo haga otro viajecito á España; y acaso para entonces, terminada ya la misión que le retiene á Ud. en Berlín, ó antes quizá si en el desempeño de igual cargo viniere por Francia, tendré el gusto de verle y de gozar personalmente de las bondades que tantas veces se ha dignado usar conmigo. Cuando vuelva, me propongo prestar en mi país algún homenaje público á las verdades de que Ud. es intérprete tan elocuente, y tendré á grande honra haberle servido de trujamán. Con sus lecciones habré también adquirido para entonces fuerza y luces que me hagan más útil y más adicto á la buena causa. Porque ha de saber Ud. que yo soy de los que, á pesar de sus presagios (algún tanto siniestros quizá en demasía), me complazco en esperar que aún queda una gran parte

del porvenir reservada á los hombres de creencias puras y de buena voluntad.

Con el más profundo respeto, señor Marqués, se ofrece de usted afectísimo y seguro servidor,

ALBÉRIC DE BLANCHE, MARQUÉS DE RAFFIN.

AL SR. ALBÉRIC DE BLANCHE MARQUÉS DE RAFFIN.

BERLÍN, Julio 21 de 1849.

Muy señor mío y amigo: He recibido con indecible placer la carta que ha tenido Ud. la bondad de escribirme el 15 del corriente. Mi placer ha sido tanto mayor, cuanto Ud. tiene una parte que ignora en la conversión que Dios ha obrado en mí por su gracia. ¡Tan ignorados, tan profundos son los misterios de sus caminos!

Yo siempre fuí creyente en lo íntimo de mi alma: pero mi fe era estéril, porque ni gobernaba mis pensamientos, ni inspiraba mis discursos, ni guiaba mis acciones. Creo, sin embargo, que si en el tiempo de mi mayor olvido de Dios, me hubieran dicho: "Vas á hacer abjuración del catolicismo ó á padecer grandes tormentos," me hubiera resignado á los tormentos, por no hacer abjuración del catolicismo. —Entre esta disposición de ánimo y mi conducta había sin duda ninguna una contradicción monstruosa. ¿Pero qué otra cosa somos casi siempre sino un monstruoso conjunto de monstruosas contradicciones?

Dos cosas me han salvado: el sentimiento exquisito que siempre tuve de la belleza moral, y una ternura de corazón que llega á ser una flaqueza: el primero debía hacerme admi-

rar el catolicismo, y la segunda me debía hacer amarle con el tiempo.

Cuando estuve en París traté íntimamente á M... y aquel hombre me sojuzgó con sólo el espectáculo de su vida, que tenía á todas horas delante de mis ojos. Yo había conocido hombres honrados y buenos; ó por mejor decir, yo no había conocido nunca sino hombres buenos y honrados; y sin embargo, entre la honradez y la bondad de los unos, y la honradez y la bondad del otro, hallaba yo una distancia inconmensurable: y la diferencia no estaba en los diferentes grados de la honradez; estaba en que eran dos clases de honradez, de todo punto diferentes. Pensando en este negocio, vine á averiguar que la diferencia consistía en que la una honradez era natural, y la otra sobrenatural ó cristiana.—M... me hizo conocer á Ud. y á algunas otras personas unidas por los vínculos de las mismas creencias: mi convicción echó entonces raíces más hondas en mi alma, y llegó á ser invencible por lo profunda.

Dios me tenía preparado para después otro instrumento de conversión más eficaz y poderoso.—Tuve un hermano á quien vi vivir y morir, y que vivió una vida de ángel, y murió como los ángeles morirían, si murieran. Desde entonces juré amar y adorar, y amo y adoro...—iba á decir lo que no puedo decir, iba á decir, con una ternura infinita—al Dios de mi hermano. Dos años van corridos ya desde aquella tremenda desgracia. Yo sé, como los hombres pueden saber, que está en el cielo, que goza de Dios, y que pide por el hermano desventurado que dejó en la tierra. Y sin embargo, mis lágrimas no tienen fin, ni le tendrán si Dios no viene en mi ayuda. Sé que no es lícito querer tanto á una criatura: sé que los cristianos no deben llorar á los que acaban cristianamente, porque los que acaban cristianamente, se transfiguran y no mueren: todo esto sé; y sé, por último, que San Agustín tuvo escrúpulos por haber llorado á su madre: y sin embargo, lloro y lloraré todos los días, si Dios no me da fortaleza en su infinita misericordia.

Vea Ud. aquí, amigo mío, la historia íntima y secreta de mi

conversión: he querido contársela á Ud. por desahogarme, y porque en ella, sin saberlo tuvo Ud. parte. Como Ud. ve, aquí no han tenido influencia ninguna ni el talento ni la razón: con mi talento flaco y con mi razón enferma, antes que la verdadera fe, me hubiera llegado la muerte. El misterio de mi conversión (porque toda conversión es un misterio), es un misterio de ternura.—No le amaba, y Dios ha querido que le ame, y le amo: y porque le amo, estoy convertido.

Pasemos á otra cosa. El servicio que Ud. ha hecho á la causa católica, haciendo conocer á Balmes, es muy grande: yo se lo agradezco á Ud. como católico, y además como español. Balmes honra á su patria: hombre de ingenio claro, agudo, sólido, firme en la fe, ágil en la lucha, controversista y doctor á un mismo tiempo, pocos han merecido como él en este siglo, dejar por herencia á las gentes una buena memoria. Ni le conocí, ni me conoció; pero le estimé, y sé que me estimaba; sólo he visto su retrato, y aun eso después de muerto. La Providencia nos había puesto en partidos políticos contrarios ¹; aunque, poco tiempo antes de su muerte, la religión nos inspiraba iguales cosas. Yo no sé si Ud. sabe que, cosa de un mes antes de publicar Balmes su escrito sobre Pío IX, había yo escrito sobre el mismo tema y sobre el mismo asunto. Balmes y yo dijimos las mismas cosas, articulamos el mismo juicio, formulamos las mismas opiniones. Pero lo singular del caso, y lo que enaltece sobremanera el talento de Balmes, es que, viniendo á decir después que yo lo mismo que yo, lo dijo de una manera tan propia suya, que ni por casualidad se encuentra en su escrito ni una sola de las ideas secundarias que yo había explanado en el que publiqué poco antes.—¡Prueba insigne de la riqueza de su arsenal y de la abundancia de sus armas!

1 No es exacta esta expresión: el partido político en que militó Balmes, descansa en la verdad divina: en él puede y debe decirse que le puso la Providencia, mas en aquel otro en que militó y de que abjuró con gloria Donoso, partido contrario formalmente al católico, la Providencia no puso á este ilustre adalid, sino simplemente permitió que en él militase, acaso porque el ejemplo de su conversión y las admirables líneas con que esta admirable carta la describe, abriesen los ojos á muchos de los que caminaban y caminan en las tinieblas del liberalismo.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Este último escrito suyo es notable bajo otro punto de vista. Balmes, que fué siempre un gran pensador, no había sido nunca un gran artista: sus estudios literarios no corrían parejas con sus estudios filosóficos. Ocupado exclusivamente de la idea, había descuidado su expresión, y la expresión era por lo general en él floja, aunque sus ideas eran grandes. Su estilo era laxo, difuso; y los hábitos de la polémica, esa matadora de estilos, le habían hecho verboso. Pues bien: en su escrito sobre Pío IX, Balmes levanta de súbito la expresión á la altura de la idea, y la idea grande brilla por primera vez en él vestida de una expresión magnífica y grandilocuente. Cuando Balmes murió, el escritor era digno del filósofo: medidos por la medida de la crítica, eran iguales.

Vuelvo, pues, á dar á Ud. gracias por el celo y el talento con que hace popular en Francia á un hombre tan eminente.

Recuerdo los dos retratos de que Ud. me habla; los escribí estando en París, y en la época, si no me engaño, en que nos conocimos. No tienen más mérito que la sagacidad con que creo penetré el carácter moral é intelectual de esos dos hombres.

No dudo que llegará un día, que Ud. ve venir, en el cual el campo será de los hombres de buena voluntad y de creencias puras; pero no dude Ud. que ese día será pasajero: la sociedad en definitiva está herida de muerte; y morirá porque no es católica, y sólo el catolicismo es la vida.

Yo pienso volver pronto á España y retirarme por algún tiempo de los negocios públicos para meditar y escribir. El torbellino político en que me he visto envuelto mal de mi grado, no me ha dejado hasta ahora ni un día de paz ni un momento de reposo: justo es que antes de morir me retire algunos años á hablar á solas con Dios y con mi conciencia. Para mí, el ideal de la vida es la vida monástica. Creo que hacen más por el mundo los que oran que los que pelean; y que si el mundo va de mal en peor, consiste esto en que son más las batallas que las oraciones. Si pudiéramos penetrar en los secre-

tos de Dios y de la historia, tengo para mí que nos habíamos de asombrar al ver los prodigiosos efectos de la oración, aun en las cosas humanas. Para que la sociedad esté en reposo, es necesario cierto equilibrio, que sólo Dios conoce, entre las oraciones y las acciones, entre la vida contemplativa y la activa. La clave de los grandes trastornos que padecemos, está quizá en el rompimiento de este equilibrio. Mi convicción en este punto es tan firme, que creo que si hubiera una sola hora de un solo día en que la tierra no enviara al cielo oración ninguna, ese día y esa hora serían el último día y la última hora del Universo.

Si á mi paso por París está Ud. allí, y si estando yo en España, va Ud. á España, tendré el más vivo placer en asegurar á Ud. personalmente que no hay amistad que me sea más lisonjera que la suya.

Entretanto queda de Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.

JUAN DONOSO CORTÉS.

AL SR. DONOSO.

VILLENEUVE-SUR-LOT (Lot-et-Garonne), Agosto 2 de 1849.

SEÑOR MARQUÉS: Nunca me hubiera atrevido á esperar que la amistad de Ud. me honrara con expansiones tan íntimas como las contenidas en su apreciable del 21 de Julio; puesto, sin embargo, que Ud. me ha juzgado digno de tanta confianza, me apresuro ante todo á cumplir el deber en que estoy de manifestarle el vivo reconocimiento que su bondad me inspira.

La parte que se digna Ud. atribuirme en la obra de su conversión, es ciertamente tan escasa, que bien puedo permitirme la satisfacción de creerla; pues, á ser más considerable, me vería obligado á tomar su lenguaje por más cortés que sincero. De todos modos, señor Marqués, el gusto con que he leído esa admirable historia de su alma, no deja de estar mezclado con cierta pena que me produce el pensar que su pluma debería pertenecer sin excepción ni reserva á la causa de Dios más bien que á algunos amigos aislados.—Al menos sus cartas al señor Conde de Montalembert han tenido la fortuna de ilustrar á la Francia y á todo el orbe cristiano, después de haber llenado de júbilo el alma de la persona á quien fueron dirigidas. Esto no puede suceder con la que yo he recibido, cabalmente porque emana de lo más profundo del corazón, y porque el mismo carácter particular de ternura y de interés que tiene, la condena á quedar encerrada en el seno de la amistad. Al leerla, he deseado que fuese menos bella, y que la hubiese acompañado el permiso de Ud. para añadir con ella algunas líneas más de su mano al elocuente discurso que ha poco dirigió Ud. á nuestro país y á la Europa.

Y á propósito de las cartas al señor Conde de Montalembert, supongo que conoce Ud. las críticas que de ellas se han hecho en España, y de las cuales yo he visto algunas. En su mayor parte, están hechas sin arte ni buena fe: hay una, sin embargo, que leí ha tres días en *La España* (me parece que en el número del 26 de Julio último), escrita sin duda por persona que creo no muy profundamente católica, pero que presenta con claridad y precisión varias observaciones á que se prestan indudablemente también aquellos escritos.

Reflexionando un poco acerca del pensamiento que Ud. se propone, tal como se entrevé formulado en su ánimo, me parece que no ha sido bastante bien penetrado. Acaso tiene mucha parte de culpa el lenguaje mismo que Ud. emplea. Al afirmar Ud. que el principio católico es un principio de vida para las sociedades como para el individuo, mientras que el *principio filosófico* los conduce á la muerte, me parece incuestionable que por principio filosófico entiende Ud. aquí el espíritu opuesto al Catolicismo, y rebelado contra Dios. Considerada en sí misma, la filosofía no es buena ni mala, ni católica esencialmente, ni esencialmente anticatólica. La filosofía no es más ni menos que el ejercicio de la razón humana ¹; y Ud. sabe mejor que yo la gran parte que Dios ha señalado á esta razón en el cumplimiento de sus designios sobre nosotros mismos y sobre la sociedad. Igualmente mejor que yo, sabe Ud. hasta qué punto llega la solicitud de la Iglesia para proteger y defender esta parte que Dios ha querido que tenga en sus obras la humana inteligencia, regida por la sana voluntad.

Para que no quedase duda del pensamiento de Ud., creo que le bastaría explicar lo que ha querido decir con la expresión *principio filosófico*. Así tendría Ud. ocasión de pintar con vivos colores esta cooperación que Dios se ha dignado como repartir

1 Olvidó aquí el Sr. de Blanche-Raffin, que la verdadera filosofía es un sistema de verdades tocantes á las cosas divinas y humanas conocidas por la razón natural, y por consiguiente, que no se reduce al simple ejercicio de nuestro entendimiento discursivo, ni es de suyo indiferente, sino antes posee valor absoluto y es sobre manera útil á la religión verdadera.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

entre el Criador y la criatura, entre el señor y el siervo, entre nuestros esfuerzos vacilantes y su poder infinito. También tendría Ud. ocasión de renovar lecciones, ya olvidadas, de ilustres maestros, en que nos muestran el orden plenamente racional, soberano, absoluto de una sociedad constituida conforme á los designios de un Dios Redentor, y en la cual vemos por jefe supremo al mismo Dios representado aquí abajo por su Iglesia, y servido por lugartenientes de varios órdenes y grados, cuyas distintas funciones corresponden á la infinita variedad de las cosas humanas. Veríamos cómo, procediendo de Dios todas las cosas de una manera directa ó indirecta, vuelven todas á Él: veríamos la *justicia* formando la regla de todas las relaciones del hombre para con Dios, y de los hombres entre sí; no ya una *justicia* interpretada conforme á nuestro mezquino alcance, sino establecida por Dios mismo, y en último lugar, interpretada por Él ¹; veríamos, en fin, la *caridad* dulcificando todo cuanto sin ella sería excesivamente riguroso, curando las llagas de la humanidad, sirviendo de compañera á la justicia y manifestándose como su principio y su último fin.

En otro pasaje de sus cartas al señor Conde de Montalembert, nos presenta Ud. á las sociedades caminando infaliblemente á la muerte, y al mal obteniendo en el mundo una victoria final sobre el bien. Esta predicción no es en verdad otra más que la contenida en los libros sagrados: pero así y todo, me parece que hay un poco de temeridad en ver tan cerca como Ud. lo hace, el día de la catástrofe; y es posible que en esta ocasión haya abusado algo de una facultad propia de las grandes inteligencias (facultad que las acerca más y más á la inteligencia divina), y es la de considerar realizada en un sólo punto del tiempo una larga serie de consecuencias que no se desenvuelven sino en el transcurso de muchos siglos.

Como Ud. ve, mi querido amigo, al tomarme la libertad de hacerle estas observaciones, nada más hago sino ponerle delante objeciones que se desprenden de sus mismas cartas. Pen-

1 Quiere sin duda decir "por la Iglesia."—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

sando Ud. en que las inteligencias débiles necesitan ser ilustradas con grande precaución, estoy cierto de que su caridad misma le dictará el medio de disipar las sombras que la flaqueza de ciertos entendimientos opone á sus brillantes doctrinas. Si Ud. tiene en algo esta indicación, le estimaría se sirviera decirme en qué forma piensa dar sus explicaciones; pues en todo caso, me ofrezco con el mayor gusto á traducir lo que usted escriba.

Muchas cosas pudiera decir á Ud. todavía, señor Marqués, si no temiera distraerle demasiado de sus graves ocupaciones: le explicaría por qué tengo todavía esperanza de ver á nuestra presente sociedad repuesta de la terrible enfermedad que la aqueja, pues espero que aún vuelva á someterse dócilmente al yugo sagrado de la Iglesia. En cuanto á Ud., veo con pena que, si bien no desespera, sólo abriga en rigor un *fantasma de esperanza*. Dios querrá quizá que nos encontremos en alguna parte: si yo no hubiera de consultar más que mi deseo, de seguro volvería á visitar á Madrid y la España.

Para terminar, permítame Ud. expresarle mi deseo de que sus hermosas palabras acerca de la necesidad de la oración y de la vida contemplativa obtengan una publicidad que sería provechosa para su patria de Ud. y para la mía.

De todo corazón es suyo, afectísimo y respetuoso amigo y servidor,

ALBERIC DE BLANCHE RAFFIN ¹.

1 En la margen misma del original de la carta anterior se lee escrito de mano del Sr. Donoso; - "Contestada en 3 de Agosto, remitiéndole mi carta á *El País* y á *El Heraldo* para que tenga la bondad de traducirla.,"

Siendo el objeto de esta carta á *El País* y á *El Heraldo* refutar todas las objeciones hechas por varios periódicos españoles; y conteniéndose en esta refutación todas y cada una de las explicaciones que deseaba el Sr. Blanche-Raffin, creemos del caso remitir al lector aquel escrito.—(Nota del Editor Sr. Tejado.)

Correspondencia con el Duque de Valmy.

AL SR. DONOSO.

PARÍS, Mayo 5, 1850.

SEÑOR MARQUÉS: Largo tiempo hace que deseaba una ocasión de ofrecer á Ud. el homenaje de mi admiración; y contando con su benevolencia, aprovecho la que se me presenta de ofrecerle el adjunto ejemplar de un libro que he publicado en estos días con el título *La fuerza del Derecho*.

En este libro he procurado expresar las verdades que con tan elocuente voz ha manifestado Ud. en la tribuna española, y ruégole, por tanto, que reciba mi recuerdo como la ofrenda de un discípulo.

No intentaré hacer una apología ni un análisis de la *Fuerza del Derecho* y del *Derecho de la Fuerza*, porque sería un trabajo inútil cuando menos, dirigiéndome á un juez tan competente como el marqués de Valdegamas, quien, dado que yo haya hecho una obra útil, sabrá demasiado comprenderla. Me limitaré, por tanto, á reclamar la indulgencia de Ud. para con la tentativa de un hombre de buena voluntad, que se tiene por dichoso en haber hallado ocasión de ofrecerse su muy afecto y respetuoso servidor,

EL DUQUE DE VALMY.

P. D. Mi editor está encargado de remitir á Ud. por el correo un ejemplar de la segunda edición de mi libro.

AL SEÑOR DUQUE DE VALMY.

MADRID, Mayo 10, 1850.

SEÑOR DUQUE: He retardado algunos días contestar á la que Ud. se ha servido dirigirme el 5, con la esperanza de recibir por el correo su última obra, que tengo gran deseo de conocer, y la cual no ha llegado aún á mis manos, como suele acontecer con los libros que se remiten de ahí por el correo. Me tomo, por tanto, la libertad de rogar á Ud. que se sirva remitir su obra al Sr. Duque de Sotomayor, nuestro embajador en París, el cual aprovechará la primera ocasión favorable de enviármela por conducto seguro.

Ya he tenido el gusto de leer algunos fragmentos de *La Fuerza del Derecho* en los periódicos religiosos, y me ha bastado esta lectura para acrecentar la estimación que á Ud. profesaba, como á persona en quien se armonizan de una manera perfecta el nombre, el carácter y el talento. Por este motivo aprovecho solícito la ocasión de manifestar á Ud. el gusto con que veo entablarse relaciones entre nosotros. Réstame únicamente reclamar la indulgencia de Ud. si no le escribo de una manera adecuada, porque faltándome costumbre de manejar su lengua, me ha de ser imposible expresarme con la amplitud que quisiera.

De Ud. afectísimo y respetuoso servidor,

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

AL SEÑOR DUQUE DE VALMY.

MADRID, Junio 17, 1850.

Afortunadamente, Sr. Duque, he recibido no sólo el ejemplar que se ha servido Ud. remitirme por conducto del señor duque de Sotomayor, y que acabo de recibir en este instante, sino también el que me ha enviado el editor de Ud., y el cual contra mis esperanzas llegó á mis manos hace tres días.

Acabo de terminar la lectura de su obra. Es verdaderamente un libro de otros tiempos: en nuestros días no se suele escribir sobre cuestiones candentes con esa imparcialidad serena, con esa exquisita cultura, y esa sobriedad de buen gusto. La bella literatura ha muerto, llevándose consigo el secreto de todas esas cualidades. Pero el libro de Ud. las reúne en alto grado: es, á un mismo tiempo, un buen libro y una buena acción, destinado como lo está entre todos á preparar el triunfo de los sanos principios, y la reconciliación entre hombres estimables, separados hoy por las revoluciones.

Dios bendecirá los valerosos esfuerzos de Ud. Por lo demás, usted ya sabe [que sus principios son los míos; y únicamente añadiré que también adopto de la misma manera sus conclusiones. Debo dar á Ud. mil gracias, Sr. Duque, y se las doy de todo corazón por el sumo placer que me ha proporcionado, haciéndome leer cosas tan bellas en sí, expresadas con tan bello lenguaje.

De Ud., Sr. Duque, tengo el honor de repetirme afecto y respetuoso servidor,

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

AL SR. DONOSO.

PARÍS, Julio 9 de 1850.

SEÑOR MARQUÉS: Las dos cartas que se ha servido Ud. escribirme, me son tanto más apreciables, cuanto mayor es la benevolencia con que en ellas ha querido hablar de la *Fuerza del Derecho*, y de su autor. Estimo la opinión de Ud. sobre todas las demás que se han dignado honrar á mi obra, y la estimo sobre todo por las frases con que Ud. termina.

Nada podría serme más grato que oír de los labios de usted, que estamos de acuerdo en todos los puntos; y esta aserción me hace concebir la esperanza de que no haya sido Ud. bien comprendido cuando se ha querido presentarle en abierta disidencia con uno de sus más ilustres compatriotas, el Sr. Balmes, en la manera de apreciar el sistema general de política adoptado por Pío IX al principio de su Pontificado.

Ciertamente que una inteligencia tan elevada é imparcial como la de Ud., no podía dejar de ver que el pensamiento de las reformas intentadas por Pío IX era hijo de su elección misma en 1846; y que estas reformas, á pesar de cuanto pueda decirse sobre el modo en que se han desenvuelto, han sido una salvaguardia del poder temporal del Papa en presencia de una revolución que iba volcando á todos los poderes constituidos.

Verdad es que el sistema de Pío IX no siempre ha logrado impedir que el torrente revolucionario se desborde por la Italia; pero no es menos cierto que ha bastado para aplazar este desbordamiento hasta la época en que los partidos católico y conservador han adquirido la fuerza suficiente para emprender la restauración del Pontificado. Aun pudiera añadirse que

Pío IX ha obtenido un auxilio que la República francesa habría negado á otro Pontífice menos popular, si aún es lícito usar esta palabra tantas veces prostituída. Como quiera que sea, no entraré aquí á discutir esta tesis. Permítame Ud. añadir únicamente que, teniéndose en cuenta el estado de los ánimos y la comezón reformadora del presente siglo, Pío IX, júzguense sus actos como se quiera, ha sido el enviado de Dios para estos tiempos fuera de la regla común, *homo missus a Deo*.

Usted sabe, señor Marqués, la sinceridad con que se ofrece suyo afectísimo y respetuoso servidor,

EL DUQUE DE VALMY.

AL SEÑOR DUQUE DE VALMY.

MADRID, Julio 20 de 1850.

He recibido, señor Duque, la apreciable de Ud. del 9.— Usted es persona que me inspira tal confianza, y siento además que su amistad me es tan necesaria, que, para merecerla, me propongo ser con Ud. completamente franco. No sé, en verdad, cómo me arreglaré para expresar á Ud. en una lengua para mí extraña, lo que tengo que decirle, pero de todos modos, voy á ver si logro hacerme comprender de Ud., que es todo lo que me basta.

La cuestión es la siguiente:—¿El sistema general de política adoptado por Pío IX en los principios de su Pontificado, es bueno ó malo?—Yo he dado á esta pregunta dos respuestas en realidad idénticas, en apariencia contradictorias; pues que en una ocasión he dicho *sí*, y en otra he dicho *no*. He dicho *sí* en un escrito acerca de Pío IX, que vió la luz pública antes.

que el del Sr. Balmes sobre el mismo asunto, y que no es conocido en Francia: se lo mandaré á Ud. á la primera coyuntura favorable, aunque ignoro si comprende Ud. el español. He dicho *no* en uno de mis discursos, y este fué conocido por el señor presbítero Val-Roger, que tuvo la bondad de unir mi nombre al del Sr. Balmes en el *Amigo de la Religión*.

Ahora, pues, voy á expresar mi pensamiento todo entero. Helo aquí:

El mundo creía que la Iglesia no era tan católica como su nombre: el mundo creía que la Iglesia era una Reina servida por esclavos, y que sólo sus esclavos se la podían acercar libremente. Era necesario desengañar al mundo, y Pío IX ha sido el hombre de quien Dios ha querido servirse para desengañar al mundo por lo que respecta á su Iglesia: así debe interpretarse en mi juicio la conducta de este gran Pontífice. Así como en otro tiempo su Divino Maestro llamó así á los judíos y á los gentiles, el gran Pontífice ha venido para llamar así á los monárquicos y á los liberales. Ha sido crucificado por los liberales, como su Maestro lo fué por los judíos. ¡Ay de los judíos! ¡Ay de los liberales!... En uno y en otro caso ha habido un llamamiento seguido de una catástrofe: y en uno y en otro caso, á pesar de la catástrofe, hay que tener el llamamiento por bien hecho.

Este es mi *sí*. he aquí ahora mi *no*. Me parece bien que los liberales hayan sido llamados; pero á condición de que, lo mismo que los judíos, no sean llamados más que una sola vez por todas hasta el fin de los tiempos: me parece que nuestro gran Pontífice será de la misma opinión. Creo estar en el buen camino aprobando lo que se ha hecho; pero no, sin embargo, creyendo que deba renovarse la experiencia. Justo, prudente y hasta necesario era que la Iglesia abriese sus brazos á todo el mundo; pero justo, prudente y necesario es también que la Iglesia, sin cerrar sus brazos, vuelva los ojos hacia los que han encanecido respetándola y amándola.—Nuestro Señor llamó á todo el mundo, bendijo á todo el mundo, perdonó á todo el

mundo, y pidió por sus enemigos; pero cuando, pasada la catástrofe, salió de su sepulcro, no fueron ciertamente sus enemigos con quienes envió á reunirse á María Magdalena, sino con sus Apóstoles y sus hermanos.

Confesaré á Ud. francamente que me causa espanto ver el camino por donde ha echado cierta parte del clero francés. So pretexto de no querer hacer á la Iglesia solidaria de un partido ó de una forma determinada de gobierno, se pretende lanzarla en el campo de las aventuras. ¿Cómo no ven esos desgraciados que por este camino se va forzosamente á parar á una catástrofe? Nuestro Señor ha amenazado con desconocer en el cielo al que tenga vergüenza de confesarle á Él en la tierra. ¿Cómo se oculta á esos sacerdotes de quienes voy hablando, que al aconsejar á la Iglesia que desconozca á sus fieles y que se avergüence de sus amigos, no hacen otra cosa sino aconsejarla que cometa aquel gran pecado del avergonzamiento y de la ingratitude? Podrá ser este quizá el consejo de la prudencia humana; pero la prudencia humana es á veces bien mezquina y bien imprudente.

Tengo el honor, señor Duque, de saludar á Ud. como siempre, su muy afecto y respetuoso servidor,

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

AL SR. DONOSO.

PARÍS Septiembre 22 de 1850.

SEÑOR MARQUÉS: Á no haber consultado sino mi anhelo de reiterar á Ud. el homenaje de afecto y estimación que nuestras relaciones me han inspirado, habría respondido antes á su interesante última del 20 de Julio. Pero aguardando el folleto de Ud. sobre Pío IX, se echó encima mi viaje á Wisbaden; y después, cuando he recibido aquel opúsculo, he tenido que leerlo con la dificultad que me producía estar escrito en español, lengua que no cultivo hace largo tiempo: todo lo cual explicará Ud. mi dilación en anudar una correspondencia tan grata para mí.

Hoy que ya, en fin, conozco el escrito de Ud., me apresuro á manifestarle que su lectura ha acrecentado en gran manera la admiración que la noble inteligencia de su autor me había ya de antes inspirado.—¡Qué magnífica explicación del carácter de las reformas de Pío IX! ¡Qué exposición tan elocuente del espíritu de nuestra santa Religión! Si mi último escrito ha obtenido alguna boga, estoy cierto de que consiste en haber indicado en él algunas de las verdades tan claramente demostradas por Ud.

Voy á tomarme todavía la libertad de decirle cuatro palabras acerca de la cuestión que se ha dignado Ud. tratar conmigo.

El sistema general de política adoptado por Pío IX, ¿es ó no conveniente? Ayer decía Ud. *sí*, hoy dice *no*. En su folleto encuentro deducidos los motivos del *sí*: allí veo cuán brillantemente ha sabido Ud. presentar en toda su grandeza la acción del Pontificado, y con cuánta exactitud ha demostrado que

Pío IX es el glorioso continuador de San Anselmo, de Gregorio VII y de Inocencio III. Admirador entusiasta como yo soy de Pío IX, todavía he aprendido de Ud. lo que hay principalmente que admirar en la obra de este Pontífice.

Al buscar después en la carta de Ud. los motivos de su *no*, encuentro como único el llamamiento hecho por Pío IX á los liberales; y conforme con Ud. en que, si el sistema general de este Pontífice no hubiera consistido más que en aquel llamamiento, por nada en este mundo debería repetirse, creo sin embargo, señor Marqués, que aquel llamamiento no es en rigor más que un mero incidente de la empresa de Pío IX, tan lealmente explicada en el folleto de Ud.; y siendo esto así, claro es que ninguno de los fundados cargos que pueden formarse en este incidente, afecta en nada á la política general del Pontífice. Aun me aventuraría á asegurar más, y es que en verdad no puede decirse que Pío IX ha llamado á los liberales, sino que los liberales se han ido á él para turbar su obra, en lo cual ciertamente tampoco han triunfado por sus propias fuerzas, pues el Papa habría frustado de seguro sus manejos si no hubiese tenido contra sí varias circunstancias, como son: primera, la imprevisión de los Soberanos de Italia, quienes negándose á seguir á Pío IX, han promovido en sus respectivos Estados explosiones revolucionarias: segunda, la misión de Lord Minto, expresamente enviado á Italia para favorecer estas explosiones en un sentido anticatólico y antifrancés; por último, la revolución de Febrero, que ha venido á promover en Italia, como en todo el resto de Europa, un sacudimiento contra el cual estaba Pío IX menos *armado* que el Emperador de Austria y el Rey de Prusia.

Por no alargar demasiado esta carta, me tomo la libertad de remitir á Ud. adjunto un escrito en que hace un año traté de las reformas de Pío IX, y en el cual expongo los fundamentos de la opinión que acabo de manifestar.

Resumiendo cuanto dejo dicho, creo exactamente como usted que Pío IX, no debe repetir su llamamiento á los liberales;

pero también creo ser de la opinión de Ud. añadiendo que el Papa debe proseguir sus reformas en el sentido y manera que usted ha indicado, con el fin de romper las cadenas de la Iglesia, y de salvar al mundo de la nueva servidumbre que le impediría la filosofía anticatólica.

En cuanto á los auxiliares de que deben valerse el Papa y la Iglesia, es evidente que deben ser los amigos de la Iglesia y del Papa. En la lucha de las opiniones, la Iglesia no debe mostrarse tan desinteresada, que llegue hasta ser indiferente al bien ó al mal. Por lo que hace al camino emprendido por cierta parte del clero francés, no vacilo en calificarlo como un acto de ceguedad y de ingratitude. Esperemos que Dios se dignará ilustrarlos acerca de las intenciones positivas de los que encubiertos con distintos disfraces, son siempre los hijos de Voltaire; y confiemos en que el clero no querrá perder las ventajas que le dan sus virtudes en una época en que se van haciendo tan raras.

De Ud. como siempre, señor Marqués, afectísimo y respetuoso servidor y amigo,

EL DUQUE DE VALMY.

CORRESPONDENCIA CON M. GUIZOT

AL SR. DONOSO, ACUSÁNDOLE RECIBO DE UN EJEMPLAR
DE "EL ENSAYO,"

PARÍS, Jueves 3 de Julio de 1851.

Doy á Ud. un millón de gracias por su recuerdo, señor Marqués. A mi nido de Val-Richer, donde voy á fijarme por ahora, me llevo el libro de Ud., seguro de que después de haberlo leído, tendré motivo para agradecerle más y más su buena memoria. Todavía no he hecho más que hojearlo. Me parece que no le quitaría ni un tilde; pero que le añadiría alguna cosa.

La Iglesia católica es cierto que no cambia ni se muda, pero es indudable que anda y camina. Para incorporarse á la sociedad humana en la actualidad, todavía tiene que dar un paso. Este paso puede darlo si quiere. ¿Lo dará? Nadie más idóneo y autorizado que Ud. para ponerla en esta vía.

Reiterando á Ud. mis gracias, le ruego que cuente en el número de sus más afectos y respetuosos amigos á

GUIZOT.

AL SR. GUIZOT.

PARÍS, Julio 4, 1851.

Doy á Ud. á mi vez repetidas gracias por su apreciable carta. De buena gana habría echado con Ud. algunos párrafos acerca de esa gran cuestión de la Iglesia. Pero ya que esto no es posible por la ausencia de Ud., tendré el honor de expresarle mi pensamiento en algunas breves frases, que encomiendo á su benevolencia.

Tengo para mí que el mundo no ha de salvarse únicamente por medio del pensamiento, sino también por medio de la acción, puesto que el hombre no piensa sino con el fin de obrar después conforme á lo que ha pensado. Es decir, que el mundo para salvarse tiene necesidad de verdad y de virtud. Pues bien: ni la una ni la otra puede recibirla el mundo más que de manos de la Iglesia, y la razón es la siguiente:

En el orden del pensamiento, la Iglesia sola está en posesión de lo *absoluto*; y en el orden de las acciones, ella sola está en posesión de la *caridad*.

Nosotros los hombres, para saber cualquiera cosa, tenemos necesidad de elevarnos de lo relativo á lo absoluto; mientras que la Iglesia, para aprender todo lo que nosotros sabemos, nada más necesita sino descender á nuestro relativo, desde las alturas de lo absoluto. Ahora bien, Ud. ve que es más fácil bajar que subir.

Si la Iglesia no ha bajado todavía hasta nuestro terreno, culpa es de los Reyes de la tierra y de los Gobiernos del mundo, que no se lo han consentido, á fuerza de ponerle trabas y obstáculos. En verdad que cuando uno recorre la historia de estos últimos siglos, y ve la *ley de sospechosos* aplicada á la

Iglesia por todas las legislaciones de los países católicos, razón hay para preguntarse cómo es posible que la Iglesia sepa todavía alguna cosa.

Por otra parte, la Iglesia sola es perpetuamente caritativa. Mientras que los hombres se ocupan en aborrecerse y devorarse mutuamente, la Iglesia sola arde todavía en amor á los hombres: porque el amor ha sido siempre su patrimonio, su fuerza y su secreto.

Siendo esto así, yo digo en consecuencia, que si hay alguien que sepa más que el mundo y que ame más que el mundo, ese será quien le salve; porque el mundo no puede ser salvo sino de la misma manera que ha sido hecho, es decir, por la soberana inteligencia y por el amor sumo.

¡Dios mío! Maravilla causa ver cuán fáciles son las cosas difíciles. Yo creo, por ejemplo, muy posible que la salvación de la Europa dependa á la hora presente de que la quiera ó no la quiera un hombre que está en Val Richer. ¿La querrá?

Dígnese Ud. contarme entre sus más afectos y respetuosos amigos,

JUAN DONOSO CORTÉS.

AL SR. DONOSO, REMITIÉNDOLE UN EJEMPLAR DE LA OBRA
TITULADA "MÉDITATIONS ET ÉTUDES MORALES,"

Noviembre 24 de 1851.

SEÑOR MARQUÉS: Allá va un libro, que acaso logre interesar á Ud., y con cuyo ofrecimiento le pago una antigua deuda.

Hemos pensado mucho los dos en unas mismas cosas, y ambos caminamos hacia un mismo término por sendas, si no idénticas, paralelas cuando menos. Para los tiempos que corren, ya es ésta no poca unidad.

Dígnese Ud. con este motivo, acoger de nuevo las seguridades de mi mayor aprecio y profunda estimación.

GUIZOT.

AL SR. GUIZOT.

PARIS, Noviembre 28 de 1851.

He recibido la nueva obra que se ha servido Ud. enviarme, juntamente con la apreciable carta que la acompaña,

Un nuevo escrito de Ud. es siempre una nueva luz para todos los entendimientos. El presente me propongo leerlo con toda la atención que acostumbro en cuanto sale de su pluma, siempre grave y erudita; seguro como estoy de hallar en sus palabras algo que se apodere de mi espíritu, y que agite profundamente mi alma y mi corazón.

Con este motivo aprovecho la ocasión de reiterar á Ud. mi más sincero y respetuoso afecto.

JUAN DONOSO CORTÉS.

CARTAS Á UN AMIGO

PARÍS, 19 de Abril de 1851.

Querido mío: Con gratitud y ternura he visto lo que ustedes trabajan por poner á salvo la verdad en punto al recibimiento que mi pobre persona ha merecido en estas tierras. Yo no había querido hablar á Ud. de eso, porque en rigor no valía la pena, y porque nunca me ha gustado obrar como farsante. Pero ya que tiene Ud. tanto interés en saberlo, sólo le diré que no sé de ningún diplomático extranjero que haya sido mejor recibido en París por todas las clases de la sociedad, y señaladamente por las altas. Todos los salones, incluso el de la Princesa de Lieven, que es el primer salón político del mundo, abierto á poquísimos escogidos, se abrieron para mí, aun antes de haber presentado mis credenciales, y cuando sólo podía anunciarme como *Donoso Cortés*. Esta es la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad.

El *caritativo* parrafito de la *Revista de Ambos Mundos*, relativo á mí, de que Ud. me habla, sé de positivo que se puso sin saberlo el Director, que está enfermo. A tiro de ballesta se conoce que no es su autor un francés: brilla en él demasiado el odio español. ¡Dios santo! y ¿á quién odia esta gente? A un hombre que jamás ha hecho mal ni aun á sus enemigos; á un hombre que no ha querido ser Ministro, cabalmente por no hacer á nadie ni aun aquel mal que en los que gobiernan, es muchas veces justo y obligatorio; á un hombre de cuya boca, ni siendo de la oposición, ni siendo ministerial, salió jamás una per-

sonalidad. Dios los perdone. Si me atacan, no por eso me defenderé. Mi vida es demasiado pura para que yo la defienda.

Pero de todas maneras, mi dolor es muy grande al comparar el modo que tienen de tratarme en mi patria con las distinciones que estoy debiendo á los extranjeros. Lo que conmigo pasa, no es más ni menos que uno de tantos síntomas como revelan el lamentable estado de ese país. Eso está perdido del todo: ahí no hay más que una lucha de vergonzosas personalidades, y una caza perpetua en la que unos pocos de hombres se pelean sobre cuál caza más. El liberalismo y el parlamentarismo producen en todas partes los mismos efectos: ese sistema ha venido al mundo para castigo del mundo: él acabará con todo, con el patriotismo, con la inteligencia, con la moralidad, con la honra; es el mal, el mal puro, el mal esencial y substancial. Eso es el parlamentarismo y el liberalismo. Una de dos: ó hay quien dé al traste con ese sistema, ó ese sistema dará al traste con la Nación Española, como con toda la Europa. Pero yo temo que entre en los designios de la Providencia que ese mal no pueda ser estirpado sino por otro mayor; para ese mal mayor se preparan tal vez las sociedades.

En ese caos no se pueden dar consejos. Afortunadamente los que pensamos como Ud. y yo, no tenemos elección. Por lo que á mí hace, nada tengo que disponer, porque por ahora no pienso ir á España: si fuera, sería para decir todo á todos.

Adiós, amigo mío, Ud. sabe cuán de veras le quiere su afectísimo,

Donoso.

PARIS, 1.º de Mayo de 1851.

Mi querido amigo: Voy á referir á Ud., aunque no sea más que en abreviadísimo resumen lo que pasó en la entrevista que he tenido con el príncipe de Metternich. La grandeza del papel que este célebre personaje ha desempeñado en el mundo, hace que todo lo que con él tiene relación, sea siempre muy interesante.

El Príncipe me recibió con el agasajo más cumplido: yo por mi parte saludé con la veneración más profunda aquella ruina, todavía majestuosa, de otra edad y de otros tiempos. Un hombre que ha sido ministro durante treinta y nueve años en el siglo décimonono; que, durante este larguísimo período, ha sido el árbitro supremo de uno de los más bellos imperios del mundo; que se ha mezclado en todo, y ha influido en todo; que ha intervenido en toda clase de guerras, en todas las paces, en todas las alianzas; que ha sido uno de los más grandes arquitectos del edificio político de Europa; y que, caído y todo como está, influye todavía poderosísimamente en los consejos de los Príncipes, es un espectáculo que infunde naturalmente grande reverencia y profundísimo respeto.

La fisonomía del Príncipe es á un mismo tiempo agradable y tranquila: sus facciones son bellas aún, y su belleza está en su proporción hermosa. Habla mal el francés, y le habla muy despacio: habla mucho, porque es viejo; pero las cosas que dice, son buenas, aunque son muchas: alguna vez habla de lo futuro, pero casi siempre de lo pasado.

Comenzó por referirme la historia de su vida, que es la historia del siglo presente. En ella es notable el principio y el

fin. Apenas salido de la infancia, tuvo por ayo y maestro á un francés llamado Simón, amigo íntimo de Robespierre y presidente del Comité Decenviral, que dirigió la célebre y lamentable jornada de Agosto, en la que acabó la Monarquía. El joven Metternich debía de ser incorruptible, cuando no fué entonces corrompido. La influencia de la educación, sin dejar de ser grande, ha sido exagerada, señaladamente por los políticos griegos: hay organizaciones que son desde luego lo que han de ser en adelante, sin que ningún género de educación sea poderoso para corregirlas ni para mudarlas: acontece esto sobre todo en aquellos hombres que la Providencia escoge como instrumentos de sus inmutables designios. En la misma escuela en donde otro hubiera apurado, hasta convertirle en su propio jugo, el veneno democrático, aprendió Metternich á conocer la democracia y á aborrecerla: siendo digno de notarse que por lo general los que mejor combaten á un enemigo, no son los que le aborrecen, sino los que le conocen. Metternich y Mirabeau son los testimonios más insignes de esta verdad, entre cuantos nos presenta la historia contemporánea. Metternich, que desde niño conoció á la democracia como á su propia madre, es el hombre que ha dirigido contra ella los golpes más certeros: Mirabeau, que era nobilísimo por su sangre y por su educación cortesana, acabó con la aristocracia, y desmanteló la Monarquía. A este propósito recordaré aquí, en comprobación de la misma verdad, que Voltaire, el enemigo personal y jurado del Señor, fué el hombre de su siglo que más frecuentemente hojeó las Santas Escrituras, siendo de opinión que el buen abogado no era aquel que leía constantemente lo que á su parte era provechoso, sino aquel que tenía siempre á la vista los autos de la parte contraria.

Por lo que hace al fin de su carrera pública, el príncipe de Metternich afirma que se retiró del poder, no porque la Monarquía tuviera enemigos, y esos armados, sino porque en el momento supremo aflojaron sus defensores. El Príncipe aconsejó la represión inmediata de la insurrección, represión que

en su sentir era posible y hacedera: en los altos consejos, sin embargo, prevaleció la política de las concesiones, y el Príncipe se retiró ante esta política, que tuvo por desastrosa.

El Príncipe no puede hablar sino apoyado en fórmulas, que ponen de relieve su pensamiento, y en comparaciones y símiles, sacados de las cosas vulgares, que contribuyen á hacerle más perceptible. Hablando del sistema de concesiones, dijo: que toda concesión es un gasto; y que los gastos son de dos maneras, según que tienen por objeto la renta ó el capital: que el que gasta la renta para salvar el capital, hace bien; pero que el que gasta el capital para salvar la renta, se arruina. Aplicando estos principios al caso en cuestión, dijo: que las concesiones administrativas son aquel gasto sobre la renta, que contribuye muchas veces á salvar los capitales: pero que las concesiones políticas son aquel gasto sobre el capital, que conduce derechamente á la bancarrota y á la miseria.

El Príncipe dice que ha mirado siempre con horror y desvío la política; y que su mala estrella le ha obligado á ser hombre público contra todos sus instintos: que él hubiera sido un buen profesor de matemáticas y de ciencias naturales, para las que reconoce en sí grande disposición y grande apego: que los vendavales y la voluntad ajena le han obligado á ser otra cosa diferente.

Por lo general, no se da crédito al que afirma de sí propio que tiene en aborrecimiento la vida pública, y que, á poder seguir sus gustos, preferiría la privada. Yo he sospechado siempre lo contrario de lo que el mundo sospecha: yo estoy inclinado á creer á todo el que me dice: "Tengo en detestación el ruido; quiero la paz y el descanso,": sin que se altere mi creencia al considerar que pocos de los que esto dicen, lo hacen; persuadido como estoy de que el hombre está condenado á hacer aquello que le enoja, y á dejar de hacer aquello que apetece: de la misma manera que conoce el bien, y le aprueba, y sin embargo, no le hace, sin que el no hacerle pruebe gran cosa contra su aprobación y su conocimiento; mientras que conoce

el mal, y le aborrece, y sin embargo, le ejecuta, sin que su ejecución pruebe que ni le aborrece ni le conoce.

Las cosas de Alemania fueron después el asunto preferente de la conversación. El Príncipe, siguiendo su costumbre, me hizo una relación circunstanciada y minuciosa de todo lo ocurrido en el Congreso de Viena, viniendo á parar después en las complicaciones actuales. Me dijo que no había que temer nada por aquel lado: que la reconciliación del Austria y de la Prusia era ya un hecho, si bien faltaba todavía por arreglar algunos pormenores. Volviendo aquí á sus comparaciones y símiles, dijo que la Confederación era un edificio, y el Austria y la Prusia los arquitectos: que los arquitectos no disputaban ya sobre la naturaleza y forma del edificio, estando sobre estos particulares perfectamente de acuerdo; que la disputa ahora versaba sobre la manera de amueblarle. Llegado aquí, manifestó una opinión singular, en apoyo de la cual trajo su comparación correspondiente. En su sentir, el Austria debe desistir del propósito de entrar en la Conferencia con todos sus Estados; propósito que, sobre no estar exento de complicaciones Europeas, va derechamente contra el interés del Austria. Dijo que el Austria es, como Rothschild, un gran banquero: que, como él, desea entrar en sociedad con otros banqueros para su negocio especial, al que no alcanzan las fuerzas individuales: el fin de la sociedad es la extirpación de la revolución en Alemania. Ahora bien, dice el Príncipe: así como Rothschild sería loco si en vez de poner en una compañía formada con un objeto especial la parte que le corresponde, entrara en ella con toda su fortuna, hasta el punto de dejar de existir como banquero independiente, de la misma manera sería en el Austria insigne locura poner en la compañía alemana todo cuanto tiene, sin reservarse para sí nada de lo que puede constituirla en un Imperio separado, dejando absorberse así en la personalidad colectiva su propia persona.

De la Europa en general el Príncipe no está lejos de pensar lo mismo que yo pienso. Del Piamonte dice, que su ruina es

cierta; y de la Francia, que no ve ningún porvenir ni ningún horizonte; que en ella toda la armazón del cuerpo social está por el suelo, y que él no conoce quién pueda levantarlo, poniéndolo en su conveniente equilibrio.

Me preguntó si M. Guizot y yo nos tratábamos; y como yo le contestara que nos unían vínculos estrechos de amistad, me dijo: Así debe ser: *M. Guizot est un bon garçon qui revient à la vérité*. En otra ocasión, hablando del mismo personaje, dijo: que no era hombre de principios, aunque era hombre de sistema; y que no debían confundirse estas dos cosas: que un sistema es como un cañón puesto en un hueco estrecho de un muro, para librarse del cual basta ponerse á un lado, y evitar la línea recta; mientras que los principios son como un cañón giratorio, puesto al aire libre, el cual vomita fuego contra el error en todas direcciones.

Lo que distingue sobre todo al Príncipe, es la probidad política, y su buen sentido imperturbable: de lo único que se alaba, es de haber sido siempre el mismo, y siempre honrado. Sin ser uno de aquellos espíritus eminentes que vuelan en las alas de las concepciones más gigantescas y atrevidas, alcanza á la misma altura que ellos, á fuerza de observaciones y de un estudio asiduo de las cosas menudas. El sólo posee en su integridad la historia del siglo presente.

Después de haberme invitado con el mayor cariño á comer, invitación que creí deber rehusar pretestando un compromiso anterior, tuvo la bondad de ofrecérseme enteramente, y de manifestarme el gusto que tendría en conservar conmigo relaciones amistosas.—Yo soy—me dijo—un libro voluminoso en donde están consignados todos los grandes hechos de este siglo; cuando Ud. quiera, me pongo á su disposición para que me hojee desde la primera á la última hoja.

De Ud. siempre afectísimo,

DONOSO.

PARÍS, 15 de Mayo de 1851.

Mi querido amigo: Con mucha pena y no sin estremecimiento veo los pormenores que me da Ud. en su última, acerca de la situación de ese país, aunque en ella no me dice Ud. nada que yo no sepa ó presuma, aún mejor que los que están Uds. ahí: la distancia es necesaria para la perspectiva. Sí; ese país está perdido; perdido del todo, perdido sin remedio; y la Europa tampoco lleva mejores trazas de ganarse.

El partido moderado español, que hasta ahora ha sostenido el orden público, me parece que está definitivamente disuelto, obedeciendo de esta manera á la ley en virtud de la cual el mismo movimiento de disolución se observa en todas partes. Intento vano sería atribuir á causas especiales esta disolución: las causas son generales, porque el fenómeno es general; las causas son europeas, no son de ningún modo españolas. En España como en Italia, en Italia como en Francia, en Francia como en Inglaterra, todos los antiguos partidos se disuelven rápida y simultáneamente. El gran resultado, el resultado definitivo de este concurso de disoluciones, me parece ser la formación próxima de dos unidades contradictorias; la unidad democrática, por un lado, y la monárquica, por otro. Todo lo que está en medio de las dos, me parece condenado á perecer irremisiblemente.

Ignoro lo que ese Gobierno hará en tan lamentables circunstancias: á nosotros sólo toca señalar á su atención este fenómeno, á un mismo tiempo local y general, español y europeo, para que dándole la importancia debida, resuelva en su prudencia lo más conveniente. Sólo diré que habría un gran

peligro, porque habría un grande error, en creer que el partido democrático de España es hoy lo que fué ayer. Ayer apenas era una pandilla; hoy es un partido formidable: ayer se componía de algunas docenas de personas; hoy de todo el partido progresista, menos sus jefes, que eran cabalmente los que le contenían dentro de los límites legales y parlamentarios: por la misma puerta por donde sus jefes han salido, han entrado los proletarios y jornaleros: de manera que al mismo tiempo que pierde con sus jefes su prudencia, gana con sus nuevos soldados una salvaje y destructora energía. Ustedes verán antes de mucho tiempo á *El Clamor Público*, representante verdadero de los instintos progresistas, pasarse con armas y bagajes á los reales democráticos; así como verá infaliblemente á *La Nación* desaparecer de la escena política por falta de suscritores.

Al mismo tiempo verá Ud. otro fenómeno, al partido moderado fraccionándose cada vez más, hasta el punto de no encontrar dos de sus individuos que piensen de una misma manera. Motivos sacados del miedo ó del interés podrán reunir por algunos momentos esos átomos que tienden á separarse con una fuerza centrífuga irresistible; pero esos momentos pasarán con rapidez, y con ellos las últimas esperanzas de ese partido, que en los días pasados fué un partido glorioso ¹.

En medio de ese caos, quizá lo mejor para Ud. sería venir y dejarse llevar: no se agite Ud. estérilmente: deje usted obrar al que obra todas las cosas, sin necesidad de nuestras estériles agitaciones.

Suyo como siempre, afectísimo,

DONOSÓ.

¹ Aquí el Marqués de Valdegamas quiso poner graciosamente esta flor, aunque innecesaria, sobre el sepulcro del partido moderado.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)



PARÍS, 10 de Junio de 1851.

Querido mío: He recibido la de Ud. del 6, y por ella veo que ha sucedido ahí con mi libro (*El Ensayo*) lo mismo que yo predije, y que Ud. y todos mis amigos debieron prever. El caso se reduce á lo siguiente: Ud. encuentra á uno en la calle, y le dice:—“Usted. es muy feo.”—Pregunta: ¿ese uno le dará á usted las gracias, y le dirá á Ud. que es bonito?—locura sería pensarlo. Pues bien, aplique Ud. el cuento. Yo me encuentro á los liberales, y les digo:—“Son Uds. muy feos.”—¿Cómo diablos quiere Ud. que me lo sufran, y que me den las gracias encima?

Esto, sin embargo, como Ud. ve, no prueba nada, sino que yo he puesto el dedo en donde debía ponerle. Sin embargo, debo confesar que mi libro ha salido á luz fuera de tiempo: ha salido antes, y debía haber salido después del *diluvio*. En el diluvio se ahogarán todos menos yo, es decir, las doctrinas de todos menos las mías. Mi gran época no ha llegado; pero va á llegar. Ya verá Ud. qué naufragio, y cómo todos los náufragos buscan refugio en mi puerto: aunque bien pudiera suceder (cosas como ésas se han visto), que ni aun así le quisieran, prefiriendo el mar salado. Cada uno tiene su gusto; y sobre gustos no hay nada escrito.

Pero vea Ud. lo que son las cosas. Mientras que con mi libro pasa ahí lo que pasa, aquí donde acaba de publicarse traducido, *ha hecho explosión*. Varios periódicos han copiado ya capítulos y trozos acompañados ó precedidos de elogios, grandes todos, y algunos entusiastas. Todos anuncian artículos formales para en lo sucesivo. Los extraños me vengán así de los propios.

Y en esto confieso que me he llevado chasco: yo creí que aquí como ahí todos serían contra mí, porque yo soy contra todos: no ha sido así; y debe consistir esto en que por aquí han pasado ya algunas olas del *diluvio*, mientras que por España no ha pasado ninguna. La letra con sangre entra. Me dicen que el *Diario de los Debates* es el único que está furioso, y escribirá contra mí, en su calidad de último representante del Volterianismo y del Liberalismo Europeo.

La legislatura presente será, como la pasada, y como las anteriores, y como las que vengan después, un verdadero florón del Gobierno parlamentario; palanques de ambiciones desahoradas, que se entrechocan por la posesión de un cadáver. Yo no sé qué hacer: por una parte me inclino á ir, y por otra no sé qué papel he de jugar en semejante compañía. Yo tengo fe en mis ideas; y eso que tengo fe en pocas cosas: pero ya se lo he dicho á Ud.: mis ideas no pueden triunfar sino después del *diluvio*, que ha de llegar, pero que no ha llegado.

Deme Ud. doce diputados, doce siquiera que estén en mis mismos principios y que me apoyen, y verá Ud. lo que es bueno: verá Ud. por dónde salen todos cuantos gritan ahí, y cuantos enarbolan pobres, desacreditadas y miserables banderas. Pero el hecho es que no tengo los doce, ni los seis, ni los cuatro, porque no basta seguirme; es menester seguirme con convicción, y pelear gallardemente. No contando con esto, ¿para qué dar la batalla?

Sé que los demagogos propagandistas no han perdido su tiempo: y sé que cuando éstos lleguen, no habrá sino mis ideas para resistirles. Todos los demás habrán sido anegados por las aguas implacables. Así, pues, cuando Ud. me pregunte —¿qué es lo que hago?— ya sabe Ud. mi respuesta: estoy aguardando el *diluvio*, y riéndome de los tontos.

Al cabo vendré á parar en separarme de todo punto de la política activa; y aun, á decir verdad, este es ya propósito firme, al cual arreglo mi conducta. — No puedo ni debo en la actualidad dejar el puesto que ocupo por graves consideraciones

de público interés; pero la verdad es que deseo perderlo; y en cuanto esto suceda, nó volverán Uds. á verme por el mundo.

Con esto le digo á Ud. si apruebo su resolución de retirarse á vivir tranquila y cristianamente. Aténgase Ud. al Padre Ripalda, y ríase de todo lo demás: ese librito contiene, pequeño y todo como es, todas las verdades necesarias, y aun los secretos de todas las cosas.

Adiós, amigo mío: no deje Ud. de acordarse de quien sabe le quiere tan de veras como su afectísimo,

Donoso.

P. S. Hágame Ud. el favor de dar curso á la adjunta carta que dirijo á *El Orden*. Yo, en realidad, no sé adónde va á parar esa desventurada nación con periódicos como *El Heraldado*. Pero no importa: por lo mismo no conviene á mi dignidad descender á esas polémicas repugnantes. Mi moderación será la mejor de las censuras.

SR. DIRECTOR DE *El Orden*.

PARÍS, 10 de Junio de 1851.

Amigo mío: En este mismo instante recibo *El Orden* del 5 del mes actual: en él leo un párrafo consagrado á rechazar con indignación la manera con que los señores redactores de *El Heraldó* habían hablado de mi libro y de mi persona. En el mismo párrafo leo el anuacio de un artículo más extenso sobre la misma materia. Ese párrafo, y sobre todo ese anuncio, me han afectado ternísima, pero dolorosísimamente. Ignoro si mi persona debe ser maltratada, como de buena fe lo creen los señores redactores de *El Heraldó*; pero estoy cierto de que no merece ser defendida.

El Heraldó ha podido equivocarse en algunos de sus pormenores; ha podido equivocarse en todos ellos; y, sin embargo, no es menos cierto que, aun suponiendo que sus razones sean malas, en definitiva tiene razón. ¿Qué es lo que en definitiva viene á decir de mí *El Heraldó*? Dice que mi libro vale poco, y que yo valgo menos que mi libro; dice que no hay armonía entre mis máximas y mis acciones. Y en todo esto dice verdad. Yo, que me conozco á mí mismo, puedo dar un testimonio valedero de mí, afirmando que soy un hombre sin literatura y sin virtudes.

Confesado lo principal, ¿qué importa lo accesorio? Probablemente no nos entenderíamos *El Heraldó* y yo en la cuestión que consiste en averiguar por cuál razón ó por cuáles razones carezco de virtudes y de letras. Pero ¿qué importa eso, si convenimos en que carezco de virtudes y de literatura?

Vea Ud. aquí, amigo mío, por qué me parece ociosa toda controversia con *El Herald*. Hay, sin embargo, un particular de los que toca, sobre el cual la controversia no es solamente ociosa, sino lo que es más, imposible. Ese particular es el relativo á la limosna. Hay una pregunta que, dirigida á mí, quedará eternamente sin respuesta: esa pregunta es— ¿eres limosnero?— Aunque no lo sea, no puedo decir que no; porque aquí la franqueza no es franqueza, que es cinismo. Aunque lo sea, no puedo decir que sí; porque si digo que sí, religiosamente hablando, ya no lo soy. Grande es la desventura de aquel que no hace limosna; pero mayor quizá es la de aquel que la hace y lo declara: y mucho mayor que la de ambos, sin duda ninguna, la de aquel que la hace, lo declara, y cree que la ha hecho, después de haberlo declarado. No, no es limosnero el que quita su pudor á la limosna.

De estas consideraciones pasemos á otras, más importantes y más altas. Recorra Ud., amigo mío, una por una todas las páginas de la historia; y observará con admiración, que el secreto de los crecimientos y de las decadencias de las sociedades está en el uso que hacen de los pronombres. Examine usted todas las controversias de una época: si en el fondo de todas encuentra Ud. el *yo* individual, cierre el volumen que tiene entre las manos, y afirme sin vacilar, que la sociedad va despeñándose por el declive de su decadencia. Vuelva Ud. á abrir el volumen, y esté cierto de que á las pocas páginas encontrará la relación de su ruina.

Consiste esto en que el *yo* es por su naturaleza satánico; y por su índole, insociable. En el infierno no hay más pronombre que *yo*: en el Cielo no hay más pronombre que *Tú*; porque en el Cielo no hay más que humilde y arrebatada adoración, así como en el infierno no hay más que frío y desatentado orgullo. ¿Cómo extrañar que las sociedades que usan y abusan del *yo*, sean las que bajan, y que las que se olvidan de él, sean las que suben?

Hecha esta amarguísima y dolorosísima reflexión, ponga

usted los ojos en nuestra España, después de haberse orientado, y dígame por su vida, si va encumbrando los montes de la gloria, ó si desciende á los abismos de todas las decadencias. Dígame por su vida si en todas esas discusiones vergonzosas, asquerosas é ignominiosas hay más que un *yo*, y después otro, y luego otro: y si ese *yo*, perpetuamente resonando, no es en la tierra la imagen viva del infierno. Pues bien, amigo mío, yo no quiero que mi *yo* resuene en ninguna parte. No quiero que le repitan los ecos, ni que retumbe en los montes. No está en mi mano evitar que mis adversarios le pronuncien; pero estoy resuelto á evitar que le pronuncien mis amigos. Vea Ud. aquí el porqué y el para qué de esta carta.

Por regla general, no hay ocasión en que crea provechoso poner mi *yo* en escena en los tiempos presentes, y mucho menos en los que á más andar vienen andando. No lo creo provechoso sino en casos muy excepcionales, ni aun para salvar la reputación, ni aun para volver por la honra. ¿Ignora Ud. que hay épocas en la historia del mundo, en que el mundo padece un extravismo intelectual y moral, y en que ve torcidas y como de través todas las ideas y todas las cosas? ¿Ignora Ud. que ha comenzado para el mundo una de esas épocas tremendas, el día en que un hombre pudo decir con aplauso de las muchedumbres, *la propiedad es un robo?*

Mayores cosas verá Ud., si Dios no se apiada de nosotros. Verá Ud. á la mentira levantarse serena, y decir á la verdad: *Yo soy la verdad, y tú eres la mentira*; á los calumniadores decir á los calumniados: *Nosotros somos los calumniados, vosotros sois los calumniadores*. Nadie distinguirá lo justo de lo injusto, lo honesto de lo deshonesto, la verdad del error, ni la virtud del vicio. Y todos se preguntarán unos á otros, como Pilatos al Señor: *¿Qué cosa es la verdad? ¿Qué significan esos nombres?* Y como Pilatos, el mundo no recibirá respuesta hasta que, descendiendo de lo alto un rayo de luz, se ilumine de súbito esta obscurísima noche, y tomen su vuelo hacia el Oriente las palomas, y hacia el Occidente las harpías.

Dejando á un lado, empero, las cosas futuras, volvamos á las presentes. Resuelto á sostener mis principios siempre que lo crea oportuno, cabalmente porque aunque están en mí, ni los he inventado, ni me pertenecen como cosa propia, estoy igualmente decidido á abandonar mi persona, y á dejarla sin defensa, expuesta á la corriente de todos los ultrajes y de todas las injurias. Por mi parte, jamás he pronunciado, jamás pronunciaré un nombre propio con ánimo de ponerle á discusión; convencido como estoy, de que esto no puede hacerse sin faltar al respeto de que el hombre es deudor al hombre. Yo no quisiera que fermentaran mis pasiones; y no sé qué extraña virtud de fermentación hay en los nombres propios, que cuando se pronuncian, luego al punto todas las pasiones fermentan. Libreme Dios de pronunciar un nombre propio, como de la mayor de todas las desgracias.

No se entienda, sin embargo, que con renunciar á este derecho por mi parte, aspiro á imponer á los otros con respecto á mí la misma renuncia. Al revés: desde hoy pongo á su disposición mi nombre, que vale poco, y mi persona, que nada vale. Sólo ruego á mis amigos que respeten mi voluntad en este punto, y que no aspiren á reclamar para sí un derecho que yo mismo abandono: el de volver por mi persona y por mi nombre: para mi nombre quisiera el olvido; para mi persona el olvido y el reposo.

Si á pesar de mi protesta quisieran volver por mí, les ruego encarecidamente que no traspasen jamás, ni aun en el uso de una defensa legítima, los términos de la templanza: y sobre todo, que nunca pasen de la defensa á la agresión, y del elogio á la injuria. Si mis adversarios proceden de buena fe, como en este caso sucede, deben ser respetados, porque son respetables aun en sus mismos errores: si obran movidos por la ira ó por el rencor, ó por otras pasiones bastardas, entonces no hay que considerarlos solamente como culpables, aunque lo son, sino también como enfermos. Y no hay que olvidar que, si por lo que tienen de culpables, pueden ser objeto legítimamente de

una indignación santa, por lo que tienen de enfermos, son acreedores á una compasión infinita.

La compasión es una limosna que el sano debe al enfermo.

Queda de Ud. afectísimo amigo Q. B. S. M.

JUAN DONOSO CORTÈS.

CARTA A S. M. LA REINA MADRE

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBÓN

SEÑORA:

La franca y generosa libertad que S. M. se ha dignado siempre consentir á los que han tenido la dicha de rodearla, y á mí señaladamente, me dan el atrevimiento necesario para someter á la alta prudencia de V. M. algunas observaciones, con ocasión de un suceso que está próximo, y que ha de influir grandemente en el porvenir de la nación española.

El día dichoso del alumbramiento de V. M. se acerca: y ese día será fausto para todos, así propios como extraños; porque en él tendrá un heredero una de las más bellas Monarquías de la Europa. En todas circunstancias y en todos tiempos hubiera sido este un suceso venturoso: hoy que las Monarquías todas van de baja, y que las más firmes y potentes ó han caído, ó temen caer á impulso de los huracanes, será un suceso venturosísimo y memorabilísimo.

Los periódicos de la capital han anunciado ya algunos de los grandes festejos que con este motivo se disponen: y como quiera que nada parezca más natural, ni más conforme á las antiguas usanzas, que celebrar con fiestas y regocijos un suceso tan fausto, V. M. me permitirá, sin embargo, que la observe, que la diversidad de los tiempos exige cierta diversidad análoga en las costumbres y que los tiempos que ahora corren, no consienten que sigamos, sin ningún género de variación.

las costumbres de nuestros padres. Vivieron ellos en tiempos de sosiego para las naciones, y de esplendor y grandeza para las Monarquías; y nosotros vivimos en tiempos de tanta desolación y tanta angustia, que nadie sabe decir si no correrán naufragio juntamente las Monarquías y las naciones.

No siendo mi ánimo, al escribir á V. M., hacer una disertación sobre los caminos por donde la Europa ha venido á parar á término tan lamentable, me limitaré solamente á consignar aquí un hecho notorio. La Europa no está aquejada de varias enfermedades diferentes, sino de una enfermedad que es sola, que es epidémica, que es contagiosa, y que en todas partes va á parar á un mismo término, después de haber presentado el mismo aparato de síntomas en todas partes. La única diferencia que hay entre unas y otras naciones, consiste en que unas están todavía en el período de su invasión, mientras que otras tocan á su último período: las unas comienzan á adolecer del mal de que han de morir, mientras que las otras mueren. Este es hoy el estado de la Europa.

Esa enfermedad que es contagiosa, que es epidémica, que es única, se reduce á una sublevación universal de todos los que padecen hambre, contra todos los que padecen hartura. Si la guerra llega á estallar, la victoria no puede parecer á V. M., dudosa, si pone los ojos, por una parte, en el número de los hambrientos, y por otra, en el número de los hartos.

Crear que esa inclinación á sublevarse, que aqueja en todos los pueblos, á un tiempo mismo, á todas las clases menesterosas, es un fenómeno que no tiene origen en una causa tan general como él mismo, parecerá á V. M., como me lo parece á mí, extravagancia y locura. Pobres y ricos ha habido siempre en el mundo: lo que no ha habido en el mundo hasta ahora es guerra universal y simultánea entre los ricos y los pobres. Las clases menesterosas, Señora, no se levantan hoy contra las acomodadas, sino porque las acomodadas se han resfriado en la caridad para con las menesterosas. Si los ricos no hubieran perdido la virtud de la caridad, Dios no hubiera permitido que los pobres

hubieran perdido la virtud de la paciencia. La pérdida simultánea de esas dos virtudes cristianas sirve para explicar los grandes vaivenes que van dando las sociedades, y los ásperos estremecimientos que está padeciendo el mundo.

La paciencia no volverá á entrar en el corazón del pobre, si la caridad no vuelve á entrar en el corazón del rico. Hoy día, Señora, esta es la más imperiosa de todas las necesidades sociales; satisfacerla, ó contribuir á que sea satisfecha, debe ser de hoy más el oficio propio y el encargo augusto de los Reyes. No ignoro que la augusta hija de V. M., siguiendo las pisadas de su excelsa madre, tiene por perdido el día en que no alivia un infortunio.—¿Ni cómo pudiera ignorarlo, habiendo tenido la dicha y la honra de ver con mis mismos ojos nacer, crecer y arraigarse en su bello y simpático corazón la caridad más pura y más ardiente?—Pero no basta que yo no lo ignore, ni que los desventurados á quienes socorre lo sepan: es necesario más: es necesario que la nación toda lo sepa, y que no lo ignore la Europa. Cuando el Señor, dirigiéndose á sus discípulos, les enseñó que de tal manera hicieran limosna que la una mano no supiera lo que había dado la otra mano, habló así á sus discípulos, porque entre sus discípulos no había Reyes. Un Rey no es una persona privada, es una persona pública, que no hace el bien solamente para santificarse á sí propio, sino también para que los demás se santifiquen con su ejemplo.

La nación española está perdida, si no se tuerce con violencia la extraviada corriente de la inclinación en las clases acomodadas: esa corriente las lleva todas á un abismo.

Esta no es una vana declamación, Señora; España está en los últimos años del reinado de Luis Felipe, y en vísperas del cataclismo de Febrero. Yo pido que haya ahí lo que no hubo aquí: un gran ejemplo dado á las clases ricas por el Trono. Yo pido que no haya fiestas; y si las hay, sean pocas, y esas exclusivamente para los pobres; y que en vez de grandes y costosas fiestas para los ricos, haya grandes limosnas, más

grandes que las que hubo en otros tiempos, y más grandes que las que se pensará repartir en esta ocasión, para seguir la costumbre, en favor de los necesitados. Quizá este ejemplo altísimo de desprendimiento y de virtud contribuirá á que las clases acomodadas retrocedan del mal camino que ahora siguen, y se tornen virtuosas y desprendidas. En todo caso, Señora, aunque hayan de sucumbir, á lo menos el Trono, siguiendo la senda que señalo, podrá resistir dichosamente al ímpetu de los grandes vendavales. Los pobres son amigos de Dios; y Dios no permitirá que caiga un Trono en donde se asienta una Reina, madre y amiga de los pobres.

Las Monarquías cristianas no han alcanzado la prodigiosa duración de catorce siglos, sino porque Dios puso en ellas una secreta y misteriosa virtud, en fuerza de la cual se han ido adaptando, por medio de lentas y progresivas transformaciones, al curso vario de los tiempos. Cuando aún estaban flojos todos los vínculos sociales, la Monarquía se presentó á los pueblos como un vínculo de fuerza. Cuando los insolentes Barones del feudalismo ponían á saco las ciudades, los pueblos vieron en los Reyes el símbolo de la justicia. Y porque en ambas épocas supieron satisfacer todas las necesidades sociales, al principio como fuertes, y después como justicieros, las naciones agradecidas llegaron progresivamente hasta hacer á sus Reyes absolutos.

Hoy día, Señora, comienza una nueva época para los Príncipes; y ¡desventurados aquellos que desconozcan las necesidades propias de esta época! No se trata ya de unir con un vínculo fuerte á varias tribus nómadas y guerreras; como quiera que las naciones están ya constituídas definitivamente. Ni se trata tampoco de sacar la administración de justicia de las manos de aquellos insolentes Barones que llamaban derecho á la depredación, y justicia á la venganza: la administración de la justicia salió de sus manos para siempre, y ha venido á parar á manos de tribunales encargados de aplicar recta é imparcialmente la ley. De lo que hoy se trata sólo, es de distribuir con-

venientemente la riqueza, que está mal distribuída. Esta, Señora, es la única cuestión que hoy se agita en el mundo. Si los gobernadores de las naciones no le resuelven, el socialismo vendrá á resolver el problema, y le resolverá poniendo á saco á las naciones. Ahora bien: el problema no tiene más que una buena solución, no tiene más que una solución pacífica, no tiene más que una solución conveniente. La riqueza, acumulada por un egoísmo gigantesco, es menester que sea distribuída por la limosna en grande escala.

Yo tengo todavía fe en las Monarquías europeas, y señaladamente en la española. Yo no puedo creer que en la ocasión presente falten, por la primera vez en la larguísima prolongación de los tiempos católicos, al encargo especial que han recibido de Dios: al encargo de satisfacer mejor y más cumplidamente que otra institución cualquiera, en su flexibilidad prodigiosa, todas las necesidades sociales. No hay, sin embargo, que entregarse á peligrosas ilusiones. El oficio de Rey va siendo cada día más difícil y penoso; y ahora más que nunca puede decirse que reinar es un acto grandioso de abnegación, y un sublime sacrificio. Para reinar, no basta ya ser fuerte ni justiciero: es menester ser caritativo para ser verdaderamente justiciero y para llegar á ser fuerte; y la caridad, Señora, es la virtud de los santos. Los santos sólo pueden hoy día salvar á las naciones, que no padecen otra enfermedad, si bien se mira, sino la ausencia de dos virtudes cristianas: Dios no permite la criminal impaciencia de los pobres, sino para castigar el egoísmo insolente de los ricos; ni el egoísmo criminal de los ricos, sino para castigar á los menesterosos, arrebatados por sus impacencias culpables.

Puesto ya á escribir esta larga carta, no dejaré la pluma sino después de haber declarado á V. M. todo mi pensamiento. No estoy tan destituido de razón, que dé á lo mismo que propongo, una importancia que no tiene. Si la Monarquía española está enferma (y lo está gravemente, sin ningún género de duda), su curación no le ha de venir porque la Reina de Es-

paña, en vez de dar fiestas, dé limosnas reales. No se me oculta, ¿y cómo había de ocultárseme?, que entre aquella enfermedad y este remedio no hay la proporción debida. La Monarquía no se salvará porque sea espléndida y generosa con los pobres en una ocasión solemne; las clases acomodadas no perderán de un golpe su egoísmo, porque su Reina les dé el ejemplo de una grandiosa munificencia en un día memorable. Toda la importancia de este ejemplo magnífico está exclusivamente en que sea como el punto de partida de una nueva época social y de un nuevo sistema de gobierno. Todas las grandes instituciones del catolicismo han ido cayendo, unas después de otras, á impulso de las revoluciones; que ese ejemplo sea el punto de partida de la completa restauración en España de todas las instituciones católicas.

El espíritu del catolicismo ha sido desalojado por el revolucionario de nuestra legislación política y económica; que ese ejemplo sea el punto de partida de la completa restauración del espíritu católico en nuestra legislación económica, y en nuestra legislación política. El derecho de hablar y de enseñar á las gentes, que la Iglesia recibió del mismo Dios en las personas de los Apóstoles, ha sido usurpado, con menoscabo de la grandeza española, por un tropel de periodistas oscuros y de ignorantísimos charlatanes. El ministerio de la palabra, que es al mismo tiempo el más augusto y el más invencible de todos, como que por él fué conquistada la tierra, ha venido á convertirse en todas partes; de ministerio de salvación, en ministerio abominable de ruina. Así como nada ni nadie pudo contener sus triunfos en los tiempos apostólicos, nada ni nadie, Señora, podrá contener hoy sus estragos. La palabra ha sido, es y será siempre la reina del mundo. La sociedad no perezca por otra cosa, sino porque ha retirado á la Iglesia su palabra, que es palabra de vida. Las sociedades están desfallecidas y hambrientas, desde que no reciben en ella su pan cotidiano. Todo propósito de salvación será estéril si no es restaurada en su plenitud la gran palabra católica. El último Concordato es un

excelente punto de partida para esta restauración; pero no es más que un punto de partida excelente: no es otra cosa.

Yo no debo ocultar á V. M. la verdad; y la verdad es que es menester removerlo todo, cambiarlo todo, y no dejar en el edificio revolucionario piedra sobre piedra.

La revolución ha sido hecha en definitiva por los ricos y para los ricos; contra los Reyes y contra los pobres. Si de esta demostración á un lado, no es porque sea difícil, sino porque sería larga. Me contentaré sólo con observar que, por medio del censo electoral, han relegado á los pobres en los limbos sociales; y que, por medio de la prerrogativa parlamentaria, han usurpado la prerrogativa de la Corona. Fuertes en esta posición inexpugnable, se han repartido impudentemente los despojos de los conventos; lo cual quiere decir que después de haber reclamado el poder exclusivamente para sí en calidad de ricos, han hecho una ley que duplica su riqueza en calidad de legisladores. Desde el día de la Creación hasta hoy, el mundo no ha presenciado un ejemplo más vergonzoso de audacia y de codicia. Esto sirve para explicar, Señora, esos grandes y súbitos trastornos que todos vemos con ojos espantados. Lo que vemos, no es lo que creemos ver: es otra cosa: es la ira de Dios que pasa, y que á su paso pone temblor en las naciones.

Entre todos los errores, el más funesto sería el que consistiera en afirmar, como afirman algunos, que esos temores son prematuros en España, porque en España no hay socialistas. No crea V. M. que les importa á los que afirman semejante extravagancia: para que en España no hubiera socialistas, era menester que las mismas causas no produjesen los mismos efectos, y que el socialismo no fuera una enfermedad contagiosa: era menester, además, y sobre todo, que España no hubiera sido una sociedad católica; como quiera que el socialismo es una enfermedad que acomete indefectiblemente, y por un alto designio de Dios, á toda sociedad que, habiendo sido católica, ha dejado de serlo; y que no acomete sino á una sociedad, que, habiéndolo sido, ha dejado de ser católica.

Esta observación es nueva, Señora; pero permítame Vuestra Majestad que le diga que es verdadera y profunda. Dios es misericordioso con los que le siguen, blandamente justiciero con los que le ignoran, desapiadado con los que conociéndole le desprecian: por eso puso en las naciones católicas los tabernáculos de su gloria: por eso condenó á las naciones paganas á los varios sucesos de su varia fortuna: por eso reserva el socialismo, la mayor de las catástrofes sociales, para las naciones apóstatas. España volverá á ser católica, ó será al fin socialista: ¿qué digo, será? Lo es ya, Señora: sólo que parece que no lo es, porque ella misma no lo sabe. El que está tísico, padece la tisis, aunque no sepa lo que padece porque ignora su nombre.

Al fin del camino que acabo de indicar ligeramente, está la salvación de España y de su gloriosa Monarquía: y su salvación no está sino al fin de ese camino. Que un Ministerio se quede ó que se vaya; que mande la fracción puritana ó la conservadora; que se eclipse ó que resplandezca un nombre propio; que un general saque de la vaina su acero, ó meta el acero en la vaina; que en esa caza de Ministerios se declare la fortuna por unos ó por otros cazadores, todo esto no sirve para otra cosa sino para que el edificio venga al suelo con estruendo mayor y con mayor ignominia. Dios ha hecho á las naciones curables: pero no son las intrigas sino los principios los que tienen la divina virtud de curar á las naciones enfermas.

Vuestra Majestad, Señora, es digna de comprender la importancia de estos grandes principios. Vuestra Majestad, que ni quiere, ni puede, ni debe, por punto general, intervenir en las cosas del Estado, no puede, sin embargo, ni quiere, ni debe consentir que la verdad no se abra paso nunca en las altas regiones políticas, y que el Estado perezca miserablemente.

En las crisis supremas, y suprema es la crisis en que está metida la Europa, no hay nadie que, en circunstancias dadas, y con la debida circunspección, no tenga el derecho y hasta cierto punto el deber de decir la verdad franca y sencillamente con

una voz á un mismo tiempo respetuosa y austera. Vuestra Majestad ha sido siempre tan buena para conmigo, que no he vacilado un solo instante en comunicar á V. M., aunque ligeramente, lo que pienso sobre las cosas de España, de quien V. M. por cariño y por bondad es protectora y es madre. En escribir esta carta no llevo un fin determinado: esta carta es una conversación que sin la distancia hubiera sido hablada, en vez de haber sido escrita. Meses atrás, creí que podría hablar con el Duque: privado de este último recurso, he determinado al fin escribir esta carta, que pongo bajo la protección de su benevolencia. — Dios dé á V. M. de vida muchos y dichosos años. París 26 de Noviembre de 1851. — Señora. — A. L. R. P. de V. M.

JUAN DONOSO CORTÉS.

AL DIRECTOR DE *L'Univers*.

MADRID, 11 de Abril de 1850.

Mi querido amigo: En este momento llega á mis manos un número del *Ami de la Religion*, en el que leo un artículo de M. Champagny, intitulado: *Del fatalismo entre los cristianos*. Por de contado que, á juicio de su autor, Ud. y yo somos los *fatalistas*. Ignoro si Ud. por su parte refutará este artículo; pero por lo que á mí hace, como no escribo en ningún periódico, me juzgo dispensado de sostener polémica ninguna. Sin embargo, por si en la ocasión presente opinase Ud. de distinto modo que yo, voy á decirle mi pensamiento, el cual sería en todo caso la única respuesta que podría dar á M. de Champagny.

En efecto, existe el *fatalismo* entre ciertos cristianos: pero no se encuentra donde se busca, sino que por el contrario, está donde menos se piensa. No hay, entre los cristianos, más fatalistas que los *fatalistas de la misericordia*. M. de Champagny plantea la cuestión en estos términos:—¿Se cansará Dios antes que nosotros, ó nos cansaremos nosotros antes que Dios?

Establecida así la cuestión, responderé: que, según el sistema de la *libertad*, Dios será el que se canse primero; y que, según el sistema del *fatalismo*, el hombre será el primero que rendirá las armas. Y la razón de esto es que la misericordia de Dios está siempre templada por su justicia.

Se concibe un caso en que, no pudiendo ser Dios misericordioso sin perjuicio de la justicia, deja de serlo. Todo lo contrario acontece con el hombre, el cual, siendo como es libre,

es la libertad misma ¹: puede perderse por sí sólo, sin Dios, á pesar de Dios, y contra Dios: su pérdida es el testimonio más patente de su libertad.

En el caso contrario, se suprimen de un sólo golpe la libertad del hombre y la justicia de Dios: la primera, porque el hombre queda vencido en su libertad; la segunda, porque si Dios puede en todas ocasiones ser misericordioso, su justicia no viene á ser más que venganza.

Medite Ud. bien sobre este punto. Con lo que yo llamo *el fatalismo de la misericordia*, no se puede explicar el infierno; y le desafío á Ud. á que me dé una explicación, por mediana que sea. Si hay un caso en que Dios no pueda salvar á un alma, tendrá Ud. que confesar por el mismo hecho, que hay un caso en que la libertad del hombre llega á cansar á la misericordia de Dios. Porque si ningún caso hubiera en que Dios no pudiese salvar á un hombre, ¿en qué consiste que no todos los hombres se han salvado?

Por lo demás, cuando digo que Dios no puede hacer tal ó cual cosa, es pura y simplemente una manera que tengo de expresar que no la ha hecho, que no la hace, y que no la hará. Conozco que mi imaginación no consigue vencer completamente las dificultades de la lengua francesa, extraña como es para mí; aunque de todos modos confío en que habrá Ud. comprendido bien mi pensamiento.

En suma, creo que el hombre que quiera perderse, se perderá, sin que Dios se lo impida. El hombre no necesita de Dios para perderse; pero Dios necesita del hombre para salvarle. En el acto de la salvación concurren la acción de Dios y la del hombre: en el acto de la condenación, el hombre está solo: y en esta vía de la condenación ha sido dada al hombre la tremenda facultad de *no cansarse jamás*. En este concepto, pudiera decirse que el hombre tiene poder para obligar á Dios á que solamente le haga sentir su justicia.

¹ Obscuro me parece aquí el concepto de libertad, y es de creer que el ilustre autor no lo entendiese tal como suena en esta expresión.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

¡Cuán profundo misterio es el misterio de la libertad humana! Si nos fuese dado á los hombres saber el *porqué* y el *cómo* de este misterio, sabríamos ya el porqué y el cómo de todas las cosas.

Preciso es por tanto convenir en que la acusación de *fatalista* dirigida contra un hombre que tiene acerca del poder de la libertad humana las ideas que yo tengo, es una acusación bien singular.

Para poner fin á esta carta, debo protestar, y protesto contra la idea de que se me coloque entre los que ven el porvenir. Yo no he cometido la temeridad de anunciar la última catástrofe del mundo. No he hecho otra cosa sino decir en alta voz lo que todo el mundo dice por lo bajo: he dicho que las cosas del mundo llevan hoy muy mal camino; y que si prosiguen en la misma dirección, iremos irremediabilmente á dar en un cataclismo. El hombre puede salvarse, ¿quién lo duda? Pero es á condición de que así lo quiera, y me parece que no lo quiere; y no queriendo salvarse el hombre, Dios no le salvará á pesar suyo.

Extrañaría mucho que los honorables redactores del *Ami de la Religión* pensasen de distinto modo que yo en esta materia.

Añós, mi querido amigo. De Ud. siempre afectísimo,

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

SEÑOR DIRECTOR DE *El Heraldo*

PARÍS, 15 de Abril de 1852.

Muy señor mío: En el número del periódico que Ud. dirige, correspondiente al 8 del mes actual, he leído un artículo consagrado á la defensa del *Racionalismo*, del *Liberalismo*, y del *Parlamentarismo*, al elogio de la discusión, y al recuento de todas sus excelencias. En este artículo cita Ud., en apoyo de sus doctrinas, ciertas palabras que yo pronuncié en 1836 en el Ateneo de Madrid contra el derecho divino de los Reyes: palabras que Ud. califica de elocuentes, y que son, cuando más, sonoras.

Yo creo de mi deber escribir á Ud. estos cortos renglones, para recordarle que hace mucho tiempo que no soy merecedor de esos elogios, y que ninguna otra cosa puedo reclamar de Ud. sino el olvido ó la censura. En efecto: entre las doctrinas que Ud. profesa, y que profesaba yo cuando aún tenía pocos años, y las que profeso ahora, hay una contradicción radical y una repugnancia invencible. Usted cree que el *Racionalismo* es el medio de llegar á lo *razonable*; que el *Liberalismo* en la teórica es el medio de llegar á la *libertad* en la práctica: que el *Parlamentarismo* es el medio de constituir un *buen Gobierno*; que la *discusión* es á la *verdad* lo que el *medio* es al *fin*, y por último, que los Reyes no son otra cosa sino la encarnación del *derecho humano*.

Yo creo al revés, por lo que hace al derecho, que el derecho humano no existe, y que no hay más derecho que el *divino*. En Dios está el derecho y la concentración de todos los de-

rechos; en el hombre está el *deber*, y la concentración de todos los deberes; el hombre llama *derecho* suyo á la ventaja que le resulta del cumplimiento del *deber* ajeno, que le es favorable; no siendo la palabra *derecho* en sus labios sino una locución viciosa ¹. Cuando pasando más adelante, transforma su viciosa locución en una teoría, esa teoría desencadena las tempestades por el mundo.

Por lo que hace á la discusión, creo que, como Ud. la entiende, es la fuente de todos los errores posibles, y el origen de todas las extravagancias imaginables.

Por lo que hace al *Parlamentarismo*, al *Liberalismo* y al *Racionalismo*, creo, del primero, que es la negación del *Gobierno*; del segundo, que es la negación de la *libertad*; y del tercero, que es la afirmación de la locura.

—¿Qué eres, pues, se me dirá, si no estás por la discusión, de la manera que es entendida en las sociedades modernas, y si no eres ni liberal, ni racionalista, ni parlamentario? ¿Eres absolutista, por ventura?

Yo sería absolutista, si el absolutismo fuera la contradicción radical de todas esas cosas; pero la historia me enseña que hay absolutismos racionalistas, y aun hasta cierto punto liberales y discutidores, y que hay Parlamentos absolutos. El absolutismo es, pues, cuando más, contradictorio en la forma: no es empero contradictorio en la esencia de las doctrinas que han llegado á ser famosas por la grandeza de sus estragos. El absolutismo no las contradice, porque no cabe contradicción entre cosas de diferente naturaleza: él es una forma, y nada más que una forma. ¿Dónde hay absurdo mayor que buscar en una *forma* la contradicción radical de una *doctrina*, ó en una *doctrina* la contradicción radical de una *forma*?

1 El Marqués de Valdegamas niega sin duda el derecho humano tal como le concibe el liberalismo, es decir, como poder que procede, no de Dios, fuente de todo derecho, sino del hombre mismo, individual ó colectivamente considerado; gravísimo error, que está sin embargo en el fondo de la política moderna. Pero el derecho, considerado como facultad moral emanada de Dios y de su ley, es un concepto verdadero.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

El catolicismo sólo es la doctrina contradictoria de la doctrina que combato. Dad la forma que queráis á la doctrina católica, y á pesar de la forma que le deis, todo será cambiado en un punto, y veréis renovada la faz de la tierra.

Con el Catolicismo no hay fenómeno que no entre en el orden jerárquico de los fenómenos, ni cosa que no entre en el orden jerárquico de las cosas. La razón deja de ser el *racionalismo* (es decir, un fanal que no siendo increado, alumbra sin ser encendido por nadie) para ser la razón, es decir, un maravilloso luminar, que concentra en sí y dilata fuera de sí la luz espléndida del dogma, purísimo reflejo de Dios, que es luz eterna é increada.

Por lo que hace á la libertad, la católica no es un derecho en su esencia, ni una transacción en su forma: no se conserva por la guerra, no nace de un contrato, no se adquiere por la conquista. No es una Bacante tomada del vino, como la libertad demagógica; ni anda por las naciones con el estruendo de una Reina, como la libertad parlamentaria. No tiene una servidumbre compuesta de tribunos, que son sus cortesanos: no se adormece al arrullo de las muchedumbres: no tiene ejércitos permanentes, compuestos de guardias nacionales; ni la agrada reclinarsse muellemente en el carro triunfal de las revoluciones.

Bajo el imperio del catolicismo, Dios distribuye sus mandamientos, que son el pan de la vida, á gobernados y gobernantes, reservándose el inenajenable derecho de hacerse obedecer, así por los unos como por los otros; así por los gobernantes como por los gobernados. Por este matrimonio político, que en presencia y bajo los auspicios de Dios celebran entre sí el soberano y el súbdito, y el cual, no siendo ni un sacramento ni un contrato, atendida su santidad, participa menos de la naturaleza del contrato que de la naturaleza del sacramento, las dos partes quedan ligadas implícitamente por los mandamientos divinos. En virtud de esos mandamientos, el súbdito contrae el deber de obedecer al Soberano que Dios ins-

tituye, con amorosa obediencia; y el Soberano instituído, el de gobernar á los súbditos que Dios pone en sus manos, con amorosa mansedumbre. Cuando, los súbditos faltan á esa obediencia amorosa, Dios permite las tiranías: cuando el Soberano falta á esa amorosa mansedumbre, Dios permite las revoluciones. Con las primeras tornan los súbditos á ser obedientes: con las segundas vuelven los Príncipes á ser mansos. De esta manera, así como el hombre saca el mal del bien establecido por Dios, Dios saca el bien del mal creado por el hombre. La historia, si bien se mira, no es otra cosa sino la relación de los varios sucesos de esta lucha gigantesca entre el bien y el mal, entre la voluntad divina y la voluntad humana, entre el Dios clementísimo y el hombre rebelde.

Quando los mandamientos de Dios son exactamente observados, es decir, cuando los Príncipes son mansos y los pueblos obedientes, con una mansedumbre y con una obediencia amorosas, de esta sumisión simultánea á todos los mandamientos divinos resulta un cierto orden social, una cierta manera de ser, un cierto bienestar, á un tiempo mismo individual y común, á que yo llamo *estado de libertad*, y que lo es verdaderamente, porque en él reina la justicia; y la justicia nos hace libres. En eso consiste la libertad de los hijos de Dios; en eso consiste la libertad católica. Esa libertad no es una cosa definida, particular y concreta: no es un órgano en el organismo político, ni una de las varias instituciones sociales. No es eso, y es más que eso: es el resultado general de la buena disposición de todos los órganos: el resultado general de la armonía y del concierto de todas las instituciones. Es lo que la salud del organismo en geuebral, que vale más que un órgano sano: es lo que la vida en general del cuerpo social y político, que es de más precio que la vida de una institución floreciente. La libertad católica es lo que son esas dos cosas, entre las excelentes, excelentísimas; las cuales, estando en todas partes, y cabalmente porque lo están, no están localizadas en parte ninguna. Esa libertad es tan santa, que toda injusticia la ofende; tan fuerte y tan

frágil á un mismo tiempo, que todo lo anima, y que el más leve movimiento desordenado la quiebra; tan amorosa, que á todos convida con el amor; tan mansa, que á todos brinda con la paz; tan recatada y modesta, que venida del cielo para hacer la dicha de muchos, es conocida de pocos, y no es aplaudida por nadie: ella misma no sabe cómo se llama, ó si lo sabe, no lo dice; y el mundo ignora su nombre.

Por lo que hace á la discusión, no hay mayor semejanza entre la católica y la filosófica, que la que se observa entre la libertad católica, y lo que se llama la *libertad política*.

El catolicismo procede de esta manera. Toma un rayo de luz que le viene de lo alto: se lo da al hombre para que le fecunde con su razón: y el débil rayo de luz es convertido, por medio de la fecundación, en luminoso torrente, que baña los horizontes. El filosofismo al revés, comienza por velar artísticamente y con un velo tupido la verdad y la luz, que nos han venido del Cielo; y propone á la razón un problema insoluble, cuyos términos son los siguientes: sacar, por medio de la fecundación, la verdad y la luz de la duda y la obscuridad, que son las cosas expuestas á la fecundación de la razón humana. De esta manera, el filosofismo pide al hombre una solución que el hombre no puede dar sin un trastorno anterior de las leyes eternas é inmutables. Según una de esas leyes, la fecundación no es poderosa sino para desenvolver el germen fecundado, conforme á las condiciones de su propia naturaleza y en su propio sentido. Así, lo obscuro, procede de lo obscuro, lo luminoso de lo luminoso, lo semejante de lo semejante: *Deum de Deo, lumem de lumine*. Obedeciendo á esa ley la razón humana, en su fecundación de la duda ha llegado á la negación; y en su fecundación de la obscuridad, á las tinieblas palpables: y esto por medio de transformaciones lógicas y progresivas, fundadas en la naturaleza misma de las cosas.

Caminando por tan contrarias vías, no es cosa que debe causar extrañeza, si el catolicismo y el filosofismo han corrido tan varia fortuna. Dieciocho siglos ha que el catolicismo viene

discutiendo á su manera, y su manera de discutir le ha dado en cada discusión una victoria. Todo va pasando delante de él: las cosas que están en el tiempo, y el tiempo mismo: él solo no pasa: en donde Dios le puso, allí se está, inmóvil en medio de los grandes torbellinos que levanta el universal movimiento: él solo vive con una vida propia, en este mundo de vidas prestadas. La muerte no ha recibido el permiso de acercarse á él, ni aun en estas bajas y oscuras regiones, sujetas á su imperio. Para hacer alarde de sus fuerzas, un día dijo de sí: Yo elegiré un siglo bárbaro, y le llenaré de mis maravillas: y eligió el siglo XIII, y le adornó con los cuatro monumentos más soberbios del ingenio humano: la *Suma Teológica* de Santo Tomás, *El Código de las Partidas* de Alfonso el Sabio, la *Divina Comedia* de Dante, y la catedral de Colonia.

Cuatro mil años ha que el racionalismo viene discutiendo á su manera, y también ha dejado, para inmortalizar su memoria, dos monumentos inmortales: el Panteón en donde yacen todas las filosofías, y el Panteón en donde yacen todas las Constituciones.

Por lo que hace al Parlamentarismo, no hay que hablar de él. ¿Qué vendría á ser el Parlamentarismo en un pueblo verdaderamente católico, es decir, en donde el hombre sabe, desde que nace, que tiene que dar cuenta á Dios hasta de las palabras ociosas?

Queda de Ud. su atento seguro servidor Q. B. S. M.

JUAN DONOSO CORTÉS.

SEÑOR DIRECTOR DE *El Heraldó*.

PARÍS, 30 de Abril de 1852.

Muy señor mío: Dirijo á Ud. estos renglones para dos cosas: la primera para manifestar á Ud. mi agradecimiento por haber dado en su periódico á mi carta anterior una hospitalidad cortés y generosa, y por haberla impugnado con razones; cosa muy rara en los tiempos racionalistas: la segunda, para rectificar algunas equivocaciones en que han incurrido, así *El Heraldó*, como los periódicos que han tenido la bondad de combatirme.

Es la primera, suponer que soy enemigos de toda discusión: yo soy enemigo de *cierta manera* de discusión solamente; y la prueba está en que soy gran devoto de los Padres y Doctores, que pasaron su vida discutiendo, y de la Iglesia, que ha sido perpetuamente y á un mismo tiempo dogmática y discutidora.

Es la segunda, suponerme grandemente aficionado en la práctica á esas mismas discusiones que condeno en la teórica. Lo contrario es la verdad; soy aficionado, no lo niego, á exponer sencillamente mis doctrinas: pero en general ni busco ni acepto la discusión, persuadido como estoy á que degenera prontamente en disputa, la cual acaba siempre por resfriar la caridad, por encender las pasiones, y por inducir á los contendientes á faltar á tres grandes respetos: al que el hombre debe al hombre, al que debe á la verdad, y al que se debe á sí propio. Las palabras son á manera de semillas; yo se las doy á los vientos, y dejo al cuidado de Dios, Señor de los vientos

que se las llevan, que las mande caer según sea su voluntad, sobre rocas estériles, ó sobre tierras fecundas.

Es la tercera, suponer que soy adversario del *Parlamento*, porque lo soy del *Parlamentarismo*. El *Parlamentarismo* es una *doctrina* falsa, la cual nada tiene que ver con el *Parlamento*, que es una *forma* indiferente: yo he combatido *doctrinas*, no he combatido *formas*. Si fuera enemigo del *Parlamento* como lo soy del *Parlamentarismo*, no dejaría esta declaración al cuidado de mis comentadores benévolos. Nadie ignora que á mí no me arredra ninguna declaración de principios, y que tengo el valor de mis opiniones.

Es la cuarta, suponer que yo justifico en cierto modo las revoluciones y las tiranías: yo no he hecho sino explicar esos fenómenos injustificables: he dicho que Dios los permite, como permite el *mal* que condena: no he dicho que los aprueba, como aprueba el *bien* que él hace: lo que aprueba Dios grandemente, es el bien que de ellos resulta, y que de ellos saca; es decir, la corrección que de las tiranías reciben los pueblos desobedientes, y la que después reciben los tiranos de las revoluciones. Lo que hay de bueno en ese mal, no es el mal mismo, que es un mal siempre, sino su efecto, que consiste en el grande escarmiento de los demagogos y de los tiranos. Si hay un hombre en la tierra que se subleve y salga fuera de sí con sólo nombrar esos dos monstruos de la especie humana, ese hombre soy yo; y aun por esto mismo debo pasar y paso por uno de sus adoradores. ¿Quién hace caso de los juicios del vulgo ignorante?

Mi teoría sobre la libertad ha parecido á Ud. una utopía, y lo es: la equivocación aquí no está en el juicio que Ud. ha formado de ella; está en suponer que no son utopías todas las teorías: lo son todas, las parlamentarias, las socialistas, y las constitucionales. En ninguna región del globo, en ningún período de la historia, ha correspondido jamás exactamente la práctica á la teórica de Gobierno ninguno: la teoría es lo que tiene de ideal y de utópico la cosa practicada. Ahora bien:

teoría por teoría, y utopía por utopía, prefiero a la de Benjamín Constan la de Ledru-Rollín, y á la de Proudhon la de Nuestro Señor Jesucristo.—Pero al fin se me dirá, cuando esa bella libertad católica no existe, ¿qué se ha de hacer?— ¡Qué se ha de hacer! Buscarla, ó resignarse al turbulento flujo y reflujo de las tiranías y de las revoluciones. A mí no se me ocurre que haya que hacer otra cosa. Sé que otros hay más inventivos: de lo que dudo grandemente, es del mérito de sus invenciones. Y no se crea, como han creído de buena fe algunos periódicos, que yo propongo como remedio las revoluciones y las tiranías: lo único que hago, es consignar el hecho histórico de que esos fenómenos se presentan siempre que los pueblos echan por otras vías que las católicas; para sacar de aquí la consecuencia que es menester volver á esas vías, para evitar aquellas catástrofes. El intento de evitarlas echando por otro camino, me parece intento vano, y lo es sin duda ninguna; porque es una ley inviolable del mundo moral, que cuando las sociedades no obedecen á la ley de Dios, sean entregadas á la brutalidad de los hechos. Es una cosa digna de observación, que todos los pueblos que en vez de recibir la verdad han querido inventarla, es decir, que todos los pueblos que han dejado de ser *verdaderamente* católicos para ser *puramente discutidores*, han acabado por caer bajo el yugo de dictaduras horrendas y de los hechos brutales. La Inglaterra no es una excepción, aunque imperfecta, de esta regla general, sino porque el torrente de la discusión ha estado contenido siempre allí por los poderosos diques de las tradiciones históricas. Y al revés, en ningún pueblo verdaderamente católico, se han conocido jamás por largo tiempo, ni la dictadura de un hecho brutal, ni el hecho brutal de una dictadura.

Ha habido quien cree equivocadamente dos cosas: la primera, que yo aconsejo la predicación del deber, y no su cumplimiento: y la segunda, que declaro inútiles todas las instituciones humanas. Por lo que hace á la primera de estas equivocaciones, basta para convencerse de ella volver á leer

mi carta: por lo que hace á la segunda, bastará observar aquí, que no sólo no creo inútiles las instituciones dirigidas á asegurar el cumplimiento de todos los deberes, sino que aplaudo todas aquellas que se ordenen á ese fin, entre todos los sociales, el más augusto y el más santo. Digo más todavía: y es que de las varias instituciones conocidas en la historia, no condeno ninguna; con tal, empero, que reciban la animación y la vida de la verdad católica.

Si después de estas sencillas explicaciones hay todavía quien crea que condeno lo que no he condenado, y que aplaudo lo que no he aplaudido, yo abandono á ese infeliz á Dios y á su conciencia.

No habiendo sido mi ánimo entrar en ningún género de discusión, sino rectificar brevemente algunos hechos, pondré aquí término á esta carta. No lo haré, sin embargo, sin dar antes las gracias á todos los periódicos que se han dignado ocuparse de la que dirigí á Ud. anteriormente: no excluyo ni á los que me han ultrajado. No vaya Ud. á creer que en este olvido de los ultrajes hay mérito ninguno: no hay más que falta de memoria: ¿qué he de hacer yo si los olvido?

Queda de Ud. su atento S. S. Q. S. M. B.

JUAN DONOSO CORTÉS.

CORRESPONDENCIA

CON EL

PRINCIPE DE METTERNICH

AL SR. DONOSO.

PALACIO DE JOHANNISBERG, Agosto 5, 1851.

SEÑOR MARQUÉS: Aprovecho el viaje de un amigo á París para dar á Ud. gracias por el ejemplar que me ha remitido de su última obra. No extrañe Ud. que me haya retardado algo en cumplir este deber, pues que los escritos de Ud. no son para leídos como quiera, sino para meditados.

En el admirable *Ensayo sobre el Catolicismo, Liberalismo y [Socialismo]*, todo es severo como el pensamiento de Ud., y luminoso como su inteligencia. Para mí es cuestión de conciencia el asegurarle lectores en Alemania; y por eso se publicará pronto una traducción, que estoy bien cierto ha de producir en estas vastas regiones todo el bien que Ud. se ha propuesto.

No deje Ud., señor Marqués, de juzgarme digno de darme parte en sus tareas consagradas á la defensa de la verdad; contándome siempre en el número de sus admiradores más apasionados, y dando, finalmente, siempre como ahora, á estas seguridades de mi profunda estimación, un precio superior al de una pura forma de cortesía.

METTERNICH.

AL PRÍNCIPE DE METTERNICH.

PARÍS, Agosto 27, 1851.

PRÍNCIPE: Nada puede haber más lisonjero que la aprobación de V. A., y tengo á dicha el que se digne otorgarla al pensamiento que ha inspirado mi *Ensayo*. Esto me prueba que no me he engañado, y ahora confío más y más en no haber trabajado en balde. Un libro tenido por útil en la opinión de V. A., no puede menos de labrar alguna cosa en los ánimos, pues su sabiduría, tan justamente venerada, le asegura desde luego muchos lectores.

Le doy, pues, mil gracias por la suma benevolencia con que se digna manifestarme su opinión, felicitándome de todas veras por tener tan fausto motivo de agregar este testimonio de mi gratitud personal á los afectos de admiración y profundo respeto que siempre ha profesado á V. A.

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

AL SR. DONOSO.

VIENA, Abril 28 de 1852.

SEÑOR MARQUÉS: Acabo de ver en los papeles públicos la carta que con fecha del 15 ha enviado Ud. al director de *El Herald*, y en su vista voy á tomarme la libertad de escribirle estas cuantas líneas, no ya para tributarle un elogio, pues usted no los necesita, ni mucho menos una crítica, sino para hacerle una simple observación, relativa al siguiente pasaje de su mencionada carta:

“Caminando (dice) por tan contrarias vías, no es cosa que debe causar extrañeza si el *catolicismo* y el filosofismo han corrido tan varia fortuna.”

Sin duda en este pasaje expresa Ud. una verdad inconcusa, por lo cual mi observación se refiere únicamente á la palabra *catolicismo*: y voy á decir á Ud. en qué se apoya. Yo tengo una aversión que me parece muy fundada á los *ismos*, cuando los veo aplicados á cualquier sustantivo que expresa una cualidad ó un derecho; porque se me figura que desnaturalizan el mismo objeto que se quiere con ellos significar. No citaré, en prueba de mi aserto, más que los sustantivos *Dios, Razón, Filosofía, Sentimiento, Constitución, Sociedad, Común*, dejando á un lado otros mil que me ocurren. Vea Ud. en lo que vienen á parar y se convierten todos estos sustantivos, en cuanto se les aplica aquella terminación: *Deísmo, Racionalismo, Filosofismo, Sentimentalismo, Constitucionalismo, Socialismo, Comunismo*. ¿No le parece á Ud. que con esta sola transmutación gramatical ha quedado profundamente alterado el sentido de aquellos sustantivos? ¿No considera Ud., como yo, que sólo con la agregación de aquellas dos sílabas, al parecer tan inofensivas, se realiza en las palabras citadas un trastorno eminentemente peligroso por la elasticidad que les presta?

Hasta tal punto me son antipáticos estos *ismos*, y de tal manera temo la latitud que dan á las raíces á que se agregan, que no los puedo pasar ni aun en los sustantivos que parecen menos á propósito para sufrir una grande alteración, como son los de *Rey*, *Monarquía*, *Patria*. En el curso de mi ya dilatada vida he visto partidarios muy sospechosos del *Realismo* y del *Patriotismo*.

Pues bien: lo mismo digo del *Catolicismo*. La Iglesia católica es una potestad estrictamente *definible*, y por lo mismo, plenamente *comprensible*; mientras que el *Catolicismo* comprende cosas y personas *más* católicas, ó católicas de *distinto modo* que lo son la Iglesia y su Jefe visible; así como dentro del *Realismo* suele haber realistas *más* ó *menos* realistas que los Reyes y la Monarquía.

El *ismo* sienta perfectamente al Protestantismo; pero no cuadra á la Iglesia católica, no siendo como no son iguales sus respectivos supuestos: como quiera que el de la Iglesia es el principio de autoridad apoyada en la fe, y el de su adversario no tiene más ni menos valor que el de las cuestiones sometidas al libre examen.

En punto á *ismos*, ¿qué vale, dígame Ud. el *Galicismo*, ese camino al cisma?

Usted hará de mi observación el uso que le dicte su buen juicio. Si le parece que exagero los peligros á que son ocasionadas las dos sílabas consabidas, dígamelo Ud. para examinar sus razones con franca imparcialidad, y con ayuda de mi repugnancia hacia el *optimismo*, el *pesimismo* y el *nihilismo*.

Hame movido á dirigir á Ud. esta charla el recuerdo que me trae el día de hoy, en que se cumple cabalmente un año desde que tuve el gusto de conocerle personalmente. ¡Cuántas cosas han pasado desde entonces acá!

Sin más por hoy, reitero á Ud. el cordial afecto y profunda estimación con que es su sincero amigo y respetuoso servidor,

METTERNICH.

AL PRÍNCIPE DE METTERNICH.

PARÍS, Mayo 18 de 1852.

PRÍNCIPE: Hasta el sábado último no he recibido la carta que V. A. se ha dignado escribirme en 28 del mes pasado: ignoro por qué ha llegado á mis manos con tanto retraso, y el conducto por donde la he recibido.

Admirables me parecen la exactitud y agudeza de las observaciones de V. A. acerca de los *ismos*, y del abuso que de esta terminación se ha hecho, añadiéndola á ciertos sustantivos radicales. Pero en el estado presente de las cosas, no dejaría de haber, en mi opinión, algún inconveniente en rebelarse contra el uso, que es un tirano muy celoso y asombradizo, por más que llegue á hacerse legítimo cuando ha logrado hacerse omnipotente.

Cuando sucede, como hoy, que es necesario hablar para todo el mundo, forzoso es usar el lenguaje de todo el mundo. Todo el mundo entiende por *catolicismo* lo que entiendo yo, es decir, el conjunto de doctrinas enseñadas por la Iglesia Católica: así como, y con igual claridad, el *socialismo* es la ciencia de la sociedad, enseñada por los socialistas; y el *filosofismo* la filosofía enseñada por los partidarios del libre examen. Con el auxilio de estas palabras, que tienen un sentido fijo y universalmente aceptado, creo expresar brevemente ideas que de otro modo exigirían laboriosas explicaciones y largos rodeos. Por ejemplo, si en la discusión digo *filosofía* en lugar de *filosofismo*, tendré que especificar cuál es la filosofía que yo combato; pues también la Iglesia católica tiene una filosofía

propia suya, que yo no combato de modo alguno. Cuando digo, pues, *filosofismo*, nada más necesito decir para manifestar que lo que combato en esta palabra, es la filosofía de los partidarios del *libre examen*. Del propio modo, si hablo de la ciencia social, como quiera que la Iglesia católica tiene también una ciencia social propia suya, claro es que cuando digo *socialismo*, quiero hablar de la falsa ciencia social, enseñada por los *socialistas*.

Indudablemente el *ismo* es una especie de apodo expresivo de la degradación en que la locura y el error del humano entendimiento hacen muchas veces incurrir las mejores cosas. Así el *Deísmo* y el *filosofismo* son malos radical y perpetuamente, por más que la filosofía sea una cosa buena, y Dios sea soberanamente perfecto. El *arrianismo*, el *luteranismo*, el *kantismo* y todos los demás *ismos* cuya raíz es un nombre propio, son por lo general destestables primitiva y naturalmente. Hay un mal *Realismo* y un mal *Patriotismo*. El *Humanitarismo* es tan bárbaro como en el nombre en la cosa que significa.

Siendo todo esto cierto, no lo es menos, sin embargo, que la fuerza misma de la verdad ha preservado al *catolicismo* de dudas y de injurias: aquí el *ismo* no ha sido más que un recurso cómodo de lenguaje, sin el cual se pudiera ciertamente haber pasado, pero que de todos modos, en mi opinión, ningún daño ha hecho. No se da mal catolicismo: en el seno de esta luz, todo error, toda tendencia al error reciben inmediatamente su *ismo*, que es como la señal para dar el alerta á la razón y á la fe: esto ha sucedido cuando la aparición respectiva del *cartesianismo*, del *jansenismo*, del *galicanismo*, del *josefismo*, del *rigorismo*, del *molinismo*, del *lamenesianismo*, del *giobertismo*, etc., etc. Sólo el *catolicismo* ha continuado siendo perpetuamente católico.

Esto es, Príncipe, cuanto me ocurre contestar á las observaciones de V. A., cuyo fallo ulterior espero para saber si he pensado con acierto.

Verdaderamente, que han pasado muchas cosas desde que tuve el honor, hasta entonces por mí tan deseado, de ofrecer mis respetos á V. A. Pero si he de decir lo que creo, no me parece que los acontecimientos de que hemos sido testigos, á pesar de su inmensa gravedad, hayan producido un cambio tal que aquel pasado, que tan tremendo se presentaba, no sea todavía el porvenir. Yo desearía con toda mi alma que me fuera posible hablar con V. A. acerca del estado actual de Europa: pero no siendo posible, y menos todavía confiar á una carta tan ardua y prolija cuestión, sola una cosa me tomaré la libertad de decir á V. A.: y es que la cuestión territorial comienza á tomar el puesto de la cuestión revolucionaria: ó por mejor decir, que la cuestión revolucionaria, por una de esas transformaciones que suele inspirarle su genio satánico, se esfuerza por convertirse en cuestión territorial. Con poco que las cosas marchen en este sentido, la revolución volverá á levantar la cabeza delante de nosotros, y resolverá el problema en provecho suyo, apoderándose de todos los territorios. Someto esta indicación á la profunda sabiduría de V. A. Quiera Dios, que se ha dignado conservaros para la Europa, inspiraros consejos capaces de alejar aquel peligro que durante tan largo tiempo ha conjurado V. A. para el reposo y prosperidad de vuestros contemporáneos.

Con el más profundo respeto y sincera admiración, Príncipe, tengo el honor de repetirme el más afecto y respetuoso servidor de V. A.,

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

CARTA
AL EMINENTISIMO SEÑOR CARDENAL FORNARI
SOBRE EL PRINCIPIO GENERADOR
DE LOS MÁS GRAVES ERRORES DE NUESTROS DÍAS

EMINENTÍSIMO SEÑOR:

Antes de someter á la alta penetración de V. Emma. las breves indicaciones que se sirvió pedirme por su carta de Mayo último, me parece conveniente señalar aquí los límites que yo mismo me he impuesto en la redacción de estas indicaciones.

Entre los errores contemporáneos no hay ninguno que no se resuelva en una herejía; y entre las herejías contemporáneas, no hay ninguna que no se resuelva en otra, condenada de antiguo por la Iglesia. En los errores pasados, la Iglesia ha condenado los errores presentes y los errores futuros. Idénticos entre sí, cuando se les considera desde el punto de vista de su naturaleza y de su origen, los errores ofrecen, sin embargo, el espectáculo de una variedad portentosa cuando se les considera desde el punto de vista de sus aplicaciones. Mi propósito hoy es considerarlos más bien por el lado de sus aplicaciones, que por el de su naturaleza y origen; más bien por lo que tienen de político y social, que por lo que tienen de puramente religioso; más bien por lo que tienen de vario, que por lo que tienen de idéntico; más bien por lo que tienen de mudable, que por lo que tienen de absoluto.

Dos poderosas consideraciones, de las cuales la una está tomada de mis circunstancias personales, y la otra de la índole propia del siglo en que vivimos, me han inclinado á echar por este camino. Por lo que hace á mí, he creído que mi calidad de lego y de hombre público me imponía la obligación de recusar yo mismo mi propia competencia para resolver las te

merosas cuestiones que versan sobre los puntos de nuestra fe, y sobre las materias del dogma. Por lo que hace al siglo en que estamos, no hay sino mirarle, para conocer que lo que le hace tristemente famoso entre todos los siglos, no es precisamente la arrogancia en proclamar teóricamente sus herejías y sus errores, sino más bien la audacia satánica que pone en la aplicación á la sociedad presente, de las herejías y de los errores en que cayeron los siglos pasados.

Hubo un tiempo en que la razón humana, complaciéndose en locas especulaciones, se mostraba satisfecha de sí cuando había logrado oponer una negación á una afirmación, en las esferas intelectuales; un error á una verdad, en las ideas metafísicas; una herejía á un dogma, en las esferas religiosas. Hoy día esa misma razón no queda satisfecha si no descende á las esferas políticas y sociales, para conturbarlo todo, haciendo salir, como por encanto, de cada error un conflicto, de cada herejía una revolución, y una catástrofe gigantesca de cada una de sus soberbias negaciones.

El árbol del error parece llegado hoy á su madurez providencial: plantado por la primera generación de audaces herejarcas, regado después por otras y otras generaciones, se vistió de hojas en tiempos de nuestros abuelos, de flores en tiempos de nuestros padres, y hoy está delante de nosotros y al alcance de nuestra mano, cargado de frutos. Sus frutos deben ser malditos con una maldición especial, como lo fueron en los tiempos antiguos las flores con que se perfumó, las hojas que le cubrieron, el tronco que las sostuvo, y los hombres que le plantaron.

No quiero decir con esto que lo que ha sido condenado una vez, no deba serlo nuevamente; quiero decir tan sólo que una condenación *especial*, análoga á la *especial* transformación por la que van pasando á nuestra vista los antiguos errores en el siglo presente, me parece de todo punto necesaria; y que en todo caso, este punto de vista de la cuestión es el único para el que reconozco en mí cierto género de competencia.

Descartadas así las cuestiones puramente teológicas, he puesto mi atención en aquellas otras que, siendo teológicas en su origen y en su esencia, han venido á convertirse sin embargo, en virtud de transformaciones lentas y sucesivas, en cuestiones políticas y sociales. Aun entre estas mismas, me he visto en la necesidad de descartar, por sobra de ocupaciones y falta de tiempo, las que me han parecido de menos grave trascendencia, si bien he creído de mi deber tocar algunos puntos sobre los que no ha sido consultado.

Por los mismos motivos de ocupaciones y de premura, me he visto en la imposibilidad de volver á leer los libros de los heresiarcas modernos, para señalar en ellos las proposiciones que deben ser combatidas ó condenadas. Meditando atentamente, sin embargo, sobre este particular, he llegado á convencerme de que en los tiempos pasados era esto más necesario que en los presentes: habiendo entre ellos, si bien se mira, esta diferencia notable: que en los pasados, de tal manera estaban en los libros los errores, que no buscándolos en los libros, no podían encontrarse en parte ninguna; mientras que en los tiempos que alcanzamos, el error está en ellos y fuera de ellos, porque está en ellos y en todas partes: está en los libros, en las instituciones, en las leyes, en los periódicos, en los discursos, en las conversaciones, en las aulas, en los clubs, en el hogar, en el foro, en lo que se dice y en lo que se calla. Apremiado por el tiempo, he preguntado á lo que está más cerca de mí, y me ha respondido la atmósfera.

Los errores contemporáneos son infinitos: pero todos ellos, si bien se mira, tienen su origen y van á morir en dos negaciones supremas; una relativa á Dios, y otra relativa al hombre. La sociedad niega de Dios que tenga cuidado de sus criaturas, y del hombre que sea concebido en pecado. Su orgullo ha dicho al hombre de estos tiempos dos cosas, y ambas se las ha creído; que no tiene lunar, y que no necesita de Dios; que es fuerte y que es hermoso; por eso le vemos engreído con su poder, y enamorado de su hermosura

Supuesta la negación del pecado, se niegan, entre otras muchas, las cosas siguientes:—Que la vida temporal sea una vida de expiación, y que el mundo en que se pasa esta vida, deba ser un valle de lágrimas:—que la luz de la razón sea flaca y vacilante:—que la voluntad del hombre esté enferma:—que el placer nos haya sido dado en calidad de tentación, para que nos libremos de su atractivo:—que el dolor sea un bien, aceptado por un motivo sobrenatural, con una aceptación voluntaria:—que el tiempo nos haya sido dado para nuestra santificación:—que el hombre necesite ser santificado.

Supuestas estas negaciones, se afirman, entre otras muchas, las cosas siguientes:—que la vida temporal nos ha sido dada para elevarnos, por nuestros propios esfuerzos, y por medio de un progreso indefinido, á las más altas perfecciones:—que el lugar en que esta vida se pasa, puede y debe ser radicalmente transformado por el hombre:—que siendo sana la razón del hombre, no hay verdad ninguna á que no pueda alcanzar; y que no es verdad aquella á que su razón no alcanza:—que no hay otro mal sino aquel que la razón entiende que es mal, ni otro pecado que aquel que la razón nos dice que es pecado; es decir que no hay otro mal ni otro pecado, sino el mal y el pecado filosófico:—que siendo recta de suyo, no necesita ser rectificada la voluntad del hombre:—que debemos huir el dolor y buscar el placer:—que el tiempo nos ha sido dado para gozar del tiempo,—y que el hombre es bueno y sano de suyo.

Estas negaciones y estas afirmaciones con respecto al hombre conducen á otras negaciones y á otras afirmaciones análogas con respecto á Dios.—En la suposición de que el hombre no ha caído, procede negar, y se niega, que el hombre haya sido restaurado.—En la suposición de que el hombre no haya sido restaurado, procede negar, y se niega, el misterio de la Redención y el de la Encarnación, el dogma de la personalidad exterior del Verbo, y el Verbo mismo.—Supuesta la integridad natural de la voluntad humana, por una parte; y no reconociendo, por otra, la existencia de otro mal y de otro pecado

sino del mal y del pecado filosófico, procede negar, y se niega, la acción santificadora de Dios sobre el hombre, y con ella el dogma de la personalidad del Espíritu Santo.—De todas estas negaciones resulta la negación del dogma soberano de la Santísima Trinidad, piedra angular de nuestra fe, y fundamento de todos los dogmas católicos.

De aquí nace, y aquí tiene su origen un vasto sistema de naturalismo, que es la contradicción radical, universal, absoluta de todas nuestras creencias. Los católicos creemos y profesamos que el hombre pecador está perpetuamente necesitado de socorro, y que Dios le otorga ese socorro perpetuamente por medio de una asistencia sobrenatural, obra maravillosa de su infinito amor y de su misericordia infinita. Para nosotros, lo sobrenatural es la atmósfera de lo natural; es decir, aquello que, sin hacerse sentir, lo envuelve á un mismo tiempo, y lo sustenta.

Entre Dios y el hombre había un abismo insondable: el Hijo de Dios se hizo hombre; y juntas en El ambas naturalezas, el abismo fué colmado. Entre el Verbo Divino, Dios y hombre á un mismo tiempo, y el hombre pecador, había todavía una inmensa distancia: para acortar esa distancia inmensa, Dios puso entre su Hijo y su criatura á la Madre de su Hijo, á la Santísima Virgen, á la mujer sin pecado. Entre la mujer sin pecado y el hombre pecador, la distancia era todavía grande, y Dios, en su misericordia infinita, puso entre la Virgen Santísima y el hombre pecador á los Santos pecadores.

¡Quién no admirará tan grande y tan soberano, y tan maravilloso y tan perfecto artificio! El más grande pecador no necesita de más sino de alargar su mano pecadora para encontrar quien le ayude á remontarse de escalón en escalón hasta las cumbres del Cielo, desde el abismo de su pecado.

Y todo esto no es otra cosa sino la forma visible y exterior, y como exterior y visible, hasta cierto punto imperfecta, de los efectos maravillosos de aquel socorro sobrenatural con que Dios acude al hombre, para que transite con pie firme por el

áspero sendero de la vida. Para formarse una idea de este sobrenaturalismo maravilloso, es necesario penetrar con los ojos de la fe en más altas y más recónditas regiones: es menester poner los ojos en la Iglesia, movida perpetuamente por la acción secretísima del Espíritu Santo: es menester penetrar en el secretísimo santuario de las almas, y ver allí cómo la gracia de Dios las solicita y las busca, y cómo el alma del hombre cierra ó abre su oído á aquel divino reclamo, y de qué manera se entabla y se prosigue continuamente entre la criatura y su Criador un callado coloquio: es menester ver, por otro lado, lo que hace allí, y lo que dice allí, y lo que allí busca el espíritu de las tinieblas; y cómo el alma del hombre va y viene, y se agita y se afana entre dos eternidades, para abismarse al fin, según el espíritu á quien sigue, en las regiones de la luz ó en las regiones tenebrosas.

Es menester mirar y ver á nuestro lado al Angel de nuestra guarda, y cómo va ojeando con un soplo sutil para que no nos molesten los pensamientos importunos, y cómo pone sus manos debajo de nuestros pies para que no tropecemos. Es menester poner los ojos en la historia, y ver la maravillosa manera con que Dios dispone los acontecimientos humanos, para su gloria propia y para el bien de sus elegidos, sin que porque El sea dueño de los acontecimientos, el hombre deje de serlo de sus acciones. Es menester ver cómo suscita en tiempo oportuno los conquistadores y las conquistas, los capitanes y las guerras, y cómo lo restaura y lo apacigua todo en un punto, derribando á los guerreros, y domando el orgullo de los conquistadores: cómo permite que se levanten tiranos contra un pueblo pecador; y cómo consiente que los pueblos rebeldes sean alguna vez el azote de los tiranos: cómo reúne las tribus, y separa las castas, ó dispersa las gentes: cómo da y quita á su antojo los imperios de la tierra, cómo los derriba por el suelo y cómo los levanta hasta las nubes. Es menester ver, por último, cómo los hombres andan perdidos y ciegos por este laberinto de la historia, que van construyendo las generaciones

humanas, sin que ninguna sepa decir ni cuál es su estructura, ni dónde está su entrada, ni cuál es su salida.

Todo este vasto y espléndido sistema de sobrenaturalismo, clave universal y universal explicación de las cosas humanas, está negado, implícita ó explícitamente, por los que afirman la concepción inmaculada del hombre: y los que esto afirman hoy, no son algunos filósofos solamente: son los gobernadores de los pueblos, las clases influyentes de la sociedad, y aun la sociedad misma, envenenada con el veneno de esta herejía perturbadora.

Aquí está la explicación de todo lo que vemos y de todo lo que tocamos; á cuyo estado hemos venido á parar por esta serie de argumentos. Si la luz de nuestra razón no ha sido oscurecida, esa luz es bastante, sin el auxilio de la fe, para descubrir la verdad. Si la fe no es necesaria, la razón es soberana é independiente. Los progresos de la verdad dependen de los progresos de la razón: los progresos de la razón dependen de su ejercicio: su ejercicio consiste en la discusión: por eso la discusión es la verdadera ley fundamental de las sociedades modernas, y el único crisol en donde se separan, después de fundidas, las verdades de los errores. En este principio tienen su origen la libertad de la imprenta, la inviolabilidad de la Tribuna, y la soberanía real de las Asambleas deliberantes. Si la voluntad del hombre no está enferma, le basta el atractivo del bien para seguir el bien, sin el auxilio sobrenatural de la gracia: si el hombre no necesita de ese auxilio, tampoco necesita de los sacramentos que se lo dan, ni de las oraciones que se lo procuran: si la oración no es necesaria, es ociosa: si es ociosa, es ociosa é inútil la vida contemplativa: si la vida contemplativa es ociosa é inútil, lo son la mayor parte de las comunidades religiosas. Esto sirve para explicar por qué en dondequiera que han penetrado estas ideas, han sido extinguidas aquellas comunidades. Si el hombre no necesita de sacramentos, no necesita tampoco de quien se los administre: y si no necesita de Dios, tampoco necesita de mediadores. De

aquí el desprecio ó la proscripción del sacerdocio, en donde esas ideas han echado raíces. El desprecio del sacerdocio se resuelve en todas partes en el desprecio de la Iglesia, y el desprecio de la Iglesia es igual al desprecio de Dios en todas partes.

Negada la acción de Dios sobre el hombre y abierto otra vez (en cuanto esto es posible) entre el Criador y su criatura un abismo insondable, luego al punto la sociedad se aparta instintivamente de la Iglesia á esa misma distancia: por eso, allí donde Dios está relegado en el cielo, la Iglesia está relegada en el Santuario: y al revés, allí donde el hombre vive sujeto al dominio de Dios, se sujeta también natural é instintivamente al dominio de su Iglesia. Los siglos todos atestiguan esta verdad, y lo mismo la da testimonio el presente que los pasados.

Descartado así todo lo que es sobrenatural, y convertida la religión en un vago deísmo, el hombre, que no necesita de la Iglesia, escondida en su Santuario, ni de Dios, atado á su Cielo, como Encélado á su roca, convierte sus ojos hacia la tierra, y se consagra exclusivamente al culto de los intereses materiales. Esta es la época de los sistemas utilitarios, de las grandes expansiones del comercio, de las fiebres de la industria, de las insolencias de los ricos, y de las impacencias de los pobres. Este estado de riqueza material y de indigencia religiosa, es seguido siempre de una de aquellas catástrofes gigantescas que la tradición y la historia graban perpetuamente en la memoria de los hombres. Para conjurarlas se reúnen en consejo los prudentes y los hábiles: el huracán, que viene rebramando, pone en súbita dispersión á su consejo, y se los lleva juntamente con sus conjuros.

Consiste esto en que es imposible de toda imposibilidad impedir la invasión de las revoluciones y el advenimiento de las tiranías, cuyo advenimiento y cuya invasión son una misma cosa; como que ambas se resuelven en la dominación de la fuerza, cuando se ha relegado á la Iglesia en el Santuario y á

Dios en el Cielo. El intento de llenar el gran vacío que en la sociedad deja su ausencia con cierta manera de distribución artificial y equilibrada de los poderes públicos, es loca presunción é intento vano; semejante al de aquel que en la ausencia de los espíritus vitales, quisiera reproducir á fuerza de industria, y por medios puramente mecánicos, los fenómenos de la vida. Por lo mismo que ni la Iglesia ni Dios son una forma, no hay forma ninguna que pueda ocupar el gran vacío que dejan cuando se retiran de las sociedades humanas. Y al revés, no hay manera ninguna de gobernación que sea esencialmente peligrosa cuando Dios y su Iglesia se mueven libremente, si por otro lado la son amigas las costumbres, y favorables los tiempos.

No hay acusación ninguna más singular y más extraña que la que consiste en afirmar, por una parte, con ciertas escuelas que el Catolicismo es favorable al gobierno de las muchedumbres, y por otra, con otros sectarios, que impide el advenimiento de la libertad, que favorece la expansión de las grandes tiranías. ¿Dónde hay absurdo mayor que acusar de lo primero al Catolicismo, ocupado perpetuamente en condenar las rebeldías, y en santificar la obediencia como la obligación común á todos los hombres? ¿Dónde hay absurdo mayor que acusar de lo segundo á la única religión de la tierra que ha enseñado á las gentes que ningún hombre tiene derecho sobre el hombre, porque toda autoridad viene de Dios; que ninguno que no sea pequeño á sus propios ojos, será grande; que las potestades son instituídas para el bien; que mandar es servir, y que el Principado es un ministerio, y por consiguiente un sacrificio? Estos principios, revelados por Dios y mantenidos en toda su integridad por su santísima Iglesia, constituyen el derecho público de todas las naciones cristianas. Ese derecho público es la afirmación perpetua de la verdadera libertad, porque es la perpetua negación, la condenación perpetua, por un lado, del derecho en los pueblos de dejar la obediencia por la rebelión, y por otro, del derecho en los Príncipes de conver-

tir su potestad en tiranía. La libertad consiste precisamente en la negación de esos derechos; y de tal manera consiste en esa negación, que con ella la libertad es inevitable, sin ella la libertad es imposible. La afirmación de la libertad, y la negación de esos derechos, son, si bien se mira, una misma cosa, expresada en términos diferentes y de diferente manera. De donde se sigue, no sólo que el Catolicismo no es amigo de las tiranías ni de las revoluciones, sino que sólo él las ha negado; no sólo que no es enemigo de la libertad, sino que sólo él ha descubierto en esa misma negación la índole propia de la libertad verdadera.

Ni es menos absurdo suponer, como suponen algunos, que la religión santa que profesamos, y la Iglesia que la contiene y la predica, ó detienen ó miran con desvío la libre expansión de la riqueza pública, la buena solución de las cuestiones económicas, y el crecimiento de los intereses materiales: porque si bien es cierto que la religión no se propone hacer á los pueblos potentes sino dichosos, ni hacer á los hombres ricos sino santos, no lo es menos que una de sus nobles y grandes enseñanzas consiste en haber revelado al hombre su encargo providencial de transformar la naturaleza toda, y de ponerla á su servicio por medio de su trabajo. Lo que la Iglesia busca, es un cierto equilibrio entre los intereses materiales y los morales y religiosos: lo que en ese equilibrio busca, es que cada cosa esté en su lugar, y que haya lugar para todas las cosas: lo que busca, por último, es que el primer lugar sea ocupado por los intereses morales y religiosos, y que los materiales vengán después. Y esto, no sólo porque así lo exigen las nociones más elementales del orden, sino también porque la razón nos dice y la Historia nos enseña que esa preponderancia, condición necesaria de aquel equilibrio, es la única que puede conjurar y que conjura ciertamente las grandes catástrofes, prontas siempre á surgir allí donde la preponderancia ó el crecimiento exclusivo de los intereses materiales pone en fermentación las grandes concupiscencias.

Otros hay que persuadidos, por un lado, de la necesidad en que está el mundo, para no perecer, del auxilio de nuestra santa religión y de nuestra Iglesia santa, pero pesarosos, por otro lado, de someterse á su yugo, que si es suave para la humildad, es gravísimo para el orgullo humano, buscan su salida en una transacción, aceptando de la religión y de la Iglesia ciertas cosas, y desechando otras que estiman exageradas. Estos tales son tanto más peligrosos, cuanto que toman cierto semblante de imparcialidad propio para engañar y seducir á las gentes: con esto se hacen jueces del campo, obligan á comparecer delante de sí al error y á la verdad, y con falsa moderación, buscan entre los dos no se qué medio imposible. La verdad, esto es cierto, suele encontrarse y se encuentra en medio de los errores: pero entre la verdad y el error no hay medio ninguno: entre esos dos polos contrarios no hay nada, nada, sino un inmenso vacío: tan lejos está de la verdad el que se pone en el vacío, como el que se pone en el error: en la verdad no está sino el que se abraza con ella.

Estos son los principales errores de los hombres y de las clases á quienes ha cabido en estos tiempos el triste privilegio de la gobernación de las naciones. Volviendo los ojos á otro lado, y poniéndolos en los que se adelantan reclamando la grande herencia de la gobernación, la razón se turba y la imaginación se confunde al hallarse en presencia de errores todavía más perniciosos y abominables. Es una cosa digna de observarse, sin embargo, que estos errores, perniciosísimos y abominabilísimos como son, no son más que las consecuencias lógicas, y como lógicas, inevitables de los errores arriba mencionados.

Supuesta la inmaculada concepción del hombre, y con ella la belleza integral de la naturaleza humana, algunos se han preguntado á sí propios: ¿por qué, si nuestra razón es luminosa y nuestra voluntad recta y excelente, nuestras pasiones, que están en nosotros como nuestra voluntad y nuestra razón, no han de ser excelentísimas? Otros se preguntan: ¿por qué, si

la discusión es buena como medio de llegar á la verdad, ha de haber cosas substraídas á su jurisdicción soberana? Otros no atinan con la razón de por qué, en los anteriores supuestos, la libertad de pensar, de querer y de obrar no ha de ser absoluta. Los dados á las controversias religiosas se proponen la cuestión que consiste en averiguar por qué, si Dios no es bueno en la sociedad, se le consiente en el cielo, y por qué si la Iglesia no sirve para nada, se la ha de consentir en el Santuario. Otros se preguntan por qué, siendo indefinido el progreso hacia el bien, no se ha de acometer la hazaña de levantar los gozes á la altura de las concupiscencias, y de trocar este valle lacrimoso en un jardín de deleites. Los filántropos se muestran escandalizados al encontrar un pobre por las calles, no acertando á comprender cómo un pobre, siendo tan feo, puede ser hombre, ni cómo el hombre, siendo tan hermoso, puede ser pobre. En lo que convienen todos, sin que discrepe ninguno, es en la necesidad imperiosa de subvertir la sociedad, de suprimir los Gobiernos, de trasegar las riquezas, y de acabar de un golpe con todas las instituciones humanas y divinas.

Hay todavía, aunque la cosa parezca imposible, un error que, no siendo ni con mucho tan detestable, considerado en sí, es sin embargo más trascendental por sus consecuencias que todos éstos: el error de los que creen que éstos no nacen necesaria é inevitablemente de los otros. Si la sociedad no sale prontamente de este error, y si saliendo de él, no condena á los unos como consecuencias, y á los otros como premisas, con una condenación radical y soberana, la sociedad, humanamente hablando, está perdida.

El que lea el imperfectísimo catálogo que acabo de hacer de esos errores atroces, observará que de ellos unos van á parar á una confusión absoluta y á una absoluta anarquía; mientras que otros hacen necesario para su realización, un despotismo de proporciones inauditas y gigantescas: corresponden á la primera categoría los que se refieren á la exaltación de la libertad individual, y á la violentísima destrucción de todas las

instituciones: corresponden á la segunda aquellos otros que suponen una ambición organizadora. En el dialecto de la escuela se llaman socialistas en general los sectarios que difunden los primeros, y comunistas los que difunden los segundos: lo que aquéllos buscan, sobre todo, es la expansión indeterminada de la libertad individual, á expensas de la autoridad pública suprimida: y al revés, á lo que se dirigen los segundos es á la completa supresión de la libertad humana, y á la expansión gigantesca de la autoridad del Estado. La fórmula más completa de la primera de estas doctrinas se halla en los escritos de M. Girardin, y en el último libro de M. Proudhon. El primero ha descubierto la fuerza centrífuga, y el segundo la fuerza centrípeta de la sociedad futura, gobernada por las ideas socialistas, la cual obedecerá á dos contrarios movimientos: á uno de repulsión, producido por la libertad absoluta, y á otro de atracción, producido por un torbellino de contratos. La esencia del Comunismo consiste en la confiscación de todas las libertades y de todas las cosas, en provecho del Estado.

Lo estupendo y monstruoso de todos estos errores sociales proviene de lo estupendo de los errores religiosos en que tienen su explicación y su origen. Los socialistas no se contentan con relegar á Dios en el cielo, sino que pasando más allá, hacen profesión pública de ateísmo, y le niegan en todas partes. Supuesta la negación de Dios, fuente y origen de toda autoridad, la lógica exige la negación de la autoridad misma, con una negación absoluta; la negación de la paternidad universal lleva consigo la negación de la paternidad doméstica; la negación de la autoridad religiosa lleva consigo la negación de la autoridad política. Cuando el hombre se queda sin Dios, luego al punto el súbdito se queda sin Rey, y el hijo se queda sin padre.

Por lo que hace al Comunismo, me parece evidente su procedencia de las herejías panteístas, y de todas las otras con ellas emparentadas. Cuando todo es Dios y Dios es todo, Dios

es, sobre todo, democracia y muchedumbre: los individuos, átomos divinos y nada más, salen del todo, que perpetuamente los engendra, para volver al todo que perpetuamente lo absorbe. En este sistema, lo que no es el todo, no es Dios, aunque participe de la divinidad; y lo que no es Dios, no es nada, porque nada hay fuera de Dios, que es todo. De aquí ese soberbio desprecio de los comunistas por el hombre, y esa negación insolente de la libertad humana. De aquí esas aspiraciones inmensas á una dominación universal por medio de la futura demagogia, que ha de extenderse por todos los continentes, y ha de tocar á los últimos confines de la tierra. De aquí esa furia insensata con que se propone confundir y triturar todas las familias, todas las clases, todos los pueblos, todas las razas de las gentes en el gran mortero de sus trituraciones. De ese obscurísimo y sangrientísimo caos debe salir un día el Dios único, vencedor de todo lo que es vario; el Dios universal, vencedor de todo lo que es particular; el Dios Eterno sin principio ni fin, vencedor de todo lo que nace y pasa: ese Dios es la demagogia, la anunciada por los últimos profetas, el único sol del futuro firmamento; la que ha de venir traída por la tempestad, coronada de rayos y servida por los huracanes. Ese es el verdadero todo, Dios verdadero, armado con un solo atributo, la omnipotencia, y vencedor de las tres grandes debilidades del Dios católico, la bondad, el amor y la misericordia. ¿Quién no reconocerá en ese Dios á Luzbel, Dios del orgullo?

Cuando se consideran atentamente estas abominables doctrinas, es imposible no echar de ver en ellas el signo misterioso pero visible que los errores han de llevar en los tiempos apocalípticos. Si un pavor religioso no me impidiera poner los ojos en esos tiempos formidables, no me sería difícil apoyar en poderosas razones de analogía la opinión de que el gran imperio anticristiano será un colosal imperio demagógico, regido por un plebeyo de satánica grandeza, que será el hombre de pecado.

Después de haber considerado en general los principales

errores de estos tiempos, y después de haber demostrado cumplidamente que todos ellos tienen su origen en algún error religioso, me parece, no sólo conveniente, sino también necesario, descender á algunas aplicaciones que han de poner más en claro todavía esa dependencia en que están de los errores religiosos todos los errores políticos y sociales. Así, por ejemplo, me parece una cosa puesta fuera de toda duda que todo lo que afecta al gobierno de Dios sobre el hombre afecta en el mismo grado y del mismo modo á los Gobiernos instituidos en las sociedades civiles. El primer error religioso, en estos últimos tiempos, fué el principio de la independencia y de la soberanía de la razón humana: á este error en el orden religioso corresponde en el político el que consiste en afirmar la soberanía de la inteligencia: por eso la soberanía de la inteligencia ha sido el fundamento universal del derecho público en las sociedades combatidas por las primeras revoluciones. En él tienen su origen las monarquías parlamentarias, con su censo electoral, su división de poderes, su imprenta libre y su tribuna inviolable.

El segundo error es relativo á la voluntad, y consiste, por lo que hace al orden religioso, en afirmar que la voluntad, recta de suyo, no necesita, para inclinarse al bien, del llamamiento ni del impulso de la gracia: á este error en el orden religioso corresponde en el político el que consiste en afirmar que no habiendo voluntad que no sea recta, no debe haber ninguna que sea dirigida, y que no sea directora. En este principio se funda el sufragio universal, y en él tiene su origen el sistema republicano.

El tercer error se refiere á los apetitos, y consiste en afirmar, por lo que hace al orden religioso, que supuesta la inmaculada concepción del hombre, sus apetitos son excelentes: á este error en el orden religioso corresponde en el político el que consiste en afirmar que los gobiernos todos deben ordenarse á un solo fin: á la satisfacción de todas las concupiscencias: en este principio están fundados todos los sistemas so-

cialistas y demagógicos, que pugnan hoy por la dominación, y que, siguiendo las cosas su curso natural por la pendiente que llevan, la alcanzarían más adelante.

De esta manera, la perturbadora herejía que consiste, por un lado, en negar el pecado original, y por otro en negar que el hombre está necesitado de una dirección divina, conduce, primero á la afirmación de la soberanía de la inteligencia, y luego á la afirmación de la soberanía de la voluntad, y por último á la afirmación de la soberanía de las pasiones; es decir, á tres soberanías perturbadoras.

No hay como saber lo que se afirma ó se niega de Dios en las regiones religiosas, para saber lo que se afirma ó se niega del Gobierno en las regiones políticas: cuando en las primeras prevalece un vago deísmo, se afirma de Dios que reina sobre todo lo criado, y se niega que lo gobierne. En estos casos prevalece en las regiones políticas la máxima parlamentaria de que *el rey reina y no gobierna*.

Cuando se niega la existencia de Dios, se niega todo del Gobierno, hasta la existencia. En estas épocas de maldición surgen y se propagan con espantable rapidez las ideas anárquicas de las escuelas socialistas.

Por último, cuando la idea de la divinidad y la de la creación se confunden hasta el punto de afirmar que las cosas criadas son Dios, y que Dios es la universalidad de las cosas criadas, entonces el Comunismo prevalece en las regiones políticas, como el panteísmo en las religiosas; y Dios, cansado de sufrir, entrega al hombre á la merced de abyectos y abominables tiranos.

Volviendo ahora los ojos hacia la Iglesia, me será fácil demostrar que ha sido objeto de los mismos errores; los cuales conservan siempre su identidad indestructible, ora se apliquen á Dios, ora conturben su Iglesia, ora trastornen las sociedades civiles.

La Iglesia puede ser considerada de dos maneras diferentes: en sí misma, como una sociedad independiente y perfecta,

que tiene en sí cuanto necesita para obrar con desembarazo y para moverse con anchura; y en su relación con las sociedades civiles y con los Gobiernos de la tierra.

Considerada desde el punto de vista de su organismo interior, la Iglesia se ha visto en la necesidad de resistir la grande avenida de perniciosísimos errores; siendo digno de advertirse que entre ellos los más perniciosos son los que se dirigen contra lo que su unidad tiene de maravillosa y perfecta; es decir, contra el Pontificado, piedra fundamental del prodigioso edificio. En el número de estos errores está aquel en virtud del cual se niega al Vicario de Jesucristo en la tierra la sucesión única é indivisa del poder apostólico en lo que tuvo de universal, suponiendo que los Obispos han sido sus coherederos. Este error, si pudiera prevalecer, introduciría la confusión y el desconcierto en la Iglesia del Señor, convirtiéndola, por la multiplicación del Pontificado, que es la autoridad esencial, la autoridad indivisible, la autoridad incomunicable, en una aristocracia turbulentísima. Dejándole el honor de una vana Presidencia y quitándole la jurisdicción real y el gobierno efectivo, el Sumo Pontífice, bajo el imperio de este error, queda relegado inútilmente en el Vaticano, como Dios, bajo el imperio del error deista, queda relegado inútilmente en el cielo, y como el Rey, bajo el imperio del error parlamentario, queda relegado inútilmente en su trono.

Los que mal avenidos con el imperio de la razón, de suyo aristocrática, le prefieren al de la voluntad, democrática de suyo, van á caer en el Presbiterianismo, que es la República en la Iglesia; como caen en el sufragio universal, que es la República en las sociedades civiles.

Los que, enamorados de la libertad individual, la exageran hasta el punto de proclamar su omnímoda soberanía y la destrucción de todas las instituciones reprimentes, van á caer, por lo que hace al orden civil, en la sociedad contractual de Proudhon, y por lo que hace al religioso, á la inspiración, individual proclamada como un dogma por algunos fanáticos

sectarios en las guerras religiosas de Inglaterra y de Alemania.

Por último, los seducidos por los errores panteístas van á parar, en el orden eclesiástico, á la soberanía indivisa de la muchedumbre de los fieles; como, en el orden divino, á la deificación de todas las cosas; como, en el orden civil, á la constitución de la soberanía universal y absorbente de las falanges.

Todos estos errores relativos al orden gerárquico establecido por el mismo Dios en su Iglesia, importantísimos como son en la región de las especulaciones, pierden grandemente de su importancia en los dominios de los hechos, por ser imposible de toda imposibilidad que lleguen á prevalecer en una sociedad que las divinas promesas ponen á cubierto de sus estragos. Lo contrario sucede con aquellos otros errores que conciernen á las relaciones entre la Iglesia y la sociedad civil, entre el sacerdocio y el imperio, los cuales fueron poderosos en otros siglos para turbar la paz de las gentes, y aun lo son hoy día, ya que no para impedir la expansión irresistible de la Iglesia por el mundo, para ponerla obstáculos y trabas, y para retardar el día en que sus confines han de ser los confines mismos de la tierra.

Estos errores son de varias especies, según que se afirma de la Iglesia, ó que es igual al Estado, ó que es inferior al Estado, ó que nada tiene que ver con el Estado, ó que la Iglesia no sirve para nada. La primera es la afirmación propia de los más templados regalistas; la segunda, de los regalistas más ardientes: la tercera, de los revolucionarios, que proponen como primera premisa de sus argumentos la última consecuencia del regalismo: la última, de los socialistas y comunistas, es decir, de todas las escuelas radicales, las cuales toman por premisa de su argumento la última consecuencia en que se detiene la escuela revolucionaria.

La teoría de la igualdad entre la Iglesia y el Estado da ocasión á los más templados regalistas para proclamar como de naturaleza laical lo que es de naturaleza mixta, y como de

naturaleza mixta, lo que es de naturaleza eclesiástica; siéndoles forzoso acudir á estas usurpaciones para componer con ellas la dote ó el patrimonio que el Estado aporta en esta sociedad egalitaria. En este sistema, casi todos los puntos son controvertibles; y todo lo que es controvertible, se resuelve por avenencias y concordias: en él es de derecho común el pase de las bulas y de los breves apostólicos, así como la vigilancia, la inspección y la censura, ejercida sobre la Iglesia en nombre del Estado.

La teoría de la inferioridad de la Iglesia con respecto al Estado da ocasión á los regalistas ardientes para proclamar el principio de las Iglesias nacionales, el derecho de la potestad civil de revocar las concordias ajustadas con el Sumo Pontífice, de disponer por sí de los bienes de la Iglesia, y por último, el de gobernar la Iglesia por decretos ó por leyes hechas en las Asambleas deliberantes.

La teoría que consiste en afirmar que la Iglesia nada tiene que ver con el Estado, da ocasión á la escuela revolucionaria para proclamar la separación absoluta entre el Estado y la Iglesia; y como consecuencia forzosa de esta separación, el principio de que la manutención del clero y la conservación del culto deben correr por cuenta exclusiva de los fieles.

El error que consiste en afirmar que la Iglesia no sirve para nada, siendo la negación de la Iglesia misma, da por resultado la supresión violenta del orden sacerdotal por medio de un decreto que encuentra su sanción naturalmente en una persecución religiosa.

Por lo dicho se ve que estos errores no son sino la reproducción de los que vimos ya en otras esferas; como quiera que á las mismas afirmaciones y negaciones erróneas á que da lugar la coexistencia de la Iglesia y del Estado, da lugar, en el orden político, la coexistencia de la libertad individual y de la autoridad pública; en el orden moral, la coexistencia del libre albedrío y la gracia; en el intelectual, la coexistencia de la razón y la fe; en el histórico, la coexistencia de la Providen-

cia divina y de la libertad humana; y en las más altas esferas de la especulación, con la coexistencia del orden natural y del sobrenatural, la coexistencia de dos mundos.

Todos estos errores, en su naturaleza idénticos, aunque en sus aplicaciones varios, producen por lo funestos los mismos resultados en todas sus aplicaciones. Cuando se aplican á la coexistencia de la libertad individual y de la autoridad pública, producen la guerra, la anarquía y las revoluciones en el Estado: cuando tienen por objeto el libre albedrío y la gracia, producen primero la división y la guerra interior, después la exaltación anárquica del libre albedrío, y luego la tiranía de las concupiscencias en el pecho del hombre. Cuando se aplican á la razón y á la fe, producen primero la guerra entre las dos, después el desorden, la anarquía y el vértigo en las regiones de la inteligencia humana. Cuando se aplican á la inteligencia del hombre y á la Providencia de Dios, producen todas las catástrofes de que están sembrados los campos de la Historia. Cuando se aplican, por último, á la coexistencia del orden natural y del sobrenatural, la anarquía, la confusión y la guerra se dilatan por todas las esferas y están en todas las regiones.

Por lo dicho se ve que en el último análisis y en el último resultado, todos estos errores, en su variedad casi infinita, se resuelven en uno solo, el cual consiste en haber desconocido ó falseado el orden jerárquico, inmutable de suyo, que Dios ha puesto en las cosas. Ese orden consiste en la superioridad jerárquica de todo lo que es sobrenatural, sobre todo lo que es natural, y por consiguiente en la superioridad jerárquica de la fe sobre la razón, de la gracia sobre el libre albedrío, de la Providencia divina sobre la libertad humana, y de la Iglesia sobre el Estado; y, para decirlo todo de una vez y en una sola frase, en la superioridad de Dios sobre el hombre ¹.

1 La superioridad de la Providencia divina sobre la libertad humana, y la superioridad de Dios sobre el hombre, son también verdades del orden natural, que puede ser conocido naturalmente de la luz de la razón.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

El derecho reclamado por la fe de alumbrar á la razón y de guiarla, no es una usurpación, es una prerrogativa conforme á su naturaleza excelente; y al revés, la prerrogativa proclamada por la razón de señalar á la fe sus límites y sus dominios, no es un derecho sino una pretensión ambiciosa, que no está conforme con su naturaleza inferior y subordinada. La sumisión á las inspiraciones secretas de la gracia es conforme al orden universal, porque no es otra cosa sino la sumisión á las sollicitaciones divinas y á los divinos llamamientos; y al revés, su desprecio, su negación, ó la rebeldía contra ella, constituyen al libre albedrío en un estado interior de indigencia y en un estado exterior de rebelión contra el Espíritu Santo. El señorío absoluto de Dios sobre los grandes acontecimientos históricos que El obra y que El permite, es su prerrogativa incommunicable; como quiera que la Historia es como el espejo en que Dios mira exteriormente sus designios; y al revés, la pretensión del hombre cuando afirma que él hace los acontecimientos, y que él teje la trama maravillosa de la Historia, es una pretensión insostenible; como quiera que él no hace otra cosa sino tejer por sí solo la trama de aquellas de sus acciones que son contrarias á los divinos mandamientos, y ayudar á tejer la trama de aquellas otras que son conformes á la voluntad divina. La superioridad de la Iglesia sobre las sociedades civiles es una cosa conforme á la recta razón, la cual nos enseña que lo sobrenatural es *sobre lo natural*, y lo divino sobre lo humano: y al revés, toda aspiración por parte del Estado á absorber la Iglesia, ó á separarse de la Iglesia, ó á prevalecer sobre la Iglesia, ó á igualarse con la Iglesia, es una aspiración anárquica, preñada de catástrofes y provocadora de conflictos.

De la restauración de estos principios eternos del orden religioso, del político y del social, depende exclusivamente la salvación de las sociedades humanas. Esos principios empero no pueden ser restaurados sino por quien los conoce; y nadie los conoce sino la Iglesia católica: su derecho de enseñar á

todas las gentes, que la viene de su fundador y maestro, no se funda sólo en ese origen divino, sino que está justificado también por aquel principio de la recta razón, según el cual toca aprender al que ignora, y enseñar al que más sabe.

De manera que si la Iglesia no hubiera recibido del Señor este soberano magisterio, todavía estaría autorizada para ejercerle por el hecho solo de ser la depositaria de los únicos principios que tienen la secreta y maravillosa virtud de mantener todas las cosas en orden y en concierto, y la de poner concierto y orden en todas las cosas. Cuando se afirma de la Iglesia que tiene el derecho de enseñar, esa afirmación es legítima y razonable; pero no es completa del todo, si no se afirma al mismo tiempo del mundo, que tiene derecho de ser enseñado por la Iglesia. Sin duda las sociedades civiles están en posesión de aquella tremenda potestad, que consiste en no encumbrar los altísimos montes de las verdades eternas, y en deslizarse blandamente hasta caer en el abismo por las rápidas pendientes de los errores: la cuestión consiste en averiguar si puede decirse que ejercita un derecho aquel que, perdida la razón, comete un acto de locura: ó, para decirlo de una vez y con una sola palabra, si ejerce un derecho el que renuncia á todos los derechos por medio del suicidio.

La cuestión de la enseñanza, agitada en estos últimos tiempos entre los universitarios y los católicos franceses, no ha sido planteada por los últimos en sus verdaderos términos; y la Iglesia universal no puede aceptarla en los términos en que viene planteándose. Supuesta, por un lado, la libertad de cultos, y supuestas, por otro, las circunstancias especialísimas de la nación francesa, es cosa clara á todas luces que los católicos franceses no estaban en estado de reclamar otra cosa para la Iglesia sino la libertad que es aquí derecho común, y que por serlo podía servir á la verdad católica de amparo y de refugio. El principio empero de la libertad de la enseñanza, considerado en sí mismo, y hecha abstracción de las circunstancias especiales en que ha sido proclamado, es un principio

falso y de imposible aceptación para la Iglesia católica. La libertad de la enseñanza no puede ser aceptada por ella sin ponerse en abierta contradicción con todas sus doctrinas. En efecto, proclamar que la enseñanza debe ser libre, no viene á ser otra cosa sino proclamar que no hay una^a verdad ya conocida que deba ser enseñada, y que la verdad es cosa que no se ha encontrado y que se busca por medio de la discusión amplia de todas las opiniones: proclamar que la enseñanza debe ser libre, es proclamar que la verdad y el error tienen derechos iguales. Ahora bien: la Iglesia profesa, por un lado, el principio de que la verdad existe sin necesidad de buscarla, y por otro, el principio de que el error nace sin derechos, vive sin derechos y muere sin derechos, y que la verdad está en posesión del derecho absoluto. La Iglesia, pues, sin dejar de aceptar la libertad, allí donde otra cosa es de todo punto imposible, no puede recibirla como término de sus deseos, ni saludarla como el único blanco de sus aspiraciones.

Tales son las indicaciones que creo de mi deber hacer sobre los más perniciosos entre los errores contemporáneos: de su imparcial examen resultan á mi entender demostradas estas dos cosas: la primera, que todos los errores tienen un mismo origen y un mismo centro: la segunda, que, considerados en su centro y en su origen, todos son religiosos. Tan cierto es que la negación de uno solo de los atributos divinos lleva el desorden á todas las esferas, y pone en trance de muerte á las sociedades humanas.

Si yo tuviera la dicha de que estas indicaciones no parecieran á V. Emma. enteramente ociosas, me atrevería á rogarle que las pusiera á los pies de Su Santidad, juntamente con el rendido homenaje de profundísima veneración y de altísimo respeto que profeso como católico hacia su sagrada Persona, hacia sus juicios infalibles y hacia sus fallos inapelables.

Dios guarde á V. Emma. muchos años. París, 19 de Junio de 1852.—Eminentísimo señor.—B. L. M. de V. Emma, su atento seguro servidor, — EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

CARTA

AL

DIRECTOR DE LA «REVUE DES DEUX MONDES»

EN

REFUTACIÓN DE UN ARTÍCULO DE M. ALBERTO DE BROGLIE



SEÑOR DIRECTOR DE LA *Revue des Deux Mondes*.

PARÍS, 15 de Noviembre de 1852.

Muy señor mío: En el número de la *Revue des Deux Mondes* (*Revista de Ambos Mundos*), correspondiente al 1.º de Noviembre, ha insertado Ud. un artículo, lleno de ingenio, en el que M. Alberto de Broglie se pone en disidencia conmigo sobre materias de la más alta importancia. Aunque poco inclinado por instinto y por convencimiento á conversar con el público, he creído, sin embargo, que en la ocasión presente no podía guardar silencio, sin correr el riesgo de ver acreditados con respecto á mí gravísimos y trascendentales errores.

No quiere decir esto que voy á entrar en discusión, ni mucho menos que voy á entablar una polémica con aquel escritor insigne. De todos los que me conocen, es sabido que tengo las polémicas por peligrosas, y las discusiones públicas por vanas: por esta razón, puedo afirmar de mí, sin que afirmándolo haga otra cosa sino dar testimonio á la verdad, que he discutido pocas veces, y no he disputado nunca.

Soy aficionado, no lo niego, y aun así lo he declarado en otra ocasión con estas mismas palabras, á exponer sencillamente mis doctrinas: pero en general ni busco ni acepto la discusión; persuadido como estoy á que degenera fácilmente en disputa, la cual acaba siempre por resfriar la caridad, por encender las pasiones y por inducir á los contendientes á faltar á tres grandes respetos: al que el hombre debe al hombre, al que debe á la verdad, y al que se debe á sí propio. Las pala-

bras son á manera de semillas: yo se las doy á los vientos, y dejo al cuidado de Dios que las mande caer, según sea su voluntad, sobre rocas estériles, ó sobre tierras fecundas. No siendo mi ánimo disputar ni discutir, lo único que me propongo al dirigir á Ud. esta carta, es deshacer brevemente algunos errores de apreciación en que, contra su voluntad, ha incurrido M. Alberto de Broglie en el brillante artículo que consagra, en parte, á la exposición de mis doctrinas.

Consiste el primero en afirmar que soy idólatra de la Edad Media. En la Edad Media hay muchas cosas: hay, por una parte, asolamiento de ciudades, caída de Imperios, lucha de razas, confusión de gentes, violencias, gemidos: hay corrupción, hay barbarie, hay instituciones caídas, é instituciones bosquejadas: los hombres van adonde van los pueblos: los pueblos adonde otro quiere, y ellos no saben: y hay la luz que basta para ver que todas las cosas están fuera de su lugar, y que no hay lugar para ninguna cosa: la Europa es el caos.

Pero además del caos hay otra cosa: hay la Esposa inmaculada del Señor, y hay un gran suceso, nunca visto de las gentes: hay una segunda creación, obrada por la Iglesia. En la Edad Media no hay nada sino la creación que me parezca asombroso, y nada sino la Iglesia que me parezca adorable. Para obrar el gran prodigio, Dios escogió esos tiempos oscuros, eternamente famosos á un tiempo mismo por la explosión de todas las fuerzas brutales, y por la manifestación de la impotencia humana. Nada es más digno de la divina Majestad y de la divina grandeza, sino obrar allí, donde hombres y pueblos y razas, todo se agita confusamente, y nadie obra. Queriendo Dios demostrar, en dos solemnes ocasiones, que sólo la corrupción es estéril, y que sólo la virginidad es fecunda, quiso nacer de María, y contrajo esponsales con la Iglesia; y la Iglesia fué madre de pueblos, como María Madre suya.

Vióse entonces á aquella inmaculada Virgen, ocupada en hacer bien, como su divino Esposo, levantar el ánimo de los caídos, y moderar los ímpetus de los violentos, dando á gustar

á los unos el pan de los fuertes, y á los otros el pan de los mansos. Aquellos feroces hijos del Polo, que humillaron y escarnecieron la majestad romana, cayeron rendidos de amor á los pies de la indefensa Virgen: y el mundo todo vió, atónito y asombrado, por espacio de muchos siglos, la renovación, por la Iglesia, del prodigio de Daniel, exento de todo daño en el antro de los leones.

Después de haber amansado amorosamente aquellas grandes iras, y después de haber serenado con sólo su mirada aquellas furiosas tempestades, vióse á la Iglesia sacar un monumento de una ruina; una institución, de una costumbre; un principio, de un hecho; una ley, de una experiencia; y, para decirlo todo de una vez, lo ordenado, de lo exótico; lo armónico de lo confuso. Sin duda todos los instrumentos de su creación, como el caos mismo, estaban antes en el caos: suya no fué sino la fuerza vivificante y creadora. En el caos estaba, como en embrión, todo lo que había de ser y de vivir: en la Iglesia, desnuda de todo, no estaba sino el ser y la vida; todo fué, todo vivió, cuando el mundo puso un oído atento á sus amorosas palabras, y una mirada fija en su resplandeciente belleza.

No, los hombres no habían visto una cosa semejante porque no habían asistido á la primera creación; ni la volverán á ver, porque no habrá tres creaciones. Diríase que, arrepentido Dios de no haber hecho al hombre testigo de la primera, permitió á su Iglesia la segunda sólo para que el hombre la mirara.

El segundo error consiste en suponer que aconsejo á la Iglesia una dominación universal y absoluta. Yo no he tenido nunca, y no tendré jamás la altiva é insensata pretensión de aconsejar á la que escucha y sigue los consejos del Espíritu Santo: he echado una mirada alrededor de mi, y he visto enfermas y decaídas á las sociedades civiles, y en confusión y desconcierto todas las cosas humanas: he visto á las naciones embriagadas con el vino de la sedición, y á la libertad ausente

de la tierra: he visto á los tribunos coronados, y á los Reyes sin sus coronas; jamás han presenciado los hombres tan grandes mudanzas y tan grandes reveses, y tan prodigiosos altos y bajos de la fortuna.

Al ver todas estas cosas, me he preguntado á mí propio si toda esta confusión, y este desconcierto y este desorden, no provienen por ventura del olvido en que están puestos aquellos principios fundamentales del mundo moral, de que es pacífica depositaria y única poseedora la Iglesia de Jesucristo. Mi duda se ha convertido en certidumbre al observar que sólo la Iglesia ofrece hoy el espectáculo de una sociedad ordenada: que ella sola está quieta en medio de estos tumultos: que ella sola es libre; porque en ella el súbdito obedece amorosamente á la autoridad legítima, que manda á su vez con justicia y mansedumbre: que ella sola es fecunda en grandes ciudadanos, que saben vivir siendo santos, y saben morir siendo mártires.

Y á la vista de este gran espectáculo, he dicho á la sociedad civil:—“Tú eres desvalida y pobre, y la Iglesia opulentísima: pídelo lo que te falta, que no te lo negará, porque sus manos están llenas de gracias y su pecho de misericordias. ¿Buscas el orden? pídele su secreto á la que está bien ordenada. ¿Buscas la libertad? aprende en la escuela de la que es libre. ¿Buscas el reposo? no le encontrarás sino en la Iglesia y por la Iglesia, que tiene la maravillosa virtud de serenarlo todo y de dar paz á los ánimos. ¿Buscas la noción cristiana de la autoridad pública? estudia los grandes hechos de sus grandes Pontífices. ¿Buscas el secreto de las jerarquías sociales? pídeselo á la gloriosa muchedumbre de sus Obispos y de sus Patriarcas. ¿Buscas el secreto de la obediencia digna y de la dignidad obediente? pídeselo á la nobilísima falange de sus sacerdotes. ¿Quieres ser fecunda en hijos que vivan y mueran por su Patria? pídele el secreto de la santificación y el secreto del martirio.”—

No se trata aquí, como se ve, de la cuestión que consiste

en averiguar si la supremacía corresponde al Sacerdocio, ó corresponde al Imperio: se trata solamente de averiguar si conviene ó no á la sociedad civil tomar de la Iglesia los grandes principios del orden social; si le conviene ó no le conviene ser cristiana. El gran pecado de estos tiempos me parece consistir en el intento vano, por parte de las sociedades civiles, de formar para su uso propio un nuevo código de verdades políticas y de principios sociales; en el intento vano de arreglar sus cosas por medio de concepciones puramente humanas, haciendo una absoluta abstracción de las concepciones divinas. Los gobernadores de las sociedades civiles han dicho: —“Dividamos la creación en tres Imperios independientes. El Cielo será de Dios, y allí se concentrarán las divinas concepciones; el Santuario será de la Iglesia, y allí se concentrarán las concepciones religiosas; el hombre imperará en todo lo que hay entre el Santuario y el Cielo, y en este Imperio vastísimo todo se ordenará por las concepciones humanas.”—

De aquí esa grande explosión de actividad intelectual, por la cual el hombre ha intentado igualarse, por un lado con la Iglesia, por otro lado con Dios, y levantar sus concepciones al nivel altísimo de las concepciones religiosas y de las concepciones divinas. De aquí la vuelta á la idolatría de la propia excelencia, la más peligrosa de todas, porque es satánica. De aquí ese culto de latría, por parte de las gentes, hacia los hombres que con su ingenio han conquistado un trono en las esferas intelectuales. De aquí esa confianza insensata del hombre en el hombre, y del hombre en sí mismo, que me estremece por su imperturbabilidad, aun en presencia del desvanecimiento universal de todos sus vanos pensamientos y de todas sus vanas ilusiones.

Contad una por una, si podéis, las bancarrotas y las catástrofes de nuestros días, y observaréis llenos de asombro que siempre es el orgullo el castigado por la catástrofe, y que el orgullo es el que hace siempre bancarrotas. Dios suscita los tiranos contra los pueblos rebeldes, y los pueblos rebeldes con-

tra los tiranos: Él es el que castiga el orgullo con otro orgullo; hasta que sólo quede en pie el más grande, cuya humillación se ha reservado á sí propio.

Vueltas á la infancia las sociedades de nuestros tiempos, habían llegado á creer que podrían evitar las miradas de Dios, tapándose los ojos para no verle. ¡Intento vano! Dios les ha salido al encuentro en todas direcciones, y les ha atajado el paso en todos los caminos.

Y verdaderamente era muy difícil no encontrar alguna vez y en alguna parte á Aquel que vive en todas partes, y que vive eternamente.

De la misma manera que la sumisión á los preceptos divinos no lleva consigo, ni explícita ni implícitamente, la institución de un Gobierno teocrático, el reconocimiento, en la teórica y en la práctica, de las verdades fundamentales de que es depositaria la Iglesia, no lleva consigo, ni explícita ni implícitamente, su dominación en los negocios temporales. Jamás ha confundido la Iglesia estas dos cosas, de suyo tan diferentes: por esta razón, al mismo tiempo que busca y pide para sus dogmas, y aun para sus principios, el imperio del mundo, porque el mundo no puede subsistir sino sometándose al imperio de sus principios y de sus dogmas, ha mostrado siempre, no sólo desvío, sino horror á ingerirse en la dirección temporal de las cosas humanas.

Hubo un tiempo en que la Italia, abandonada de sus emperadores y de sus capitanes, é inundada por el diluvio de la invasión, puso el cetro, la corona y la púrpura á los pies de sus Pontífices, aclamándolos, como en otros días á sus Césares, píos, felices, triunfadores. La Iglesia empero, y la Historia lo dice, recibió la salutación popular, como María había recibido antes la salutación angélica.—*Quae cum audisset, turbata est in sermone ejus.*—Ni las alabanzas angélicas, ni los clamores populares pudieron desvanecer á la madre humilde y á la humilde esposa de Aquel á quien su Profeta llama *ludibrio de las gentes y varón de dolores*. Cuando, andando los tiempos, ve-

mos á esos mismos Pontífices ajustando las diferencias entre los pueblos y los Reyes, más bien (fuera de los casos de abierta rebelión) como padres amorosos que como jueces inexorables, no hay que preguntarles por qué ejercen aquel ministerio altísimo y aquel arbitraje soberano: á los Reyes y á los pueblos es á quienes toca decir cuál fué la fuerza invencible y el instinto poderoso que les movió á acudir en demanda de la justicia y de la paz á los únicos que eran entonces en la tierra pacíficos y justicieros. Á nosotros nos toca afirmar, sin temor de ser desmentidos, que sin aquella suprema jurisdicción, conferida por el consentimiento universal á la Iglesia, la Europa y la civilización hubieran perecido juntamente. Sabedores, como somos todos los que al presente vivimos, de los estragos que pueden obrar las revoluciones y las tiranías en estos tiempos en que no hay brazo ninguno que no padezca flaqueza, ni voluntad que no padezca desmayos, no puede sernos difícil calcular las gigantescas catástrofes que hubieran venido sobre la Europa si la Iglesia no hubiera sido un dique, en aquellos tiempos violentísimos, contra el desbordamiento de las grandes tiranías y contra el furor de las grandes revoluciones.

Sea de esto lo que quiera, pasó ya la época memorable y excepcional de su gloriosa dictadura sobre el pueblo cristiano, parecida por más de un concepto á la que ejerció Dios personal y directamente sobre el pueblo judío. Hoy día todas las cosas han vuelto á sus estados normales; y en el estado normal de las cosas, la Iglesia no obra sobre la sociedad sino por medio de una influencia secretísima, así como Dios no obra sobre el hombre sino secreta y calladamente por medio de su gracia. Esta maravillosa analogía entre la manera de obrar de la Iglesia sobre la sociedad, y la manera de obrar de Dios sobre el hombre, es una prueba más de aquella inenarrable sencillez que Dios pone en sus medios, y de la inconcebible profundidad y extensión que Dios da á sus designios.

Dejando empero á un lado las observaciones importantes y curiosas á que daría ocasión el portento de esas analogías, por

no permitirlo los estrechos límites de una carta, me contentaré con observar que entre Dios y su Iglesia hay otra semejanza, que consiste en ser de tal condición que quieren ser violentados por el hombre. Ni Dios es conquistador sino de los que solicitados por su gracia le conquistan el Cielo, ni la Iglesia es conquistadora sino de los que, vencidos por su influencia, le conquistan violentamente su Santuario. Que las naciones cristianas entren la Iglesia á saco; que se vistan con sus divinos despojos; que coman todas del pan que ella amasa hasta saciar su hambre; que hasta saciar su sed beban todas en sus fuentes de aguas vivas: esto es lo que yo pido, y esto es lo que ella quiere, y esto es lo que yo entiendo por la dominación de la Iglesia.

Vengamos ahora á la acusación más acreditada y, desde cierto punto de vista, la más grave: consiste ésta en afirmar que aspiro á inculcar en los ánimos la necesidad de una restauración de la Edad Media.

En la Edad Media hay que considerar dos cosas: aquellos hechos, aquellos principios y aquellas instituciones que tuvieron su origen en la civilización propia de aquella edad, y aquellos hechos, aquellos principios y aquellas instituciones que, aunque realizados entonces, son la manifestación exterior de ciertas leyes eternas, de ciertos principios inmutables y de ciertas verdades absolutas. Yo condeno al olvido lo que instituyeron los hombres en aquella edad para que pasara con aquella edad y con aquellos hombres, y reclamo con instancia la restauración de todo lo que, habiendo sido tenido por cierto en aquella edad, es cierto perpetuamente.

El catálogo de lo que hay que dejar y de lo que hay que tomar en la Edad Media llenaría las páginas de esa *Revista*, y la demostración de la exactitud de aquel catálogo bastaría para ocupar anchamente algunos volúmenes. Siendo mi ánimo, al escribir esta carta, exponer más bien que demostrar mis doctrinas para evitar que se me atribuyan las que no tengo, bastará para mi propósito actual dar una idea sumaria de lo que en el orden político quisiera ver restaurado.

Una cosa llama poderosamente mi atención en la Edad Media, y es su tendencia constante, aunque cuasi siempre infructuosa, á constituir la sociedad, y á constituir el poder con arreglo á los principios que forman como el derecho público de las naciones cristianas, así como me espanta la tendencia de la sociedad actual á constituirse y á constituir el poder público con arreglo á ciertas teorías y á ciertas concepciones que llevarían á los pueblos, por rumbos desconocidos, fuera de las vías católicas. El resultado final de aquella dichosa tendencia fué la constitución de la Monarquía hereditaria: el resultado de la tendencia actual será infaliblemente la constitución de un poder demagógico, pagano en su constitución y satánico en su grandeza. El advenimiento de este poder colosal podrá ser retardado por la inconsecuencia de los hombres y por la misericordia divina; pero si la sociedad no muda de rumbo, su advenimiento en un porvenir no muy lejano, á pesar de los vientos contrarios que hoy reinan en Europa, me parece inevitable.

Yo me propongo decir algo de lo mucho que pudiera decir acerca de los opuestos principios que sobre la constitución del poder y sobre la constitución de la sociedad son como el alma de esas contrarias tendencias.

Hay una ley soberana que Dios ha impuesto á los mundos: en virtud de esa ley, es necesario que la unidad y la variedad que se hallan en el mismo Dios se hallen, de una ó de otra manera, en todas las cosas: por eso el conjunto de todas las cosas lleva el nombre de *Universo*, palabra que, descompuesta, quiere decir la unidad y la variedad juntas en uno. En la sociedad la unidad se manifiesta por medio del poder, y la variedad por medio de las jerarquías: y el poder y las jerarquías, así como la unidad y la variedad que representan, son cosas inviolables y sagradas; como que su coexistencia es á un mismo tiempo el cumplimiento de la ley de Dios y la fianza de la libertad del pueblo.

La Monarquía hereditaria, tal como existió en los confines

que separan la Monarquía feudal y la absoluta, es el tipo más perfecto y acabado del poder político y de las jerarquías sociales. El poder era uno, perpetuo y limitado: era uno, en la persona del Rey; era perpetuo, en su familia; era limitado, porque dondequiera encontraba una resistencia material en una jerarquía organizada. Las Asambleas de aquellos tiempos no fueron nunca un poder. Cuando la Monarquía, sin ser todavía absoluta, fué ya fuerte, fueron un dique, y nada más: en los tiempos de la flaqueza de los Tronos, fueron un campo de batalla. Los que han querido ver en ellas el origen de los Gobiernos parlamentarios, ignoran lo que es un Gobierno parlamentario, y no saben cuál es su origen. Lo que constituye la índole de ese Gobierno, y cuál sea su origen lo indicaré más adelante.

A esta Monarquía, que no vacilo en calificar como el más perfecto de todos los Gobiernos posibles, sucedió, en el orden de los tiempos, la Monarquía absoluta, y su advenimiento coincidió con dos sucesos memorables: con la restauración del paganismo literario y con la insurrección religiosa. La civilización moderna no podía venir al mundo bajo más tristes auspicios. Mirarla bien, y veréis que esa civilización no es otra cosa, en el orden religioso, político y moral, sino una decadencia constante.

La Monarquía absoluta tuvo de bueno que conservó la unidad y la perpetuidad del poder: tuvo de malo que suprimió ó despreció las resistencias y las jerarquías, y con esto la ley de Dios fué violada. Un poder sin límites es un poder esencialmente anticristiano, y un ultraje á un tiempo mismo contra la majestad de Dios y contra la dignidad del hombre. Un poder sin límites no puede ser nunca ni un ministerio ni un servicio, y el poder político, bajo el imperio de la civilización cristiana, no es otra cosa. Un poder sin límites es, por otro lado, una idolatría, así en el súbdito como en el Rey: en el súbdito, porque adora al Rey; en el Rey porque se adora á sí propio.

En las ruinas monumentales del Egipto no es raro hallar

juntas dos estatuas representantes de una misma persona: una de ellas está siempre en aptitud de adorar, y otra en aptitud de ser adorada. Eso significa que Ramsés Rey está en adoración de Ramsés Dios. Esas dos estatuas pudieran simbolizar nuestras monarquías absolutas si los hombres de nuestra edad tuvieran el genio simbólico de los egipcios. ¡Qué se puede esperar de una civilización que comienza por restaurar la de los Faraones, teniendo á la mano la Monarquía cristiana!

El parlamentarismo tiene su origen en una reacción contra la Monarquía absoluta. Yo no conozco en la Historia una reacción más funesta. La Monarquía absoluta, que es la negación de la Monarquía cristiana en una condición fundamental, es, sin embargo, la afirmación de esa misma Monarquía en dos de sus condiciones esenciales. El parlamentarismo la niega en su esencia y en todas sus condiciones. La niega en su *unidad*, porque convierte en tres lo que es uno con la división de poderes; la niega en su *perpetuidad*, porque pone su fundamento en un contrato, y ninguna potestad es inadmisibile si su fundamento es variable; la niega en su *limitación*, porque la trinidad política en que la potestad reside, ó no obra por impotencia, enfermedad orgánica que pone en ella la división, ú obra tiránicamente, no reconociendo fuera de sí, ni encontrando alrededor suyo, ninguna resistencia legítima. Por último, el parlamentarismo, que niega la Monarquía cristiana en todas las condiciones de su unidad, la niega también en su *variedad* y en todas sus condiciones por la supresión de las jerarquías sociales.

Esta supresión, en primer lugar, es un hecho: allí donde el parlamentarismo prevalece, luego al punto van desapareciendo todas las corporaciones y todas las jerarquías, sin dejar de sí ni rastro ni memoria. En segundo lugar, es un principio: en efecto, según la teoría parlamentaria, no cabe admitir influencia ninguna entre el Rey y las Asambleas deliberantes, sino la de los ministros, que son sus embajadores; ni entre el Parlamento y las muchedumbres, sino la del cuerpo electoral,

agregado arbitrario y confuso que se forma á una señal convenida y se descompone á otra señal, yaciendo sus miembros en dispersión hasta que vuelve á sonar la voz que les ordena juntarse.

Necesito repetirlo: yo no concibo una negación más radical, más absoluta, más completa de aquella ley que impone la unidad y la variedad á todas las cosas, y sus condiciones especiales á lo que es vario y á lo que es uno: así como no concibo una afirmación más bella y más robusta de aquella ley y de estas condiciones que la de la Edad Media, inspirada por el genio católico, cuando encontró la Monarquía cristiana en el término de su carrera afanosa.

Por lo dicho se ve cuán grande es el error de los que, comparando el parlamentarismo con el socialismo, creen que el último es una negación extrema, y el primero una negación mitigada. La diferencia entre el uno y el otro no está en el radicalismo de la negación, como quiera que ambos lo niegan todo, y lo niegan radicalmente: está en que, mientras que el uno lo niega todo en las esferas políticas, el otro lleva su negación á las regiones sociales.

A no considerar sino las apariencias y las formas, el parlamentarismo de nuestros días tiene modelos y antecedentes en todos tiempos y en todas partes. Los tiene en Inglaterra, en donde se gobierna todo por dos Cámaras de acuerdo con la Corona; y los tiene en los tiempos pasados en todas las naciones europeas, en donde el clero, la nobleza y las ciudades eran llamadas á deliberar sobre los intereses públicos. Pero si, dejando á un lado las apariencias y las formas, vamos derechamente á lo que esta cuestión tiene de íntimo y de profundo; si instamos para que estas formas, idénticas entre sí, nos revelen el espíritu que en ellas se esconde y que las anima, hallaremos que el parlamentarismo que prevaleció años atrás en el Continente es una cosa nueva en el mundo, sin que sea posible encontrar ni su antecedente ni su modelo en la Historia.

Si, comenzando por la Constitución británica, nos ponemos

á examinar, no sólo su organización exterior, sino también y principalmente su organismo interno antes de las últimas reformas, hallaremos que la división del poder careció allí siempre de toda realidad, no siendo sino una vana apariencia. La Corona no era un poder, ni aun parte constitutiva del poder: era el símbolo y la imagen de la Nación, la cual coronando al Rey se coronaba á sí misma: ser Rey no era allí ni reinar ni gobernar: era pura y simplemente recibir adoraciones. Esta aptitud pasiva de la Corona excluye de suyo la idea de poder y la idea de gobierno, incompatible con la idea de una perpetua inacción y de un perpetuo reposo. La Cámara de los Comunes no era otra cosa, ni en su composición ni en su espíritu, sino la hermana menor de la Cámara de los Pares. Su voz no era una voz: era un eco. La Cámara de los Pares era, con este modesto título, el verdadero, el único poder del Estado. La Inglaterra no era una monarquía, era una aristocracia, y esta aristocracia era un poder uno, perpetuo y limitado: uno, porque residía en una persona moral, animada de un solo espíritu; perpetuo, porque esa persona moral era una clase, dotada por la legislación de los medios necesarios para vivir perpetuamente; limitado, porque la Constitución y las tradiciones y las costumbres la obligaban á conformarse en la práctica á la modestia de su título.

Por lo dicho se ve que la nación inglesa reconoció siempre, en la práctica de su Constitución, las condiciones esenciales, y como esenciales divinas, del poder público; condiciones que van implícita ó explícitamente negadas por lo que en el Continente lleva el nombre de *Gobierno parlamentario*. Las reformas llevadas á cabo en la Constitución inglesa en estos últimos tiempos, son una verdadera revolución preñada de catástrofes. La Providencia, que se complace en confundir la sabiduría de los sabios y la prudencia de los prudentes, ha permitido que la Inglaterra sea conquistada por nuestro parlamentarismo en el momento mismo en que tenía por cierto que nos había conquistado por sus instituciones. Esta conquista de la Inglaterra

por el espíritu continental será el grande asunto de meditación de las generaciones futuras y de los historiadores venideros; á no ser que por un esfuerzo gigantesco del buen sentido, que ha prevalecido siempre en aquella hermosa y potentísima raza, logre expulsar de su territorio al enojoso huésped que se ha deslizado por sus costas.

Por lo que hace á las Asambleas que con diferentes títulos, aunque con igual objeto, se juntaron en la Edad Media para deliberar sobre los negocios públicos, es imposible encontrar en su original y pintoresca fisonomía ninguno de los rasgos que constituyen la fisonomía de nuestras Asambleas deliberantes.

En la Edad Media, considerada desde el punto de vista que nos ocupa, hay que distinguir dos períodos históricos: el primero, que es el más largo, es el del brote vigoroso, espontáneo, pero desordenado y confuso, de las grandes fuerzas sociales; el segundo es aquel en que estas fuerzas se subordinan las unas á las otras, y en que prevalecen definitivamente en la sociedad las naciones de la jerarquía, de la regla, de la justicia y del derecho. El primero de estos dos períodos históricos plantea y circunscribe un gran problema que intenta en vano resolver, y el segundo halla la solución del gran problema que venía ya circunscrito y planteado. El problema consistía nada menos que en averiguar el modo de hacer salir el derecho de la fuerza, transfigurándola en autoridad legítima. A este grande y único fin se enderezan los gigantescos esfuerzos de la sociedad en aquellos tiempos turbulentísimos.

La solución de este problema era por demás difícil y escabrosa en una edad en que, siendo muchas las fuerzas, aspiraban todas juntamente al principado. De aquí esas alianzas interesadas y efímeras, esas correrías devastadoras, esas depredaciones sangrientas, esas hostilidades sin resultado y sin término, esa inquietud, ese sobresalto general de todos los ánimos, esa inestabilidad de todas las condiciones y de todas las cosas. El Trono no es bastante alto para dominar al castillo feudal;

y mientras que el castillo feudal se viste de hierro para resistir al Trono, se apresta al pie de su colina, para combatirle y emanciparse, el humilde municipio. Dos medios había de salir de esta situación: vencer ó transigir, pelear ó entenderse. Esto explica por qué, vista la esterilidad de las contiendas, las gentes de aquella edad acudieron instintivamente al medio de las transacciones. Las Asambleas no fueron otra cosa sino medios de transacción, así como las guerras civiles no fueron sino medios de llegar á un resultado por medio de una victoria. Pero estaba escrito que todo debía salirles al revés de lo que pensaban; porque de las Asambleas, medio de transacción, salió frecuentemente la guerra; así como salieron frecuentemente las transacciones de las contiendas civiles, comenzadas y proseguidas con el intento de conseguir la victoria.

Viniendo á la comparación entre la índole y el espíritu y el propósito de las Asambleas de aquellos tiempos, y el propósito, el espíritu y la índole de las que hemos visto en los presentes, hallaremos, no sólo que son diferentes entre sí, sino que son de todo punto contrarias. En efecto, aparecen aquellas en unos tiempos en que la sociedad busca por todas partes un poder y no le encuentra, y los hombres no se reunieron en Asambleas sino para tentar este nuevo medio de encontrar lo que buscaban. En nuestros tiempos todo sucede al revés, porque la sociedad está gobernada por un poder anteriormente organizado y constituido, y los representantes del pueblo no se juntan sino para acabar con él por medio de una transformación que le destruye. En medio del desorden universal, la Edad Media se inclina infructosa pero constantemente, con una inclinación invencible, y como obedeciendo á la ley de la gravitación, hacia la constitución cristiana del poder, término de todas las tendencias legítimas, centro de todas las gravitaciones sociales. En medio del orden universal y del universal concierto, las sociedades modernas, como aquejadas de una secreta inquietud, y de un mal obscuro en sus causas, misterioso en su esencia y satánico en sus resultados, huyen como del tedio, del re-

poso; y abandonándose á la merced de todas las fuerzas centrífugas, buscan no sé qué centro, en no sé cuáles abismos. Consiste esto en que la Edad Media, aun en medio del desconcierto de todas las cosas, estaba dominada por el principio católico, mientras que las sociedades modernas, aun en medio del orden material, están dominadas por el espíritu revolucionario; aquél era el que sacaba, en la Edad Media, el bien del mal: éste el que saca, en la sociedad presente, el mal del bien; á aquél fueron debidas, en aquellos tiempos oscuros, todas las tendencias saludables: en éste tienen su origen todas nuestras tendencias destructoras. Uno y otro han dominado en estas dos grandes épocas con una dominación absoluta. Tan imposible hubiera sido reunir en la primera una Asamblea que por algún lado no fuera católica, como lo es en la segunda reunir una Asamblea que no sea revolucionaria por algún lado.

M. Alberto de Broglie me parece haber caído en una grande ilusión cuando propone al Catolicismo una alianza con la libertad, fruto hermoso, aunque un tanto acerbo, de la civilización presente. Su ilusión nace de dos errores: consiste el primero en creer que el Catolicismo y la libertad son cosas que, para estar juntas, necesitan de tratos y alianzas; consiste el segundo en creer que la civilización actual y la libertad son una misma cosa.

La verdad es que allí donde el Catolicismo domina el hombre es libre, y que el genio que preside al desarrollo y crecimiento de la civilización actual no es el genio de la libertad, sino el de las revoluciones. No niego yo que haya espíritus nobles y generosos, como aquel ilustre escritor, que levanten al Cielo sus protestas en nombre de la libertad vencida y humillada; pero afirmo que esos nobles adalides de una causa noble, pidiendo la libertad, piden á la civilización cabalmente lo que esta civilización repugna, y á su época lo que su época no puede darles. Dos veces han intentado establecerla: la primera, por medio de la iniciativa real; la segunda, por medio de la iniciativa parlamentaria. La revolución vino en 1830 á pedir cuenta á la Monarquía de todo lo que habia hecho, y mató á la

Monarquía, desterrando al Rey y á la familia del Rey. El 24 de Febrero, una demagogia frenética vino á pedir cuenta á la Cámara atónita de la iniciativa que había tomado.

Cuando veo á la Monarquía legítima entre la primera revolución y la de 1830, y á la Monarquía de Julio entre la revolución de 1830 y la de 1848, me pregunto á mí mismo si el que llama libertad á eso que está entre dos revoluciones no pronuncia el mismo despropósito que aquel á quien se le ocurriera llamar libre al hombre que va entre dos gendarmes. Gendarmes y revoluciones: eso es lo único que os ha dado, y eso es lo único que os prepara la época que llamáis vuestra y la civilización que admiráis.

Volviendo á anudar el hilo de mi discurso, diré que si entre las Asambleas modernas y las de la Edad Media, en su período anárquico, no es posible hallar ningún punto de contacto, ni relación de ninguna especie, es más imposible todavía hallar ningún género de semejanza entre las Asambleas que florecieron cuando el poder real estaba ya crecido y era robusto, y las Asambleas actuales. En efecto, su diferencia esencial salta á primera vista; las primeras no eran otra cosa sino una fuerza social; lo cual quiere decir que, consideradas en su relación con el poder público, que residía exclusivamente en el Rey, eran una resistencia orgánica y un límite natural contra su expansión indefinida. Las Asambleas actuales, que no siempre son ni una fuerza ni un límite, son siempre un poder en el Estado; y lo que es más y peor, un poder en lucha y concurrencia perpetua con otros varios poderes. Aquí la ilusión misma no es posible: buscar un género cualquiera de semejanza entre esas dos instituciones, me parecería un género muy singular de locura.

Y ahora pregunto yo: si nuestro parlamentarismo no tiene su origen ni en la Edad Media ni en el de la Gran Bretaña, ¿en dónde está su razón de ser, y en dónde tiene su origen?

Nuestro parlamentarismo tiene exclusivamente su origen en el espíritu revolucionario, que es el espíritu propio de la civilización moderna, ó, por mejor decir, es el espíritu revo-

lucionario mismo considerado en la primera de sus evoluciones. Esto sirve para explicar por qué va desde luego derechamente contra el poder, y por qué, para estar seguro de matarle, comienza por dividirlo.

No, el parlamentarismo no está inspirado por la libertad; si lo estuviera, buscaría la limitación del poder y tendría horror de su división, que es su aniquilamiento; si lo estuviera, respetaría en el poder su unidad augusta y su perpetuidad santa. Si el parlamentarismo fuera la libertad, respetaría las jerarquías sociales, esas robustas ciudadelas desde donde defienden contra los tiranos su libertad los pueblos libres. Pedir la libertad al parlamentarismo es pedírsela á la Revolución, y la Revolución no llevó nunca la libertad, hija del Cielo y consuelo de la tierra, en sus estériles entrañas.

Aquí tocamos al verdadero nudo de la cuestión; séame, pues, permitido entrar en algunas explicaciones que considero importantísimas, aun á riesgo de hacer cansada esta carta por sus desmesuradas dimensiones.

El parlamentarismo, suprimiendo las jerarquías, que son la forma natural, y por consiguiente divina, de lo que es *vario*, y quitando al poder lo que tiene de indivisible, que es la condición divina, natural y necesaria de lo que es *uno*, se pone en abierta insurrección contra Dios, en cuanto es creador, legislador y conservador de las sociedades humanas. En este estado de insurrección permanente, está obligado nada menos que á encontrar la solución de un gran problema de todo punto insoluble. El problema consiste en cambiar con sus esfuerzos la naturaleza intrínseca de las cosas, de tal manera que puedan sujetarse y se sujeten al imperio de las concepciones humanas, y que puedan substraerse y se substraigan al imperio de las leyes generales ordinarias, establecidas por la inteligencia divina. Su intento es una renovación, en el orden político y social, de la guerra de los titanes; guerra seguida del mismo fin y de los mismos estragos: en vano ponen para escalar el cielo un monte sobre otro monte, Osa sobre Pelión, Pelión

sobre Osa. El rayo tocará su frente antes que su mano impía pueda tocar sus cumbres.

He dicho que el problema es grande y que es insoluble. Su grandeza sirve para explicar la magnífica explosión de fuerzas intelectuales que se observa siempre en los Gobiernos parlamentarios. El hombre siente en ellos instintivamente que está solo, y que para no sucumbir necesita hacer prodigios: para salir adelante con su empresa es menester que sea á un tiempo mismo Dios y hombre: Dios, para mudar las cosas y sus leyes; hombre, para aplicar las nuevas leyes á las nuevas cosas. Es ley del mundo moral que la división engendre la discordia, y que la discordia vaya á parar á la guerra; el parlamentarismo trastornará el mundo moral, y sus condiciones y sus leyes: él hará la división, y ausentará en ella los tabernáculos de la paz por medio de una ley que Dios había olvidado, y que se llama la ley del equilibrio; la discordia pierde á un mismo tiempo su nombre y su naturaleza: se llamará la vida; y gobernada por los modernos taumaturgos, se transformará en movimiento ordenado y en agitación saludable. La supresión de las jerarquías sociales lleva consigo, según el orden establecido por Dios, la igualdad en la anarquía común ó la igualdad en la común servidumbre. De hoy más, todo sucederá de otra manera: el hombre, en vez de sacar lo semejante de lo semejante, lo análogo de lo análogo, lo idéntico de lo idéntico, sacará lo contrario de lo contrario. En virtud de esta nueva ley, sacará, de la igualdad que busca un mismo nivel, la libertad, que por ser una desigualdad y un privilegio busca distintos niveles. Dios había querido que los hombres pudieran escoger entre ser libres ó iguales; el hombre concebirá un intento más alto, y haciendo una enmienda á la obra imperfecta de Dios, hará á sus hermanos, de un golpe, iguales y libres.

Así como la grandeza del problema que se trata de resolver explica suficientemente el grandioso vuelo de las inteligencias en los Gobiernos parlamentarios, ese mismo vuelo grandioso de las inteligencias explica otros muchos fenóme-

nos. Bajo el imperio del parlamentarismo, el ingenio, instrumento de solución del gran problema, lo es todo, y lo demás no es nada; de aquí la idolatría del ingenio, en que van cayendo, una después de otra, todas las naciones. Supuesta esa idolatría, nada hay más puesto en razón sino que todos aspiren á ser ingeniosos para ser adorados; de aquí un espantoso desorden en las vocaciones individuales. Todos han de echar por un mismo camino, y todos han de ser los primeros en el camino por el que van todos.

Supuesto este orden de cosas, y este género de aspiraciones y de impulsos, véase aquí lo que sucederá infaliblemente. —Todas las cosas humanas pierden de súbito su aplomo y su equilibrio. En la misma proporción en que las inteligencias suben, los caracteres bajan; signo infalible de decadencia. Nadie sabe decir, en medio del general desequilibrio y del universal desconcierto, si el mundo está en guerra ó si hay paz en el mundo. Por un lado, hay demasiada agitación y demasiada inquietud para que ese estado de cosas merezca el nombre hermoso de paz; por otro, nadie puede divisar por parte ninguna aquel aparato bélico, aquellos ordenados tumultos, aquellos grandes movimientos y aquellas grandes evoluciones de gentes de armas que lleva consigo la guerra. El mundo está como en los confines de estas dos grandes cosas: sin estar en paz porque están inquietos los ánimos, y sin estar en guerra porque están los brazos quietos; está en un estado permanente de discordia y de disputa, la cual, sin ser la paz de los hombres, es la guerra propia de las mujeres; para ser la paz le falta lo que la paz tiene de envidiable y de augusto, la quietud inalterable de los ánimos, y para ser la guerra le falta lo que la guerra tiene de fecundo y de expiatorio, que es la sangre. El parlamentarismo, trasladando la guerra del campo de batalla á la tribuna, y de los brazos á los espíritus, la ha sacado de allí donde exalta y fortifica, para llevarla allí donde enflaquece y enerva. Dios ha dado siempre el imperio á las razas guerreras, y ha condenado á la servidumbre á las razas disputadoras.

„personaje más corrompido y más corruptor de esta sociedad
„es la clase media que nosotros representamos, señores; en
„esta clase hay voces de alabanza para todos los fuertes; de
„ahí salieron aquellas grandes voces que decían á la Milicia
„Nacional; eres benémerita; y después á la Constitución de
„Cádiz: eres sacrosanta; y luego al Duque de la Victoria:
„eres heróico, y ahora al Duque de Valencia: eres invicto. La
„idolatría parece ser la religión natural de todas las muche-
„dumbres, señaladamente de aquellas que han sido corrompi-
„das por las revoluciones; en España lo han sido tanto, seño-
„res, yo apelo á vuestras conciencias, que, —la corrupción
está en todas partes; nos entra por todos los poros; está en la
atmósfera que nos envuelve; está en el aire que respiramos.
Los agentes más poderosos de la corrupción han sido siempre
los agentes primeros del gobierno; en las provincias, éstos han
sido los agentes más activos de la corrupción, los compradores
y vendedores de las conciencias. ¿Quién no ha visto lo que ha
pasado en España, desde que estalló la revolución hasta hoy?
Cuando los gobiernos han sido débiles, sus principales agentes
se han pasado en tropel hasta los reales de la insurrección vic-
toriosa; cuando los gobiernos son fuertes, ó cuando se cree que
lo son, entónces para sacar airoso al gobierno atropellan todo
cuanto se les pone por delante.

Recordad si no, señores, los pasados pronunciamientos. To-
davía me figuro ver pasar delante de mis ojos aquella proce-
sión de generales y jefes políticos con las manos llenas de in-
cienso para quemarlo en los altares de las juntas revoluciona-
rias. Pues volved los ojos hacia lo que pasa ahora. Pensad en
algunos de los escándalos, que son públicos y notorios, ocurri-
dos en las últimas elecciones. No los creáis á unos ni á otros
cuando se llamen enemigos: no son enemigos, son hermanos
los de las elecciones y los de los pronunciamientos: Dios ha
puesto en todos las mismas inclinaciones y hasta la misma fiso-
nomía: todos han hecho el juramento heroico de sacrificarse
por el vencedor: todos han hecho pacto con la fortuna: todos

son amigos de la victoria: todos son adoradores del sol: todos miran al Oriente.

„Tan triste es, señores, y tan vasto el cuadro de esta
„corrupción universal. Si queréis subir conmigo hasta el ori-
„gen misterioso de este síntoma de muerte, le hallaréis, por una
„parte, en la decadencia del principio religioso; y por otra, en
„el desarrollo del principio electivo. El principio electivo es
„cosa de suyo tan corruptora, que todas las sociedades civiles,
„así antiguas como modernas, en que ha prevalecido, han
„muerto gangrenadas; el principio religioso es por el contra-
„rio un antipútrido tan excelente, que no hay corrupción que
„resista á su contacto: por eso no hay noticia de que haya
„muerto por corrupción ninguna sociedad verdaderamente ca-
„tólica. La virtud contradictoria de uno y de otro principio en
„ninguna parte se echa más de ver que en los institutos monás-
„ticos: la fuerza corruptora del principio electivo es tan pode-
„rosa, que aun en aquellas santas Congregaciones introdujo
„cábalas é intringas: la virtud del principio religioso es tan so-
„berana, que aun aquellos institutos gobernados por el princi-
„pio electivo se conservaron más puros y más sanos que todas
„las sociedades civiles. Todos vosotros habéis oído hablar de la
„corrupción monástica: todos vosotros la habéis creído tal vez.
„Pues bien: sabed que la historia que os han enseñado, es uua
„conspiración permanente contra la verdad, y la santificación
„de la calumnia. Sin duda, señores, los institutos monásticos
„han tenido sus épocas de crecimientos y sus épocas de deca-
„dencia, como todas las instituciones que tienen algo de huma-
„nas: pero sabed que aun en sus épocas de decadencia podían
„servir de modelo á las sociedades civiles más esclarecidas y
„excelentes.

„Esto supuesto, el gran problema de gobierno que los mi-
„nistros han debido resolver, es el siguiente: dar tales creci-
„mientos al principio religioso, que quede neutralizada la
„fuerza corruptora del principio electivo. Problema es este,
„que no sólo no ha sido resuelto, pero que ni ha sido planteado.

„siquiera por los ministros de la corona: digo más; ahora mismo creo leer en su pensamiento: estoy seguro de que si no temieran interrumpirme, me preguntarían todos á la vez: ¿Qué tiene que ver la Religión con las elecciones? ¿Qué tiene que ver? Tiene que ver tanto, que las elecciones nos matarán, si la religión no purifica las elecciones: tiene que ver tanto, que si dejan á un lado el principio religioso, no podrán ni atajar ni curar la corrupción que engendra el principio electivo, sino con el cauterio y con la sangre. No atribuyáis, señores, á vano antojo esto de traer la religión en todas las cuestiones políticas: no soy yo el que la traigo; es ella la que se viene: no me acuséis á mí; acusad más bien á la naturaleza misma de las cosas. ¿Soy yo por ventura la causa de que toda cuestión política se resuelva, en último resultado, en este último dilema: la Religión ó las revoluciones; el catolicismo ó la muerte?„

Señores, yo no necesito volver á decir, porque lo he dicho ya, que no creo que el ministerio es el único culpable de esta situación. Esta es una situación revolucionaria, que ha sobrevivido á la revolución: el ministerio, sin embargo, es culpable hasta cierto punto, porque alienta esta corrupción con la impunidad en que deja á sus agentes; y además es culpable por su silencio. En España, en esta sociedad desventurada, porque desventurada debe llamarse después del cuadro que acabo de describir, no solamente los sentimientos están corrompidos, sino que también están pervertidas las ideas.

Por de contado, señores, desde luego me atrevo á afirmar que en ninguna época de nuestra historia el nivel de las inteligencias ha estado en España más bajo. Yo en mi discurso no puedo demostrar, porque es imposible, que son falsas todas las ideas capitales que dominan en este momento; pero desde luego me comprometo á demostrar, de palabra ó por escrito, ó de cualquier modo que sea, que la proposición política que escojan mis adversarios como más averiguada, como más cierta, es una proposición falsa de todo punto.

Un síntoma, señores, de que están pervertidas en una so-

ciudad todas las ideas, es cuando todos los partidos, todas las escuelas políticas van á su perdición por el mismo camino que ellos han abierto para salvarse.

“Pues eso, señores, es cabalmente lo que sucede entre nosotros, para demostraros esta verdad, os propondré, entre mil, dos ejemplos.”

Todos los partidos alternativamente dominantes en España, han creído que eran necesarias grandes garantías contra los abusos del poder. De estas garantías, unas son vanas, y otras absurdas. Voy á hablar de una que es vana y absurda, y además contraproducente. Aquí se ha invocado constantemente el principio de responsabilidad ministerial; pues bien, ese principio que todos los partidos han proclamado en España, es la única causa de la arbitrariedad y de la tiranía ministerial de que los partidos se quejan. Hay una lógica que hace que las consecuencias salgan de suyo y necesariamente de su principio, sin que nadie las proclame y sin que las saque nadie. Decidme, los que os quejáis de la arbitrariedad ministerial, arbitrariedad que yo reconozco: ¿qué responderíais, sobre todo, los que os sentáis en aquellos bancos, si yo fuera ministerio y os dijera: “Vosotros habéis proclamado el principio de la responsabilidad, y de hecho me declaráis responsable de todo lo que pasa en el último ángulo de la monarquía. Pues bien, yo acepto vuestros principios; aceptad sus consecuencias. Sus consecuencias son las que siguen: A una responsabilidad universal corresponde un poder absoluto; porque poder absoluto y responsabilidad universal son cosas correlativas, forzosamente correlativas. Un poder absoluto, para que sea, es menester que sea un poder expedito; y para que sea expedito, es menester que no encuentre resistencias. Antes, señores, había corporaciones unidas por el vínculo del amor; unidas por el vínculo de la Religión; estas corporaciones oponían un dique á todo despotismo que quisiera levantarse en la nación; esas corporaciones resistentes no son compatibles con mi responsabilidad, no son compatibles con la expedición que necesito como ministerio

responsable; dejadme acabar con ellas. El nombramiento de todos los empleados públicos es un instrumento gigantesco de corrupción, pero no importa; si no nombro á todos los empleados, no puedo ser responsable: si exigís mi responsabilidad, dadme el nombramiento de todos los empleados. La vida local, la vida municipal, la vida provincial pueden ser cosas buenas y excelentes; pero si yo soy el responsable de todo, sólo yo he de vivir para hacerlo yo todo. Por consiguiente, centralización y centralización apoplética, centralización absoluta. Todos los expedientes han de venir al Ministerio, todo el oro ha de venir al Tesoro público. Estas son consecuencias necesarias. Por consiguiente, si me acusáis de arbitrariedad, yo os respondo que vosotros sois los que me habéis hecho arbitrario, imponiéndome una responsabilidad que supone en mí y que me confiere un poder absoluto.»

Nada, señores, parece más fácil, y nada es más difícil que proporcionar los medios á los fines. ¿Qué se quiere? ¿Se quiere que el ministerio tenga un poder prudente, y nada más que prudente, limitado, y nada más que limitado? Pues no declaréis á los ministros responsables: pues qué, ¿no han sido siempre responsables por las leyes del reino todos los ministros, sin necesidad de vuestras solemnes declaraciones? ¿Queréis más? ¿Queréis que los ministros, esos gigantes que os asustan, no sean más que pigmeos? Pues, señores, el remedio está en la mano; declaradlos inviolables. Desde el momento en que los declaréis inviolables, no son nada, sino unas nulidades magníficas, sentadas en ese magnífico banco.—

“Vengamos al segundo ejemplo: el segundo ejemplo, le tomaré del periodismo. La libertad de imprenta ha sido proclamada, señores, para asegurar tres grandes principios; de los cuales el uno interesa á los individuos, y los otros dos á la sociedad: el que interesa á los individuos, consiste en el derecho que todo hombre tiene de comunicar á los otros lo que piensa: los otros dos consisten en el derecho que tiene la sociedad á que entren en liza y en discusión todos los pen-

„samientos, todas las teorías, todos los sistemas; y en el dere-
„cho que esa misma sociedad tiene de que se dé publicidad á
„todo lo que interesa á los pueblos. El periodismo es la insti-
„tución consagrada á ser la garantía y la realización de aquel
„derecho individual y de estos derechos sociales. Pues bien,
„yo voy á demostraros, que esa institución destruye todo lo
„que tiene encargo de conservar; que es un medio contra-
„dictorio con su fin; y que para ser lógicos, ó habéis de re-
„nunciar á vuestros fines, ó habéis de renunciar á vuestros
„medios.

„En primer lugar, el periodismo ha hecho imposible en la
„práctica el derecho que todo español tiene de publicar sus
„pensamientos por medio de la prensa; y esto, señores, por
„medio de una combinación verdaderamente diabólica: por
„una parte, matando á los libros; y por otra, substrayendo los
„periódicos á la fortuna individual de todos los españoles que
„no sean muy ricos. Hoy día, señores, un español que no sea
„millonario, no puede escribir un periódico, ni publicar un li-
„bro: para el periódico no tiene dinero; y para el libro no en-
„cuentra lectores. Resulta de aquí que hoy día, para publicar
„su pensamiento, los españoles necesitan transformarle de in-
„dividual en colectivo: sólo los partidos tienen libertad; los
„españoles no la tienen. Ahora bien, señores, considerad una
„cosa: que eso será bueno ó malo; pero malo ó bueno, no es
„lo que habéis querido vosotros, no es lo que ha querido el le-
„gislador, no es lo que ha querido la ley: ni la ley, ni el legis-
„lador ni vosotros conocéis á los partidos, sino á los españo-
„les, considerados individualmente: la libertad que la Consti-
„tución apetece, no es la de los partidos, á quienes no conoce,
„sino la de los ciudadanos: pues ésta precisamente es la que
„el periodismo ha hecho de todo punto imposible.

„Vengamos al principio de la publicidad: en este punto,
„señores, la institución del periodismo es tan absurda, consi-
„derada como el medio de alcanzar aquel fin, que su absurdi-
„dad salta á los ojos. Lejos de ser el periodismo un medio de

„revelar á todos lo que deben saber, es el medio más eficaz
„que han podido inventar los hombres para ocultar lo que todo
„el mundo debe saber, y lo que todo el mundo sabe. Esta, se-
„ñores, es una cuestión de buen sentido y de buena fe: yo
„apelo á vuestra buena fe y á vuestro buen sentido, y os con-
„juro á que me digáis si no es cierto que el único medio que
„tenéis de saber la verdad, es echaros á la calle para pregun-
„tarla á vuestros amigos y conocidos; y si el único medio que
„tenéis de ignorarla, no es leer los periódicos. Hay más, se-
„ñores: existe en la sociedad una gran institución consagrada
„á transmitir de un lugar á otro lugar, de una persona á otra
„persona un secreto inviolable: esta institución es la de la
„correspondencia privada. Pues bien, señores: admirad con-
„migo un contraste sorprendente: la institución que han in-
„ventado los hombres en el interés de la publicidad para ha-
„blar de las cosas públicas, es cabalmente la que sirve para
„revelar todos los secretos domésticos; y la que han inventado
„para transmitir los secretos domésticos, es la única que sir-
„ve para ponernos al corriente de las cosas públicas. ¿Queréis
„saber lo que pasa en París? Pues tenéis que leer las cartas
„particulares que de allí vienen. ¿Quiéren, en cambio, saber
„en las provincias lo que pasa en lo íntimo de nuestros hoga-
„res? Pues que cojan uno de nuestros periódicos, que lean la
„*gacetilla de la capital*, y ya saben de nuestras propias casas
„tanto como nosotros mismos... Señores: yo me pregunto, y
„os pregunto á vosotros, ¿adónde va la sociedad, adónde va
„el género humano, que así ha confundido todas las nociones,
„y así ha cambiado todos los frenos?

„Por último, el periodismo se ha inventado en un interés
„de discusión: pues bien, señores, nada hay más fácil de de-
„mostrar sino que el periodismo y la discusión son cosas in-
„compatibles: y digo que son incompatibles, porque á nadie
„puede parecerle verdadera discusión la que entablan diaria-
„mente entre sí algunas docenas de periodistas. La discusión
„para que sea provechosa, ha de existir en mayor escala, y ha

„de alcanzar más grandes proporciones; se ha de transmitir
„de los que escriben á los que leen; importa poco que discutan
„los que escriben, si no discuten al mismo tiempo sus lectores.
„Ahora bien, señores, ¿qué es lo que sucede con el periodis-
„mo? Sucede que cada uno lee el periódico de sus opiniones;
„es decir, que cada español se entretiene en hablar consigo
„propio. La discusión perpetua es un perpetuo diálogo; y el
„periodismo, consagrado á mantener perpetuamente vivo ese
„diálogo en la sociedad, da precisamente por resultado un
„monólogo perpetuo. ¿Queréis saber lo que es un periódico?
„Pues un periódico es la voz de un partido, que está siempre
„diciendo á sí mismo: santo, santo, santo.”

Ya lo veis, señores: todo lo que tenéis por mentira, es verdad: todo lo que tenéis por verdad, es mentira. Ved si tengo razón, cuando os digo que nuestra inteligencia está tan depravada como nuestro corazón, y nuestras ideas tan corrompidas como nuestros sentimientos.

Señores: la anatomía que he hecho de estos principios, pudiera hacerla de todos: todos son falsos; científicamente absurdos. El deber de los Gobiernos, cuando ven el absurdo, es combatirlo como puedan.

Ahora, después de haber argumentado yo en nombre del Gobierno contra sus adversarios, argumento en nombre mío propio contra el Gobierno, y le digo: “Tú has tenido razón en medir por tu responsabilidad tu poder. Pero yo vengo ahora á medir tu responsabilidad por tu omnipotencia. Puesto que lo puedes todo, respóndeme de todo. La Reina oye tus consejos y los sigue; los electores acogen tus candidatos y te los envían, las Cortes acogen tus proyectos y los aprueban; en España nadie enseña una idea si no tiene el título de maestro; y nadie tiene ese título sino se le das tú. Respóndeme de los malos sentimientos, respóndeme de las ideas corruptoras; que nada hay más puesto en razón, sino que tu responsabilidad iguale á tu omnipotencia.”

Dos palabras sobre el sistema financiero de los ministros.

Señores: en estas cuestiones nadie pone sino lo que tiene; nadie tiene sino lo que Dios le da: á otros Dios les ha dado ciencia, y han puesto aquí su ciencia: yo lo que puedo poner, es una sola palabra, un poco de claridad, y un grano de buen sentido. Yo concibo, vistas las explicaciones que han mediado, dos grandes sistemas financieros. Hay hombres que, puestos los ojos en nuestras antiguas glorias, en nuestro antiguo poderío, y viendo con vergüenza y hasta con indignación el estado prostrado y abatido que presentamos, exclaman: "Es necesario volver á esa gloria, á ese poder; y para eso es necesario gastar mucho, y debemos gastar mucho: que cuando gastemos mucho, seremos ricos; porque á la riqueza se va también por el camino de la gloria." Hay otros que, poniendo los ojos en el sufrimiento del pueblo, y yendo de casa en casa á presenciar la miseria de los desgraciados contribuyentes, olvidando todo lo demás, dicen: "Somos pobres, muy pobres: son necesarias economías." Estos son los dos puntos de partida de los dos grandes sistemas que han combatido aquí el uno contra el otro. ¿Cuál de estos dos sistemas es el sistema del ministerio? Los dos y ninguno. ¿Se levantan aquí los amigos de las economías, pidiéndolas para el pueblo? Pues bien: luego al punto el Gobierno se levanta contestando: "¿Pues quién hace más economías que yo? Ahí tenéis 40 millones de economías."

¿Se levantan los que sólo miran á las glorias nacionales y al poder nacional; los que creen que se debe gastar mucho? Luego al punto el ministerio se levanta á su vez, y dice: "Pues si cabalmente ese es mi fuerte; ahí tenéis 300 millones de déficit."

Así, señores, este ministerio fluctúa entre inclinaciones diversas; este ministerio es como la péndola del reloj, que oscila, pero no anda. ¿Y qué diré del tino que el ministerio tiene en esto de gastar y en esto de ahorrar? Para pintar su tino, debo decir lo que se ha dicho ya, pero que es necesario repetir, porque es la verdad ¿Qué se ha de decir de un gobierno que cree que debe gastar en un teatro, y que cree que debe ahorrar

en lo que se debe al culto y al clero? ¡Al culto y al clero, señores! Por cuanto hay en el mundo, no hubiera querido ser yo el hombre que hubiera firmado esa economía, que hubiera sancionado esa rebaja. El clero, que se muere de hambre: el culto, que está sin esplendor; los Seminarios, que no están nacidos siquiera: los templos, que se arruinan; ¿qué es esto? ¿En dónde estamos, señores?

Se extrañará tal vez que vuelva á hablar del teatro; se extrañará, y se extraña hasta con razón, que este nombre venga tan á menudo á los labios de los diputados. Los mismos que lo pronuncian, no saben quizá por qué: yo lo sé, y voy á decirlo. Se pronuncia tanto la palabra teatro, señores, porque el teatro que el ministerio ha levantado, y la situación á que el ministerio nos ha traído, son una misma cosa; porque no puede hablarse del teatro sin pensar en la situación, ni hablarse de la situación sin pensar en el teatro. Y esto también tiene una explicación, y una explicación que convencerá á todos los que me escuchan. Señores, no hay período histórico ninguno, que no esté, digámoslo así, simbolizado en un monumento. Si no temiera engolfarme en tiempos antiguos, recordaría aquí la historia de muchos imperios, y probaría esto, señores, como la luz del medio día. Pero me basta sólo hablar de nuestra España, y recordar aquí la dinastía austriaca, de que hablé al principiar mi discurso. ¿Cuál es el primer período, de esta dinastía? En el primer período, la monarquía lo eclipsa todo, y hasta el principio religioso, á pesar de que era tan poderoso en aquel tiempo en España. ¿Y cuál sería el monumento que simbolizara más esa situación? Ciertamente, señores, que sería un palacio.—En el período de los Felipes, en ese período en que el fundamento del principio religioso se eleva hasta sobre el principio monárquico, con ser tan poderoso en España ese principio, ¿cómo se simbolizaría el pensamiento dominante de la monarquía española? Se simbolizaría en un convento.—¿Cómo se simbolizaría esta misma monarquía, en tiempo de Carlos II? ¿Qué era el Trono? ¿Qué era España? Un sepulcro.—

Pues bien, señores, todas estas tres cosas están simbolizadas en el Escorial; el Escorial es á un tiempo mismo, un palacio, un sepulcro y un convento. El Escorial es la historia, escrita con piedra de granito, de la monarquía austriaca.

Pues bien, nuestra historia actual, nuestra situación actual están simbolizadas en el teatro de Oriente: en ese monumento elevado sólo para los goces materiales.

Señores: yo quiero suponer por un momento que el gobierno es tan dichoso como lo apetece, y como apetezco yo mismo, en todas sus empresas; yo supongo que el gobierno ha levantado esta nación ya al poder y la gloria que tanto le sonríe; yo le doy todo lo que ambiciona para España; yo supongo que tiene todos los ejércitos del autócrata de las Rusias y todas las escuadras de la Grán Bretaña; yo le doy además, para mantener tan alto nombre y tan alta gloria y tan grandes escuadras y tan poderosos ejércitos, todo el oro que crían las arenas del Perú y las de las Californias. Pues bien, señores; después de tener todo eso, todavía yo afirmo y aseguro que todo su poder vendrá al suelo estrepitosamente, si esta nación sigue corrompida en sus sentimientos y pervertida en sus ideas; todavía digo que esta sociedad tan opulenta, tan esplendorosa, tan grande, será entregada al exterminio: que nunca han faltado, para los pueblos corrompidos, ángeles exterminadores.

Señores, no hay que hacernos ilusiones; el porvenir es triste, y hasta cierto punto pavoroso; yo puedo, sin estar dotado de espíritu de profecía, haceros ver vuestro porvenir en una historia pacada.

Hubo un rey en una nación que, no sé si para nuestra fortuna ó para nuestro escarmiento, Dios ha hecho nuestra vecina. Ese buen rey era, señores, por su prudencia y su sabiduría, como el Ulises de las dinastías europeas. El mundo, en una edad más sencilla, más dichosa, le hubiera llamado Luis Felipe el Bueno, el Pacífico, el Clemente. Los hombres de la Francia, poniendo en él sus propios vicios, le llamaron el egoísta, el avaro. Ese rey subió al poder por una grande revolución, que

había venido detrás de otras muchas revoluciones y trastornos, que habían conmovido toda aquella sociedad hondamente, y habían pervertido sus sentimientos, sus ideas y sus costumbres. Sintióse flaco, porque no era legítimo, para poner un dique á esta corrupción universal, y para levantar un muro contra aquel diluvio de errores, acometió empresas que le parecieron más fáciles. La empresa que acometió, fué la de restablecer el orden material, y la de dar impulso á los intereses materiales. Ningún príncipe, señores, ha sido más dichoso en sus empresas: á los pocos años, era rey pacífico de Francia, sin que turbase su sueño el más imperceptible rumor de las pasadas y ya vencidas insurrecciones. Pocos años después, el comercio, la industria, todos los intereses materiales tuvieron crecimientos inauditos. Entretanto, señores, su gobierno era un gobierno que tenía toda la confianza de la corona, que tenía la adhesión de los electores, tenía el apoyo de las Cámaras, tenía la obediencia de la fuerza pública, tenía, por fin, la simpatía y la amistad de todos los gabinetes de Europa.

Pero, señores, al propio tiempo que todas esas cosas pasaban en el orden material, paralelamente á este movimiento iba creciendo, levantándose, difundiéndose por todas partes el desorden moral, la corrupción que todo lo disuelve, y el error que todo lo envenena. Un día hubo en que estas dos fuerzas contrarias llegaron á la vez á su apogeo. Entonces, señores, se planteó por sí misma, sin que la planteara nadie, como la planteo yo aquí, se planteó, digo, por sí misma esa gran cuestión, siempre antigua, y siempre nueva, que consiste en averiguar si la sociedad está más segura y más fuerte cuando se apoya en el orden material ó en el orden moral, en la virtud ó en la industria. La Francia, señores, en mala hora, resolvió este problema en el sentido de la industria y en el sentido del orden en las calles: cada paso que daba en esta senda, era un paso que daba lejos de su Dios; y cada paso que daba lejos de su Dios, era un paso que daba hacia la boca del abismo. Dios la alcanzó cuando llegaba á su boca; Dios la alcanzó el 24 de

Febrero, el día de la grande liquidación, el día de los grandes anatemas. ¿Qué sucedió entonces, señores? ¿Qué sucedió? Que ese pueblo desvanecido con su poder, embriagado con su riqueza, loco con su industria, vió abismarse juntamente su industria, su poder y su riqueza en el gran diluvio republicano. Todo, señores, todo acabó allí; el gran pueblo y el gran rey: el obrero y su obra.

Vea el Congreso adonde van á parar las cosas cuando tan sólo se mira á los intereses materiales; los pueblos que les rinden culto, se quedan, señores, en la indigencia; se quedan sin nada: sin los morales, porque los rechazaron; sin los materiales, porque la revolución se les quitó.

Pues bien, señores, volved los ojos á esta nación sin ventura: ved los trances por donde ha pasado, el trance en que está y el trance que le aguarda.

La Reina legítima de España (y cuenta, señores, con esta palabra, porque esta palabra va á servir de acusación al ministerio), la reina de España fué declarada mayor de edad después de un gran levantamiento que había sucedido á grandes trastornos y á grandes revueltas: desde entonces acá, casi unos mismos hombres han gobernado esta nación; éstos se creyeron flacos, á pesar de que obraban en nombre de la legalidad, se creyeron flacos para atacar de frente la corrupción y la perversión de las ideas, fruto amargo de las revoluciones. ¿Qué se propusieron los ministros de la reina legítima de España? Desconfiaron de sí, como si no obraran en nombre del alto y poderoso prestigio de una Reina legítima; desconfiaron de sí, y no se propusieron otra cosa, sino sacar á salvo del naufragio universal el orden material y los intereses materiales. Y fuerza es confesar que en esto fueron también dichosos á su manera: en poco tiempo vencieron cuatro insurrecciones formidables: la de Galicia, la de Madrid, la de Sevilla y la de Cataluña.

Vencida la insurrección aquí como allá, una fiebre industrial y mercantil incendió nuestra sangre que, tanto como española, es sangre africana; el ministerio, en vez de comba-

tir este ataque de fiebre violenta, se dejó dominar él mismo por la furiosa calentura, y al tiempo mismo que recibía, propagaba el contagio. Entretanto la corrupción y el error fueron creciendo y propagándose lenta y calladamente. Hoy día, señores, todas esas cosas, corrupción, error, fiebre industrial, han llegado á su apogeo.

Ahora pregunto yo: ¿cuál será el desenlace? ¿Cuál será el fin? Yo no lo diré: que me falta el corazón y el ánimo para ello; pero ya lo adivinan sin duda con pavor los señores diputados. Una objeción, sin embargo, puede oponerse. En Francia, se dirá, había detrás del Trono falanges socialistas, y en España no las hay. Y ¿qué diríais, señores, si os asegurara yo (y ¡ojalá sea desmentido por la experiencia!), que el país del socialismo no es la Francia, sino España? No olvidemos, señores, que aquí, cuando manda un partido, no parece sino que él sólo vive, y que á ninguno de los demás se le encuentra por la calle; y, sin embargo, cuando el partido vencido sube al poder, parece que lo llena todo, que lo ocupa todo, que él solo vive en España; así no es extraño que no veamos á los socialistas; pero escuchad y meditaad sobre lo que voy á deciros.

El socialismo debe su existencia á un problema, humanamente hablando, insoluble. Se trata de averiguar cuál es el medio de regularizar en la sociedad la distribución más equitativa de la riqueza. Este es el problema que no ha resuelto ningún sistema de economía política. El sistema de los economistas políticos antiguos iba á parar al monopolio por medio de las restricciones. El sistema de los economistas políticos liberales va á parar al mismo monopolio por el camino de la libertad, por el camino de la libre concurrencia, que produce fatal é inevitablemente ese mismo monopolio. Por último, el sistema comunista va á parar al mismo monopolio por medio de la confiscación universal, depositando toda la riqueza pública en manos del Estado. Este problema, sin embargo, ha sido resuelto por el catolicismo. El catolicismo ha encontrado

su solución en la limosna. En vano se cansan los filósofos; en vano se afanan los socialistas; sin la limosna, sin la caridad, no hay, no puede haber distribución equitativa de la riqueza. Sólo Dios era digno de resolver ese problema, que es el problema de la humanidad y de la historia.

Después de la revolución de Febrero, los comunistas que se reunían en el Luxemburgo á las órdenes de Luis Blanc, con un instinto seguro, como lo tienen todos los partidos cuando se trata de sus negocios, pidieron un ministerio especial, que resolviera este problema inmenso; porque decían, y en esto no andaban errados: "Un problema tan grande necesita tener un ministerio especial que le resuelva." Su error, empero, consistió en creer que ese ministerio no existía, y ese ministerio no estaba vacante: ese ministerio venía desempeñándose diez y nueve siglos ha, por la Iglesia católica.

La Iglesia, señores, es admirable para todo; pero lo es principalmente para servir de medianera entre los pobres y los ricos, por participar de la naturaleza de los unos y de los otros: participa de la naturaleza de los pobres, porque no tiene nada suyo, y todo lo recibe por amor de Dios; participa de la naturaleza de los ricos, porque los ricos, en otras edades, por amor de Dios, se lo dieron todo. Y ¿qué cuenta ha dado la Iglesia de ese santo, de ese incommunicable ministerio? Juzgado vosotros por vosotros mismos, señores. En la gran clase menesterosa, hay una zona superior, una zona media y una zona ínfima; como en las clases superiores, hay una aristocracia, hay una clase media, hay una plebe; la aristocracia de la miseria está compuesta de colonos; la clase media, de obreros; la plebe de mendigos. Pues bien, la Iglesia dió á cada una lo que cada una necesitaba: á los colonos les dió tierras y los hizo propietarios; para los obreros sembró de monumentos la Europa; para los mendigos tuvo pan, y á ninguno dejó morir de hambre.

En donde más resplandeció la caridad de la Iglesia, fué, señores, en España. España ha sido una nación hecha por la

Iglesia, formada por la Iglesia para los pobres: los pobres han sido en España reyes. Los que eran colonos, tenían tierras perpetuamente con un censo ínfimo, y eran, en realidad, propietarios. Todas las fundaciones piadosas que había en España eran para los pobres. Los jornaleros tenían con qué dar pan á sus hijos con los jornales que ganaban en los gloriosos y espléndidos monumentos de que está llena la España. ¿Qué mendigo no tenía un pedazo de pan, estando abierto un convento?

Pues bien, señores: la revolución ha venido á trastornar todas las cosas: con el despojo de la Iglesia subió la renta de la tierra; con la supresión del diezmo hubo una nueva y más alarmante subida. De esta manera, el movimiento de ascensión que imprimió el catolicismo á las clases menesterosas, ha sido convertido por la revolución en un movimiento contrario, en un movimiento descendente: los colonos, oprimidos por la renta enorme que pagan, pasan en tropel, de la clase á que pertenecen, á la clase media de los obreros. Los obreros á su vez, con el gran aluvión de colonos que les viene, van pasando continuamente á la plebe, compuesta de mendigos: los mendigos, por último, acaban sus días de miseria y de hambre. ¡Ved ahí, señores, por un lado, la obra de la revolución: por otro, la obra de la Iglesia!

Las cosas entre nosotros han venido hoy á punto que la sociedad, antes unida en unión santa y dichosa, está dividida en dos clases, de las cuales la una puede llamarse vencida y la otra vencedora; aquélla, que ha sido favorecida por la suerte, tiene por divisa y por lema: "Todo para los ricos." ¿Cómo queréis, señores, que esta tesis no engendre su antítesis, y que la clase vencida no exclame á su vez en son de guerra: "¡Todo para los pobres!" Hay, pues, señores, entre las clases de la sociedad (y el gobierno ni lo sospecha siquiera, ni lo ha estudiado siquiera, aunque tiene la obligación de estudiarlo y saberlo), hay, digo, entre todas las clases de la sociedad una guerra latente, que en el estado contagioso que tienen ciertas ideas

DRESDE, 23 de Agosto de 1849.

Mi querido Conde : Estoy aún en Dresde, donde permaneceré mientras el cólera continúe sus estragos en Berlín.

Recibí anteayer vuestra carta con las noticias que contiene relativas á la crisis ministerial. Me parece que preveo ya el resultado, aunque nada haya de cierto todavía.

Si Mon y Pidal salen—del primero no soy amigo,—podéis estar seguro que su salida equivale á una derrota. El partido dominante se dividirá por completo y nadie podrá prever cómo irán las cosas ni quién mandará. Vos, querido Conde, que estáis dotado de tan eminentes cualidades, sabéis que en el fondo, y á pesar de las apariencias, él ¹ no es hombre de principios. Nadie puede decir si nos salvará ó nos perderá ; pero puedo afirmar que es igualmente capaz de salvarnos y de perdernos, y cuando dos eventualidades tienen igual probabilidad, el diablo hace siempre que el éxito sea funesto.

Creed en lo que os he dicho respecto de cierta persona : ¡cosa singular! Esta persona es lo que siempre ha sido y lo que siempre será : un intrigante disfrazado ; pero con esto se tiene lo que sobra para triunfar, cuando se quiere, en España y en el mundo.

Ya conocéis las últimas noticias de Hungría ; me parece que esta vez todo ha concluído ; ya era tiempo. El otoño se aproxima, y, una vez llegado, la solución será definitiva.

Si lord Palmerston llegara á mezclarse en este asunto, todo se perdería ; parece que Lamoricière ha hablado ya de transacción. El emperador Nicolás es un gran Monarca ; ha visto

1 Refiérese al general Narváez.

claro en esta situación, é inmediatamente ha obrado sin vacilar y sin doblegarse; pero este éxito oculta aún un misterio, y me figuro, por mi parte, que Gorgei ha sido comprado. Esto prueba, por otra parte, la resolución que el Emperador ha tomado, desde el principio, de concluir pronto y de cualquier modo.

Cuando concluya la campaña de Hungría, y no quiero decir que acabe con los húngaros, sino sólo que se les venza materialmente, entonces comenzará la guerra en Alemania. No quedará á Rusia más remedio que intervenir entre Austria y Prusia, cuyas relaciones, por desgracia, se agrían más y más cada día. Los dos Gabinetes están ciegos. De nada les sirve el ejemplo de Carlos Alberto, y, sin embargo, un rey ambicioso es un rey destinado á perder su corona; la Revolución entonces se convierte en su heredera, siendo á ella á quien los príncipes deberían empeñarse en combatir para conservar lo que poseen.

Por de pronto, vamos á asistir á un espectáculo grande y conmovedor: veremos la Revolución materialmente vencida en todas partes: en Nápoles, en Milán, en Florencia, en Roma, en París, en el Palatinado, en el Gran Ducado de Baden, en Hungría, y la veremos después de su derrota triunfar á su vez de los vencedores. Esto sucederá inevitablemente.

Cuando un enfermo respira veneno, cerca está de morir. El mal que sufrimos es enteramente moral: está en las almas; consiste en haberse relajado la idea del deber, en haberse desencadenado los malos instintos y las malas pasiones. Inútil es todo esfuerzo cuando no se remedia este mal; cerrada que sea una llaga se abrirán otras mil, y por todas estas aberturas se irá la vida. La esperanza fundada en el peligro que corren los intereses no es otra cosa que ilusión funesta; colocarse en este punto de vista es caminar á la ruina, porque es olvidar que la inmensa mayoría del género humano es pobre y desheredada. Creo, pues, que la sociedad está destinada á perecer de una manera cierta, porque veo que nadie atiende sino á ese aspecto de la cuestión.

DRESDE, 23 de Agosto de 1849.

Acabo de recibir vuestra carta del 13, al mismo tiempo que otra escrita el 14 por un amigo íntimo de Mon y de Pidal. Según ella, su retirada es probable. Se ha ofrecido á Mon la legación de Viena, que no ha aceptado. Creo que cae en excelente actitud, es decir, que no podrá tardar en volver triunfalmente. Sartorius pasará al ministerio de Estado, y Quinto entrará en el Gabinete.

Puedo referiros cómo ha nacido en Narváez el designio de dirigir él mismo la reforma de los asuntos del Estado. Este proyecto es antiguo, y no lo ha concebido él sólo. Cuando el verano último se resolvió á llamar á Orlando y á Mon, Narváez quiso consultar sobre la situación del Estado á uno de mis amigos, muy capaz de dar su opinión en la materia. Este amigo, queriendo lisonjearle, le dijo: "¿Por qué no ha de ser usted ministro de Estado? Hace falta un hombre de gran resolución y de gran autoridad que ponga fin á los abusos, y Ud. posee ambas cualidades." Narváez permaneció inmóvil, como si le hubiera súbitamente asaltado un nuevo pensamiento; pero la crisis era grande, urgía darle solución, y él no se atrevió á acometer por sí mismo la empresa. Llamó á Mon; pero aquella idea permaneció grabada en su mente. Esta misma idea se ha ido desenvolviendo insensiblemente, y parece que ha llegado ya á madurar. Tiene Narváez el instinto que mueve á cosas grandes; le agradaría ser tan gran gobernante como es gran guerrero. Mas á Narváez le perderán sus malas compañías; si con su voluntad de hierro y sus trascendentales talentos se pusiese á la cabeza del Gobierno con el decidido propósito de

rodearse de un corto número de hombres honrados, á la vez que aptos para los asuntos de España, pudiera decirse sin presunción que salvaría el Estado para bien de la Nación y para su propia gloria. Pero si Narváez continúa por su desdicha asociándose á los... y á otros parásitos semejantes, se perderá, y perderá el país. Convencido hasta la evidencia de que esta será su conducta, desde luego afirmo que estamos perdidos.

Siempre he abrigado esta convicción. Nunca me he dejado engañar por las apariencias de tranquilidad y de calma en España. Una nación corrompida hasta la médula de los huesos, así abajo como arriba, debe fatalmente sucumbir el día menos pensado de una manera ó de otra. Se cree generalmente que el socialismo no ha penetrado en España: error, error profundo. El día en que sean rotos los diques, veréis aquí más socialistas que en París, y me preguntaréis con espanto de dónde han salido esos monstruos. Yo no sabré decirlo. En España toda novedad es admitida al instante, y todo lo que penetra en España, luego al punto llega á los últimos límites de la exageración. El carácter histórico de los españoles es la exageración en todo: exageramos los vicios y las virtudes, las cosas grandes y las pequeñas; hemos exagerado la perseverancia hasta luchar siete siglos contra los árabes; hemos exagerado el odio de razas hasta exterminar los judíos; hemos exagerado el sentimiento religioso hasta inventar la Inquisición; sólo nos falta exagerar el socialismo, y lo exageraremos ciertamente. Entonces veréis lo que son los españoles, enamorados de una idea buena ó mala.

DRESDE, 25 de Agosto de 1849.

Acabo de recibir una carta del íntimo amigo de Mon y de Pidal: la crisis ha terminado: Mon sale, Pidal queda; Santillán reemplaza á Mon. Sin duda Narváez no se habrá atrevido á realizar el proyecto de que os he hablado. Santillán carece de talento, pero es hombre de bien.

Oid ahora una noticia grave: Prusia anda en negociaciones con el Vicario del Imperio, porque se ha convenido en que aquél abdique y en que el poder provisional pase á manos de cuatro comisarios, dos de ellos designados por Austria, y los otros dos por Prusia. Estas dos potencias se concertarán inmediatamente respecto á la organización definitiva del poder central. Es un cambio absoluto de sistema que debemos, sin duda, á la gravedad de los asuntos de Hungría. Si Austria y Prusia llegan á entenderse, todo se podrá aún conjurar. Esta noticia me ha sido dada por el ministro de Francia; él la tenia del ministro de Estado, á quien no veo, porque guardo aquí el más riguroso incógnito. Os agradezco un millón de veces, mi querido Conde, la bondad que tenéis de escribirme todo aquello que creéis debe tener para mí verdadero interés.

DRESDE, 17 de Septiembre de 1849.

.....

Tenéis razón en lo que decís: la vida de Narváez está, por desgracia, amenazada. Temo una pronta catástrofe. Vos sabéis que entre Narváez y yo no puede existir ni amistad ni simpatía; por nuestros caracteres, por nuestros gustos, por nuestra manera de ver y apreciar todas las cosas, somos dos polos opuestos. Pero soy justo é imparcial: Narváez es la columna que sostiene el edificio; el día que la columna caiga, el edificio entero se desplomará. Por esta causa he prestado á Narváez en todas las circunstancias un concurso sincero y desinteresado.

.....

PARÍS, 12 de Febrero de 1849.

Mi querido Conde: Todo el mundo espera ver con impaciencia el punto adonde va á parar esta situación indefinible: la reunión de la Cámara legislativa, que será sin duda alguna reaccionaria. Todos los partidos se forjan ilusiones, como cuando esperaban sucesivamente una solución, primero, de esta Asamblea decrépita; después, de la Comisión ejecutiva; más tarde, de la dictadura de Cavaignac; y, en último

término, del nombramiento de Presidente. Puede decirse de la *solución*, lo que Beránger dijo de la dicha: "Todos la ven venir, y nunca llega; todos corren tras ella, y ninguno la alcanza."

La solución, si viene, vendrá de la insurrección, y la primera solución será el Imperio. El día en que el Presidente triunfe de una insurrección formidable, se hará proclamar Emperador en medio de aplausos frenéticos. No sé si Luis Napoleón tiene talento; no sé si tiene carácter; pero sé que es fatalista como un turco. Cree en el destino. Tiene la convicción vehemente y la persuasión íntima de que está destinado á ser Emperador de los franceses. Jamás ha desechado ni un solo momento esta idea; es el único pensamiento que le absorbe, y el hecho de haber sido elegido Presidente ha contribuído no poco, como comprenderéis bien, á confirmarle en esta superstición musulmana. Sus palabras, de las que es bastante avaro, y su mismo silencio, que es calculado, tienden exclusivamente á este solo fin: á ser proclamado Emperador por los imperialistas, y á ser aceptado por todos los enemigos de la República. No quiere absolutamente ser Presidente de una República. Este pensamiento le guía constantemente. Estoy muy inclinado á creer que, si adquiriese la certeza de no poder ser otra cosa, renunciaría al poder. La fuerza de su voluntad en este punto es tal, que ha roto con todos sus parientes. Los que estaban estrechamente unidos á la República roja, le han ofrecido el apoyo de la Montaña á condición de que se deshaga de su Ministerio moderado. La Montaña, por su parte, cuidaba de separar su propia causa de la del Presidente. Todos estos esfuerzos han sido vanos; él conserva sus Ministros por la sola razón de no querer ellos la República.

El 29 del mes último, cuando se creía inminente la insurrección, pareció él más radiante que de costumbre; él mismo fué quien empujó á sus Ministros, por el camino del rigor; él quien aconsejó que se emplease la fuerza.

Cuando la Cámara tomó en consideración la información sobre la conducta de los Ministros, éstos se turbaron y trataron

de retirarse; mas él les indujo á resistir y permanecer en sus puestos. Toda su asignación la emplea en actos de beneficencia y en socorrer á los proletarios; me han afirmado igualmente que la correspondencia de sus agentes secretos con los distritos rurales es más activa que nunca.

Estad seguro que lo dispone todo para ser proclamado Emperador el día que hubiese una insurrección armada. Todos los Generales le hacen la corte y le rodean, recogiendo con avidez cualquier palabra que deja salir de sus labios.

El partido moderado, que se compone de legitimistas y orleanistas, se resigna con el Imperio para verse libre de la República, y aplaza para tiempo más lejano pensar en sus intereses.

La Cámara futura será en gran mayoría reaccionaria. Sin embargo, poco será lo que acometa, porque sus jefes Thiers, Barrot, Molé, etc., serán los primeros en calmar sus ímpetus y en resignarse con la forma republicana con tal que el poder continúe en sus manos. Mi convicción más íntima es que los jefes del partido moderado son escépticos; todas las formas de gobierno les son indiferentes, y sólo aspiran al poder. Si yo no tuviera confianza en Luis Bonaparte y no le creyera capaz de dar en tiempo oportuno el golpe decisivo, creería que el conato á la reacción se disiparía ante la fuerza de inercia, y que las muchedumbres habrían de verse obligadas á pasar por la República. En él unicamente confío y en la insurrección que habrá de provocarle ¹.

1 Con razón admira en esta carta el señor conde Adhémard d'Antioche la exactitud y seguridad con que afirmaba nuestro Donoso el advenimiento del segundo Imperio napoleónico, cuando apenas parecía posible á los mayores hombres de Estado de Europa. Es célebre la frase proferida en Berlín en Julio de 1849, es decir, meses después de la predicción de Valdegamas, por el general de Lamoricière: "*L'Empire c'est un canard!*".
(NOTA DE ESTA EDICIÓN)

BERLÍN, 1.º de Marzo de 1849.

Mi querido Conde: He llegado aquí felizmente el 22 de Febrero, precisamente cuando M. de Bulow dejaba el Ministerio y le reemplazaba el conde de Arním. Este incidente me ha impedido presentar mis credenciales al Rey. Ha sobrevenido un segundo obstáculo: la apertura de las Cámaras; después otro, el luto por el príncipe Waldemaro, cuya prematura muerte ha sumido en la desolación á la familia Real y á la Corte entera. Como no me parece conveniente visitarlos á todos antes de haber visto al Rey, no he hecho todavía uso de las cartas de recomendación que tuvisteis la bondad de darme. Sin embargo, he entregado las que me disteis para M. Peters y para el ministro de Suecia. Uno y otro me han recibido con la mayor afabilidad, prodigándome la seguridad de su vivo deseo de complacerme. Os agradezco mucho que me hayáis recomendado á sujetos tan bondadosos. Luego que haya sido recibido por el Rey, haré que las otras cartas lleguen á su destino.

El doctor Peters me ha enviado de vuestra parte la magnífica obra que habéis escrito sobre *El Arte moderno en Alemania*. Aunque no merezco tal presente, pues soy extraño en tal materia, conservaré siempre y leeré atentamente vuestra obra, para aprender en ella y traer á la memoria á su autor, cuyo recuerdo tengo siempre presente.

He recibido hace dos días la carta que tuvisteis la bondad de escribirme desde Madrid, el 17 de Febrero, respondiendo á la que os dirigí desde Paris. Mis informes confirman plenamente los que contenía mi última carta; en Francia los jefes del partido moderado, atentos sólo á su afán por gobernar y

aun por intrigar á su modo, se esfuerzan á hacer vivir la República, tan odiada de Francia y de su Presidente. Así se explica, en mi sentir, la actual situación y todo lo que pasa. Espero, sin embargo, que la victoria no se decidirá por estos hombres, todos ellos escépticos y egoístas; gobiernan, y esto les basta para creer que viven bajo un régimen mejor que el cual no se concibe ningún otro.

Pero vamos á los asuntos de Alemania, y más especialmente á lo que concierne á Prusia. No os llame la atención que hable yo con desconfianza de mí mismo; es éste un país nuevo para mí; hace algunos días solamente que me encuentro en él, y no he visto aún sino á corto número de personas. ¿No son éstos motivos suficientes para obligarme á ser tímido y reservado en mis apreciaciones? Os diré, sin embargo, con mi franqueza habitual, todo lo que pienso.

Nos hallamos ante dos cuestiones importantes: la de los asuntos interiores de Prusia, y la que se refiere á Francfort; la solución de ambas depende únicamente del rey de Prusia. Por lo que toca á la cuestión prusiana propiamente dicha, he aquí cómo pueden descomponerse y definirse los dos partidos que dividen la nación: desde luego los demagogos, entre los cuales hay muchos estudiantes ricos, gran número de polacos, la juventud de las universidades engañada por los sofismas de la filosofía alemana, y, finalmente, los proletarios que se niegan á admitir la existencia de Dios para no reconocer la autoridad del Rey. Frente á éstos, el partido monárquico, que cuenta con toda la aristocracia, no corrompida como otras; la gran masa de la población, siempre amiga del orden, y, por último, el Ejército, que es el más disciplinado y brillante de Europa. En el seno del Gobierno están resueltamente con el partido monárquico la alta Cámara toda entera, y más de la mitad de los miembros de la segunda Cámara; pero no hay que fabricar ilusiones: el partido democrático acabará por dominar á los realistas en la Cámara de Diputados si el Gobierno no lo remedia. La mayoría monárquica es demasiado débil para

rechazar los ataques y violencias de una minoría facciosa y turbulenta. Sólo el Gobierno podría sostener y alentar á los realistas en la lucha; sin su apoyo, estos últimos están perdidos; prueba de esto es el fraccionamiento probable de esta mayoría, que se compone, según la opinión general, de personas dignas sin duda, pero sin opiniones fijas; los grupos de la minoría trabajan por atraérsela, porque el Ministerio no ha sabido asegurar su fidelidad. Si consiguen su fin, que lo temo mucho, la Rusia está perdida, porque, en materia de revolución, nada iguala á la inexperiencia de su Gobierno, y nada se paga tan caro, en tiempos de revolución, como la falta de experiencia.

Por otra parte, la Constitución dada por el Rey es causa de graves complicaciones. En el deseo de mostrarse generoso hasta con los ingratos, les ha concedido franquicias y privilegios que son otras tantas armas contra el Trono. No lo dudéis; con la Constitución vigente es imposible gobernar; tal es el convencimiento de la mayoría de la alta Cámara. Esta procurará desde luego modificar la Constitución; pero encontrará una resistencia furiosa á sus intentos entre los diputados si, como me temo, los demagogos dominan en el seno de esta Asamblea; y dado que es legalmente necesario el concurso de las dos Cámaras para modificar una ley, ninguna reforma se introducirá en su Constitución. La situación que resultará respectivamente para las dos Cámaras, será de las más extrañas. La primera por haber querido modificar la Constitución, será tenida por más realista que el Rey; la segunda, por el contrario, aunque hostil al Rey, será considerada como su defensora. Vos comprenderéis, sin que yo tenga necesidad de insistir en él, la gravedad de este inevitable equívoco. No hay, pues, más que un solo remedio: persuadir al Rey de que su generosidad le engaña, y de que, si quiere salvar la Monarquía, es preciso retroceder; pero ¿hallará consejeros tan francos, adictos y leales que se lo digan? ¿Será posible persuadir al Rey y vencer sus escrúpulos? Lo ignoro; pero al menos sé lo que ocurrirá si no se obtiene este resultado.

En cuanto á las insurrecciones, no estallarán inmediatamente; y si estallasen, no podrían menos de ser deshechas, porque el espíritu del Ejército está intacto; y el Gobierno decidido á emplear la fuerza contra todo levantamiento. Pero la anarquía moral, la anarquía de las ideas irá creciendo, y se desenvolverá por obra de la propaganda revolucionaria hasta el día fatal de su triunfo.

En Francfort, la Asamblea, para favorecer sus intentos liberales, quiere la unidad á toda costa. Su Emperador es el rey de Prusia; su idea es reducir la Monarquía á una sola cabeza para poderla cortar más fácilmente cuanto antes. Esta catástrofe sólo se prevendría si el Rey se negase á recibir la corona imperial que le ofrezca la democracia. Si toma esta resolución, si busca la alianza de Austria y de los otros Estados de la Confederación, salvará á Alemania y al mundo. Pero si sucumbe á la tentación, antes de dos años no habrá Monarquía en Alemania, ni acaso en el mundo entero.

Creeréis, sin duda, que mis pronósticos son tristes y desconsoladores, pero no puedo remediarlo; mi deber es hablar con entera franqueza. Os ruego que hagáis lo mismo conmigo cuando ocurra algo importante en España. Teníais mil veces razón al escribirme: "La opinión pública no existe, excepto en algunas raras ocasiones. El hombre de Estado debe tener por guía invariable y constante los principios eternos del derecho y de la justicia, y no las impresiones caprichosas y movibles de la multitud; desgraciados los que gobiernan de otro modo; preparan grandes catástrofes para los pueblos, y para ellos mismos terribles y tardíos remordimientos,"¹.

Adiós, querido Conde; ya sabéis cuánta es la sinceridad con que os ama y estima vuestro afectísimo amigo.

EL M. DE VALDEGAMAS.

1. Permítame el lector que le invite á leer segunda y tercera vez estas admirables líneas, en las que se halla formulada la más clara sentencia condenatoria de la política liberal.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

BERLÍN, 15 d. Marzo de 1849.

Mi querido Conde: Os doy un millón de gracias por el celo que mostráis teniéndome al corriente de los acontecimientos. Otros me escriben, pero ninguno posee las eminentes cualidades que os distinguen: la seguridad en el golpe de vista y la imparcialidad en el juicio. Hoy me propongo hablaros del estado de los negocios en Prusia y Alemania, y expresaros con toda sinceridad mi opinión acerca de este grave asunto.

He tenido la honra de ser recibido por el Rey, y por cierto con la más extremada benevolencia. Le hablé de cierto servidor leal y estimadísimo que tiene en Madrid, y luego comprendió naturalmente de quién le hablaba. Su Majestad me hizo entender el afecto que os profesa, del cual podéis estar orgulloso. Aunque la conversación duró una media hora, sólo versó sobre cosas genéricas. Sin embargo, hallé ocasión favorable para elogiar los sentimientos monárquicos de las poblaciones rurales, y me permití decirle: "Por más que sea evidente, me atrevo, no obstante, á observar á Vuestra Majestad que le sería perjudicial entregarse á una excesiva confianza. Las poblaciones rurales no pueden por sí solas salvar al Trono; es necesario que el Trono se salve á sí mismo, reprimiendo los excesos de los demagogos y castigando enérgicamente á los traidores."

"Tenéis razón, tenéis razón,"—me respondió el Rey.

Creo que no le ha desagradado mi atrevimiento.

El Cuerpo diplomático me ha acogido del modo más lisonjero. He visto á M. Nothomb y á M. Meyendorff; con este último, á quien miro como el hombre de más mérito que aquí hay,

estoy en relaciones íntimas. Di también vuestra carta á M. de Savigny; la que escribisteis al príncipe Guillermo es la única de que no he hecho todavía uso; no está en Berlín. Vengamos ahora al terreno de la política: seré muy breve, pero al mismo tiempo muy claro y explícito.

No creo que la situación de Luis XVI, al principiar la revolución francesa, fuese más grave de lo que lo es en este momento la situación del Rey y de la Monarquía prusiana. La democracia alemana, que ha tenido por instrumentos á la Cámara constituyente de Kremsier, á la de Berlín, y hoy á la de Francfort; ha escogido por víctima al rey de Prusia. Sueña con proclamar y establecer la unidad demagógica en Alemania. Quiere hacer que secunde sus intentos, se propone cegarle desde luego para perderle después; con este fin se esfuerza á parecer humilde y modesta y á fingir sentimientos monárquicos. Oculta su propia bandera bajo el estandarte imperial; pero á partir del día en que el Rey haya aceptado la corona imperial, sus aliadas, Austria y Rusia, le abandonarán; la demagogía le precipitará del trono y cortará su cabeza para proclamar la República, que es el término secreto de sus esfuerzos. Tal ha sido siempre el plan de la democracia alemana. Pero acaba de producirse un hecho importante que va á precipitar el curso de los acontecimientos.

Me refiero al soberbio golpe de Estado que ha dado el emperador de Austria, quien tiene la rara dicha de estar servido de políticos verdaderos. Examinad la Constitución austriaca; os parecerá, á primera vista al menos, tan liberal como las demás; pero estudiarla más detenidamente, y comprenderéis que contiene el principio del absolutismo puro y sin mezcla.

En primer lugar, esa Constitución es definitiva, es decir, no es necesario que la revise el poder legislativo ni que tenga desde luego los caracteres todos de una ley perfecta y permanente. No se puede proclamar por modo más explícito la soberana independencia del Emperador, y rechazar al mismo tiempo de modo menos equívoco la soberanía popular.

Y lo que todavía es más grave: los términos mismos de la Constitución, sus diferentes disposiciones, no tienen fuerza ejecutiva sin la promulgación de ciertas leyes orgánicas de las dietas provinciales; la promulgación de estas leyes corresponde sólo al Monarca, y mientras que no las promulgue el Soberano, la autoridad absoluta es del mismo Soberano. Lo cual significa expresamente que el Emperador es dueño de continuar siendo absoluto todo el tiempo que quiera. No se ha dado jamás en Europa otro golpe de Estado, ni más hábil en la forma, ni más radical por sus consecuencias.

Hay otra cosa no menos importante: la Constituyente de Francfort ha declarado en calidad de principio que el Soberano cuyos Estados se compongan de provincias alemanas unas, de nación diferentes otras, no podrá modificar su situación estableciendo entre ellas otros lazos y otra unidad que los que resulten de ser gobernadas por el mismo Príncipe. Ha acordado, además, que no podrá abolir las aduanas entre las provincias.

La Constitución del Emperador, por el contrario, proclama la unión política de todos los pueblos del Imperio y suprime todas las aduanas interiores.

Creo, pues, que esta Constitución es una ciudadela que desafia los asaltos de los demagogos y de los unitarios alemanes.

Así lo ha comprendido, por lo demás, la Asamblea de Francfort, la cual, para prevenir la ruina de sus esperanzas, se ha visto en la necesidad de apresurar su fin, aprobando inmediatamente la famosa proposición comunicada al punto al Gobierno por telégrafo: se trata nada menos que de aceptar inmediatamente la Constitución imperial que confiere al Rey de Prusia la dignidad de Emperador hereditario.

Nunca atravesó Europa otra crisis más formidable. Espero aún, sin embargo, que la Asamblea de Francfort no se atreverá á dar el decisivo; mas si tuviese tal atrevimiento, me complazco en creer que el rey de Prusia rechazaría con horror la funesta corona que se le quiere ofrecer.

Su aceptación haría inevitable la guerra general: ni Austria, ni Rusia, ni Francia, ni Inglaterra, consentirían jamás en el nuevo Imperio; si esas potencias no han protestado todavía, es porque creen irrealizable el proyecto. Proclamado el Imperio, protestarían y harían la guerra. El Rey de Prusia estaría, pues, en guerra con el mundo entero, y dichoso él, mil veces dichoso, si no hubiese de luchar sino con los enemigos de fuera. Veréis entonces á los demagogos alemanes, para continuar el drama, arrastrar por el todo el trono imperial que ellos mismos erigieran.

Hoy, por tanto, la sinceridad de la unión íntima y cordial con Austria y Rusia es más imperiosamente necesaria que nunca; ésta es la sola política que puede salvar al Rey. Pero ¿tendrá á alguno bastante adicto que se lo diga? Ya lo veis, querido amigo; las circunstancias son graves en extremo.

¡Qué Dios guarde y proteja al mundo y al Rey!

Soy siempre vuestro afectísimo amigo,

E. M. VALDEGAMAS.

BERLÍN, 30 de Marzo de 1849.

Mi querido Conde: He tardado en contestar á vuestra carta del 10 esperando la conclusión del asunto de Francfort. El desenlace no es otro que el establecimiento del Imperio y la proclamación del rey de Prusia por Emperador; pero todo esto es sólo artificio y mentira: tal Imperio no tiene de Imperio más que el nombre; es una verdadera República. Según la Constitución, el Emperador sólo tendrá el veto suspensivo y la Asamblea será elegida por sufragio universal y directo. Para

ser uno á la vez elector y elegible, le basta nacer alemán. Sé de buen origen que la misma razón aconseja al Gobierno prusiano aceptar lo que le proponen y rehusarlo. Teme que su aceptación suscite diferencias con los demócratas, y que de su negativa se originen dificultades políticas. En esta situación, y bajo pretexto de asegurar garantías á los intereses comerciales, alega la necesidad de obtener el asentimiento de los Príncipes alemanes. Pero el caso está previsto por los demagogos, que cuentan con el consentimiento de los Príncipes mediante la presión de las Asambleas respectivas de sus Estados. Y lo más grave es que la conmoción general de Alemania hace casi imposibles estas esperanzas.

Hemos visto, mi querido amigo, representar en el teatro la comedia de Molière, *Le Médecin malgré lui*; creo que estamos próximos á ver en Alemania una tragedia cuyo título será *L'Empereur malgré lui*. Se anuncia que de hoy á mañana será presentada en la Cámara una proposición para obligar al Gobierno prusiano á que acepte esta corona de espinas.

Sé por otra parte, y ya comprenderéis la importancia de esta noticia, que Rusia no juzga conveniente intervenir. Cree que su intervención complicaría la situación, y que lo mejor que puede hacer es dejar á Alemania obrar y librarse ella sola de este peligro; Austria, ciertamente, después de haber resuelto con felicidad la cuestión italiana, y en vísperas de componer sus diferencias con Hungría, podrá disponer de un ejército considerable. Pero es de creer que se entenderá con Rusia, y se contentará con amenazar y permanecer por el momento á la expectativa. Todo esto es muy serio y triste.

Preveo en Alemania y en Europa grandes catástrofes; así, los negocios públicos me inspiran tal repugnancia que estoy resuelto á retirarme dentro de poco á un rincón cualquiera para vivir con mi familia, y con mis amigos y mis libros.

Os estoy muy agradecido por las noticias que habéis tenido á bien comunicarme sobre la situación de la infeliz España, donde la tranquilidad es casi milagro; pero ¿durará mucho?

Los milagros desgraciadamente no duran mucho tiempo.
Adiós, mi querido Conde; sabéis cuánto es mi afecto á vos
y cuánto os aprecia vuestro amigo,

E. M. VALDEGAMAS,

BERLÍN, 3 de Abril de 1849.

Mi querido Conde: Acabo de recibir vuestra atenta carta, y me apresuro á decirle cuánto le agradezco, en mi cualidad de español, las noticias que habéis tenido á bien facilitarme.

La alianza con Rusia podría librar á mi país de las garras de Inglaterra, esa eterna instigadora de revoluciones. Por lo que hace á la intervención de Roma, no me desagrada que el Gobierno español tenga un motivo plausible para no pensar en ella; pienso como vos, que no habría podido conseguir su propósito y que esto contribuiría á su caída.

Puedo aseguraros que el rey de Prusia ha comprendido perfectamente que la corona imperial será para él corona de espinas. Sé á propósito de esto una cosa que no he dicho á mi Gobierno, pero que os confiaré á vos.

El Rey, al recibir al nuevo ministro de Austria, le dijo:

“Vuestro Soberano tendría mil veces razón en declararme la guerra si yo me rebajase hasta el punto de aceptar la corona imperial de tales manos.”

El diplomático austriaco respondió:

“Mi Soberano no declararía por esto la guerra á V. M., que sólo reuniría en este caso dos coronas para perderlas á la vez, pero, obrando como fiel amigo, el Emperador haría por colocar en la cabeza de V. M. la corona de sus padres.”

Sé que esta conversación es rigurosamente auténtica. Sin

embargo, la Constituyente de Francfort no olvida su plan, que consiste en obligar á los Príncipes alemanes, por la acción de las Asambleas, á que den su adhesión. Ya la Cámara prusiana votó ayer un mensaje al Rey para decidirle á aceptar la corona.

Brandebourg, que ya sabéis es muy pundonoroso, contestó que S. M. no aceptaría nada sin haberse puesto de acuerdo con los Príncipes alemanes, y hoy mismo el Rey ha respondido en iguales términos á una diputación que ayer llegó de Francfort.

Sin embargo, insisto en que la Constituyente no desmaya por esto, sino que insiste en imponer á los Soberanos la sujeción á Prusia, sublevando contra ellos á las Asambleas.

La necesidad de la alianza entre Austria, Prusia y Rusia se hace sentir más cada día, aunque no parece aún próximo el día en que se verifique. Los principales obstáculos provienen del Gobierno prusiano, cualesquiera que sean, por otra parte, sus propias aspiraciones respecto de este particular, si él calla, es porque teme á los demagogos. No advierte que los demagogos no le guardarán consideración alguna, ni que lo derribarán tarde ó temprano si se fía únicamente de sus fuerzas. ¿No se encontrará á nadie que persuada al Rey y á los Ministros á que esta alianza es la única salvación del Estado?

Todos los elogios que me habéis hecho de M. d'Osson y de M. Nothomb son ciertamente fundadísimos. Ambos me honran con su amistad, á la que yo correspondo sinceramente. Sin embargo, os diré que Meyendorff está ante mis ojos muy por cima de ellos.

Siempre vuestro,

E. M. VALDEGAMAS.

BERLÍN, 22 de Abril de 1849.

Mi querido Conde: Celebro la ruptura de las negociaciones con Lord Palmerston: un embajador inglés en Madrid, sería seguramente la explosión de la revolución en España. Prefiero que las cosas permanezcan en tal estado mientras gobierne en Inglaterra ese hombre tan funesto para España y para Europa. Por otra parte, estoy persuadido á que tal situación no será duradera. Ya os he dicho la verdadera causa que me ha decidido á aceptar el puesto que ocupo en Berlín; el venir aquí me ha parecido una manera honrosa de alejarme de España, donde creo inevitable un cataclismo. Si hubiera de presenciar ahí alguna catástrofe — y hoy la veo cierta, — desearía no asistir en ella como testigo impotente. ¡Dios sabe cómo y cuándo ocurrirá esto! El cansancio, la irritabilidad ó la muerte de Narváez, podrían igualmente causarla; la explosión puede sobrevenir mañana ó dentro de algunos años, pero vendrá.

Creo ciertas las proposiciones al conde de Montemolín, tanto más cuanto que no son nuevas. El año último, y en la misma época, fueron formuladas en términos semejantes, y, como ahora, fueron también rechazadas. Tengo esto último por verdadera desgracia. ¿Será acaso ahora el Príncipe más avenible después de su derrota? ¡Dios lo quiera! Pero, á decir verdad, dudo que las complicaciones interiores modifiquen de un lado la manera de ver del Pretendiente, y ayuden, de otro, á la pacificación de Cataluña. ¿Se creará por esto á Narváez menos necesario? Si la negociación ha de fundarse sobre otras bases, no se llegará, como no se ha llegado otras veces, á nada definitivo.

Voy á daros una noticia grave que os libraré de una inquietud molesta, por más que no disipe el temor que os inspira lo porvenir. El Rey se ha negado definitivamente á aceptar el Imperio y ha rechazado su Constitución. Tal era por otra parte, su constante propósito, según resulta de su conversación con el ministro de Austria. Lo que á vos os inquietaba era, no tanto los sentimientos como el lenguaje débil, equívoco y frecuentemente ambiguo del Gobierno. Hoy, por fin, el conde Brandebourg y el conde de Arním se han conducido como hombres de seso y de carácter.

La declaración prusiana implica la disolución de la Asamblea de Francfort. Austria ha ordenado á sus diputados que se salgan. Noventa y siete, de ciento diez, han obedecido. Prusia va á dar á sus diputados las mismas instrucciones, y su ejemplo será seguido por Baviera. Resultará que la Asamblea de Francfort, mermada en diputados austriacos, prusianos y bávaros, no contará, según su propio Reglamento, con número bastante para deliberar y resolver. Disolveráse, pues, de hecho y de derecho. A pesar de esto, querido amigo, no os dejéis llevar todavía de esperanzas que podrían no ser otra cosa que ilusiones—las ilusiones nos pierden,—y no creamos aún la curación de un enfermo que no se encuentra por el momento fuera de peligro. La cólera demagógica anima hoy á todas las Asambleas alemanas. Para no citar más que un ejemplo, la segunda Cámara prusiana votó ayer mismo que la Constitución de Francfort es la ley política fundamental de toda Alemania.

Pero la agitación de las Asambleas carecería á mis ojos de importancia si yo supiera que Austria y Prusia se sostenían mutuamente. Austria quiere el *statu quo* ó el directorio que sabéis, con la presidencia alternada. Prusia, por su parte, á pesar de renunciar al Imperio y á su Constitución, quiere entenderse con los Príncipes para establecer un Estado federal, que no se llamará *Imperio*, pero que será designado con otro nombre, al cual se le dará por jefe al Rey, con un título que no será el de *Emperador*, aunque su sentido no se distinga del de él. Siendo

incompatibles las pretensiones de Prusia y de Austria, es posible, sin embargo, que la inminencia del peligro las mueva á dejar sus respectivos puntos de vista para darse las manos; por el momento, tan distantes están de hacerse la guerra como de ponerse de acuerdo. Pero los síntomas del porvenir no son tranquilizadores.

La guerra en Hungría causa verdadera inquietud, hasta tal punto que creo ocupará á Austria durante algunos años. En los últimos tiempos, la insurrección ha tomado tal carácter de nacionalidad que, en mi opinión, no fué nunca más popular el carlismo en las provincias vascas que lo que lo es hoy el *magyarismo* en Hungría, el cual lleva ya siete años de duración. El ejército húngaro, numeroso, aguerrido, mandado por buenos Generales, es el ejército de la demagogia europea. Una batalla perdida sobre el Theiss nos costaría más que lo que pudieran valer nos diez victorias en Italia. Si el ejército húngaro consigue una victoria decisiva sobre el imperial,—cosa que es hoy más probable que la contraria,—deberemos temblar, porque en un abrir y cerrar de ojos estallarán levantamientos en Polonia, en Alemania y en toda Europa. Rusia sólo podrá librarse de esto; mas para alejar de ella el contagio no bastará que ocupe dos ó tres ciudades con diez ó doce mil hombres; serán necesarias medidas más enérgicas. ¿Se atreverá á tanto mientras Lord Palmerston esté al frente de los negocios? Esta es la cuestión.

Como veis, á pesar de la dispersión de la Asamblea de Francfort, á pesar de la renuncia de Prusia al Imperio y de las derrotas de la demagogia en Italia, la situación de Europa es todavía muy crítica. No nos entreguemos, pues, á grandes esperanzas, ni nos dejemos tampoco abatir por excesivos temores, sino confiemos en la Providencia, que tan visiblemente tiene en sus manos las riendas del gobierno del mundo. Nunca me han parecido los hombres más pequeños que ahora; cuando quiero mirarles, apenas les distingo con el microscopio.

Siempre suyo,—VALDEGAMAS.

BERLÍN, 3 de Mayo de 1849.

Mi querido Conde: Los últimos acontecimientos de Hungría os habrán demostrado hasta qué punto tenía razón para dirigir por ese lado mis inquietudes. Austria no puede resolver sola esta cuestión, que es, á la verdad, cuestión europea. Si el ejército magyar y polaco vence, el mundo está perdido sin remedio. Afortunadamente no llegaremos á este caso merced á cien mil rusos que, á la hora que os escribo, deben haber entrado ya en Hungría y en Transilvania, dejando de reserva en las fronteras más de cincuenta mil hombres.

Mi único intento al escribiros hoy, es regocijar vuestro corazón con una buena noticia, la mejor posible para vos.

Rusia, Prusia y Austria se han unido en estrecha alianza, la cual acaba al fin de ser sellada, Rusia ha resuelto asociar su acción á la de las otras dos potencias, y sus ejércitos están á su disposición. Si Prusia necesita cien mil hombres para ocupar el Gran Ducado de Posen y poder utilizar sus propias fuerzas, este socorro le está asegurado. El emperador Nicolás comprende claramente que, ayudando á Prusia y Austria, se ayuda á sí mismo; el Gobierno austriaco y el prusiano saben, por otra parte, que sólo una unión íntima puede preservarlos de ser devorados por la Revolución. Esta no se halla precisamente en la superficie, sino en el corazón mismo de la sociedad, de donde no hay fuerza humana que sea poderosa á expulsarla.

Queda por saber ahora cómo apreciará Europa esta nueva alianza de las potencias del Norte, y principalmente la intervención directa de Rusia en los asuntos de Alemania. Es posi-

ble, ya que no probable, la guerra general; en este caso resultaría el bien del mismo mal.

No diréis, pues, querido Conde, que no me apresuro á daros buenas noticias. Guardad sobre este asunto el silencio que aconseja una prudente reserva.

La salida del conde de Arním, que acaba de dejar el Ministerio, es vivamente sentida por el Cuerpo diplomático todo y por mí en particular. Este acontecimiento, desde el punto de vista político, carece de importancia, pues no implica variación alguna política. La salida del Conde será seguida de la de algunos de sus colegas.

Siempre vuestro,

VALDEGAMAS.

BERLÍN, 9 de Junio de 1849.

Mi muy estimado Conde: Hace mucho tiempo que no os he escrito; aun ahora sólo tomo la pluma para aseguraros que mi silencio no significa olvido, sino que nada ocurre de nuevo. Esto no quiere decir que no sobrevengan sucesos, sino que son de tal naturaleza que los periódicos los entregan á los cuatro vientos del mundo antes que las cartas hayan tenido tiempo de llegar. Me propongo manifestaros, por el momento al menos, lo que los periódicos callan porque lo ignoran; desde hace algún tiempo, por otra parte, nada hay que sea especialmente de notar en la cosa pública.

Ya conocéis la situación de Prusia, en cuyas manos han colocado decididamente las circunstancias la dictadura de Alemania, la cual puede ejercerse ciertamente en la Alemania septentrional y protestante, bien que Prusia quisiera establecerla además en el Mediodía, en lo cual yerra á todas luces; el Mediodía no será nunca prusiano; permanecerá siempre austriaco

si Austria vuelve á levantarse; si sucumbe, el Mediodía se unirá natural y moralmente con la Francia republicana. ¡Qué arte más difícil es el de moderar la ambición y servirse sabiamente de las propias fuerzas! Estas circunstancias no impiden á Prusia sofocar rápidamente la revolución y ocupar las provincias meridionales donde aquélla ha estallado. Pero os pronostico que esto no durará mucho, y que podrán surgir de esta situación graves complicaciones. ¡Ojalá que Prusia se muestre generosa, y domine el levantamiento en el Palatinado y en Carlsruhe, sin exigir del rey de Baviera y del gran duque de Baden la adhesión al nuevo Imperio! La falta de generosidad fué siempre una falta política.

Habéis tenido ocasión de ver cómo Austria no ha tardado en dejarse dominar por el desaliento, aunque éste no sea motivo suficiente para que se rompa la triple alianza, pero con él ésta se resiente, y más tarde acaso se rompa. La imprevista resistencia del archiduque Juan á dejar el poder se explica por las instigaciones secretas de Austria, que quiere ganar tiempo y, terminadas sus dificultades interiores, buscar la manera de recobrar su influencia en Alemania. ¿No les valdría más á entrambas potencias dividir su preponderancia entre el Norte y el Mediodía? ¿Son buenos los tiempos en que vivimos para disputar por semejantes vanidades? Pero estas cosas no son, por decirlo así, más que telas de araña: la alianza subsiste sin embargo.

Entre Prusia y Rusia hay también otra nubecilla: la cuestión de los ducados. Rusia quiere la paz inmediatamente; Prusia no quiere ir tan de prisa, pero acabará por ceder, y la nubecilla por disiparse.

El asunto más importante es siempre la cuestión húngara; pero conviene no olvidar que Rusia no quiere engañarse á sí misma; conoce toda la dificultad de su empresa; y ésta es la razón de que no haya tomado aún la iniciativa; el momento en que la tome llegará cuando se hayan reunido doscientos mil hombres, y la señal del combate será la partida de Varsovia

del príncipe Paskewiez. A pesar de toda la inquietud y sobresalto que ha habido, Rusia nunca ha enviado del lado allá de sus fronteras más de doscientos mil hombres, como observáis con razón. Sé que se esfuerza, sin embargo, á reunir tropas más considerables, porque acaba de llamar todavía ciento cincuenta mil soldados, destinados á operar en Hungría. Conoce el peligro que la amenaza, y para alejarle está resuelta á hacer un nuevo esfuerzo.

Me parece que se piensa por el momento en nombrar un ministro de Negocios extranjeros, y pienso que no puede hacerse cosa mejor. Es muy natural que el conde de Brandebourg siga al conde de Arním en su retirada.

No os figurabais ser tan buen profeta cuando me escribiais que la vida del emperador Nicolás está expuesta, como lo ha demostrado la reciente conspiración descubierta en San Petersburgo; yo tengo motivo para creer que el Emperador está sobre aviso.

Celebro mucho que hayáis visitado á Toledo; para un artista como vos, Toledo es una mina de oro. No dejéis de ver también á Burgos, León y Sevilla; el que quiera formarse idea de la grandeza española, debe buscarla y estudiarla en sus ruinas.

Soy siempre, mi muy amado Conde, su afectísimo amigo,

VALDEGAMAS.

BERLIN, 8 de Julio de 1849.

Mi querido Conde: He visto vuestra bella galería de cuadros. Aunque extraño á los juicios artísticos, esta visita me ha hecho experimentar vivo placer. He notado particularmente los cuadros de familia, y vuestro retrato entre ellos. Los retratos de familia patentizan sentimientos afectuosos y bellas cualidades en los que conservan estos recuerdos. Después del culto debido á Dios, nada hay más hermoso que el culto de nuestros antepasados. He visto el mismo día los dibujos de Cornelius, y me he quedado admirado de la grandeza de sus concepciones.

No me llama la atención lo que me decís á propósito de la amnistía; en definitiva, estoy por creer que no tendrá ni buenas ni malas consecuencias. Sólo sería una calamidad en el caso de que se convirtiera en el principio de una nueva guerra ó de que condujera á transacciones culpables. La unanimidad misma del Congreso que lo ha votado es una prueba contra la amnistía; por regla general, lo que una Asamblea aclama por unanimidad es siempre un absurdo. Acordaos de este aforismo.

La ley de aduanas me satisface plenamente, pero no estoy entusiasmado con Mon, que se estima en más de lo que vale. Le conozco, sin embargo, en los detalles de las cuestiones que promueve, gran habilidad para sacar partido en provecho propio y hacerse valer. Este es su verdadero mérito.

Las rivalidades de Prusia y de Austria continúan desgraciadamente; á pesar de todo, no creo que la concordia respecto á la gran cuestión sea rota, y, por otra parte, se hacen aquí

votos tan ardientes como en Viena por el triunfo de las armas imperiales en Hungría.

Esta gran cuestión, capital entre todas, camina felizmente á su desenlace; su solución la podremos ver antes de dos meses. Nos será permitido, pues, respirar durante algunos años. Cuanto á lo por venir, lo veo siempre cargado de las amenazas más funestas; sólo se trata de saber quiénes sean, si nosotros ó nuestros hijos, los que asistan á la gran catástrofe. Horrible ansiedad me oprime el corazón cuando considero cuál ha sido, en todo el curso de la Historia, la fuerza omnipotente del mal. Decir que la verdad acaba siempre por triunfar, que el bien es más fuerte que el mal, es proferir sonoras frases y acariciar ilusiones. No podéis imaginar cuánta tristeza me produce este pensamiento.

Lo de Dinamarca va á paso lento, porque Prusia no da garantías á esa potencia, la cual no acierta á prever si la misma Prusia se quedará, por último, en posesión del poder central en Alemania; por otra parte, el Gabinete de Berlín teme á lo que se llama la opinión, la cual parece pronunciarse en pro de la guerra.

Nueva y grave dificultad acaba de surgir: el cantón de Neufchâtel está en vísperas de proclamar de nuevo los derechos de Prusia; de aquí podría nacer un conflicto entre esta nación y Suiza. Este asunto, por su misma naturaleza, pone en tela de juicio los tratados europeos, y esta circunstancia puede complicar el incidente y convertirlo en negocio muy grave. Sin embargo, lo esencial es que la cuestión húngara se resuelva felizmente; todo lo demás es menos importante.

El cuadro que hacéis de Rusia es perfecto; imposible es pensar y escribir mejor y con más gracia. Dos líneas os han bastado para hacer un retrato completo. Sin embargo, hoy es algo más que un Imperio defendido por sus murallas de nieve. Los últimos años de paz han dado origen á sorprendentes progresos. El ejército es numeroso y brillante, la artillería la mejor del Continente, y personas bien informadas me han asegu-

rado que Rusia puede ahora lanzar cuatrocientos mil hombres al Occidente.

Ya os he dicho por qué no se concluye la paz con Dinamarca; en Italia halla obstáculos, suscitados por los proyectos deplorables del Gobierno piemontés, al cual todo se lo hubiera perdonado Austria, á trueque de una alianza contra Francia. Pero el partido moderado en Cerdeña tiene tendencias tan anárquicas y tan locas como los demagogos mismos, y prefiere la alianza francesa á la austriaca. Austria no se olvida de preparativo alguno á vista de esta eventualidad, en lo cual obra sabiamente; si del mismo golpe destruyera á los moderados y á los exaltados, haría al mundo entero un inmenso servicio.

Adiós, mi amado Conde; vos sois la única persona que procede sobre terreno firme; la única que ve claro. Gran fortuna es dar con un hombre de seso en este mundo de locos.

VALDEGAMAS.

P. S. ¿Y nuestro comisario francés cerca del triunvirato? ¿Hubiérais nunca creído de él lo que hemos visto? ¡Lesseps trabajando por el Conde de Montagne! Era lo que me quedaba que ver para desear ser ciego.

BERLÍN, 28 de Julio de 1849.

Mi querido Conde: El nombramiento del barón de Steinitz para ministro del Interior está firmado. Se habla aquí muy favorablemente de la inteligencia y rectitud de miras de este personaje; pero suspendo mi juicio hasta que me hayáis dicho lo que debo pensar. Hay pocas personas que me inspiren bastante confianza para que pueda fiarme de lo que dicen.

Las elecciones son buenas á causa de la abstención de los demócratas; pero presumo que los nuevamente elegidos son favorables á la unión y á la guerra de Dinamarca; esta última dificultad parece, sin embargo, eludida.

La guerra en Hungría no causa inquietud; aún queda por tratar una grave cuestión: ¿cómo serán gobernadas y administradas en adelante estas provincias? He aquí el problema que ha rá de resolverse después de la victoria.

Debo advertiros que Pidal acaba de remitir al periódico *El País* escritos que saldrán en él de un día á otro bajo el título de *Correspondencia de Berlín*. Podréis, pues, saber por *El País* lo que ocurre. Sin embargo, cada vez que pase algo importante os lo participaré directamente.

Vuestro afectísimo amigo,

VALDEGAMAS.

DRESDE, 13 de Agosto de 1849.

Mi querido Conde: Lo que me decís del nuevo Ministerio está completamente de acuerdo con mis noticias. Opino como vos acerca de las Cortes moderadas: sin los moderados, la Revolución no viviría en ninguna parte. Los moderados han sido causa de la universal ruina y perdición. ¡Dios les perdone el mal que han hecho!

Ya veis que la situación se complica singularmente en Hungría; es imposible negar las importantes ventajas que acaban de obtener los rebeldes; pero lo que más que nada me sorprende, es que han reconocido por origen la ignorancia de los Generales rusos. Aunque no tengo respecto del particular datos muy completos, esa me parece que es la verdad exacta. Pero no es esto lo que temo más, porque más que todo temo la considerable influencia de Lord Palmerston y de Inglaterra si la lucha, como todo lo hace creer, dura mucho tiempo. Veréis cómo Lord Palmerston halla medio de intervenir, y si interviene estamos perdidos.

Desearía como vos vislumbrar la salvación del mundo; pero desgraciadamente no tengo ninguna esperanza: hemos nacido en época de desventuras, y estamos destinados á expiar nuestras propias faltas, las de nuestros padres y las de nuestros abuelos.

Siempre vuestro afectísimo amigo,

VALDEGAMAS.

DRESDE, 3 de Septiembre de 1849.

La noticia que os di de un convenio entre Prusia y Austria, era cierta; mas parece que en el momento de formular las condiciones no han podido entenderse. El hecho es que la actitud del Gobierno prusiano en las Cámaras, y los discursos de sus representantes, hacen creer que Prusia tiende siempre á la ejecución de su proyecto; pero estad persuadido, sin embargo, á que tal ejecución es imposible. Austria preferiría la guerra, y en ese caso espero que Rusia se interpondrá entre las dos potencias. Europa no puede considerar la constitución de una confederación como equivalente á la unidad de Alemania, porque en realidad no equivale á ella, pues sólo implica el engrandecimiento de Prusia. Pero esto es sobre manera grave, porque es tocar al equilibrio alemán, y, por consiguiente, al de Europa; todo lo que tienda á otra cosa que á dividir la Alemania en septentrional y meridional, en católica y protestante, en austriaca y prusiana, conduce directamente á terribles revoluciones y gigantescas catástrofes.

Vos os proponéis venir aquí la primavera, y yo pienso volver á España este invierno; en Noviembre le abrazará su afectísimo amigo,

VALDEGAMAS.

Las cosas van muy mal y empeoran cada día; de aquí á seis meses todo se habrá hundido.

DRESDE, 9 de Septiembre de 1849.

**Mi querido Conde: Me propongo referiros una entrevista
agusta que ha habido estos últimos días.**

Rotas las negociaciones con Prusia, el emperador de Austria propuso al rey de Prusia tener ambos, en la ciudad que creyera más conveniente, una entrevista, á la cual asistiría el rey de Sajonia; los tres Soberanos deberían asistir acompañados de sus Ministros respectivos. El rey de Prusia aceptó, y se convino que la entrevista fuera en Tœplitz. Pero á última hora el Ministerio prusiano se negó á esta visita, y no quiso que ninguno de sus miembros asistiese en ella. Fué preciso comunicar por telégrafo esta noticia al Emperador para que no llevase á ninguno de sus Ministros. El aviso llegó á tiempo, y á la mañana siguiente el rey y la reina de Prusia, el rey y la reina de Sajonia llegaron á Tœplitz, donde el Emperador se encontraba desde la noche anterior; ningún Ministro acompañó á los Príncipes. A su llegada, el Emperador fué á visitar á sus tíos, y volvió á su habitación acompañado por los dos Reyes. El 8, es decir, ayer, estos augustos personajes se reunieron en Pilnitz: hoy deben partir cada cual por su lado. Nada se ha traslucido del resultado de sus entrevistas; y no habiendo asistido ningún profano, es difícil que se trasluzca cosa alguna. Creo que la ausencia de los Ministros priva á esta entrevista de gran parte de su importancia: todos han hecho protestas de amistad, manifestando el deseo de allanar las dificultades; pero éstas seguirán así después como antes de tales pláticas.

Habréis visto por los periódicos de Berlín que los miem.

bros de las Cámaras (excepto los de la extrema derecha) son decididos defensores del dominio eminente prusiano. El Ministerio está resuelto á continuar su camino; pero los obstáculos son inmensos y, en mi sentir, insuperables. Hannover y Sajonia misma hacen tales reservas, que ese dominio eminente podría muy bien no ser otra cosa que un espejismo, como ya lo fué la autoridad de la famosa Constituyente. Toda política que no hace cuenta con los hechos, es á la vez falsa y desastrosa. En realidad hay, por lo menos, dos ó tres Alemanias; por consiguiente, será preciso que haya un número igual de Soberanos; el presente estado de cosas concluirá, pues, en un término fatalmente próximo.

Hasta la vista, querido Conde.

VALDEGAMAS.

Hoy pido á mi Gobierno autorización para volver á España.

DRESDE, 17 de Septiembre de 1849.

Mi querido Conde: Me aflige el haberos entristecido con mis enojosos pronósticos. Esta idea me decide á preveniros contra mí mismo, y advertiros que comienzo á creer que estoy atacado de una verdadera enfermedad moral, cuyo efecto es ver los asuntos públicos con los colores más sombríos. Pero vos lo sabéis: todo parece triste al que está dominado por la tristeza. No debéis, pues, atribuir gran importancia á mis negras profecías, y, sin embargo, me he creído obligado á comunicarlas á vos, porque nuestra amistad me impone el deber de deciros lo que siento.

Las negociaciones entre Prusia y Austria tienen malísimo aspecto: no pueden entenderse, y Austria es la que gana te-

reno. Por otra parte, Hannover y Sajonia hacen tales reservas en lo que toca á su alianza con Prusia, que es fácil ver en ellas el propósito de no concluirla. Por mi parte, lo preví desde el principio. Siempre os he dicho que Prusia se ha empeñado en seguir mal camino; hoy más que nunca puedo afirmaros que no sabrá llegar á sus fines. No hay más que una combinación: que Prusia y Austria se dividan como hermanas la influencia alemana. Veo que mi opinión es la vuestra, lo cual es para mí muy agradable, porque nadie mejor que vos sabe lo que es ó no posible en Alemania. Pienso también como vos, que Rusia sólo intervendrá para obligar á los dos niños enfadados á darse las manos. Sin embargo, las Cámaras prusianas lo comprometen todo: ponen al Gobierno en detestable camino y sobreexcitan la opinión pública, ya muy exaltada. ¿Qué decís de nuestro Radowitz, que se ha hecho constitucional al fin de sus días? Mi viaje dará ocasión á un coloquio entre nosotros sobre este asunto; me propongo demostrarle que sus opiniones de antes eran errores, y que sus convicciones de hoy no se aproximan mucho á la verdad. No hay que desesperar de ningún hombre de talento; nunca se engaña sino á medias.

Creo de veras que el mayor placer que me espera en España será veros con frecuencia y hablar con vos de asuntos públicos; en llegando el mes de Noviembre no pasaré en Madrid más que pocos días; iré en seguida á ver á mis padres, para consolar su ancianidad con mi ternura.

No puedo contestar á lo que me preguntáis acerca de Schleinitz y de Bulow; he dejado á Berlín ocho días antes que el primero tomase posesión del Ministerio, y desde entonces no tengo otras noticias de lo que pasa en Berlín que la correspondencia de mis secretarios, que son jóvenes y no se fijan en estas cosas. Pero antes de mi partida ya os di como cierto el nombramiento del conde de Bulow por Ministro plenipotenciario en Hannover. De todos modos me ocuparé en este asunto á mi vuelta á Berlín, y os diré todo lo que haya de particular en él.

Ya conocéis la carta del Presidente de la República francesa sobre los asuntos de Roma; después de semejante carta, ¿qué hay que esperar de este Presidente aventurero? Inglaterra es quien vence con esta política. Inglaterra, vos lo habéis dicho, es el mal; tenéis mil veces razón.

Siempre vuestro,

VALDEGAMAS.

DRESDE, 30 de Septiembre de 1849.

Mi querido Conde: Tengo ante la vista vuestras cartas del 12 y del 20; nuestras apreciaciones coinciden del modo más completo; sí, el liberalismo y el constitucionalismo son la forma del mal en este siglo. El mal no es otra cosa que el orgullo, de donde se originan todas las catástrofes y todas las revoluciones; sí, mil veces sí, el dedo de Dios es visible en los acontecimientos de la Europa entera, y Dios mismo es quien condena el liberalismo, es decir, el orgullo, á la impotencia vergonzosa á que estamos reducidos. Pero no nos engañemos; esta impotencia para el bien, esta incapacidad de organizar nada, es una fuerza y una potencia desorganizadora; ved, sobre todo, el estado de Roma, la ciudad culpable por excelencia; ved el estado de Francia, donde el gobernar se ha hecho imposible; ved á Alemania, donde sólo el ejército prusiano impide que reine el caos; á Alemania, que, á pesar de este ejército, no es ciertamente el paraíso; mirad á España, donde el orden parece un milagro... Creo, como vos, que no hay más que un solo medio para aplazar el advenimiento de la barbarie á que retrocedemos; este medio es la guerra; pero yo espero antes la barbarie que la guerra, que la política inglesa impedirá que estalle. Sin el apoyo de los ingleses Rusia no se decidirá nunca á la guerra, y Rusia no contará con su ayuda en

tal eventualidad, al menos mientras Palmerston esté al frente de la cosa pública.

Este edificio babilónico de nuestro Radowitz podéis tenerle por destruído antes que su construcción esté terminada. La dimisión del Ministerio es cierta; con ella quiere dejar al Rey una puerta de escape; pero no discurramos mal sacando falsas consecuencias de este acontecimiento: si el Rey no se cree personalmente ligado á la obra de Radowitz, créese ligado á otras combinaciones que no valen, desgraciadamente, mucho más. Por esta causa me recogija extraordinariamente que venzáis pronto á Berlín: sois amigo del Rey, y tenéis entrada libre en Palacio; podéis, por tanto, contribuir á disipar en su ánimo escrúpulos que le conducirán fatalmente á la ruina. Yo hubiese obrado en este sentido si hubiera tenido acceso á su persona; pero bien sabéis que en Berlín los diplomáticos no ven nunca al Rey.

Volveré á Berlín dentro de ocho ó diez días, para hacer mis preparativos de viaje; creed que tendré gran placer en abrazaros, pues sois la única persona con quien me liga una irresistible simpatía.

BERLÍN, 14 de Octubre de 1849.

Mi querido Conde: Lo primero que he hecho al llegar á aquí, ha sido informarme de las causas que han decidido el nombramiento para Hannover del conde Bulow; he aquí la explicación que se me ha dado: el Conde es ultra-alemán; si hubiese permanecido aquí, habría firmado en la Cámara las proposiciones más avanzadas, lo que, por otra parte, le hacía difícil su situación. Cierta rivalidad entre él y el barón de Steinitz, ahora su jefe, después de haber sido siempre su compañero, ha contribuído igualmente á su alejamiento. Aunque nunca ha ocurrido nada entre ellos, ni uno ni otro estaban á gusto; la marcha de Bulow pone, naturalmente, fin á todas estas dificultades.

A mediados de Noviembre tendré el placer de abrazaros.

BERLÍN, 25 de Octubre de 1849.

Mi querido Conde: Celebro que estéis satisfecho de vuestra expedición á mis provincias de Asturias, y me agrada que las hayáis estudiado como artista. Nosotros ganamos con ser conocidos y estudiados por hombres del mérito de vos.

Si todos los enemigos del constitucionalismo combatiesen este funesto principio, su caída sería general; pero la inacción de ellos favorece su desenvolvimiento, y así verémosle establecerse en todas partes. Tengo la vanidad de creer que

juzgó bien la situación de Europa afirmando que no tiene remedio; no le hay. La Revolución triunfará en toda la línea, y en Alemania más completamente que en todas partes. Todo esto es triste: ¿mas á qué alimentarse de ilusiones? ¿Qué queréis esperar cuando se ve á Radowitz hacerse el campeón del constitucionalismo? A pesar de su prodigiosa memoria veo en él un hombre superficial, contrario á la opinión que había formado de él. Creo que he advertido que no hago gran caso de su persona.

La historia que trazáis de vos mismo con candor admirable, es la historia de los demás, la mía propia.

No cuento con hallarme aquí en las próximas elecciones legislativas, que serán, por otra parte, detestables. Parto dentro de cinco ó seis días, antes de haber visto el *Aguila* ¹. Nos veremos el 20 de Noviembre.

PARÍS, 20 de Febrero de 1852.

Mi querido Conde: No podéis imaginar qué momentos más tristes se han sucedido en mi alma desde la noticia que me trajo el telégrafo, hasta el instante en que he recibido vuestra carta del 5, en la que me participáis que S. M. ha entrado en convalecencia ². No podéis imaginar las pruebas de simpatía y de amistad que he recibido de todas las personas considerables y eminentes. Nunca se ha visto semejante demostración. Todas las damas del barrio de San Germán han venido á ver-

¹ Es decir, *el Imperio*.

² De la herida que recibió de mano de un desdichado sacerdote el día 2 de Febrero de 1852, y que habría sido mortal de necesidad á no haber ido revestida del manto real, y si el tupido bordado de oro que representaba las armas de Castilla no la hubieran detenido. Sabido es que el autor de tamaño crimen, Martín Merino, pertenecía en cuerpo y alma á la Revolución.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

me, ó me han escrito en términos que revelan una amabilidad sin ejemplo.

Os agradezco infinito vuestras cartas, gracias á las cuales estoy al corriente de todo. Las visitas no cesan, y el correo sale hoy sin pliegos oficiales por falta de tiempo en que escribirlos.

Suyo afectísimo,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 10 de Junio de 1852.

Mi querido Conde: Vuestras últimas cartas me enteran muy bien de cómo van las cosas en España; pero me ha causado sorpresa vuestra determinación. Conservo alguna esperanza que el Rey no admita la dimisión á uno de sus más fieles servidores, viendo que ninguna de las razones que alegáis es poderosa.

Si ahora Prusia no es muy liberal, pero lo ha sido antes harto, y si la política general de Europa no va por el camino que vos y yo queremos que vaya, todavía la hemos visto en otros caminos peores. Que los periódicos no hablan de Prusia; pero yo cuidaré de que se publique cuanto vos queráis. ¡Que el clima de Madrid es frío! ¿Mas creéis que es menos riguroso el clima en las regiones glaciales donde queréis estableceros? ¿Y qué vais á hacer de vuestras noches? Desde cualquier punto de vista que se examine ese vuestro intento, parece una calaverada. Espero, pues, que Dios no permitirá que se realice y que os negarán lo que pedís.

La situación no ha cambiado aquí nada: el Imperio está aplazado por el momento, pues no parece bien á las potencias; pero este aplazamiento en nada cambia la firme resolución de proclamarlo más tarde ó más temprano.

Bravo Murillo sigue y seguirá en pie, no lo dudéis; conozco el pensamiento íntimo y verdadero de vuestros vecinos¹: quieren estar bien con todo el mundo, pero en el fondo desean que Bravo Murillo realice sus proyectos, á condición, sin embargo, de no comprometer á cierta persona que conviene pase por liberal, aunque en realidad no lo haya sido jamás; hoy es menos liberal que nunca, porque bajo un régimen liberal su marido no podría hacer el papel que ambiciona. ¿No es esto concluyente?...

PARÍS, 10 de Julio de 1852.

Mi queridísimo Conde: Desde vuestra carta del 20 he esperado todos los correos á que me dieseis noticia de cómo ha sido recibida vuestra dimisión en Berlín; los días pasan sin que yo sepa cuál será vuestra suerte, objeto para mí muy precioso. Creo que os darán licencia solamente, lo cual me agradaría, así por el placer de veros, como porque os daría tiempo para pensarlo mejor.

La conducta de Bravo Murillo y de Miraflores no me ha sorprendido; obrando de ese modo, continúan siendo respectivamente lo que son. Pero ¿es posible que deis importancia á las inoportunidades del noble Marqués? Por otra parte, perdéis de vista que los Ministros varían todos los años, y que en el próximo, otros Ministros que sean el reverso de la medalla de los actuales pueden suceder á éstos. Pero todas estas consideraciones son tardías é inútiles; sólo me conviene por ahora saber cómo se considera ahí lo de Berlín. Creed, querido Conde, que la amistad que me une con vos es harto

¹ El palacio de la calle de las Rejas, habitado por la Reina madre, daba frente á la casa en que vivía el conde Raczyński.

intima para que pueda resignarme á la idea de una separación eterna. Dios misericordioso no querrá que sufra ya tal pena, ni que me aflija tal desgracia.

En el asunto del matrimonio de que me habláis, no hay hasta ahora otra cosa que vacilaciones ; si hubiese algo tor- mal, lo sabría yo. Vuestros juicios acerca de Prusia son evi- dentemente exactos : lanzada al camino del mal por el pro- testantismo, conviene, sin duda alguna, en vez de arrojarla en brazos de la Revolución, ganarla para la buena causa, ase- gurándole el lugar que le corresponde como á nación esen- cialmente militar y guerrera. Pues que no se la puede abolir es preciso no humillarla, sino estudiar, por el contrario, el modo de utilizar sus fuerzas el día que surjan las grandes complicaciones ; todo esto es razonable, justo y práctico. Creo también, como vos, que no existe y que no podría existir *una Alemania* ; es preciso que haya dos : la Alemania septentrio- nal y protestante, bajo el cetro de Prusia ; la Alemania me- ridional y católica, bajo el dominio de Austria. Todos mis des- pachos de Berlín han sido escritos en este sentido, y los acon- tecimientos que han sobrevenido después no han alterado nada en este punto mi manera de ver.

Ninguna novedad ni aquí ni en Madrid : las complicaciones no vendrán hasta el otoño.

PARÍS, 2 de Noviembre de 1852.

Mi queridísimo Conde : Aunque nada tengo que deciros sino que os aprecio mucho, tomo la pluma porque no puedo acostumbrarme á permanecer mucho tiempo sin escribiros. He sabido que vuestro sucesor en Madrid está ya nombrado ; aunque esto había de suceder, todavía me ha causado un sentimiento amarguísimo.

Todo está fijado aquí ; el próximo mes será proclamado el Imperio hereditario : el nuevo Emperador tendrá la facultad de excluir las líneas colaterales por medio de la adopción si faltare la sucesión directa. Cuando un acontecimiento se hace fatal é inevitable se produce un período de calma, y ésta es la causa de la falta de noticias en este momento ; veremos más tarde.

No tardaremos en ver en España hechos gravísimos. El Ministerio va á convocar las Cortes, y presentará el día de la apertura sus proyectos de modificación electoral y constitucional. Ya adivinaréis lo que se seguirá : el Gobierno querrá establecer sólo las reformas, y sucederá... lo que Dios quiera. El porvenir es del Ejército ; si está mal dispuesto, hay que prepararse para grandes acontecimientos ; si su espíritu es bueno, todo permanecerá tranquilo. Habladme de Alemania, y sobre todo de vos, á quien aprecio antes que á todo.

PARÍS, 21 de Diciembre de 1852.

Mi querido Conde: Aunque hayáis dejado los negocios, sin duda desearéis conocer mi opinión acerca de los graves acontecimientos que acaban de ocurrir en España; voy, pues, á resumirlos en dos palabras: el Ministerio Bravo Murillo ha cometido dos grandes faltas: la primera, no haberse hecho de un General; y la segunda, no haber buscado apoyo en el verdadero pueblo. Sin Generales que le hiciesen respetar, y enfrente de los burgueses levantados, no ha tenido otro apoyo que el de la Reina. Llegadas las cosas á este punto, vuestra vecina, viendo el mal semblante de las cosas y no queriendo indisponer contra sí á los parlamentarios, ha desamparado al Gabinete. El Ministerio que le ha sucedido es igualmente capaz de todo, porque no pertenece á ningún partido ni tiene ninguna opinión común; sus miembros han sido tomados de entre todas las opiniones: Roncali ha sido siempre absolutista; Llorente no ha dejado nunca de ser parlamentario, porque en ninguna otra parte hubiera podido valer. Los otros no son nada; lo que puede, por tanto, guiarnos es la opinión de vuestra vecina, que, en realidad, ha formado el nuevo Ministerio. Su manera de ver ha sido siempre cierta para mí; desea la muerte del parlamentarismo, pero á condición de que esta muerte sea necesaria y que parezca que ella la siente. Si Bravo Murillo hubiese procurado apoyarse en una base sólida, ella le habría dejado obrar; pero el día que su caída le ha parecido cierta, ella misma ha precipitado su ruina para no caer envuelta al mismo tiempo con él.

Lo mismo ocurrirá ahora: el Gabinete hará concesiones

aparentes á los parlamentarios , y el día que desenvuelva su verdadero programa ella le prestará su concurso si es fuerte; si, por el contrario, es débil, le hará caer para contraer méritos.

Lo tenía ya todo preparado para ir á España; pero ante estas eventualidades he suspendido mi ida. No sé qué suerte me espera: si creen útil conservarme, me conservarán; si opinan lo contrario, me dejarán cesante. Nunca es posible calcular lo que puede esperarse de hombres que no obran por principios fijos, sino conforme á intereses que cambian á cada momento.

PARÍS, 27 de Diciembre de 1852.

Mi querido Conde : La situación de España es clarísima; la persona que vos sabéis lo echa todo á pique por exceso de habilidad. El cambio de Ministerio le ha parecido un gran golpe; espera obtener de él que los nuevos Ministros, menos populares que sus antecesores, podrán proporcionarle el cumplimiento de sus proyectos. No se fija en que el Gabinete no está animado de las mismas tendencias políticas que el anterior; en que para calmar la oposición es indispensable hacer concesiones y dejar cierta libertad á los periódicos, y, por último, en que esta libertad asegurará á los parlamentarios el éxito en las elecciones, lo cual conducirá precisamente al punto adonde ella querría que no se llegase: es decir, que habrá que escoger entre someterse á la Corona ó dar un golpe de Estado ; de todos modos, el Ministerio actual será mucho más débil que el anterior cuando trate de dirigirse al fin que desea. Á pesar de toda su habilidad, nada ve esa persona de todo esto; de donde

deduzco que todo está perdido y que su propia caída es evidente. Tal es el estado de las cosas ¹.

Por lo que hace á Francia, tenéis la clave que os hará conocer todos los secretos; con ella comprendéis lo que ahora ocurre, y podréis conocer lo por venir; no os digo, pues, más. Aunque no me escribís con frecuencia, yo os aprecio siempre.

Vuestro afectísimo,

VALDEGAMAS.

París, 9 de Mayo de 1851.

Mi querido Conde: Celebro que hayáis visto al rey de Bélgica y al príncipe de Metternich, que os tiene encantado. ¿No es cierto que el tal Príncipe es la personificación del buen sentido?

En Portugal la insurrección ha triunfado, y Saldanha ha vencido. España siempre enferma: sólo se ocupa en buscar, no solamente electores, sino diputados; es ésta la lucha por las carteras, y no otra cosa. Creo que las Cámaras no reunirán mayoría y que la anarquía es inevitable. En Francia la explosión será en Julio, y entonces saldrá algún dictador del polvo de una batalla. La situación es violenta, hasta el punto de no ser posible que la crisis se haga esperar mucho.

Tendréis más de un golpe de Estado, y una batalla en la capital entre el ejército del Presidente y el de la Asamblea, mandado por Changarnier; después veréis á la Asamblea abrazar las botas del vencedor. No temo hoy al socialismo: su reinado vendrá más tarde.

Adiós, mi querido Conde; ya sabéis cuánto os quiere vuestro mejor amigo,

VALDEGAMAS.

¹ No pasaron dos años sin que se cumpliese este anuncio, saliendo la reina Cristina de Madrid, defendida por fuerte escolta.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

PARÍS, 29 de Mayo de 1851.

Mi querido Conde: Las cosas, como os dije, van muy mal en España; espero, por el momento al menos, la continuación del Ministerio, aunque no se halla en el estado que se requiere para gobernar. Suceda lo que suceda, Narváez no volverá á hacerse cargo de los asuntos hasta tanto que la anarquía, que ha llegado á su apogeo, estalle en las calles. Sólo en esta eventualidad, que no es inmediata, podría Narváez tomar de nuevo las riendas del poder y, si cambia de conducta y de sistema, resistir algún tiempo más.

La situación no mejora en Francia; no hay que temer por el momento levantamientos republicanos; éstos vendrán inevitablemente en 1852. Si aquí acontece algo, será un golpe de Estado; si tiene éxito, la dictadura será del Presidente; si se frustra, pasará á manos del General que designe la Asamblea, y éste será Changarnier. Si, por el contrario, no se intenta el golpe de Estado, las cosas continuarán sin modificación hasta 1852, y entonces vendrán el golpe de Estado socialista y la conflagración general en Europa.

Espero que para entonces estará consolidada la gran alianza, para la cual son todos nuestros votos; si no, el mundo está perdido.

Siempre es su mejor amigo,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 22 de Junio de 1851.

Mi querido Conde: Siento vivamente que no hayáis podido hablar más con el Rey de la cosa pública, aunque pienso, como vos, que un buen consejo en este momento no valdría tanto como en otras circunstancias. Creo que la alianza entre las tres *damás septentrionales* es ahora definitiva; si algún incidente no viene á turbar esta armonía, aún hay esperanza.

Todo se halla aquí en el estado en que encontrasteis á París: todos horrorizados y todos impotentes; sin embargo, sería insigne locura persuadirse á que el bien llegará sin antes combatir; todo lo más que puede admitirse, es que este combate se hará esperar durante algún tiempo.

Os admira que Miraflores sea ministro de Estado; pero ¿á quién había de confiarse este oficio? El punto no está en gobernar, sino en vivir, aunque con trabajo, bien ó mal.

Una noticia que os causará sorpresa: Narváez, lanzado de todas sus posiciones gracias á mis gestiones, como hábil General que es, ha llevado la cuestión á otro terreno. En Londres, adonde fué, ha hecho la paz con Palmerston. Cree, sin duda, que por este camino conseguirá perfectamente la victoria.

Mi libro ha salido á luz en Madrid ¹: con esto los liberales todos se sienten poseídos de furor, y si les fuera posible me anonadarían.

Ha parecido igualmente aquí, y ha hecho gran ruido.

La vida que hago me viene muy larga. Tengo necesidad de descanso. Aunque no piensan en sacarme de aquí, no quisiera pasar en París un año entero; les temo á las noches de invierno.

¹ *Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo.*

Creo que acabaré por irme á esconder en lo interior de una provincia, donde nadie se ocupe de mí, ni yo de nadie. En este mundo todo es vanidad.

Menos que nunca comprendo hoy la ambición, y principio á creer que toda esta gloria es humo.

Vuestro de corazón,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 1.º de Septiembre de 1851.

Mi querido Conde: Celebro vuestra feliz llegada, y me causa contento el puro amor de amistad que me tenéis.

Creo, como vos, que el Ministerio, dejándose mecer en las más bellas ilusiones, no vivirá más de un mes después de la apertura de las Cámaras. Si Narváez conociese bien lo que le conviene, y supiese poner de acuerdo su conducta con su conveniencia, subiría de nuevo al poder; pero en las presentes circunstancias es probable que el timón venga á manos de Pezuela. Tal es, al menos, mi opinión. Pero con ó sin Pezuela, con ó sin Narváez, el triunfo de la Revolución, es decir, el establecimiento de la República no es dudoso en España si el año próximo viene en Francia el socialismo.

Aunque seáis mejor juez que yo, no creo, como vos, que la Revolución haya ganado mucho terreno en Alemania: creo todo lo contrario; convengo, sin embargo, en que, si estallara en Francia, tendría mucho eco del otro lado del Rhin: los Gobiernos no reprimirían sin gran dificultad estos asaltos. Temo que no conozcáis bien las capas sociales verdaderamente revolucionarias. El medio en que vivís dista mucho y es harto diferente de ellas; así que vuestras ideas en este punto son quizá incompletas. Para resumir mis convicciones, siquiera me cueste

muchó pensarlo y decirlo, creo que el porvenir pertenece á la Revolución, y que Rusia hará mucho si llega á defender sus fronteras contra esta avasalladora invasión.

Aquí los acontecimientos siguen su curso lógico. El partido legitimista dejó de vivir el día en que adoptó lo que se ha convenido en llamar las conquistas del 89. El partido orleanista desaparecerá después de la increíble candidatura de Trouville. No quedan, pues, frente á frente más que Luis Bonaparte y la Revolución. Creo que el primero tendrá la dicha de ser reelegido y la desgracia de ser decapitado. Después de esto no veo nada, ni veo á nadie, sino á Raczyński examinando en vano con vista perspicaz el horizonte por la parte del Norte, mientras que yo, no sabiendo dónde fijar mi vista, cierro los ojos para no ver.

Suyo de corazón,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 16 de Septiembre de 1851.

Mi querido amigo: El asunto de Narváez me causa desazones intolerables. Confidencialmente os diré que me ha pedido un pasaporte; pero según mis instrucciones, y contra mi propia voluntad, he tenido que negárselo, y dar cuenta á mi Gobierno. No pudiendo agraviar á este último para disculparme á mí mismo, he tomado inmediatamente esta resolución, por lo demás muy poco espontánea. En este momento, mi buena fortuna ha querido llegue la orden en que me mandan dar el pasaporte. Con este motivo le he hablado, y de esta entrevista hemos salido tan amigos. La delicadeza no me ha permitido, naturalmente, decirle que mi propósito era darle el pasaporte; yo representaba á mi Gobierno, y no á mí mismo, y creo que todo ha resultado satisfactoriamente resuelto. Narváez dice, sin

embargo, que diferirá el ir á España si el Gabinete vacila en la conveniencia ú oportunidad de su vuelta; pero después de haber declarado el Gobierno que no ve ningún inconveniente en que vuelva, presumo que á fin de mes el General saldrá para Madrid. Como veis, gracias á Dios, y conformándose con la conciencia, sale uno bien de estos laberintos.

La entrada de Armero ha favorecido mucho al Ministerio, porque éste es un soldado que no teme á nadie. Así que Narváez hará bien en obrar con prudencia. La verdadera amenaza contra el Gabinete está en el Parlamento, origen de todos los males.

Cuando os escribí mi última carta, estaba de buen humor: si os dije que la Revolución triunfaría en Alemania, fué por chancearme con vos; me agrada mucho, en efecto, ver vuestro desaliento cuando se os va alguna dulce esperanza; un niño á quien quitaran sus bombones no se pondría más triste. Hay en el fondo de vuestra naturaleza algo infantil que me encanta, tanto más cuanto que son pocos los hombres de quienes puede hacerse el mismo elogio.

No me habléis de la candidatura de Trouville, porque la palabra, la pluma y los sentimientos se sublevan ante este pensamiento. Otro día os hablaré de las cosas de Francia; nada interesante hay que decir hoy de ellas.

Para concluir, vuelvo á Narváez; soy de los que piensan que no le es conveniente volver á España, y que si vuelve se estrellará. Tal es mi íntimo convencimiento; en determinadas circunstancias podría prestarnos grandes servicios; pero nos faltará este auxilio si la Providencia permite que se anule este hombre mezclándose en nuevas intrigas.

Muchísimas gracias por la prueba de amistad que me habéis dado hablando de mí al Rey y á la Reina madre. Creo en la amistad del primero; he contado siempre con la de la Reina madre, y no estoy menos seguro de vuestra amistad, que me complace igualmente.

Suyo, = VALDEGAMAS.

PARÍS, 11 de Octubre de 1851.

Mi querido Conde: La noticia que he enviado por telégrafo ¹, no solamente ha sido juzgada prematura, sino hasta la han referido á mí, teniéndome por autor de ella. Vos sabéis la historia del despacho: el ministro de Francia en Wáshington había dado esta noticia á su Gobierno, y por mi parte la comuniqué tal como la recibí. No podía ser más categórico ni suministrar noticias más oficiales. ¿He obrado, por ventura, de ligero?

Este incidente confirma en mi ánimo esta persuasión: que la fortuna guarda sus favores para los hombres sin honor, y no para los que son fieles á su conciencia. Justo motivo para que los hombres de bien se alejen de los negocios, y yo me hubiera alejado ya de ellos si las diferencias con los Estados Unidos no me hubieran detenido, pues me parece que soy el único llamado á terminarlas. Por otra parte, mi resolución es firme; no quiero servir ni á las Asambleas ni á los periódicos; para servir á tales dueños sólo son admitidos aquellos que no conocen á la conciencia.

“¿Conque, según esto, os oigo decirme, no tenéis amor propio?”—Vaya sí le tengo, sí, señor; pero como si no le tuviera, porque me esfuerzo á dominarle con la ayuda de la fe: el cristiano, así como el que no lo es, tiene amor propio, pero con esta sola diferencia: que el uno lo tiene á los pies, y el otro en la cabeza. Esto no quiere decir que llegue siempre á

1 La noticia fué haber sido derrotados los insurrectos de Cuba, lo cual resultó falso.
(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

vencerlo, de lo cual estoy distante; pero lucho por dominarlo, y llegaré á vencerlo si soy verdadero cristiano.

Celebraría mucho que Miraflores fuese enviado á París, y que me llamasen á mí para darle mi puesto; en este caso no me vería obligado á realizar un propósito que me es violento; pero semejante eventualidad no es probable ni apenas posible.

Mi reconciliación con Narváez ha sido, en efecto, de las más cordiales, y mi delicadísima negociación ha concluído de la manera más satisfactoria: Si Narváez vuelve á entrar, el Gobierno está exento de toda responsabilidad; y si permanece aquí, el Gabinete se libra de todo peligro. ¿Creéis que cualquiera otra solución hubiera sido mejor? El secreto del resultado es, sin embargo, muy sencillo: se reduce á tener ánimo, corazón y honor en aquel grado adonde no llega el interés.

Habéis formulado una verdad incontestable al decir que no hay salvación para Europa mientras Francia no se salve á sí misma, sea por sus propios esfuerzos, sea con la ayuda de otras naciones. Opino lo mismo, porque se puede decir que los destinos de Europa son los de Francia.

Principian á nacer dificultades; espero un golpe de Estado, y si éste llega se repetirá en todas partes para restablecer en todas partes el orden por la fuerza. Pero si el golpe de Estado se frustra, Europa entraría en un período de confusión tal, que el diablo mismo no sería capaz de prever el término adonde se llegaría. No hablo de España, porque sufriría la suerte general.

Ayllón, como decís bien, puede ser comparado á una mina inagotable: sin él, Bertrán de Lis y Miraflores se habrían visto atajados á cada instante: es todo un hombre de negocios.

Ignoro si habrá necesidad de mí; pero he resuelto no mezclarme en las discusiones del Parlamento; tendría por perdido el tiempo que le consagrarse; entre la Cámara y yo hay incompatibilidad, y hasta siento dentera cuando oigo hablar de debates parlamentarios.

VALDEGAMAS.

PARÍS, 17 de Octubre de 1851.

Mi querido Conde: Al día siguiente de haberos escrito recibí vuestra carta del 9, que me traía noticias relativas á la crisis ministerial; os doy las gracias, y os ruego tengáis la bondad de decirme siempre lo que me convenga saber. Yo os hablaré, en cambio, del estado de Francia, y someteré mis juicios á vuestras reflexiones.

Cuando pasasteis por París, hallasteis á Francia dividida en numerosos partidos: legitimistas, orleanistas, bonapartistas, republicanos, ó moderados ó socialistas. Todos estos partidos han desaparecido unos después de otros, y entre los monárquicos, los legitimistas son los que han perdido más completamente su influencia; desde que declararon que aceptaban las "gloriosas conquistas de 1789," han dejado de ser legitimistas, y no saben qué dirección seguir como partido. *No hablemos de esto más.*

Por último, aún se ha llegado á punto de poderse decir que entre el Presidente y la Revolución no hay nada de común.

Esta fórmula expresa exactamente el origen y principio de la crisis de que me habláis, y de que hablan todos los periódicos; es de temer que, continuando tal antagonismo, el Presidente tenga la suerte de todos los partidos monárquicos, y que la Revolución quede por dueña de un terreno que ningún enemigo le dispute.

El Presidente se ha equivocado en el momento supremo: ha obrado sabia y juiciosamente reconociendo el sufragio universal, único título de legitimidad admitido hoy en Francia;

pero ha cometido un verdadero error pidiendo después el poder y buscándolo inmediatamente por las vías legales; habría debido asegurar ese poder por un golpe de Estado, dispersando á la Asamblea después de hacerse absolver por el sufragio universal y de obtener carta blanca para adoptar las medidas que la situación exigiese.

En vez de esto, deja á Francia sin Gobierno; pierde el tiempo en escribir mensajes á la Asamblea, y no sabiendo resolverse á dar contra ella un golpe de Estado, está perdido; la Asamblea, por su parte, se perderá no decidiéndose á dar el golpe de Estado contra el Presidente.

El error capital de todos en Francia consiste en creer ciegamente que es posible salir de esta situación por el camino pacífico y legal, mientras que, al contrario, sólo la fuerza podría ponerle fin. El más fuerte será el que dé primero, y creo que quien primero dé no será ni la Asamblea ni el Presidente: será la Revolución.

El drama ha principiado, y de un solo salto estamos ya en la última jornada.

Siempre suyo,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 2 de Noviembre de 1851.

Mi querido Conde: La reconciliación ha sido sincera, pero esto no excluye lo que le dije á este propósito: el hombre es capaz de hacer con sinceridad las cosas más contradictorias, según las circunstancias. Por mi parte, en mi cualidad de hombre de principios, sólo atiendo á ellos y hago poco caso de las personas. He creído que el Gabinete de Madrid no debía tomar sobre sí la necia responsabilidad de oponerse arbitrariamente á que vuelva á España, y he pensado á la vez que era mi deber prevenir el peligro que, volviendo él, hubiera corrido el Ministerio. He podido llegar á conciliar ambas cosas, tan difíciles de conciliar entre sí. Lo que no impide que me llamen muchos traidor. ¿Qué os parece? En el fondo soy amigo de este hombre y deseo que vuelva á ocuparse en los negocios, pero á condición de que se conforme con mis principios; de otra manera, no. Todo lo que sale de mi boca os parece el lenguaje de un santo, y, sin embargo, yo no quiero engañarme á mí mismo; el advenimiento de Narváez al poder puede acontecer si conviene; pero en ese caso yo no le ofreceré seguramente mi concurso sino á cambio de garantías.

No me creáis niño, como he descubierto últimamente que lo sois vos: acaso imagináis que todos son así; el hombre, es cierto, debe tener algo de paloma, pero debe tener también algo de serpiente; debe ser paloma cuando se trata de uno propio; debe convertirse en serpiente cuando sea preciso desenmascarar las intrigas de otro.

Se lo repito: todo está irrevocablemente concluído entre el Parlamento y yo.

Creo que Istúriz será ministro merced al apoyo de la Reina madre. Su Ministerio no se diferenciará de los que le han precedido, y él hará en Madrid lo que ha hecho en Londres, es decir, nada. El retrato que hacéis de Miraflores es perfecto : sois un niño admirable. ¡Si vierais qué despachos escribel

Voy á daros la clave de la situación política en Francia : toda derrota del gran partido del orden, sea quienquiera el vencedor, es un triunfo para la causa del orden verdadero ; toda victoria, por el contrario, del gran partido del orden, es un triunfo de la anarquía ; de donde concluyo que debéis declararos por el Presidente y contra el gran partido del orden ; si este último triunfa, la verdadera Monarquía no llegará nunca ; si la victoria es del Presidente, ó de Changarnier, ó del socialismo ó del diablo, la verdadera Monarquía se hace posible ; pero después que este país haya sufrido la dictadura militar ó el despotismo revolucionario.

Siempre vuestro,

VALDEGAMAS.

PARÍS 14 de Noviembre de 1851.

Mi querido Conde : Gracias por los dos documentos, relativos, uno de ellos á Carini, y el otro á mí. Gracias sobre todo por vuestra felicitación con motivo de mi gran cruz ¹ y de mi elección senatorial. Estoy cierto que ninguna enhorabuena es tan sincera como la vuestra, y no podéis dudar que ninguna otra me causa tanto placer como ésta.

El nombramiento de Carini es anterior á la famosa carta de Lord Palmerston : el Gobierno napolitano abdicaría toda su dignidad si, después de semejante carta, enviase un Ministro

¹ El marqués de Valdegamas acababa de recibir la gran cruz de la Orden de Carlos III.

á Londres : es, pues, probable que dilate la partida de Carini.

Os engañáis cuando decís que *mi tiempo llegará* ; mi tiempo no llegará nunca, lo cual, lejos de entristecerme, me alegra. Es probable que el orden no se restablezca jamás ; pero si llegase á restablecerse, no sería sino después de grandes sacudimientos y bajo la influencia de una reacción violenta. En ese caso no sería á mí á quien viniera el poder, sino á otros que ni vos ni yo conocemos, y que no podemos conocer de antemano.

Por lo demás, Francia é Inglaterra siguen una línea de conducta que encuentro muy natural. A nadie se oculta mi manera de ver, y por esta franqueza soy estimado.

El hombre ha dejado su sinceridad primitiva y ha entrado en la fase de un nuevo género de sinceridad. Irá á Madrid, aunque había dado su palabra de no volver allá. Mientras hemos permanecido solos, el uno enfrente del otro, he hecho de él lo que he querido ; pero la venida á París de Bermúdez de Castro todo lo ha echado á perder, y se prepara á asistir á la boda de la Reina. Es imposible contar con este hombre ; será siempre lo que ha sido, ni más ni menos.

Todo esto es confidencial ; aunque todo Madrid debe saberlo pronto, no conviene que os deis por enterado.

Siempre vuestro,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 18 de Noviembre de 1851.

Mi querido amigo: No tengo necesidad de leer lo que habéis escrito de mí á vuestro Gobierno para adivinarlo y saberlo por intuición, y para daros, por consiguiente, gracias. Os equivocáis si creéis que mi tiempo se aproxima ; está, al contrario, muy lejos aún, y es muy probable que nunca llegue. No es posible que se me llegue á ofrecer el poder ; me ha sido ofrecido ya más de una vez ; la dificultad, ó por mejor decir la imposibilidad, está en que yo acepte, en que haya disposición para seguir mi sistema, y en que yo mismo tope con una espada que me preste su ayuda. El concurso de tales condiciones es tan inverosímil, como difícil tocar al cielo con las manos. Por otra parte, nadie me ha hecho proposiciones.

Alegraos : el partido de orden ha sucumbido ayer. El Presidente ha tenido cien votos de mayoría, y el partido burgués y doctrinario ha muerto. Ignoro lo que le seguirá ; pero sé que el diablo se ha llevado al Gobierno parlamentario : hágale decir una misa de *requiem*. No se ofrecen, pues, ante los ojos otras maneras de regir que el sable y la revolución ; dadas estas condiciones, se hace posible una restauración de buena ley. Francia está aún destinada á salvar al mundo.

No creáis que deje de ofrecer inconvenientes el preferir á Changarnier sobre el Presidente. Es posible y hasta probable que Changarnier llame á Enrique V ; ¿pero no será Enrique V parlamentario? Porque Changarnier tendría que someterse á las condiciones que le impusieran los doctrinarios que le sostienen.

Cierto, el Presidente tiene malos lados ; pero entre los suje-

tos que le rodean hay alguno—no podéis adivinar quién es— que ha adquirido influencia en el Elíseo, y cuyos consejos tienen gran autoridad.

Siento que en la alta sociedad se haga caso de Lord-Howden, y celebro que se sepa apreciar al niño cuyo consejo desearía que fuese seguido. Narváez será moderado al principio; pero sus pasiones acabarán por arrebatarse más allá de los límites de la moderación, como ha sucedido siempre. Ya veréis como él se estrella, y nosotros con él.

VALDEGAMAS.

25 de Noviembre de 1851.

Mi querido amigo: No me sorprende la cólera de la Corte al saber, no sólo lo que he propuesto, sino lo que he aconsejado respecto de Narváez. He inclinado al Gobierno á tratar con el General para que sea llamado el día que los Ministros actuales no puedan permanecer más tiempo; he dicho que debían imponérsele á la vez condiciones para el bien del Estado, y exigírsele prendas ciertas y seguras. Desearía utilizar el ascendiente de este hombre en provecho de nuestras ideas, de las cuales se ha declarado partidario en sus conversaciones conmigo. Es evidente que después de haber, en último término, faltado á su ofrecimiento, Narváez ha demostrado que no merece la confianza de nadie, y yo mismo no me atrevería á fiarme de él; que la Corte haga ó no caso de mis consejos, me es por completo indiferente con tal que yo encuentre siempre en mi conciencia el testimonio de que en todas las cosas he aconsejado lo que es más conveniente á mi patria y á la Monarquía.

La situación empeora cada día: así, no me parece imposible que en el momento más inesperado estalle la guerra entre el

Presidente y la Asamblea. Es difícil predecir cuál será el resultado de la lucha: el Ejército decidirá de la victoria. Todos se figuran que pueden contar con su concurso; pero el Ejército mismo está dividido, como lo está Francia, y si el trabajo de descomposición general continúa su progreso, pronto no habrá, propiamente hablando, Ejército en Francia. Sin embargo, tengo motivos para creer que hoy los cálculos de la probabilidad están en favor del Presidente; pero si el conflicto engendrase una lucha que durara algunos meses (lo que no creo), el triunfo no sería ni del Presidente, ni de la Asamblea, sino de la Revolución, á la cual pertenecerá de todos modos la victoria definitiva.

Istúriz estará aquí á fin de esta semana: no hay duda que no es él el futuro Ministro.

Vuestro afectísimo,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 1.º de Diciembre de 1851.

Mi querido Conde: Todo sucede aquí como yo previa: el Parlamento ha muerto, sus jefes están aterrorizados, y algunos se han provisto ya de sus pasaportes; el Presidente es dueño de la situación: dará el golpe de Estado el día que determine, y lo hará pronto. Apercibíos á oír algo de grave dentro de poco. La situación puede variar, naturalmente, de un día á otro; pero es tal como os la describo, y no es probable que sufra modificaciones.

No tengo tiempo para nada: no podéis imaginar hasta qué punto me tiene rendido el trabajo.

Istúriz ha llegado hoy: el jueves sale para Madrid.

Narváez se hará conspirador. Algunos piensan que yo no

debería haber guardado la actitud que he guardado con él. Es fácil acusar después del suceso: pero vos, que sois hombre de conciencia, decidme si no era justo y prudente intentar un esfuerzo supremo para convertir á ese hombre, que hubiera podido ser tan útil y que es tan peligroso. Ahora se ha visto que es incorregible: yo temía este resultado, pero ha querido adquirir un testimonio irrecusable para saber cómo es preciso pensar irrevocablemente del sujeto.

Todo esto se lo participo en confianza.

VALDEGAMAS.

PARÍS, 3 de Diciembre de 1851.

Mi querido amigo: Ya sabéis hasta qué punto eran fundadas mis previsiones y exactos mis informes. El golpe está dado, golpe el más hábil que registra la historia: un hombre que pasaba hace poco por un aventurero, ha echado ayer los cerrojos que encierran á los más conspicuos personajes políticos y militares de Francia.

Hoy se inició una insurrección en el barrio de San Antonio, que fué reprimida en el acto. La verdad es que este hombre ha vencido todos los obstáculos que se oponían á su paso, y que, á la hora en que os escribo, es el dueño de Francia.

He aquí lo que puede el que sabe lo que quiere enfrente de los que ignoran lo que desean.

No tengo tiempo para escribiros más extensamente.

Vuestro siempre,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 7 de Diciembre de 1851.

Mi querido Conde: No hay nada que temer de los insurrectos: ha habido más de mil víctimas: no se les ha dado cuartel. El levantamiento no ha sido socialista, sino *burgués*; las barricadas estaban ocupadas por gentes de botas embetunadas, periodistas, tenderos y legitimistas; unos y otros, locos y revolucionarios por igual, han dado á la insurrección un contingente considerable. La obra de Dios se ha cumplido del modo que yo había previsto, aunque nadie participaba de mi opinión.

Yo había dicho á *quien se le debía decir* que de todo este *lodazal* había de resultar el *deshielo* parlamentario y burgués; que Luis Napoleón es en el momento actual el instrumento de la Providencia, y que en esta empresa debía ser invencible. Ahora principia una nueva época; hasta aquí todos han trabajado para *él*; de hoy en adelante él va á trabajar para otros: *Dejad pasar la justicia de Dios.*

Todos mis colegas han juzgado la cuestión como todo el mundo, es decir, al revés; yo procuraba rectificar su manera de ver, y ahora me dan la razón. Mi método para juzgar claramente las cosas es muy sencillo: elevo los ojos á Dios, y en Él veo lo que busco en vano en los acontecimientos, considerados en sí mismos. Este método es infalible y está al alcance de todo el mundo.

Siempre vuestro,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 10 de Diciembre de 1851.

Mi querido Conde: He recibido vuestra carta del 3, como todas las vuestras, llena de hechos y de observaciones. Efectivamente, Narváez se ha expresado siempre en el sentido que conocemos, y creo que obraba de buena fe: su interés personal le aleja del buen camino; pero yo creía haberle demostrado que en el caso presente su interés está del lado de los buenos principios. Le creí penetrado de esta verdad, y esta razón me había persuadido de que había llegado á hacerle participar de mi convicción. Mi opinión era tanto más fundada, cuanto que estoy persuadido sinceramente á que serviría á su propio interés adaptándose á nuestros principios. Los últimos acontecimientos de Madrid demuestran que yo tenía razón; á estas horas siento, sin duda, no haber seguido mis consejos; pero ya es tarde para que vuelva sobre sí, y, por otra parte, no tengo confianza en él.

Sé por buen conducto que actualmente busca apoyo en Inglaterra: lo he sabido antes de su ida, y he prevenido á mi Gobierno respecto á sus relaciones con Lord Howden. Lo que me decís viene á corroborar las noticias que yo os tenía dadas.

Decís, y con razón, que no tenéis confianza en la virtud, y yo os contesto á esto que ya veréis lo caro que os cuesta este desprecio: la virtud tiene más fuerza que la que se le supone, y sus detractores son más débiles de lo que se presume.

Lo que me escribís respecto al pobre Miraflores es aflictivo; no hay hombre más digno de compasión. En cualquier país, la nota que vos habéis enviado hubiera sido motivo bastante para la caída de un Ministro.

Os divertís en formar Ministerios con la fantasía, que es, como quien dice, hacer castillos en el aire. Por lo que á mí toca, es muy difícil que lleguen á ofrecerme el ministerio en las circunstancias presentes, y absolutamente imposible que yo acepte aunque me sea ofrecido. Soy harto rígido, harto absoluto y dogmático para convenir yo á nadie, y para que nadie me convenga á mí. Sé muy bien la necesidad imperiosa que todos sienten de transigir, de bordear, de ceder, para vencer los obstáculos; pero yo desprecio todo esto como otro desprecia la virtud.

Adiós, mi querido Conde: el triunfo del Presidente me parece asegurado por el momento; ha habido en los departamentos movimientos socialistas de verdadero carácter salvaje; pero no se extenderán. El gran peligro está, por una parte, en la indolencia de los hombres notables, y por otra, en el desembarco de los príncipes de Orleans; esto es lo que yo temo. En este caso estallarí la guerra civil en todos los ámbitos del territorio de la República. Por lo demás, si el Presidente sucumbiera ahora, la Revolución únicamente recogería su herencia.

El 2 de Diciembre es el aniversario de la batalla de Austerlitz y de la coronación del Emperador.

Vuestro afectísimo,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 24 de Diciembre de 1851.

Mi querido amigo: Me decís con mucha agudeza que os perdéis siempre en el mismo camino; esto consiste en que un hombre acostumbrado á caminar rectamente no sabe andar por senderos tortuosos: yo mismo me pierdo en este camino, aunque conozco el secreto con el que puedo orientarme, aunque me resigno á perderme antes que servirme de un secreto que consiste en seguir una línea sinuosa. Este es el verdadero

escollo en que chocan y se desvanecen los castillos en el aire que vos construís para mi uso; por lo demás, creed que, si hubiera de llegar mi vez, ya habría llegado, siendo así que nunca ha de llegar.

Puedo aseguraros, y Ayllón os lo podrá confirmar, que ningún Gobierno ha estado mejor informado que el mío de los acontecimientos que yo prevía aquí, del orden en que debían sucederse, de la lógica y de las necesidades que los engendraban. ¡Tiempo perdido todo! Miraflores nada comprendía y nada comprenderá de aquí en adelante. ¡Si leyerais las instrucciones que me envía! Pero afortunadamente obro como me parece. Sin embargo, tal estado de cosas podría llegar á un punto en que la conciencia me obligara á dimitir.

Los negocios siguen aquí su curso felizmente, pero preveo complicaciones exteriores. Por lo que á mí toca, preparo el terreno y dirijo todos mis esfuerzos para que vayan por buen camino; pero en ciertas eventualidades me vería obligado á hacer dimisión. ¿No es triste ¡gran Dios! ver el medio de salvarse la patria, poder uno salvarla, y tenerse que reducir á la inacción? No es otra, á la verdad, mi situación.

Decís que aún no ha sonado la hora del triunfo de las personas honradas; es cierto, pues creyendo trabajar para sí los vencedores de hoy, no son sino instrumento que la Providencia emplea para preparar en el porvenir el camino que aquéllos han de seguir. ¡Oh, qué admirable es la Providencia!...

Gran noticia:

Lord Palmerston ha caído: la presión de Europa obliga á sus colegas á apartarle de sí. Esta noticia es confidencial; no la comunicéis á nadie. Aquí nadie la conoce sino aquel de quien yo la he recibido, que lo sabe de buena tinta. Este es un acontecimiento más importante aún que los que acaban de ocurrir en Francia.

VALDEGAMAS.

PARÍS, 10 de Enero de 1852.

Mi querido Conde: Las comidas, las fiestas, las ceremonias y los asuntos de la legación me han impedido escribiros, como hubiera deseado.

Habéis sido profeta: en vuestra carta del 20 me decíais que Lord Palmerston no podría resistir mucho tiempo, y el diablo acaba de llevárselo; por qué se lo lleva, sería cosa larga de contar. En París nadie se explica los motivos de su conducta; yo los veo con claridad, y se los he hecho conocer á mi Gobierno; también los he manifestado aquí á algunas personas que han reconocido la exactitud de mis juicios.

Helos aquí en resumen: es cierto que Palmerston manifestó haber visto con buenos ojos el golpe de Estado; no es menos cierto que el Presidente veía en su amistad un auxilio importante; no es dudoso que su adhesión al golpe de Estado por una parte, y la satisfacción imperiosamente exigida de otra por Austria, han producido su caída. Una vez demostrada la exactitud de estos hechos, el problema que ha de resolverse se formula así: explicar cómo Palmerston ha podido apoyar la destrucción de la Revolución en Francia, siendo él mismo el promovedor y el sostenedor de todas las revoluciones. Pero he aquí la respuesta: el golpe de Estado debía ser, y ha sido, la reconciliación de Francia con las naciones continentales; esta reconciliación debía contener—y en realidad ha llevado consigo—la ruina de la política de Palmerston y el aislamiento de Inglaterra. Era, pues, preciso evitar que se produjeran estas consecuencias, y era urgente prevenirlas á toda

costa. Por esto Palmerston se ha dicho á sí mismo: "El medio de contener tales consecuencias es dar mi aquiescencia, mi aprobación á los hechos que han surgido; probar al Presidente que soy el único amigo lealmente adicto con que cuenta, y después llegar con él á este convenio : os dejo que matéis á la Revolución en Francia, porque no puedo oponerme; pero en cambio os comprometeréis á no ir más lejos y á no reconciliaros con Europa, cuya amistad os es inútil, sean las que quieran las circunstancias, desde el momento en que soy vuestro aliado. En compensación me dejaréis la facultad de obrar como antes. Consiento en que destruyáis en Francia la causa de la Revolución, á la que amo; pero vos me dejaréis la libertad de agitar y trastornar las naciones; mientras estemos unidos, nada tenemos que temer : ¡adelante pues!,"

Tal es, mi querido Conde, la explicación exacta de lo que acaba de suceder. Yo añado ahora que, si Inglaterra no se hubiese vuelto loca, habría conservado á Palmerston en su puesto, y se daría la enhorabuena por haber seguido semejante conducta. Si hubiese permanecido en el poder estaríamos perdidos; no dudo que el Presidente tiene su amistad en gran estima, y que la hubiera preferido á la de Europa; pero el hombre propone y Dios dispone.

Puede suceder que Inglaterra y Francia no sean nunca aliadas. Pero va á nacer un gran peligro : Inglaterra barajará los naipes. Si entra en el poder un Ministro conservador, del que forme parte Lord Aberdeen, dirigiráse á Europa, diciendo: Si dejáis al Presidente su libertad de acción, irá hasta el Rhin; uníos á mí para restablecer á los Borbones. Esto sucederá : lo preveo tan claramente como distingo el papel en que escribo. Pues bien : los digo que Europa está perdida si cae en ese lazo.

Existe un interés supremo, un interés sagrado, el más grande y el más sagrado de todos : el de anular á Inglaterra, y nunca se ha presentado ocasión más favorable. Si Europa la desperdicia, está perdida; porque Inglaterra ha estado, y esta-

rá siempre, identificada con la Revolución, cuya eterna instigadora no dejará nunca de ser otra que Inglaterra. Es un error creer que Palmerston sea en su país el solo amigo de la Revolución ; los ingleses lo son tanto como él por su cualidad de ingleses ; entre Palmerston y Aberdeen no hay otra diferencia que la forma ; de modo que la política de Palmerston no ha sido una política personal, sino nacional, y los que piensen lo contrario son unos niños.

He pasado muchas noches ocupada la mente por esta idea: creedme, no me engaño, allí está el peligro ; no transcurrirá más de un mes sin que vos mismo podáis comprobarlo. Es, pues, indispensable conjurarle á toda costa, y con este fin muevo todos los resortes de mi actividad.

He hecho contra Inglaterra el juramento de Aníbal. Francia no es nada : las conquistas imperiales son un sueño, y, aunque llegaran á ser reales, esto no mudaría en nada el ser de las cosas. A mí, que una nación extienda sus fronteras ó pierda una parte de su territorio, me importa poco ; lo que me importa es que la Revolución sea decapitada.

En cuanto á los Borbones, vendrán por sí mismos y en la hora marcada por la providencia. Si vinieran ahora lo descompondrían todo, porque querrían ser Reyes constitucionales. Si las Cortes del Norte no participan de esta manera de ver ; si se dejan seducir por Inglaterra, que no es otra cosa que una personificación diabólica, estamos irremisiblemente perdidos.

Vuestro afectísimo.

VALDEGAMAS.

PARÍS, 24 de Enero de 1852.

Acabo de leer y quemar la copia de lo que habéis escrito á vuestro Gobierno con fecha 2; estamos perfectamente de acuerdo.

Cuando os dije que era preciso destruir á Inglaterra, había exageración en mis palabras. La desaparición de Inglaterra rompería el equilibrio del mundo, y nuestro intento debe reducirse á prevenir la ruptura de este equilibrio, la cual se seguiría, ó de la ruina total, ó de la dominación absoluta de esa potencia.

No me admira que no previerais la amistad entre Luis Napoleón y Lord Palmerston : los lazos de esta amistad eran muy estrechos, y Palmerston la enderezaba á un fin propio y determinado : Palmerston aprobó el golpe de Estado con el fin de tener á Francia debajo de su tutela, y con el de adquirir mediante su apoyo la facultad de agitar á Europa, importándole poco los acontecimientos que pudieran sobrevenir en Francia con tal que esta nación no se reconciliase con los otros Estados continentales; hay que confesar que, obrando así comprendió mejor los intereses ingleses que la Inglaterra misma.

Pero todo esto es ya historia antigua: el Presidente ha perdido la cabeza, y nos conduce ahora á la ruina: el decreto que priva de sus bienes á la familia de Orleans conducirá probablemente á una caída inevitable. La indignación ha llegado aquí al último grado de la vehemencia.

La aplicación de los bienes secuestrados á las clases pobres ha impresionado extraordinariamente: *esto es socialismo claramente caracterizado*. Cuando la Asamblea fué invadida el 15

de Mayo, Barvès subió á la tribuna, y sólo pronunció estas significativas palabras: *¡Mil millones girados contra los ricos!* Luis Napoleón ha dicho: *¡Trescientos millones girados contra los Príncipes!* Luis Napoleón y Barvès se han encontrado, pues, en un mismo pensamiento; y una vez tomado ese camino, el movimiento no terminará aquí.

Este hombre ha desaprovechado la situación magnífica sobre todas las de que nos pone ejemplo la Historia. Para afirmar su poder bastábale olvidar las injurias y respetar la justicia; pero atacar la propiedad en este momento, cuando su único título para gobernar es habernos librado de ladrones, es un acto de locura que confunde á la inteligencia humana. Ha firmado su sentencia de muerte. Francia se lo perdona todo; pero no le perdonará esta falta. Veremos á las potencias del Norte, que habían tendido la mano á Napoleón dictador, apartarla de Napoleón *socialista*: Inglaterra urdirá intrigas á que responderán las protestas de las naciones á quienes afecta, pues median lazos de familia, el despojo de los Príncipes; y después de todo esto, una serie de acontecimientos que no es posible imaginar. Enrique V será Rey de Francia: el Presidente tomará medidas aún más socialistas; cuando el peligro aumente para él querrá á toda costa ganarse á la plebe, y arrojará en el caos á esta desgraciada nación, cuya esperanza se ve frustrada.

Todo esto es fatal, á menos que sobrevenga la restauración merced á un golpe de mano, que por otra parte es muy difícil dar.

No me escribáis por el correo más que de los asuntos de Francia: respecto á los de España, emplead el medio que mejor os parezca.

Todos los hechos referidos en los considerandos destinados á justificar el despojo de los Príncipes son falsos ó calumniosos.

VALDEGAMAS.

PARÍS, 18 de Febrero de 1852.

Mi querido amigo: Aunque muy lejos de Madrid, mi instinto me dice lo mismo que os dicen á vos la razón y el testimonio de los sentidos: las cosas van de mal en peor; la reacción liberal es inevitable, el triunfo de la política inglesa cierto, el aspecto de Palacio fúnebre y nuncio de catástrofes, el Ministerio moribundo, mientras que la perseverancia y la sangre fría de su jefe excitan la admiración; cada día, bajo la acción de odios y de culpables intrigas, el momento de la descomposición se aproxima á grandes pasos.

Decís que la falta cometida ¹ no es de tal naturaleza que provoque la caída de este edificio; pero, á mi entender, lo conmueve hondamente. El establecimiento de la influencia de los *piratas* es el signo precursor del mal que es más de temer. Cuando comencé á asegurarlo, la duda era posible; pero hoy, ante los resultados que por todas partes se manifiestan, no es posible la duda.

La situación general de Europa me parece ahora peor que nunca: dentro de poco no podréis juzgarla de otro modo. Europa se muere porque le falta un verdadero hombre de Estado: todo podía salvarse, y, sin embargo, todo se perderá. La concordia, de donde debía venir la salud, no es lo que debía ser: veréis cómo los *piratas* hacen que surjan las dificultades que dividen, y cómo los nuestros olvidan la cuestión revolucionaria, única que tiene fuerza bastante para obligarnos á estar unidos.

Si algo pudiese consolarme, sería la benevolencia que aquí

¹ El decreto de confiscación mencionado antes.

se me otorga; en realidad, es inusitada é inmerecida. Pero nada de esto es capaz de disminuir ni ahuyentar mi tristeza, y el deseo de dejar esto ocupa de nuevo mi ánimo.

Vuestro afectísimo,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 24 de Febrero de 1852.

Mi queridísimo Conde : Mil gracias por todo lo que me decís de las cosas de España : vuestras cartas son las que más me gustan entre todas las que recibo.

¡No sabéis qué pensar del estado de Europa! Os diré en dos palabras cuál es mi opinión en este punto. Si consigo expresarme bien, estas dos palabras equivaldrán á un volumen.

La guerra es necesaria ; resultará de esta situación á pesar de la voluntad y los esfuerzos de los hombres. La solución depende de la manera como se plantee el problema ; porque puede presentarse de dos maneras distintas : una favorable á Inglaterra, y otra á todos nosotros. La primera consiste en prescindir de las razones de orden político para llegar al conflicto de las ambiciones, lo cual equivale á poner sobre el tapete las cuestiones de preponderancia y de engrandecimiento territorial ; si esta eventualidad llegara, Inglaterra habría ganado la partida contra Europa entera.

Si, por el contrario, el problema fuese el resultado de la lucha entre la Revolución y la independencia continental, sería entonces Europa la que ganase la partida empeñada contra Inglaterra.

¿Pero en qué forma campearán los términos de la cuestión? ¿De qué modo se presenta en este momento? Esto no lo quiero discutir hoy ; puedo, sin embargo, aseguraros que todo se dis-

pone para preparar el triunfo de Inglaterra y la ruina de Europa.

Nunca he deseado tan vivamente como ahora ser Ministro; si yo fuera Ministro, España tomaría la iniciativa para fijar los términos de ese problema, é Inglaterra no olvidaría mi nombre. Sin embargo, en la esfera de mis funciones no dejó obrar á esta formidable potencia sin inquietarla ; pero de esto no puedo hablar.

¿Qué os parece? ¿He sido franco y preciso?

Vuestro afectísimo,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 10 de Marzo de 1852.

Mi querido Conde : El efecto producido fuera de París por los decretos, ha sido detestable ; el emperador Nicolás ha exclamado después de leerlos: “¡Esta es una mala acción que les costará caral,” Pero su efecto más desdichado es la idea que ha sugerido de la inestabilidad de este Gobierno, á que se ha seguido la paralización casi absoluta de las transacciones comerciales, y no parece sino que vuelve á adquirir cierta como sombra de influencia una familia que aun aparentemente la había perdido. A pesar de todo, el Gobierno del Presidente es en este momento invencible. Esta es una verdad evidente; pero el peligro está en la duda respecto á su estabilidad y á la falta de confianza en lo por venir. Viniendo á lo que es más grave todavía que eso, creo que os equivocáis absolutamente en la idea que habéis formado de la situación de Europa; Austria tiene tendencias francesas, y todas las simpatías de Prusia son inglesas aunque no lo creáis. De aquí resulta que ambas potencias permanecerán inmóviles, como si hubieran dejado de exis-

tir. En San Petersburgo, Nesselrode muestra, cada vez más, una desconfianza respetuosa de Luis Napoleón ; el pensamiento que llena su ánimo, es el temor de que ese Príncipe quiera romper los tratados para extender las fronteras de Francia. El Emperador, por el contrario, que es el único hombre de Estado que existe en Europa, se inclina á aproximarse á Luis Napoleón, teniendo los ojos puestos en la Revolución y sólo en ella. Resultan en la política de Europa oscilaciones funestas y una inacción forzosa. La influencia del Norte no existe, pues.

En la expectativa de lo que haya de suceder, Inglaterra muda su Ministerio conservador ; apacigua á Prusia, y procura ganársela ; cada día gana terreno, y no tardará en dominar á España ; cuenta con Bélgica, con Suiza, con el Piamonte, y sin vacilar, sin perder tiempo, toma por todas partes la iniciativa en batallas diplomáticas, reservándose, para cuando le acomode, provocar otras batallas. El triunfo es, pues, sin duda, para ella ; y si Napoleón hiciera lo que aconsejáis, es decir, si se proclamase Emperador, el triunfo de la política inglesa no tardaría dos meses ; veriais inmediatamente á Prusia sobre la línea del Rhin, y á Nesselrode imponiendo sus soluciones al Czar y prestando á Prusia la ayuda de Rusia. Tal es la situación verdadera, y tales los hechos que de ella habrán de originarse.

Europa está ciega, y, por consecuencia, perdida, mientras que Inglaterra, viendo con clarísima intuición su propio interés, ha conseguido que Europa se divida por las cuestiones territoriales. Luis Napoleón no ha sido bastante hábil ; hubiera debido convocar á Congreso á todas las potencias continentales para discutir exclusivamente los medios de combatir la Revolución, y declarar que él el primero reconocía la necesidad de mantener los tratados.

Me contestaréis diciendo que la alianza del Norte se estrechará más al primer movimiento revolucionario ; pero yo os digo á mi vez que ese movimiento no vendrá. Inglaterra no cometerá una falta tan material ; antes hará orden por todas

partes, aunque haciendo luego por todas partes desorden, cuando haya obtenido el triunfo de su política.

Todo esto es triste, pero cierto; vos sois la única persona con quien hablo con esta claridad.

Después de haber escrito lo que precede, he recibido vuestra carta del 3, que vale un imperio: lo que habéis dicho á Bertrán de Lis es admirable ¹; lo que escribís acerca de la situación de España, tan exacto en el fondo como soberbio en la forma. En esta notable carta no finge ilusión alguna, sino está el ánimo en presencia de los hechos, sólo ante los hechos; así me place que se hable. Siempre que penséis de España que está perdida, y que todo está amenazado de igual ruina, vos y yo estaremos conformes.

Os agradezco infinito el motivo que os ha decidido á enviar mi carta á Berlín; la amistad y el bien público son siempre vuestros móviles, y por esto os aprecio tanto.

No dudo que vuestros despachos serán leídos con gusto en Berlín; pero creo que os sucede como á mí, que todos me leen con gusto pero sin fruto. Prusia está en manos de Inglaterra, y España no tardará en sufrir la misma suerte.

Para concluir, os anunciaré una nueva catástrofe: si las cosas continúan como van, el Presidente se hará revolucionario.

VALDEGAMAS.

1 "Los remilgos parlamentarios, decía el conde Raczyński á D. Manuel Bertrán de Lis; la adhesión obstinada á un jefe de pelea que ya se ha torcido hacia lo malo; el recuerdo de alguna frase proferida años atrás; la gloria que se cifra en subir y bajar siempre con los mismos sujetos, todas estas cosas son del dominio que pertenece al honor y á la virtud parlamentaria, pero no es ése el honor ni la virtud de un caballero ni de un cristiano..". En esa misma entrevista expuso el diplomático prusiano su admiración por el conde de Chambord.

PARÍS, 10 de Abril de 1852.

Mi querido Conde: Como no tengo libertad para escribiros con tanta frecuencia como deseara, me propongo ser hoy tan preciso y tan claro que mis informes os saquen de la incertidumbre en que os tiene lo contradictorio de las noticias que circulan.

Sin que vos ni yo hayamos podido impedirlo, la cuestión de engrandecimiento territorial divide profundamente los ánimos, ocupándolos hasta el punto de hacerles perder de vista el temor á la Revolución, contra la cual todos deberían haberse unido. Este resultado es consecuencia, lo primero, de la habilidad de Inglaterra; lo segundo, de las miras del Presidente, que aspira al Imperio; y, por último, de la inhabilidad de las potencias septentrionales.

Modificada así la situación, la alianza no se funda en la necesidad de defenderse contra la Revolución, cuyas maquinaciones, por otra parte, Lord Derby no está dispuesto á favorecer en este momento; pero se establece, porque se preve una tentativa de aumento territorial por parte del Presidente. Al extremo á que han llegado las cosas, sé por buen conducto que, en semejante eventualidad, Luis Napoleón tendría contra sí á toda Europa, con Inglaterra á la cabeza de esta protesta unánime; exceptuaré, sin embargo, á Austria, que le será simpática; digo que le será y no que lo es, porque el príncipe Schwartzenberg ha muerto: acaso en estos momentos pueda contarse á Austria entre los adversarios del Presidente.

La guerra sería, pues, favorable para Inglaterra y desas-

trosz para Francia. El Presidente, solo y sin aliados, tendrfa que recurrir á la propaganda revolucionaria, y entonces asistiríamos al extraño espectáculo que ofrecerían los amigos del orden agrupados todos alrededor de Inglaterra.

Todo esto es claro como la luz que nos alumbra. Concluyo, pues, diciendo que, dadas tales condiciones, no quiero la guerra, y tiemblo cuando veo á este hombre dar un paso que puede provocarla; la proclamación del Imperio puede ser, sin duda, razón suficiente para ella; temo, pues, el Imperio, con tanta más razón cuanto que tengo por inmediato y cierto su advenimiento.

Si el Imperio no conduce á la guerra, hará, por lo menos, más estrecha la alianza de las potencias continentales con Inglaterra, que no dejará de explotar este acontecimiento con su habilidad acostumbrada. Por otra parte, considero evidente que el Emperador se verá obligado, de grado ó por fuerza, á meterse en empresas guerreras para aumentar sus Estados por medio de conquistas: en este caso los cañones darían á Inglaterra la influencia y la fuerza más considerables que pueden adquirir los hombres.

Esta es la pura verdad: lo que no sea esto, desechadlo sin vacilar.

No hemos visto ni veremos la muerte verdadera del parlamentarismo.

VALDEGAMAS.

PARÍS, 3 de Mayo de 1852,

Mi queridísimo amigo: Leyendo vuestra carta del 21, veo que mis razones os han hecho fuerza. Bueno es poner la confianza en la Providencia, que ya ha dirigido tan rudos golpes contra la demagogia. En este punto estamos, pues, perfectamente de acuerdo: ignoro cuándo y por qué caminos nos salvará la Providencia; pero de ella espero firmemente la salvación, aunque sea á fuerza de milagros. Si me guió sólo de la luz puramente humana, el porvenir se me aparece, como ya os he dicho, con los colores más sombríos.

Creo que habréis leído en *El Times* el extracto de una comunicación dirigida por Rusia y Prusia al príncipe Schwartzberg. Su texto confirma todo lo que os he dicho acerca de la política de las tres potencias del Norte. Después de la muerte del Príncipe, no hay duda sino que Austria no obrará completamente de acuerdo con las otras; pero éstas siguen mal camino, y se dirigen, sin advertirlo, por el mismo derrotero que Inglaterra. Si la guerra llega, Inglaterra será la señora del mundo, porque esta potencia no dejará nunca de mover á revoluciones y trastornos.

En cuanto á Francia, creo que el Imperio tardará poquísimo en ser proclamado, y creo que, á pesar de la comunicación ruso-prusiana, será hereditario. Las potencias no harán manifestación alguna; pero, tarde ó temprano, el Emperador procurará extender sus fronteras, y ese día estallará la guerra, que debe dar á Inglaterra la victoria definitiva á expensas de Francia y de Europa entera. Aunque hoy no parece probable la alianza entre Francia é Inglaterra, puede ser un hecho

mañana, y en ese caso las potencias del Norte permanecerán inmóviles, porque, si otra cosa hiciesen, serían vencidas.

Tengo en mucho al conde de Antioche; vino á verme á su paso por París; me había prometido escribirme cuando volviese á su puesto, pero hasta ahora no he recibido noticias suyas.

VALDEGAMAS.

PARÍS, 24 de Mayo de 1852.

Os agradezco lo que me participáis acerca del proyecto de golpe de Estado. De lo que me decís y de lo que otros me han escrito, deduzco que la situación es malísima, que las personas y las cosas son otros tantos obstáculos en los cuales tropezará Bravo Murillo á cada paso, y, por último, que el proyecto abortará, no porque en realidad no se haga nada, sino porque se hará poco y no se hará en la medida necesaria. Aquí las cosas siguen *in statu quo*. El Príncipe retrasa la proclamación del Imperio porque le detienen las malas disposiciones que ve en Europa; pero está decidido, sin embargo, y á toda costa, á ser Emperador, lo que sucederá probablemente este verano. Tal acontecimiento será bien recibido en Francia, aunque mal visto por Europa. Pero la guerra no estallaría sino en el caso de que este hombre atravesase sus propias fronteras, y creo que no las atravesará; está, sin embargo, impulsado por su destino, que es atravesarlas algún día, llamar á la Revolución y sucumbir miserablemente en otro Waterloo ¹, ó para mejor expresar mi pensamiento, en una nueva batalla de Novara. Ya os he dicho lo que se seguirá á su caída: la dominación inglesa y el triunfo definitivo de la Revolu-

¹ En Sedan.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

ción ¹, á menos que Dios, que nos ha acostumbrado á los milagros, no ponga fin al curso de las cosas de una manera ó de otra, pero milagrosamente.

Ya conocéis la interpelación de Lord Palmerston y la respuesta de Disraeli: ambos se entienden. No concibo la ceguedad de Europa.

Las relaciones entre las tres grandes potencias son hoy todo lo cordiales que pueden ser, gracias á las visitas del emperador Nicolás. Sin embargo, no hay que fabricar vanas ilusiones; las querellas entre Austria y Prusia tienen por principio la diversidad incontestable de sus intereses y la naturaleza misma de las cosas: son, á la vez, naturales, necesarias é inextinguibles; puede esperarse una tregua más ó menos temporal en el caso de un conflicto europeo, y esta tregua está conseguida por ahora.

Vuestro propósito de alejaros de la vida oficial es, perdonadme que os lo diga, una verdadera ligereza. Servís mejor que nadie á vuestro país y á vuestro Rey: ¿queréis que os lo pruebe? Sin vos yo hubiese atacado á Prusia en el Parlamento, porque no soy amigo ni de Prusia, ni de su política, ni de su engrandecimiento, ni aun de su existencia; la creo entregada á Satanás desde que nació, y estoy persuadido que por una fatalidad de su historia está dada á él para siempre ². Pero os profeso tan profundo afecto y os aprecio tanto, que nunca he hablado de vuestro Soberano sino para llamarle el *Augusto de Alemania*. Este es un ejemplo concluyente de las impresiones independientes y justas que las relaciones personales hacen nacer en los hombres públicos.

Lo que os ha dicho Miraflores es una broma extraña. Un hombre como vos no debe dar importancia á esas niñerías.

VALDEGAMAS.

¹ Lo estamos viendo y llorando.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² No se entienda esta fatalidad histórica sino en el sentido mismo del destino de Napoleón: en sentido impropio, que no excluye ni la libertad humana ni la Providencia divina. Por lo demás, no parece sino que el gran Donoso estaba viendo los secretos del porvenir.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

PARÍS, 2 de Febrero de 1853.

Mi querido Conde: Por dos razones he dejado últimamente de escribiros: la primera, porque el infierno ha desencadenado este año sobre París todas las fiestas imaginables, hasta el punto de hacer de mí un verdadero mártir; y la segunda, en la cual no habéis caído, que no sé cómo escribiros, pues no tengo ni correo ni conducto seguro por donde remitiros mis cartas. No os admire, pues, mi silencio.

Entre nosotros no es posible apreciar de modo diferente el hospitalario asilo que da Inglaterra á todos los bandidos del continente; porque, hagan lo que hagan las potencias á este propósito, aislada ó colectivamente, Inglaterra ninguna concesión hará jamás sobre este punto; no lo dudéis.

Después de las agitaciones ocurridas en Milán y en Viena, las relaciones de Francia con las otras naciones continentales han mejorado, sin presentar aún el carácter de solidez y firmeza que nosotros aconsejamos. He aquí en qué consiste la dificultad: cualesquiera que sean los esfuerzos de las potencias, nunca llegarán á impedir que aquí se crea en la posibilidad de un enfriamiento; y haga Francia, por su parte, lo que quiera, las potencias no podrán substraerse al temor de que algún día el Emperador se haga Príncipe revolucionario. Esta recíproca desconfianza hace que las relaciones entre Francia y las potencias no puedan subsistir sino hasta cierto punto; pueden ser amigas hoy, pero á la manera de aquellos que, temiendo indisponerse mañana, se preparan desde hoy mismo para este lance.

La cuestión de Oriente es hoy principal aquí; y como en

un caso, que puede presentarse más tarde ó más temprano, la aliada natural de Francia es Inglaterra, síguese de aquí que la primera no hará nada, ó hará muy poco, que pueda indisponer en contra suya á la segunda.

En resumen, las cosas van mal: siguen un camino peor que antes, fuera de lo que nosotros deseamos, y temo que se alejen del recto sendero para no volver más á él.

El mundo continuará como hasta aquí, luchando contra los obstáculos, sin que veamos nunca ni su caída ni su salvación.

Por lo que hace á mi país, todo está en el mayor desorden: la política reducida á las intrigas que conocéis, y no puede salir de esas intrigas más que por una catástrofe sangrienta.

El Ministerio presentará un proyecto de reforma; pero el Gobierno parlamentario se conservará sin novedad en su importante salud ¹.

VALDEGAMAS.

¹ Así sucedió en efecto: fracasó la reforma propuesta por D. Juan Bravo Murillo que ni podía agradar ni agradó á los doctrinarios ó liberales moderados. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

CARTAS Y PENSAMIENTOS
DE
D. JUAN DONOSO CORTES
MARQUÉS DE VALDEGAMAS

publicadas en la edición francesa de sus «Obras»
y vertidas al castellano para la presente edición

À MONSEÑOR GAUME

PROTONOTARIO APOSTÓLICO

I

BERLÍN, 24 de Agosto de 1849.

Señor: Las palabras españolas que subrayáis en la inestimable carta que acabo de recibir me inducen á escribiros en mi propio idioma, ya que se me hace sumamente difícil expresarme con alguna corrección en lenguas extranjeras.

Ante todo, un millón de gracias por la bondad que habéis tenido de enviarme un ejemplar de la obra en que tan denodada y profundamente habéis sondeado los abismos de esta sociedad moribunda ¹. Con su lectura he sentido gran tristeza, y mucho gozo á la vez: suma tristeza á vista de las grandes y formidables catástrofes que en ella reveláis, y sumo gozo ante la manifestación sincera de toda la verdad. La verdad, aun cuando es triste, es siempre deliciosa.

Mis opiniones y las vuestras son casi idénticas. Ni vos ni yo tenemos esperanza. Dios ha hecho la carne para que se corrompa, y el cuchillo para cortar la carne corrompida. Estamos tocando con nuestras propias manos la mayor catástrofe de la historia. En el momento actual, lo que veo yo con claridad es

¹ La obra de Mons. Gaume á que se refiere el autor de esta carta, se intitula en castellano *¿Adónde vamos á parar? Ojeada á las tendencias de la época actual.*—La librería religiosa de Barcelona la publicó traducida á nuestro idioma.

la barbarie de Europa y de su despoblación dentro de poco tiempo. La tierra por donde ha pasado la civilización filosófica, será maldecida: será la tierra de la corrupción y de la sangre. Después vendrá... lo que habrá de venir.

Nunca tuve fe ni confianza en la acción política de los buenos católicos. Todos sus esfuerzos, encaminados á reformar la sociedad por medio de Asambleas y de Gobiernos, serán perpetuamente inútiles ¹. Las sociedades no son lo que son porque hayan sido constituidas en el ser y estado que tienen por Gobiernos y Asambleas, sino, al contrario, las Asambleas y los Gobiernos son lo que son porque la sociedad que rigen es lo que es. Sería, pues, necesario invertir el procedimiento, empezando por reformar la sociedad, y después, valiéndose de la sociedad ya reformada, reformar sus instituciones.

Pero ya es tarde. Lo único que hay que hacer de ahora en adelante es salvar almas sustentándolas, para cuando llegue el día de la tribulación, con el Pan de los fuertes.

Mientras tanto, nada más grato personalmente para mí, ni que más me honre, que lograr la aprobación de un sujeto tan eminente como vos, y ponerme en relaciones con vos mismo con ocasión de los cataclismos europeos.

Suplícoos encarecidamente que aceptéis la expresión de mi reconocimiento, etc.

VALDEGAMAS.

II

MADRID, 31 de Agosto de 1850

Mi muy querido Monseñor: A mi vuelta de Salamanca á Madrid me he encontrado con vuestra preciosa carta del 8, y con los opúsculos de que me habláis en ella, intitulados; uno de ellos, *La Profanación del Domingo*, y el otro *Europa en 1848*, donde se trata de la organización del trabajo, del Comunismo y del Cristianismo.

¹ Véanse las últimas encíclicas de N. S. P. el Papa León XIII acerca de este punto.

Entrambos me han parecido admirables. No es posible encerrar en menos páginas mayor número de verdades, verdades cuya poderosa virtud bastaría para salvarnos y salvar también á las generaciones futuras. Claridad, sobriedad, profundidad, genio, todas estas dotes brillan en los opúsculos. Si, como me decís, perseveráis en esa publicación, no dudo que contribuiréis como el que más en la obra de la restauración religiosa y social en esta época.

Hacéis muy bien en dirigiros al pueblo con preferencia sobre las clases medias. Gangrenadas éstas hasta la medula de los huesos, no las despertarán ciertamente los opúsculos, sino las catástrofes. Pero las llagas del pueblo no son tales que no haya alguna esperanza de remediarlas; y un hombre como vos, que le habla con amor y conciencia, puede contribuir á apartarle del abismo adonde corre. Espero que Dios os ha de ayudar en esa empresa, ardua y meritoria.

Mi obra *El catolicismo, el liberalismo*, etc., iba á ser larga; pero por una circunstancia incidental se ha reducido á menos extensión. Habiendo, en efecto, de publicarse en la *Bibliothèque nouvelle*, como los límites de esta publicación sean estrechos, he tenido que reducir mi obra á un solo volumen, en vez de los dos ó tres de que había de constar según mi primer plan.

Hubiera yo deseado con vehemencia que la hubieseis traducido vos, porque no sólo habría salido entonces una versión exacta y elegante, pero además, habiéndome ayudado vos con vuestras luces, mi obra hubiera resultado menos imperfecta. Obligado por el asunto mismo de la obra á tratar materias tecnológicas, en que vos entendéis tanto y yo tan poco, vuestra dirección me habría sido de mucha utilidad y muy necesaria. Pero la cosa no tiene ya remedio: ahora están traduciendo el libro, el cual saldrá á luz á un mismo tiempo en París y en Madrid. De todos modos os doy un millón de gracias, á que acompaño mis afectuosos respetos.

Soy con todo mi corazón amigo vuestro, etc.

VALDEGAMAS.

III

PARÍS, 23 de Abril de 1851.

Señor y querido amigo: En España recibí la carta en que me anunciabais la obra que ibais á publicar: á mí se me hacía largo el tiempo antes de poderla leer, y aquí he recibido vuestra excelente carta del 11 con la obra anunciada en la anterior ¹. Vuestra modestia es tanta, que me rogáis que la examine. Pero de una parte el sinnúmero de visitas, escollo y azote de la vida diplomática, y de otra las fiestas religiosas de estos días, no me han permitido examinarla y contestaros.

Excelente es vuestro libro. Sólo hay dos sistemas en punto á educación: el cristiano y el pagano. El último nos ha conducido al abismo, del que no saldremos si no es restaurado el primero. Lo cual quiere decir que convengo enteramente con vos, y creo que vuestra obra debe ser publicada y difundida ².

El orden y el estilo son los que pide el asunto. Vos sois siempre claro, lógico, perspicaz; nadie hasta ahora ha puesto como vos el dedo en la llaga. Seguid la misma senda, y mereceréis bien de Dios y de los hombres.

Siento mucho que vuestras ocupaciones os hayan impedido permanecer aquí algunos días más, porque vuestro trato y conversación me hubieran sido muy provechosos. Consuélame, empero, la esperanza que me dais de veros pronto por aquí. Dios quiera que nos conozcamos personalmente.

Entretanto, no dudéis de la cordial amistad con que, etcétera.

VALDEGAMAS.

¹ *Le ver rougeur des sociétés modernes, ou le paganisme dans l'éducation.*

² No se olvide el tiempo en que esta carta fue escrita, cuando la Iglesia aún no había hablado acerca de la gran cuestión suscitada por el abate Gaume, cuya exageración en este punto no ha prevalecido. (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

AL SR. VIZCONDE DE LATOUR

DIPUTADO EN EL CUERPO LEGISLATIVO

I

25 de Noviembre de 1851.

...Tenéis mucha razón; el protestantismo y el parlamentarismo se van, y están condenados, como todo error, á inevitable decadencia. Dos cosas únicamente son posibles en el mundo: de una parte el Catolicismo, que es la afirmación soberana, y por otra la Revolución, que es la negación absoluta. Aquél, decís bien, haría una obra muy buena, que probase que la verdad religiosa es también la verdad política y la verdad social, por ser, como es, la verdad completa.

...Las palabras que citáis del Presidente de la República, son muy importantes; lo que yo por mi parte sé, me persuade de su sinceridad. Quiera Dios concederle la victoria en la guerra criminal é insensata que le han declarado todas las ambiciones.

... Sin duda convendría mucho publicar escritos *reaccionarios*, como vos proponéis. Pero ¿cómo poner por obra este proyecto, sintiéndonos todos agobiados bajo el peso de ocupaciones y cuidados? ¿Qué será de Europa, qué será de Francia de aquí á un mes? Según parece, no tenemos otro recurso sino levantar al cielo los ojos y ponernos confiadamente en manos de la Providencia.

VALDEGAMAS.

II

PARÍS, 12 de Enero de 1852.

Mi querido amigo: La conducta que he observado con el Presidente ha sido tan natural, que no se me debe por ella ni recompensa ni elogio. Aconsejé el golpe de Estado, le aprobé desde el primer momento, y cada vez estoy más satisfecho de haberle aconsejado y aprobado. La conducta de Montalembert ha sido heroica; que héroe, en efecto, ha tenido que ser para ofrecer su apoyo al Presidente en momentos en que los más intrépidos huían del Príncipe como si padeciera de alguna enfermedad contagiosa.

...En las grandes crisis de los Estados, el Poder no es tan libre como parece: antes es el primer esclavo de la corriente impetuosa; hoy la corriente es católica y antirrevolucionaria: el jefe del poder será antirrevolucionario y católico; y si no lo fuere, pondráse en peligro de perecer en el torbellino que suscitare.

VALDEGAMAS.

III

PARÍS, 17 de Febrero de 1852.

Mi querido amigo: Os doy gracias por haber pensado en mí cuando tuvisteis noticia del execrable atentado con que ha sido manchada la hermosa historia monárquica de mi país. Esta noticia cayó sobre mí como un rayo. He pasado tres días, con sus noches, de angustia, hasta que el telégrafo me ha transmitido un Boletín menos alarmante. Ya puede decirse que la Reina está curada. Con esto ha crecido su popularidad. Ha llegado la hora de hacer el bien; si no se hace, veránse sucumbir las personas y los caracteres en España y en todas partes.

VALDEGAMAS.

A LUIS VEUILLOT

DIRECTOR DEL «UNIVERS» ¹.

I

DON BENITO. 3 de Marzo de 1850.

Mi querido amigo: Acabo de recibir su carta de Ud., de 20 de Febrero, y el *Univers* del mismo día, en que viene mi discurso, con el artículo que ha tenido Ud. la bondad de dedicarle. Acepto como amigo el elogio en calidad de estímulo, y como testimonio de amistad.

Mucho tendría que reparar en esto la justicia si entrase en juicio con Ud.; pero es tal nuestra condición que nunca parece en nosotros alguna virtud sin que alguna otra sufra detrimento. Hoy sois benévolo y caritativo, mañana seréis justo, y después la justicia y la benevolencia se verán unidas en el seno de Dios.

De seguro no puede Ud. figurarse el lugar donde esta carta se escribe. Es un lugar recóndito en el fondo de Extremadura. Aquí he venido para reparar mi salud y para cobrar nuevas fuerzas en el seno de mi familia. No me siento con fuerzas para escribir. El campo y mi parentela son todos mis cuidados. Aquí dejo que desfilen ante mis ojos una y más veces, como otras tantas sombras queridas, los días de mi infancia, haciéndome pequeño para ser dichoso, persuadido á que sólo el que

¹ Esta carta fué escrita por su autor en francés; pero en francés tan puro, que Veillot admiraba la humildad con que Donoso creía no saber esta lengua.

se haga pequeño gozará en este mundo de verdadero contento. La ignorancia de los niños y de los pequeñuelos, ¡qué misteriosa y qué candorosa es! No saben nada de Botánica, pero en cambio la naturaleza, con todo su esplendor y magnificencia, es toda para ellos. Las misteriosas relaciones de la familia no las puede analizar su entendimiento; pero esto cede también en ventaja suya, porque para ellos, y sólo para ellos, son los tesoros de ternura y de amor que hay en la familia. No analizan la idea de Dios, pero son mil y mil veces dichosos, pues que Dios se da á aquellos que le miran siempre con pura y sencilla mirada.

Tengo conmigo á *Fray Luis de Granada*, el primer autor ascético del mundo. De buena gana os lo daría si vos tuvierais la dicha de conocer su lengua, que no es por cierto la lengua española de nuestros días, sino una lengua hoy desconocida, rica y espléndida.

Leo también la vida de San Vicente de Paúl. ¡Qué riqueza y qué plenitud en esta vida! ¡Y qué grande y admirable se muestra Dios en sus santos! Es tanto mayor mi admiración de este varón apostólico, cuanto con menos virtud me siento para mirar de frente á este modelo. Porque yo debo decir, amigo mío, que soy el ser más inútil entre todos los seres de este mundo. En mí se puede ver el tipo acabado del haragán. Estoy siempre leyendo, pero quiero obrar y jamás hago nada. Algunas veces me represento á mi Señor y mi Dios preguntándome: “Y tú, ¿qué bien has hecho?,” Y siento calofrío en todo mi cuerpo. Entonces me ocurre el pensamiento que acaso nací yo para la vida contemplativa; pero éstas son ilusiones arriesgadas de la fantasía. Lo único que en todo esto hay de verdad, es ser yo un haragán.

VALDEGAMAS.

II

MADRID, 22 de Marzo de 1849.

Mi querido amigo: Ya me tenéis de vuelta. Aquí me he encontrado con vuestra carta del 10, y puedo asegurar que, como todo lo que sale de vuestra pluma, ha sido para mí bálsamo consolador. Me contáis en ella el éxito feliz de mi discurso. Pero esto, más bien que á mí, es debido á vos, que sabéis trocar en oro puro el vil plomo para honra y gloria de Nuestro Señor.

Pues así lo queréis, trabajaré en la obra que os tengo anunciada. Temo, sin embargo, que se haga esperar harto; pues acá, en España, hay que vivir una vida que deja pocos instantes libres al trabajo intelectual. Las visitas, el paseo, la tertulia, son cosas en que no se puede faltar aquí impunemente. La holgazanería es el rasgo saliente del carácter español. España es adoradora del sol. ¡Es tan hermoso el sol! Para el trabajo del pensamiento, ni para ningún otro trabajo, no parece sino que no hemos venido al mundo los españoles. Para Uds. los franceses, que si hay ingenio en el mundo ciertamente lo tienen, son los nuestros tenues placeres. Aún de mí mismo, que soy, como sabéis, tan perezoso, dicen que no soy digno de mi estirpe; que soy francés en el pensar, que violo los derechos y los deberes de esta especie de realeza que nos ha sido transmitida con la sangre. Os aseguro, en suma, que España es un país muy particular. Si alguna vez os vienen ganas de salir de la Europa moral sin pasar, empero, las fronteras de la Europa geográfica, venid á España. ¡Oh Dios mío! Dicen que los reyes se van; pero eso no es verdad; aquí tenemos á nuestras órdenes, y á las de todos en general, quince millones de reyes.

Perdonadme, mi querido amigo, que me haya alargado hablando de mi patria. No se me ocultan sus defectos, ya lo

veis; pero con todo eso, esta España de mis padres es ante mis ojos deliciosa; siento por ella amor y ternura infinita.

En ninguna parte he visto el anuncio de vuestra biblioteca; tened la bondad de anunciarme el día en que se comience á publicar. Veré si hay por aquí alguien que se encargue de ponerla en castellano. Acá, en España, no se puede hacer ninguna obra como ésta; y sin embargo, conviene que la buena nueva llegue á todas partes.

Pedid á Dios, querido amigo, por mí, que harto he menester de los auxilios de Aquel en quien todos somos fortalecidos.

VALEEGAMAS.

III

MADRID, 31 de Diciembre de 1850.

Mi muy querido amigo: Os escribo para que sepáis que os envío el discurso que ayer pronuncié en el Congreso de los Diputados ¹: no excitará en Europa tanto interés como mis anteriores discursos, pues tiene exclusivamente por objeto la situación de España. Acontece, empero, que Europa está engañada en lo que toca á España; el Ministerio, que debiera salvarnos, nos conduce al abismo. De la política de orden material, este Ministerio ha caído en la política de los intereses materiales; y de la política de los intereses materiales, todavía ha caído más abajo: en la política de los *deleites materiales*. El pudor no permite se diga lo que pasa en España. Ustedes tenían, antes de Febrero, un Ministerio incorruptible y corruptor; pero nosotros somos más felices, pues tenemos un Ministerio corruptor y corrompido. Todo os lo diré diciéndoos que al fin me vi obligado á hacerle la oposición, después de haber agotado confidencialmente avisos y consejos. La escena en el salón de sesiones ha sido inaudita: el Ministerio ha oído las

1 Véase en la pág. 145 y siguientes de este volumen.

humillantes verdades que yo he lanzado contra él, y ningún Ministro ha tratado siquiera de vindicarlo. Quedóse, pues, clavado en el banco azul, resguardándose en la antigua reputación de Martínez de la Rosa, que contestó como pudo á mi discurso, por más que respecto á ciertos cargos haya dicho: "Tocante á ciertos actos, no le defenderé." La Cámara, por su parte, aplaudió unánime, y varias veces, lo que yo decía; bien que, en cuanto llegó el momento de votar, sólo veintidós diputados votaron conmigo. A la verdad, los aplausos son colectivos, y por lo mismo anónimos, y el voto es personal y público. Ya podéis deducir las consecuencias y adivinar lo que pasaría en las elecciones.

He creído, amigo mío, referiros estas menudencias para que os enteréis de lo que acontece en España. Nar váez lo ha comprado todo en Europa, correspondencia general, diarios y personajes políticos. Era, pues, necesario que yo os lo dijera para que vos lo supierais, y creo que os conviene saberlo por lo pronto, para que la verdad se abra camino, y después porque estáis al frente de un diario que es diario religioso. Perdonadme, mi querido amigo, que haya interrumpido por un momento vuestra gloriosa campaña.

Soy todo vuestro en Nuestro Señor Jesucristo,

VALDEGAMAS.

IV

MADRID, 3 de Marzo de 1851.

Mi querido amigo: He recibido vuestra carta del 22 de Febrero, y con ella las advertencias que el señor... se ha servido hacerme acerca de mi libro ¹. Estas advertencias me han parecido sabias, precisas y profundas, y os suplico que déis al señor... las debidas gracias por su trabajo. Yo las he seguido

1 El manuscrito del *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*.

al pie de la letra; no ha quedado, por tanto, en mi libro cosa alguna de las que no le han parecido bien. Adjuntas os envío las modificaciones que he hecho atendiendo á sus advertencias. Os lo he dicho y quiero repetiroslo: no entiendo de Teología, ciencia á cuyo estudio no me he dedicado: ni siquiera soy escolar en ella. Si alguna vez acierto en lo que digo de esta materia, es porque adivino la solución de la Iglesia. Pero de esta adivinación, vaga y aventurada, á la ciencia, hay mucha distancia ¹. Os suplico, pues, y esto mismo pido al señor... , que cuando adviertan que he errado crean que mi intención es siempre buena, que ha sido pura ignorancia mía y no otra cosa, y que estoy pronto á escuchar las lecciones, no sólo de la Iglesia, cuya voz es la voz de Dios, sino de cualquier sabio que quiera darme la limosna espiritual de sus luces...

Introçuciré estas variantes en mi manuscrito, y en seguida se lo llevaré al impresor, que lo está esperando. Creo, sin embargo, que vuestro impresor acabará antes que el mío; aquí en todo se echa doble más tiempo que en París. Por lo demás, este cuidado tengo que encargarlo á alguna persona solícita, pues yo habré de salir de aquí con misión diplomática; no sé si iré á París ó á Nápoles; creo que iré á París. Dentro de pocos días habrá esto de resolverse, y partiré á mediados ó, á más tardar, á fines de este mes.

La vida pública se me hace ya insoportable: si voy á París, me consolaré con estrecharos la mano y deciros lo mucho que os estimo y admiro. Os hablo con entera sinceridad cuando digo que os admiro. ¡Santo Dios! ¿Cómo es posible hacer todo lo que vos hacéis y escribir todo lo que escribís? No acierto á comprenderlo. Por mi parte, ni hablo ni escribo sino ocasionalmente; pero lo que vos hacéis, es obra de un esfuerzo que raya

1 No se tome literalmente lo que en esta carta dice Donoso Cortes de su ignorancia en sagrada Teología. Cierto que no la había cursado en las escuelas, mas la estudió leyendo á los Padres y á los escritores eclesiásticos. El conocimiento que adquirió de ella fué notable, según se echa de ver en sus escritos; pero su profunda humildad le persuadía á que su saber teológico no era ninguno, á que no era siquiera en ella simple escolar. (NOTA DE LOS TRADUCTORES FRANCESES.)

en prodigioso, y que nunca acabaré de comprender. ¡Dichoso vos que tenéis fuerza para llevar tan rudo trabajo y sostener tan gloriosa lucha por la causa de la Iglesia, que es la causa de Dios!

Os felicito y felicito asimismo al conde de Montalembert por vuestra mutua reconciliación; fausta nueva es ésta que me dais. Había no sé qué de profundamente triste en la separación de dos hombres que Dios ha formado para que vivan siempre como hermanos y amigos.

Pido á Dios por vuestros hijos, y creo que van por buen camino; pídoles además por vuestros capuchinos, que son también hijos vuestros. Admiro la lucha heroica que sostenéis en favor de estos religiosos, que no quieren otra cosa sino poder trabajar libremente en curar á las almas de su tibieza.

Vos me pedís datos para una noticia biográfica, y yo os suplico que me dispenséis no os obedezca en esta ocasión. Os la exigirá el público; razón más para que no se la deis. Es moda hoy que todos se ostenten en público, lo cual á mí me parece sobre manera ridículo, mayormente siendo una persona tan ruin como yo la que haya de ponerse en berlina. Cuando queráis conocer mi vida, la conoceréis. Después de Dios, mi vida pertenece á mis deudos y amigos; mas el público nada tiene que ver conmigo ni yo con él. Mis relaciones con el público no pueden ser benévolas, pues yo le acuso de que vicia todo lo que toca, empezando por él mismo. Entre mi persona y el mundo no pueden mediar otras relaciones sino las que Dios ha establecido entre el demonio y la mujer: la enemistad.

Adiós, querido amigo; acaso hasta dentro de poco.

CARTA DE D. JUAN DONOSO CORTÉS

Á SU PADRE

PARÍS, 10 de Octubre de 1853.

Mi querido padre: Tan ocupada está mi cabeza de negocios, que aún no le he escrito á Ud. para decirle que su Majestad se ha dignado concederme la Gran Cruz de Carlos III. Supongo que Paco se lo habrá dicho á Ud.; pero yo, sin embargo, le escribo á Ud. para decírselo.

Ayer estuve en los funerales del príncipe de la Paz, presidiendo. ¿Quién le hubiera dicho al príncipe de la Paz, el 6 de Marzo de 1809, que aquel año nació precisamente un niño que había de venir á París y presidir en sus funerales? ¿Y quién le hubiera dicho á Ud. aquel día que el hijo que Dios le daba había de venir á París á presidir el duelo de un hombre tan poderoso? ¿Quién me hubiera dicho á mí que había de ver en París al príncipe de la Paz viviendo él en un tercer piso de la calle de la Michodière, y yo en un palacio?

Estas ideas no me han dejado ni un solo instante, y Dios me ha concedido la gracia de ponérmelas delante de los ojos del alma sin duda para moverme á despreciar enteramente las grandezas humanas.

El Príncipe ha muerto cristianamente y resignado. Su pobreza nunca le abatió, sino siempre estaba él contento. En su testamento ha ordenado se diga una Misa de *Requiem* por el alma de Carlos IV, y otras dos: una por María Luisa, y por Fernando VII la tercera.

Como unas veinte personas solamente han asistido en el funeral. Probablemente su cadáver será trasladado á Badajoz.

Mil cariños á mi excelente madre, y es de Ud. su obediente hijo,

JUAN.

PENSAMIENTOS VARIOS

I

Entre las notas que caracterizan á la época presente, una de ellas es que la legitimidad brilla por su ausencia.

Los que gobiernan han perdido la facultad de gobernar, y los pueblos han dejado de ser gobernables.

De donde se sigue que el gobierno ha huído de la sociedad.

Hoy en día, llámese como se quiera á los gobernantes, príncipes ó presidentes, pero la verdad es que no gobiernan. Los pueblos se constituirán á sí mismos, á su antojo, en monarquías ó repúblicas; pero, en realidad, no son gobernados.

No habiendo, pues, gobiernos, mal puede haber gobiernos legítimos; para existir de este ó aquel modo, lo primero que se necesita es existir.

¡Admirable consonancia de las cosas humanas! A este siglo, sumergido por completo en la materia y que ha entregado su corazón á los deleites sensibles, Dios, dándole lo que merecen sus obras, le niega la protección del derecho y le hace caer bajo el yugo de la fuerza.

Dicen que vamos á la barbarie.

¡Pluguiera al cielo que esto fuera verdad, porque la barbarie tiene sobre la civilización una ventaja: el ser fecunda; la civilización es estéril. Como estéril que es, nada engendra; mientras que de la barbarie puede afirmarse que ha engendrado á todas las civilizaciones.

No, no tenemos ni aun el consuelo de caminar en dirección á la barbarie. ¿Dónde están los bárbaros por ventura?

No honréis con el nombre de bárbaros á los Catilinas implacables que ante los altares del Dios que preside en sus orgías, juran entregar á este Dios el Dios vencido de Roma.

II

¿Sabéis lo que es la Revolución? Es el último término adonde ha llegado el orgullo.

El mundo sueña en cierta unidad gigantesca que Dios no ve con buenos ojos, y que este Señor no permitirá, porque esa unidad sería el templo del orgullo.

Nuestro siglo precisamente peca en todo por ahí. El delirio por la unidad se ha apoderado de todos en todas las cosas: unidad de códigos, unidad de modas, unidad de civilización, unidad administrativa, unidad comercial, industrial, literaria y lingüística.

Unidad reprobada, no será ella otra cosa sino la unidad de la confusión. Huye el hijo impaciente del hogar paterno para lanzarse en la sociedad, que es unidad superior á la familia. Deja su aldea el aldeano, y se va á la ciudad para trocar la unidad del concejo por la de la nación. Los pueblos todos se salen de sus fronteras y se mezclan unos con otros. Tenemos, pues, la Babel de la Biblia.

Hasta el pueblo español cede al ímpetu de la corriente. En la Exposición de Londres hubo días en que el número de los españoles fué allí mayor que en Madrid. Tornáronse curiosos y sin asiento fijo los que nunca se movían sino para conquistar la tierra ó visitar los países conquistados.

La centralización no es otra cosa sino ese movimiento que va buscando la unidad en el campo de las leyes.

El telégrafo, los caminos de hierro y el comité democrático de Londres: ved ahí tres grandes síntomas de esa revolución.

III

Nuestro Señor Jesucristo vino al mundo para constituir, en sí y por sí, la unidad del género humano.

De todos los pecados posibles, ninguno hay que se iguale con el que consiste en echarla el hombre de Dios, ó en querer hacer con otros fines, y por modo diferente, aquello que Dios hace.

Dos veces ha tenido el hombre esa intención satánica: la primera, cuando quiso erigir la torre de Babel; y la segunda, el mismo día de hoy, en el cual una democracia insensata pretende constituir el mundo de esa manera unitaria.

Pero Dios no permitirá que haya otra unidad que la unidad de la Cruz.

La Babel democrática tendrá la misma suerte que la Babel de los libros santos: lo que aconteció entonces, acontecerá ciertamente ahora. Repetirás el drama de las llanuras de Sennaar: antes que esté acabada la torre, Dios castigará las naciones y dispersará los pueblos.

IV

Dios ha hecho la sociedad para el hombre, y al hombre para sí.

En esta teoría, Dios es principio y fin, alfa y omega de todas las cosas.

Síguese de aquí que aunque á primera vista la sociedad parece cosa humana, porque ha sido hecha para el hombre y se compone de hombres, pero en realidad es divina, porque el hombre, para quien fué hecha, y los hombres que la componen, han sido hechos para Dios.

Según esto, cuando hacéis distinción entre dos leyes, una

de ellas respecto del hombre y la otra respecto de la sociedad, ponéis en contradicción una con otra la ley del individuo y la de la asociación, la ley social y la ley divina, el ciudadano y el particular.

La libertad humana toca al individuo; lo que es común, depende exclusivamente de la voluntad directa de Dios. Dios ha hecho al hombre señor de sus propio actos, y se ha reservado el gobierno de la sociedad, el imperio de las naciones. El mismo Dios, en su sabiduría, quiere que su acción sea secreta y silenciosa, y por esta causa la oculta siempre en el estéril tumulto de las acciones humanas.

Dios ha dicho al hombre y á todos los hombres:

“Tened fijos vuestros ojos, individual y exclusivamente, en mí, que yo tendré los míos sobre todos vosotros á la vez.

„Si sois justos, yo haré que vuestro linaje sea poderoso: pero pensad en mí, y no en vuestro linaje.

„Si guardáis individualmente mis mandamientos, yo engrandeceré la sociedad en que viváis; pero no penséis en la sociedad en que vivís, porque esto me pertenece á mí, sino pensad en cumplir mis mandamientos.

„Soy árbitro de vosotros mismos.

„Yo soy el que levanta y abate á las naciones; el que ensalza y humilla á las sociedades; el que engrandece y aniquila á los pueblos. A mí deben los imperios su grandeza, y su decadencia es obra mía.

„En mis manos tengo suspendida la historia con todas sus mudanzas y vicisitudes.„

V

Tan lejos está de la verdad el dogma filosófico de la perfectibilidad indefinida, que la sociedad humana, para no dar consigo en la barbarie, tiene por fuerza que volver atrás antes de llegar á los últimos límites de la civilización.

La discusión, fruto de la civilización, cuando, impulsada de los periódicos diarios, toca en sus últimos límites, mata los libros y lanza los entendimientos en las regiones de una duda más temible que la ignorancia.

A Europa sólo le falta continuar escribiendo como hasta aquí para llegar al estado característico de la barbarie, ó sea á aquel estado en que la balumba de los escritos y de los documentos hace que sea menos fácil aprender la verdad que descubrirla.

Sólo el pecado de Adán es como el nuestro; pues así el nuestro como el suyo es el pecado de todos.

VI

Una de las tendencias características de nuestra época, es la creación visible de dos unidades que radicalmente se contradicen entre sí: la unidad del bien y la unidad del mal.

Todos los estados intermedios perecen con todas las doctrinas transigidas, y todos se disuelven unos en pos de otros.

Y así debe suceder. Las medias tintas, los períodos de transición, las transacciones doctrinarias, sólo tienen razón de ser por respeto á las doctrinas absolutas, mientras que estas últimas existen con una existencia radical y absoluta.

El influjo y la existencia de esas transacciones se parecen al crepúsculo, que sirve perpetuamente de medio por donde se pasa del día á la noche y de la noche al día.

Leo en la Sagrada Escritura que Dios hizo la noche y el día; mas no leo en ella que hiciera Dios el crepúsculo. No lo dice, en efecto, el Espíritu Santo; no porque no diera Dios al crepúsculo su existencia efímera y relativa, sino porque ese fenómeno no existe por sí mismo y debe cesar cuando el día triunfe de la noche.

VII

Libertad, igualdad, fraternidad: fórmula contradictoria.

Dejad al hombre el libre desenvolvimiento de su actividad individual, y veréis cómo al punto muere la igualdad á manos de las jerarquías, y la fraternidad á manos de la concurrencia.

Proclamad la igualdad, y veréis á la libertad huyendo en ese mismo instante, y á la fraternidad exhalando su último aliento.

No ha querido Dios que en el corazón humano se dé el sentimiento de la igualdad.

En mis ojos es un misterio que esa palabra exista, y que sirva de expresión á una cosa que ni existe ni puede siquiera existir.

Yo no conozco sino tres maneras de hombres: hombres vencidos por la humildad, hombres dominados por el orgullo ó por la envidia, y hombres á un mismo tiempo orgullosos y humildes. Los primeros gustan siempre de ser menos; los segundos quieren ser siempre más, y los últimos quieren ser á la vez más y menos.

Pero jamás han pretendido los hombres ser entre sí iguales.

La igualdad fué siempre el pretexto de la ambición y como la hipocresía de la envidia.

Gracias únicamente al Cristianismo, esas tres cosas, libertad, igualdad, fraternidad, son verdaderas. El Cristianismo, en efecto, les ha dado ser real valiéndose de sus respectivos contrarios.

Ha dado al hombre la libertad haciéndole esclavo de Dios.
Ha hecho iguales á todos los hombres entre sí mediante la
compensación que resulta de sus varias y diversas condiciones.

Los ha hecho á todos hermanos destruyendo el parentesco
carnal que tenían de Adán, y dándoles el parentesco espiritual
que les ha prometido Jesucristo.

¡Cosa extraña! Los hijos de Adán, lejos de tratarse como
hermanos, son enemigos; y cuando Dios deshace la posteridad
de Adán, luego dejan de ser enemigos para ser hermanos.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

INDICE DEL TOMO II

	Págs.
Pfo IX (artículos publicados en <i>El Faro</i> en 1847)	7
Discurso de recepción en la Real Academia Española sobre la Biblia.....	49
Artículo sobre los Sucesos de Roma, publicado en <i>El Heraldo</i> del 30 de Noviembre de 1848.....	87
Discurso pronunciado en el Congreso el 4 de Enero de 1849 sobre el mismo asunto.....	93
Correspondencia con el señor conde de Montalembert	117

POLÉMICA

Carta dirigida á los redactores de <i>El País</i> y de <i>El Heraldo</i> (Berlín, 16 de Julio de 1849).....	128
Discurso sobre la situación general de Europa.....	143
Discurso sobre la situación de España.....	167

CORRESPONDENCIAS VARIAS

Correspondencia con el Sr. de Blanche Raffin (sobre la conversión de Donoso Cortés).....	201
Idem con el duque de Valmy	212
Idem con M. Guizot	222
Cartas á un amigo. (De el liberalismo y el parlamentarismo en España, con ocasión de haberse publicado el <i>Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo.</i>)—Retrato del príncipe de Metternich.—Situación de España.—Carta al periódico <i>El Orden</i> sobre los ataques dirigidos contra esa obra)	238
Carta á S. M. la Reina Madre Doña María Cristina de Borbón (deberes de los reyes cristianos en nuestros tiempos)	243
Carta al Director de <i>L'Univers</i> . (España.—Responde el autor á la acusación de fatalismo.—El Gobierno español.—El manuscrito del <i>Ensayo</i>).....	252

Cartas á <i>El Heraldo</i> (sobre el parlamentarismo, el liberalismo y el racionalismo).....	255
Correspondencia con el príncipe de Metternich	265
Carta al Emmo. Sr. Cardenal Fornari sobre el principio generador de los errores modernos.....	273
Carta al Director de la <i>Revue des deux mondes</i> en refutación de un artículo de M. Alberto de Broglie.....	299

APÉNDICE

CARTAS DEL MARQUES DE VALDEGAMAS AL CONDE DE RACZYNSKI

Prólogo á las presentes cartas.....	328
Cosas de España y triste porvenir de Europa—Narváez; el socialismo en España.—Anúnciase el imperio de Luis Napoleón en Francia; los jefes del partido moderado escépticos en política.—Cuestiones importantes en Rusia.—Deberes del hombre de Estado.—Golpe de Estado del Emperador de Austria.—Previsión de grandes catástrofes y deseo de dejar la vida oficial.—Necesidad de la alianza entre Austria, Prusia y Rusia.—Previsión de algunas catástrofes en España.—La Revolución está en el corazón de la sociedad.—La cuestión húngara.—Tristeza de Donoso Cortés.—Presidente aventurero.—El liberalismo y el constitucionalismo son la forma del mal en este siglo.—La Revolución triunfa en toda la línea.—El pensamiento de la reina Cristina respecto de la reforma antiparlamentaria de Bravo Murillo.—Dos faltas de este hombre de Estado.—La vida en París le parece á Donoso muy larga, y desea retirarse á un rincón.—No hay salvación para Europa mientras Francia no se salve á sí misma.—Anuncio del golpe de Estado.—Donoso no quiere más Parlamento, y se pronuncia contra «el gran partido del orden».—El tiempo de Donoso Cortés no llegará nunca.—Condiciones de que dependía que él llegase á ser poder.—Muerte del partido doctrinario y posibilidad de una restauración de buena ley.—Se cumplen los anuncios de Donoso; del golpe de Estado en Francia.—Luis Napoleón instrumento de la Providencia.—Donoso desprecia las componendas.—Su dolorosa situación.—Política de Palmerston después del golpe de Estado en Francia.—Inglaterra, eterna instigadora de la Revolución.—El juramento de Anibal.—Juicio sobre el decreto que privaba de sus bienes á la familia de Orleans.—Opinión de Donoso acerca del estado de Europa.—Ceguedad de Europa.—Palabras de Raczynski á Beltrán de Lis.—Se anuncian las empresas guerreras de Napoleón III.—Se anuncia el fracaso del proyecto antiparlamentario de Bravo Murillo.—Temores de Donoso Cortés.....	337

CARTAS Y PENSAMIENTOS DE D. JUAN DONOSO CORTÉS PUBLICADOS
EN LA EDICIÓN FRANCESA DE SUS OBRAS

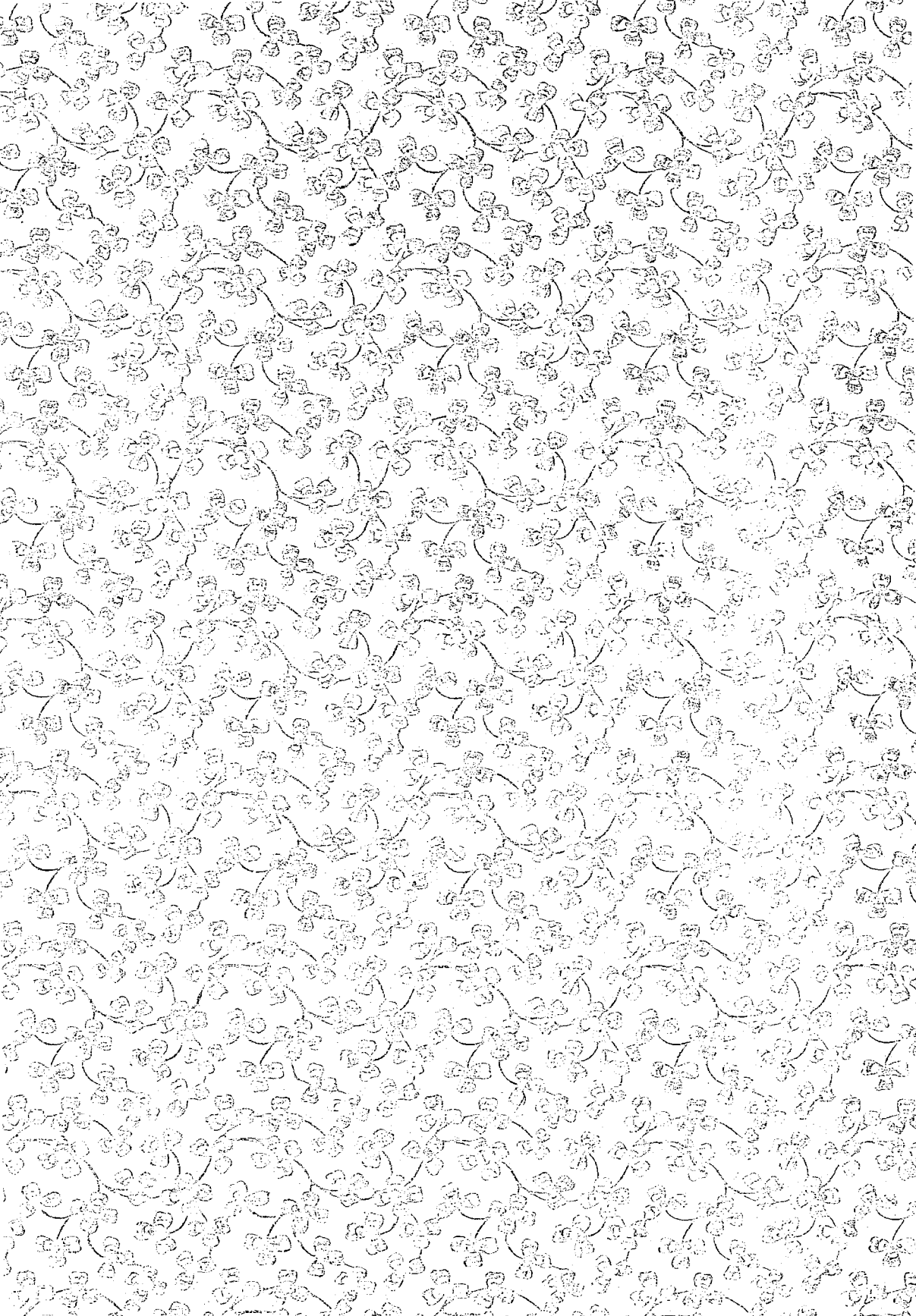
A Mons. Gaume. Protonotario apostólico	422
Al señor vizconde de Latour	426
A Luis Veuillot, director de <i>L'Univers</i>	428
De Donoso Cortés á su padre.....	435
Pensamientos varios.....	436



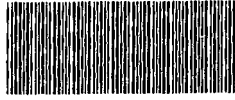


Precio: 10 pesetas

PRINTED IN SPAIN



BIBLIOTECA NACIONAL



1002053399